

PETER BURKE

Pérdidas y ganancias

*Exiliados y expatriados en la historia del conocimiento
de Europa y las Américas, 1500-2000*



akal



PETER BURKE

Pérdidas y ganancias

*Exiliados y expatriados en la historia del conocimiento
de Europa y las Américas, 1500-2000*



akal



Akal / Universitaria / 372 / Historia moderna

Peter Burke

Pérdidas y ganancias

**Exiliados y expatriados en la historia del conocimiento
de Europa y las Américas, 1500-2000**

Traducción: Sandra Chaparro



akal

ARGENTINA

ESPAÑA

MÉXICO

En este estudio, el prestigioso historiador Peter Burke analiza, con una visión de largo recorrido de extraordinaria erudición, la contribución que exiliados y expatriados han hecho a la historia intelectual y cultural de Occidente.

Para el autor, el primer y más obvio aporte de esta cultura en movimiento ha sido evitar el anquilosamiento y regionalismo del conocimiento. El encuentro entre eruditos de diferentes culturas ha sido, históricamente, una forma de educación y conocimiento para ambas partes, exponiéndolas a oportunidades de investigación y formas alternativas de pensar. Así, la «desprovincialización» fue en parte el resultado de la mediación, ya que muchos emigrados ejercieron de transmisores de su cultura materna en su «tierra de acogida», y viceversa. De igual forma, la distancia y desapego con que a veces los exiliados veían sus culturas nativa y de acogida les otorgaban ventaja a la hora de analizar e identificar cambios y transformaciones que sus colegas no identificaban. Al mismo tiempo, el compromiso y adopción de dos formas diferentes de pensamiento, uno asociado al exilio y el otro a su tierra de acogida, en ocasiones confluyó en una hibridación extraordinariamente creativa.

Brillante, erudito e iluminador, este libro nos aproxima al fenómeno cultural del exilio y la migración. En un mundo que cada día condiciona más los movimientos de personas, no puede ser más necesario conocer qué estamos dispuesto a perder con el cierre de nuestras fronteras.

«Este libro magistral muestra con gran detalle histórico cómo la curiosidad, los viajes y las interacciones de los pueblos son elementos esenciales del aprendizaje y la ciencia.» Jacob Soll

«Peter Burke ha logrado cruzar las disciplinas, las culturas y los periodos para presentar un texto claro y fascinante, resultado de una investigación prosopográfica exhaustiva y detallada.» Yosef Kaplan

Peter Burke es Emeritus Professor de Historia cultural en la Universidad de Cambridge y Life Fellow del Emmanuel College, de Cambridge. Referente mundial de la historia cultural y del conocimiento, es autor de más una decena de importantes estudios entre los que se encuentran *El Renacimiento italiano* (1972), *La cultura*

popular en la Europa moderna (1978), Sociología e historia (1980), La revolución historiográfica francesa (1990), El arte de la conversación (1993), Los avatares de El Cortesano (1995), Historia social del conocimiento (2 vols., 2002 y 2012), De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación (con A. Briggs, 2002), El Renacimiento europeo (2002), Formas de hacer historia (2003, 2.ª ed.), ¿Qué es historia cultural? (2006), Historia y teoría social (2008), y ¿Qué es la historia del conocimiento? (2017). En Akal ha publicado Lenguas y comunidades en la Europa moderna (2006), Hibridismo cultural (2010), La traducción cultural en la Europa moderna (con R. Po-Chia, 2010), Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico (con J. Aurell, C. Balmaceda y F. Soza, 2013) y El sentido del pasado en el renacimiento (2016).

Diseño de portada
RAG

Director de la serie
Fernando Bouza Álvarez

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

Loss and gain. Exiles and Expatriates in the History of Knowledge in Europe and the Americas, 1500-2000

© Peter Burke, 2017

© Ediciones Akal, S. A., 2018
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4462-8

*En memoria de mis abuelos, todos ellos inmigrantes
Para mi expatriada favorita, María Lucía*

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

Como mis padres, tengo la suerte de no haber tenido que pasar por la experiencia del exilio, pero mis cuatro abuelos nacieron fuera de Gran Bretaña. La familia de mi madre estaba compuesta por exiliados en el sentido de que eran refugiados, a los que, recurriendo a la dicotomía tan utilizada en los estudios sobre migraciones, el miedo a los pogromos les «empujó» fuera del Imperio ruso. En cambio, la familia de mi padre constaba de expatriados «desarraigados» del oeste de Irlanda, que posteriormente se establecieron en el norte de Inglaterra con la esperanza de poder tener una vida mejor en un lugar que ofreciera nuevas oportunidades.

Como estudiante y profesor universitario británico desde 1957 he conocido a muchos colegas exiliados y expatriados con los que forjé amistades y organicé debates a lo largo de los años. En Oxford, aprendí mucho en los seminarios y conferencias de Edgar Wind; János Bak me inició en la historia húngara y aprendí historia latinoamericana con Juan Manguerra en el St. Antony's College. Fuera de Oxford resultaron muy instructivos mis diálogos con Arnaldo Momigliano, en una especie de larga conversación que tuvo lugar en tres países diferentes a lo largo de veinte años. También disfruté de encuentros, más breves, con Ernst Gombrich y Eric Hobsbawm. De igual forma, treinta años de conversaciones con David Lowenthal y Mark Phillips me han enseñado mucho sobre la distancia y la proximidad.

Cuando era joven me hice muy amigo en la Universidad de Sussex del sociólogo Zev Barbu, un rumano que se enfrentó al régimen comunista de la posguerra, y del historiador del arte Hans Hess, que había salido de Alemania en 1933; mantuve conversaciones igualmente interesantes con el historiador hindú Ranajit Guha, el anglo-italiano John Rosselli (hijo de Carlo, un exiliado asesinado por los fascistas en Francia), el filósofo Istvan Mészáros (discípulo de Georg Lukács) y Eduard Golstuecker, que empezó a enseñar literatura en Sussex cuando no tuvo más remedio que salir de Checoslovaquia en 1968. En Cambridge conocí a más exiliados, a otros dos checos, Ernest Gellner y Dalibor Vesely, al eslovaco Mikulaš Teich, al húngaro István Hont y al expatriado japonés Toshio Kusamitsu.

Tengo deudas más directamente relacionadas con el presente libro. Inicié su

redacción en la primavera de 2015, tras recibir una invitación para dar las Menahem Stern Lectures en la Historical Society of Israel. Estoy sumamente agradecido a Maayan Avineri-Rebhun por la invitación, así como por la impecable organización que presidió mi visita. La respuesta del público fue muy cálida y doy las gracias a Albert I. Baumgarten, Yaacov Deutsch, Aaron L. Katchen y, sobre todo, a Yosef Kaplan por su hospitalidad y por las interesantes conversaciones que mantuvimos en Jerusalén.

Pepe González, Tanya Tribe y Ulf Hannerz me animaron a dar publicidad a mis estudios sobre el papel de los exiliados en la historia de la sociología y la historia del arte en Inglaterra; estudios que aún no había decidido plasmar en un libro. Los consejos y referencias de Pepe me ayudaron a mejorar lo que había escrito sobre los exiliados españoles que huyeron a México y otros lugares en la década de 1930. Joanna Kostylo, expatriada polaca, me permitió leer sus borradores sobre los médicos protestantes italianos que se establecieron en la Polonia del siglo XVI. Eamon O’Flaherty me proporcionó valiosa información sobre los exiliados irlandeses y los exiliados en Irlanda. David Maxwell me sugirió que analizara África y a los misioneros, y Peter Burschel me pidió que no olvidara lo que se había perdido, sobre todo en la Alemania del siglo XX. Quiero dar las gracias asimismo a Ángela Barreto Xavier, Antoon de Baets, Alan Baker, Melissa Calaresu, Luke Clossey, Natalie Davis, Simon Franklin, Elihu Katz, David Lane, David Lehmann, Jennifer Platt, Felipe Soza y Nicolas Terpstra por las conversaciones que mantuvimos y las referencias que me proporcionaron. Quienes escucharon mis conferencias sobre este tema en Ankara, Cambridge, Graz, Madrid, Medellín, Río de Janeiro, Viena y Zúrich me dieron muy buenas ideas. Yosef Kaplan, Mikuláš Teich y Joan-Pau Rubiés leyeron partes del manuscrito; entero solo lo ha visto mi esposa, María Lucía García Pallares-Burke, quien, como siempre, ha aportado valiosas sugerencias.

INTRODUCCIÓN

En 1891, el gran historiador de la frontera Frederick Jackson Turner señaló, cuando esta observación aún no era un lugar común, que «cada época reescribe la historia del pasado teniendo en cuenta lo más destacado de su propio tiempo»[\[1\]](#). A medida que nos desplazamos hacia el futuro, tendemos a ver el pasado desde otros ángulos. Por ejemplo, el auge de la demografía histórica de la década de 1950 fue una reacción ante los debates sobre explosión demográfica de la época, mientras que los sucesos acaecidos en París en mayo de 1968 estimularon la redacción de estudios sobre las revueltas populares renacentistas, que se publicaron en Francia y otros lugares en la década de 1970. Si pensamos en la actualidad, es bastante obvio que los estudios medioambientales de la eco-historia están relacionados con los debates sobre el futuro del planeta, la historia global con los debates sobre globalización, la historia de las diásporas con los problemas planteados por los emigrantes y la historia del conocimiento con nuestra «sociedad del conocimiento».

Hubo especialistas de generaciones anteriores que se interesaron por estos temas. Los inmigrantes, por ejemplo, fueron objeto de estudio de historiadores que habían emigrado a su vez (como Piotr Kovalsky, que escribió sobre la diáspora rusa) o de sus hijos, como en el caso de Oscar Handlin, nacido en Brooklyn, hijo de padres ruso-judíos y autor de *Boston's Immigrants* (1941) y de *The Uprooted* (1951) Más recientemente tenemos el caso de Marc Raeff, nacido en Moscú, educado en Berlín y París, profesor en Nueva York y autor de *Russia Abroad: A Cultural History of the Russian Emigration, 1919-1939* (1990). A principios del siglo XXI, tanto la historia de las diásporas como la historia del conocimiento han suscitado mucho interés.

No es que partir de problemas del presente sea algo poco recomendable desde el punto de vista individual o colectivo. Los historiadores profesionales rechazan tajantemente lo que suelen denominar «presentismo», pero hay que distinguir entre preguntas y respuestas. Sin duda tenemos derecho a plantear preguntas desde la mentalidad de nuestro presente, pero no podemos responder de forma «presentista», pasando por alto la alteridad y ajenidad del pasado. De esta forma los historiadores pueden contribuir a la comprensión

del presente con ayuda del pasado, inscribiendo ese presente en la perspectiva del largo plazo.

En este libro se cruzan las tendencias que acabamos de mencionar, la historia del conocimiento y la historia de las diásporas, pues trata de exiliados y expatriados, así como de lo que cabría denominar sus conocimientos «desplazados», «trasplantados» o «traducidos». Al igual que dos obras anteriores mías, es un ensayo de historia social, de sociología histórica o de antropología histórica del conocimiento, y está inspirado en las obras de Pierre Bourdieu, Michel Foucault y Karl Mannheim. Mannheim, exiliado por partida doble, pues hubo de trasladarse de Hungría a Alemania y, más tarde, de Alemania a Inglaterra, afirmaba que el conocimiento estaba socialmente situado. El argumento es general, pero su pertinencia resulta especialmente evidente en el caso de los exiliados, que han de reaccionar a grandes cambios en su situación[2].

EL VOCABULARIO DEL EXILIO

La palabra hebrea que describe una migración más o menos forzosa es *galut*, mientras que en la mayor parte de las lenguas europeas se utiliza el término «exiliados[3]». Dante habla en italiano de *esilio* para describir ese estado que tan bien conocía, mientras que el historiador del siglo XVI, Francesco Guicciardini, habla de *ésule*, en referencia al exilio individual. Ariosto recurre a *profugo*, en el sentido de alguien que huye, mientras que Maquiavelo prefiere algo más neutro: *fuoruscito* o «quien que ha salido». En España no se empezó a usar la palabra *exilio* hasta el siglo XX. El término castellano tradicional, *destierro*, con sus connotaciones de «desarraigo» evoca la pérdida del país natal. El filósofo español José Gaos, un exiliado relativamente optimista que se refugió en México tras la Guerra Civil, prefería el neologismo *transtierro* y afirmó: «No me sentía en México desterrado, sino...transterrado». Su compañero de exilio, sin embargo, Adolfo Sánchez Vázquez, contradujo a Gaos enérgicamente en este punto[4].

Puede que Gaos fuera excepcionalmente afortunado en su nuevo entorno, pero su concepto es valioso, al igual que la idea de «transculturación» acuñada por el sociólogo cubano Fernando Ortiz para reemplazar al término «aculturación» utilizado por los antropólogos de entonces (la década de

1940[5]). Al contrario que «conceptos unilaterales», como aculturación o asimilación, los términos transculturación y «transtierro» implican cambios para ambas partes, como tendremos ocasión de comprobar en muchos de los ejemplos que presentamos[6].

«Refugiados» (*Refugees*) es un término que aparece en inglés y francés muy oportunamente en 1685, el año de la expulsión de los protestantes de Francia tras la revocación del Edicto de Nantes. Este nuevo concepto aparece en obras como *Histoire de l'établissement des François réfugiés dans... Brandebourg*, publicada en Berlín en 1690 por Charles Ancillon, él mismo refugiado, así como en el anónimo *Avis important aux réfugiés sur leur prochain retour en France*, publicado en los Países Bajos ese mismo año. El término alemán, *Flüchtling*, fugitivo, procede del siglo XVII, mientras que *Verfolgte* es más reciente y se refiere a alguien que es perseguido. «Personas desplazadas» es un término de nuevo cuño que surgió a finales de la Segunda Guerra Mundial, aunque ya en 1936 se había publicado una *Lista de académicos alemanes desplazados* en Londres[7].

En cuanto a «expatriados», en el sentido de emigrantes voluntarios, el término ya aparece en inglés en fechas tan tempranas como principios del siglo XIX. En ocasiones se ha dicho que los expatriados, más que haber sido «catapultados» fuera de sus países, se ven «atraídos» a un país nuevo. Este lenguaje mecanicista oscurece las decisiones que tuvieron que tomar los refugiados, aunque fueran tan duras como limitadas. En otras palabras, la distinción entre migración voluntaria y forzosa no siempre es evidente, porque más que una diferencia cualitativa es una diferencia de grado[8]. Por mencionar solo algunos de los ejemplos que trataremos más adelante, en la década de 1930 los investigadores judeo-alemanes de Turquía y los españoles republicanos de México fueron exiliados (porque se habían visto obligados a abandonar sus patrias) y expatriados (ya que les habían invitado a ir a otro lugar). Lo mismo ocurrió en la década de 1970 con intelectuales latinoamericanos a los que ni se expulsó de su patria ni se encontraban en serio peligro, pero que, aun así, se fueron de sus países porque rechazaban sus gobiernos no-democráticos. En los casos dudosos tendré que recurrir al término neutral «emigrante» o *émigré* que usaré asimismo para referirme a quienes son exiliados y expatriados a la vez.

PROBLEMAS PERSONALES

Desde un punto de vista subjetivo no siempre es fácil aceptar la etiqueta de «refugiado» o «exiliado». El escritor chileno Ariel Dorfman rechazaba el término «refugiado» y prefería referirse a sí mismo como «exiliado». La filósofa alemana Hannah Arendt declaró en 1943: «No nos gusta que nos llamen refugiados. Nosotros nos denominamos “recién llegados” o “inmigrantes”». John Herz (en origen Hans Hermann Herz), un destacado politólogo que se trasladó de Alemania a Estados Unidos en la década de 1930, no hablaba de exilio sino de «emigración»[9].

Hubo quien no aceptó ninguna etiqueta a su llegada por hallarse en plena fase de negación y considerarse temporalmente ausente de su tierra natal. La socióloga Nina Rubinstein, hija de refugiados rusos y refugiada alemana ella misma después de 1933, describió este primer estadio de incredulidad o negación como algo recurrente en la historia del desplazamiento. La negación es evidente en el caso de algunos de los hugonotes que dejaron Francia en la década de 1680, como el pastor Pierre Jurieu, que esperaba volver pronto. Igualmente, en 1935, dos años después de su llegada a Gran Bretaña, el historiador del arte Nikolaus Pevsner «no se consideraba ni un emigrante ni un refugiado»[10].

La negación es una de las cuestiones relacionadas con los exiliados, pero hay muchas otras que se refieren a esas pérdidas a las que alude el título del presente libro. Trasladarse de la tierra natal a lo que podríamos denominar «país de acogida» conlleva el trauma del desplazamiento y de una carrera truncada, y genera sentimientos de inseguridad, aislamiento y nostalgia de la patria. Pero también supone enfrentarse a problemas prácticos como la búsqueda de empleo, la pobreza, la necesidad de aprender una lengua extranjera, conflictos con otros exiliados y con los nativos (el miedo y el odio a los inmigrantes no es nada nuevo)[11]. No hay que olvidar, que quien emigra pierde su estatus profesional; pensemos en algunos investigadores judíos del «Gran Éxodo» de la década de 1930, como Karl Mannheim, Victor Ehrenberg y Eugen Täubler, de los que hablaremos en el capítulo cinco.

El exilio provoca asimismo una pérdida de la identidad anterior del individuo. Resulta significativo que la historiadora del arte refugiada Kate Steinitz escribiera con el seudónimo de Annette C. Nobody [Annette C. Nadie]. La elección de un nombre nuevo es un símbolo del proceso de construcción de

una nueva identidad. Así, el crítico y periodista austriaco, Otto Karpfen se convirtió en Brasil en Otto Maria Carpeaux, mientras que el sociólogo polaco Stanislas Andrezejewski, viendo que los ingleses eran incapaces de pronunciar su nombre, lo cambió por el de Stanislav Andreski[12].

Resumiendo, el exilio fue una experiencia traumática para muchos, que llevó a algunos al suicidio, como por ejemplo a Stefan Zweig o Edgar Zilsel, un filósofo, historiador de la ciencia, descrito por un colega como una mente «excepcionalmente brillante». Ambos hombres eran judíos austríacos que habían huido en 1938, cuando la Alemania nazi invadió su país. Zweig acabó en Brasil, Zilsel en Estados Unidos. Zweig sigue siendo muy conocido, mientras que Zilsel ha caído en el olvido. Obtuvo una beca de investigación Rockefeller y un puesto de docente en el Mills College de California, pero se suicidó ingiriendo una sobredosis de barbitúricos en 1944. La carrera truncada de este pionero de la historia de la sociología de la ciencia se ha calificado de «trágico caso de fallida transferencia de conocimiento»[13]. Zilsel no fue el único intelectual exiliado que se suicidó; también lo hicieron el especialista en lenguas romances, Wilhelm Friedmann, el medievalista Theodor Mommsen, el historiador español Ramón Iglesias, la historiadora alemana Hedwig Hintze y la historiadora del arte alemana Aenne Liebreich (los últimos dos se quitaron la vida, como Walter Benjamin, cuando ya no pudieron seguir huyendo).

Uno de los mayores problemas de los exiliados del siglo XX fue la necesidad de aprender bien un nuevo idioma. En el caso de los exiliados renacentistas todo fue más sencillo, puesto que en la época de la *Respublica literarum* el latín era la *lingua franca* y en muchas regiones de Europa entendían y hablaban francés. Probablemente fueran los escritores más imaginativos, como Zweig, los que más problemas tuvieran por no poder recurrir a su lengua materna en el extranjero. Pensemos, por ejemplo, en el trágico destino del novelista húngaro Sándor Márai, uno de los escritores de mayor éxito en la Hungría de las décadas de 1930 y 1940. Márai dejó el país en 1948 porque era contrario al régimen comunista y este reaccionó prohibiendo sus novelas en Hungría. Sus libros siguieron vendiéndose en el extranjero, pero solo podían leerlos los pocos capaces de leer húngaro. Apenas resulta sorprendente que Márai escribiera muy poco en los cuarenta años que vivió hasta su suicidio.

A los académicos exiliados les ocurrió algo parecido aunque en grado

menor. El historiador del arte austriaco Hans Tietze, que tenía cincuenta y ocho años cuando partió al exilio, «comparaba su nueva lengua con el uso forzoso de un tamiz, que acababa con los matices e inflexiones más sutiles». El especialista en literatura Leonardo Olschki, que se refugió en Estados Unidos en 1939, escribió, haciendo gala de un excelente humor negro, que en su círculo de exiliados denominaban «desperanto» a su incipiente inglés[14].

Otro de los afectados fue el historiador del arte alemán Erwin Panofsky, quien señaló que los especialistas en humanidades que vivían en el extranjero: «...se hallan ante un auténtico dilema. Para ellos la formulación estilística es una parte intrínseca del significado que se quiere desvelar. Por consiguiente, cuando escriben en una lengua que no es la suya, castigan el oído del oyente con palabras, ritmos y construcciones que le resultan poco familiares, pero cuando traducen el texto parecen dirigirse a su audiencia con peluca y nariz de payaso» (como sugiere este pasaje, escrito en inglés, Panofsky había encontrado una solución al dilema, pero algunos de sus colegas no lo lograron nunca). Como bien señalara el historiador del arte exiliado Nikolaus Pevsner, cuando revisaba la versión inglesa del estudio clásico sobre el gótico de Paul Frankl, «el sentido se pierde por el camino»[15].

W. G. Sebald, que vivía expatriado en Inglaterra (pero seguía escribiendo en su alemán nativo), narró en sus novelas muchas historias de muerte y supervivencia, de adaptación y de negativa a adaptarse, incluidos los cuatro evocadores relatos biográficos que forman parte de los *Die Ausgewanderten* (*Los emigrados*, 1992). Todos ellos son magníficos ejemplos de lo que afirmara Theodor Adorno, con su habitual dogmatismo, cuando volvió del exilio en Estados Unidos: «Todo intelectual emigrado resulta dañado (*beschädigt*), sin excepción»[16]. Los exiliados se dislocan tanto intelectual como emocionalmente.

Contamos con un ejemplo del siglo XVI, el del erudito e impresor Henri Estienne, un protestante que huyó de París a Ginebra. Le describió su yerno, el sabio Isaac Casaubon, como una persona «que no puede volver a casa y no encuentra otro lugar que le convenga». Puede que a algunos lectores les recuerde a la descripción que hiciera el escritor austriaco Stefan Zweig de sí mismo: «un apátrida en cualquier país del mundo», o a las palabras del crítico Edward Said, quien dijo estar «fuera de lugar en todas partes»[17].

En relación a la inseguridad que produce el exilio podemos hablar del caso de dos húngaros, ambos judíos, que huyeron de su país en 1919, cuando el

Almirante Horthy acabó con el régimen estilo soviético impuesto por Béla Kun y empezó el Terror blanco. El filósofo y crítico Georg Lukács, que vivía en Viena, no salía a la calle sin su pistola, por miedo a que intentaran secuestrarle y devolverle a Hungría. El físico Leó Szilárd, que vivía en Berlín en 1933, guardaba sus pertenencias más queridas en dos maletas para poder huir rápidamente en cualquier momento[18].

Los expatriados también se enfrentan a serios problemas. Suelen sentir mucha nostalgia aunque puedan volver a sus países si quieren. En sus diarios publicados póstumamente, Malinowski afirma que los antropólogos suelen sentirse aislados cuando realizan trabajo de campo con pueblos que tienen hábitos muy distintos a los suyos. Además, todos los expatriados, hasta los más capaces, tienen dificultades para labrarse una carrera en el país de su elección.

Pensemos en el caso de Rüdiger Bilden, un pionero en estudios brasileños y latinoamericanos. Bilden fue un alemán que decidió emigrar a Estados Unidos a los veintiún años y llegó justo antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. Estudió en la Universidad de Columbia, donde profesores de la talla de Franz Boas creían que le esperaba un futuro brillante, pero ese futuro nunca se hizo realidad. Bilden nunca obtuvo un puesto académico fijo y aunque tenía muchas ideas publicó muy poco. En parte fue víctima de su propio perfeccionismo, nunca terminó su tesis doctoral, pero además tuvo la mala suerte de estar en el sitio equivocado en el momento menos oportuno: la vida en Estados Unidos no fue fácil para los alemanes durante las dos guerras mundiales y la Gran Depresión. Murió desconocido y pobre, al contrario que su joven amigo, el profesor brasileño Gilberto Freyre, que se labró una reputación desarrollando las ideas planteadas por Bilden años antes[19]. En la historia de los exiliados y expatriados, como en la historia en general, hay ganadores y perdedores[20].

Una vez oídos, los relatos de los perdedores resultan difíciles de olvidar, al igual que los problemas cotidianos a los que se enfrentan hasta los exiliados que acaban teniendo éxito. Al poco tiempo de llegar a Inglaterra Pevsner escribió a su mujer: «No va a ser fácil nadar en estas aguas. Cada frase, cada conferencia, cada libro, cada conversación aquí significa algo totalmente distinto a lo que significaría en casa»[21]. El hecho de que algunos *emigrés* fueran de un país de acogida a otro indica que establecerse no era un proceso sencillo. «Los nichos nuevos plantean condiciones de supervivencia diferen-

tes»[22]. A veces, para tener éxito en el extranjero hay que reinventarse y estar dispuesto a investigar en nuevos campos o a aprender una nueva disciplina.

LA CARA AMABLE DEL EXILIO

En este libro quisiera centrarme en algunas de las consecuencias positivas del exilio, en su lado bueno, sin asumir que todo ocurre para bien. El tema central de este estudio, las contribuciones distintivas que los exiliados y expatriados han hecho a la creación y difusión del conocimiento, necesariamente privilegia los aspectos positivos. Evidentemente no debemos olvidar las carreras truncadas, los libros que se podrían haber escrito y las contribuciones al conocimiento que se podrían haber hecho de no haber mediado el exilio, aunque nunca seamos capaces calcular esas pérdidas. Hasta las ganancias suelen ser «incommensurables», como en el caso de los historiadores alemanes refugiados de la década de 1930, que ejercieron «una gran influencia» en Gran Bretaña y Estados Unidos a través de sus actividades docentes y de sus encuentros personales, más que por medio de sus publicaciones[23].

Muchos exiliados lograron «trasplantarse», en cierta medida, con ayuda de una de las tres estrategias que uno de ellos, el abogado Franz Neumann, señalara en la década de 1950: asimilarse a la cultura del país de acogida, resistirse a ella o, lo más fructífero, integrar o sintetizar aspectos de ambas culturas[24]. Los exiliados también podían autosegregarse e intentar reconstruir su comunidad en suelo extranjero, viviendo cerca de compatriotas exiliados, hablando su lengua materna, gestionando sus propias escuelas, leyendo sus propios periódicos, oficiando en sus propias iglesias, sinagogas o mezquitas hasta crear una «pequeña» nación (una pequeña Italia o Alemania o Rusia) con sus propios modelos de sociabilidad. En su monografía sobre los refugiados de la Revolución Francesa, Nina Rubinstein hace hincapié en su deseo de mantenerse unidos más que de adaptarse a la cultura del país de acogida[25]. Como bien sugirió Neumann, también se podía optar por algo intermedio. En este libro defendemos la teoría de que los investigadores que se situaron en algún punto intermedio de estos extremos fueron los que más contribuyeron al avance del conocimiento.

La experiencia del exilio varía de generación en generación. Para la primera

generación de emigrantes adultos, solía ser difícil adaptarse a la cultura del país de acogida. La generación más joven se asimilaba más fácilmente y a menudo se daba un cambio de roles en algún punto, cuando el hijo se convertía en «guardián y proveedor» de sus padres, como le ocurrió al editor George Weidenfeld, que llegó a Londres con su familia en 1938[26]. En cuanto a la tercera generación, la de los nietos, puede que no se considere en el exilio, aunque estén marcados por la experiencia de haber crecido en el seno de una familia más o menos extranjera. En este sentido, los individuos de las tres generaciones desempeñaron un papel importante tanto en la creación como en la difusión del conocimiento.

La recepción de las ideas de los exiliados en su nuevo hogar también variaba de generación en generación. Lo mejor que podían ofrecer los recién llegados no era información, sino una forma de pensar, una mentalidad o hábitos diferentes a los dominantes en el país donde se habían establecido. Pero esa diferencia hizo que los refugiados no siempre fueran entendidos o apreciados por los miembros de su propia generación. En cambio la siguiente generación, que incluía a estudiantes formados por los exiliados, solía mostrar un talento más abierto a sus ideas. Aunque muchos de los exiliados no vivieron para verlo, a largo plazo su llegada redundó en beneficio de los países de acogida.

DELIMITACIÓN DEL TEMA

En este volumen presentamos estudios de caso relacionados con la historia del conocimiento en Europa y las Américas. El arco cronológico abarca aproximadamente los últimos quinientos años, en concreto desde 1453, cuando los otomanos tomaron Constantinopla, a 1976, cuando se estableció una dictadura militar en Argentina. Debemos delimitar el tema si queremos que sea manejable. Pese a la importancia del «saber hacer» y de la «migración del talento», quisiera centrarme en las contribuciones de académicos y científicos a la «comunidad del saber» y la «república de la ciencia».

En el ámbito académico me referiré relativamente poco a las ciencias naturales, aunque las mencionaré brevemente a intervalos regulares para hacer comparaciones. La omisión se debe en parte a lo que la Iglesia católica denomina (o denominaba) «ignorancia invencible» por mi parte. En cualquier

caso, que los científicos naturales creen conocimiento depende menos de dónde vivan que en el caso de los especialistas en humanidades, aunque descubran plantas residiendo en el extranjero o formulen nuevas hipótesis partiendo de discusiones con colegas extranjeros. En el caso de las humanidades y las ciencias sociales el desplazamiento ejerce un efecto mucho más penetrante. Para ilustrarlo recurriré a menudo a ejemplos de mi profesión, que resultan muy apropiados en un estudio surgido a partir de las conferencias que diera en la Sociedad Histórica de Israel.

Como no me interesa solo la creación de conocimiento, sino asimismo su difusión, he incluido en este libro a algunos grupos que no pertenecen al mundo académico, como traductores, impresores, periodistas y editores, que aparecerán con frecuencia en las páginas que siguen junto a varios bibliotecarios como Walter Gottschalk de la Universidad de Estambul o Willi Gutschmann de la Universidad de East Anglia. De hecho, algunos editores-impresores de la Europa protomoderna, como por ejemplo los famosos exiliados Prosper Marchand y Jean-Frédéric Bernard, consideraban que su papel consistía en difundir cierto tipo de conocimiento, y lo mismo cabe decir de los editores rusos del Berlín de la década de 1920 o de los editores españoles de Ciudad de México y Buenos Aires en la década de 1940.

Para delimitar el tema un poco más excluiré a viajeros, estudiantes y diplomáticos, ya que, al contrario que otros expatriados, suelen vivir fuera de sus países durante un periodo de tiempo relativamente corto. Tampoco tendremos en cuenta a los exiliados internos, que se oponen al sistema político o religioso dominante e intentan vivir en su propio país como si estuvieran en el extranjero. Hay muchos ejemplos en la Europa protomoderna de individuos, que a pesar de no aceptar la religión oficial en su parte del mundo agachaban la cabeza: judíos y musulmanes en los países cristianos, católicos en países protestantes (y viceversa) y grupos cuyos puntos de vista resultaban poco ortodoxos en cualquier parte, como la Familia del Amor, que probablemente contara entre sus miembros con el impresor Christophe Plantin, el geógrafo Abraham Ortelius y el especialista en Sagradas Escrituras Benito Arias Montano. En el siglo XX se les denominó disidentes políticos, término que se aplicó por igual al lingüista judío Viktor Klemperer, que sobrevivió a la Alemania de Hitler y puso sus subversivas ideas por escrito en un diario, y al físico nuclear ruso Andrei Sakharov, activista pro derechos humanos y exiliado en su propio país cuando le desterraron de Moscú y hubo de

establecerse en Gorky.

Los novelistas y poetas expatriados, como por ejemplo Camões y Cervantes pero también Conrad y Mickiewicz, Joyce y Nabokov, tampoco formarán parte de este estudio, porque hay que trazar un límite en algún punto y, por decirlo suavemente, la temática de este libro es muy amplia. Se podría escribir otro libro en la misma línea sobre los escritores de ficción en el exilio. Por ejemplo, el desapego con el que Henry James contemplaba tanto a Gran Bretaña como a Estados Unidos encaja muy bien en uno de los temas centrales de mi libro[27]. Igualmente, las novelas de Ruth Praver Jhabvala, que nació en Alemania, creció en Inglaterra y vivió durante décadas en la India y Estados Unidos, reflejan la aguda y atinada visión del forastero. Cuando Jhabvala dirigió su penetrante mirada hacia su propio problema declaró en 1979 en una alocución pública: «Aparezco ante ustedes como una escritora que no ha brotado de suelo alguno sobre el que escribir; arrastrada de país en país, de cultura en cultura hasta que no siento nada, hasta que ya no soy nada. Resulta que me gusta». Volvió sobre el tema en otras ocasiones. «Una vez que has sido una refugiada siempre serás una refugiada. No recuerdo haberme sentido mal dondequiera que estuviera, pero no te comprometes del todo con el lugar donde vives ni quieres identificarte completamente con la sociedad de la que formas parte»[28].

Intentaré desvelar en este libro lo extraordinaria y desproporcionada que ha sido la contribución de exiliados y expatriados, no solo a la difusión del conocimiento, sino también a su creación. Quien viva en Gran Bretaña hoy difícilmente podrá dejar de apreciar las contribuciones de exiliados y otros inmigrantes a la vida intelectual del país (aunque haya quien lo logre, incluidos ministros del Gobierno). Ni yo mismo sabía, cuando empecé a escribir este libro, cuánto habían contribuido a la evolución del conocimiento todos los exiliados, no solo en Gran Bretaña (o en Estados Unidos, tierra de inmigrantes) sino en otras muchas partes del mundo.

MÉTODO

Para medir la importancia de las aportaciones al conocimiento de los exiliados, habría que comparar los logros de ese grupo con los de un grupo de control de no-exiliados, que reuniera todas las demás características de los

primeros. Obviamente, se trata de unas condiciones que ningún historiador puede recrear. De manera que, en lo que sigue, voy a centrarme en algunos casos de estudio para analizar la relación existente entre las contribuciones al conocimiento de los exiliados y la situación de los individuos y grupos que las realizaron.

Aunque mi método no sea del todo general, al menos nos será útil para realizar comparaciones. Uno de los objetivos que me he propuesto es combinar una visión general, una descripción de los grandes movimientos migratorios de investigadores exiliados en Occidente durante más de cinco siglos, con estudios de casos concretos que analizo en detalle y, espero, en profundidad. Las contraposiciones y comparaciones explícitas me ayudan a mantener el equilibrio entre la importancia dada a procesos recurrentes y la atención dedicada a contextos específicos.

Quienes se dedican a la historia comparada suelen establecer sus diferencias sobre distintos lugares, no épocas diferentes. Considero, sin embargo, necesarias las comparaciones y contraposiciones sistemáticas entre distintos periodos históricos. Por ejemplo, en el caso de los expatriados comparo y contrasto a los investigadores alemanes que trabajaron en la Rusia del siglo XVIII con los intelectuales franceses que estudiaron y enseñaron en Brasil en la década de 1930.

La principal comparación (y contraposición) que realizo es entre los exiliados protestantes del siglo XVII y los judíos del siglo XX. El paralelismo entre ambas diásporas es obvio y no es casualidad que algunos historiadores israelíes, como Miriam Yardeni (que abandonó Rumanía de niña tras la Segunda Guerra Mundial) hayan escrito sobre el primero de los periodos pensando en el segundo. Irene Scouloudi, hija de un inmigrante griego y secretaria durante muchos años de la Huguenot Society de Londres, también se inspiró en el paralelismo entre el pasado y el presente.

Existen diferencias entre ambas diásporas que saltan a la vista: la importancia del clero en el primer caso, en una época de migración confesional, y la importancia de los profesores en la segunda diáspora, cuando el papel de las universidades en la cultura del conocimiento hegemónico era más importante de lo que había sido nunca y de lo que nunca volvería a ser tras la década de 1930. También compararé y contrastaré los efectos suscitados en dos culturas, la británica y la norteamericana, por la llegada de los académicos refugiados, así como su influencia en dos disciplinas: la

sociología y la historia del arte.

Los análisis de este libro se basan en una biografía colectiva o «prosopografía», un método utilizado por los historiadores alemanes especialistas en la Roma antigua e introducido en Gran Bretaña por el historiador emigrante Lewis Namier. El principal problema que plantea este método para el estudio de los investigadores exiliados o expatriados podría definirse como el «problema *iceberg*». Es decir, la vida de los exiliados que está bien documentada, la de los «emigrantes ilustres», solo es la parte visible de un grupo mucho mayor[29]. En el caso de la época protomoderna apenas contamos con algo más que los nombres de investigadores individuales, de manera que lo más probable es que las contribuciones al conocimiento más significativas fueran realizadas por muchas personas cuyos nombres se han perdido. El único caso que nos permite hacer análisis estadísticos, porque disponemos de información sobre un número de investigadores lo suficientemente elevado, es el de la gran diáspora judía de la década de 1930. Pero incluso en este caso faltan detalles cruciales hasta en las obras de referencia estándar, como los nombres de algunas investigadoras a las que hago referencia en el Apéndice.

A pesar de estas lagunas, las biografías colectivas aportan detalles significativos, impiden las generalizaciones apresuradas y nos permiten ver más allá de la punta del iceberg. Nos recuerdan la importancia de las contribuciones de investigadores de segundo rango e impiden que sucumbamos a lo que el sociólogo Robert Merton denominó el «efecto Mateo» (en referencia al pasaje del Nuevo Testamento en el que se afirma: «A quien tiene se le dará más»); los descubrimientos y las ideas de científicos menos conocidos se han acabado atribuyendo a menudo a unos pocos famosos[30].

Evidentemente los relatos de los intelectuales refugiados del siglo XX son mucho más conocidos, gracias a sus cartas y memorias, que las historias de sus colegas protomodernos. La literatura secundaria también es mucho más rica. De ahí que intente practicar lo que Marc Bloch denominaba el «método regresivo», planteando algunas de las preguntas que han formulado los investigadores sobre la década de 1930 para resolver cuestiones relacionadas con la época protomoderna, en concreto con la década de 1680, e intentando responderlas de forma apropiada para una época más remota.

[1] Frederick Jackson Turner, «The Significance of History», 1891, reeditado en Fulmer Mood (ed.), *The Early Writings of Frederick Jackson Turner*, Madison, WI, University of Wisconsin Press, 1938, pp. 47-48.

[2] Karl Mannheim, «The Problem of a Sociology of Knowledge», traducido al inglés en sus *Essays in the Sociology of Knowledge*, Londres, Routledge, 1952, pp. 134-190 [ed. cast.: *El problema de la sociología del saber*, Madrid, Tecnos, 1990]; Peter Burke, *A Social History of Knowledge from Gutenberg to Diderot*, Cambridge, Polity Press, 2000; [ed. cast.: *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós, 2012]; *ibid.*, *A Social History of Knowledge from the Encyclopédie to Wikipedia*, Cambridge, Polity Press, 2012 [ed. cast.: *Historia social del conocimiento. De la Enciclopedia a la Wikipedia*, Barcelona, Paidós, 2012].

[3] Yitzhak Baer, *Galut*, 1936, trad. inglesa, Nueva York, Schocken, 1947.

[4] José Gaos, «La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana», *Revista de Occidente* 14 (1966), pp. 168-178, esp. p. 178; Adolfo Sánchez Vázquez, *Del exilio en México*, México, Grijalbo, 1991, p. 34 *passim*. Sobre Gaos, Aurelia Valero Pie, «Metáforas del exilio: José Gaos y su experiencia del “transtierro”», *Revista de Hispanismo Filosófico* 18 (2013), pp. 71-78, esp. pp. 72-73.

[5] Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano*, La Habana, Montero, 1940. La palabra transculturación aparece en el subtítulo.

[6] Antoon de Baets, «Exile and Acculturation: refugee historians since the Second World War», *International History Review* 28 (2006), pp. 316-335, esp. p. 329.

[7] Sobre los términos en inglés véase *Oxford English Dictionary*, segunda edición, Oxford, Oxford University Press, 1993; sobre los términos en francés, Henri Basnage, *Dictionnaire*, citado por David van der Linden en *Experiencing Exile: Huguenot refugees in the Dutch Republic, 1680-1700*, Farnham, Ashgate, 2015, nota 11.

[8] Jan Lucassen y Leo Lucassen (eds.), *Migration, Migration History, History: old paradigms and new perspectives*, Berna, Peter Lang, 1997, p. 11.

[9] Hannah Arendt, «We Refugees», en Ron H. Feldman (ed.), *The Jew as Paria: Hannah Arendt*, Nueva York, Grove Press, 1978, pp. 55-66, esp. p. 55; Ariel Dorfman citado en Mario Sznajder y Luis Roniger, *The Politics of Exile in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 28. Sobre Herz *cfr.* Peter Stirk, «International Law, Emigrés and the Foundation of International Relations», en Felix Rösch (ed.), *Emigré Scholars and the Genesis of International Relations*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2014, pp. 61-80, esp. p. 75.

[10] Sobre la negación véase Nina Rubinstein, *Die französische Emigration nach 1789: ein Beitrag zur Soziologie der politischen Emigration*, Graz, Nausner & Nausner, 2000, pp. 93, 176. *Cfr.* una entrevista realizada a Rubinstein en 1987, citada en David Kettler, Colin Loader y Völker Meja, *Karl Mannheim and the Legacy of Max Weber*, Aldershot, Ashgate, 2008, pp. 148-149. Sobre Jurieu y los hugonotes *cfr.* Elisabeth Labrousse, *Pierre Bayle*, 2 vols., La Haya, Nijhoff, 1963-1964, vol. 1, pp. 203, 209. Sobre Pevsner *cfr.* Susie Harries, *Nikolaus Pevsner: the life*, Londres, Chatto & Windus, 2011, p. 190.

[11] Michel S. Laguerre, «The Transglobal Network Nation: diaspora, homeland and hostland», en Eliezer Ben-Rafael y Yitzhak Sternberg (eds.), *Transnationalism: diasporas and the advent of a new (dis)order*, Leiden, Brill, 2009, pp. 195-210. En alemán el término *Gastland*, en el sentido de país de acogida, es más antiguo. Rubinstein, *Die französische Emigration*, p. 92 (escrito en 1933).

[12] Oí a Andreski contar esta anécdota en la década de 1960, cuando fue profesor visitante en la Universidad de Sussex.

[13] Friedrich K. Stadler, «Transfer and Transformation of Logical Empiricism», en Gary L. Hardcastle y Alan W. Richardson (eds.), *Logical Empiricism in North America*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2003, pp. 216-233, esp. p. 222; *cfr.* Diederick Raven y Wolfgang Krohn, «Edgar Zilsel: His Life and Work», en Zilsel, *The Social Origins of Modern Science*, Dordrecht, Kluwer, 2000, pp. xix-

lix.

[14] Leonardo Olschki a Karl Vossler, 9 de febrero de 1947, citado en Hans Helmut Christmann y Frank-Rutger Hausmann (eds.), *Deutsche und österreichische Romanisten als Verfolgte des National Sozialismus*, Tübinga, Stauffenburg, 1989, p. 255.

[15] Colin Eisler, «*Kunstgeschichte American Style: a study in migration*», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 544-629, esp. p. 578; Erwin Panofsky, carta a Abraham Flexner, 1938, citada en Karen Michels, *Transplantierte Wissenschaft: Der Wandel einer Disziplin als Folge der Emigration deutschsprachiger Kunsthistoriker in die USA*, Berlín, Akademie Verlag, 1999, p. 119; Pevsner, *op. cit.*, p. 123.

[16] Theodor Adorno, *Minima moralia*, Fráncfort, Suhrkamp, 1951, nota 13 [ed. cast.: *Mínima Moralia*, Madrid, Akal, 2004].

[17] Casaubon citado en John P. Considine, *Dictionaries in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 98; Zweig citado en George Prochnik, *The Impossible Exile: Stefan Zweig at the end of the world*, Nueva York, Other Press, 2014, p. 40; Edward W. Said, *Out of Place: a memoir*, Londres, Granta, 2000.

[18] Lee Congdon, *Exile and social thought: Hungarian intellectuals in Germany and Austria, 1919-1933*, Princeton, Princeton University Press, 1991; Leo Szilard, «Reminiscences», en Fleming y Bailyn, *The Intellectual Migration*, pp. 94-151, esp. p. 95.

[19] María Lúcia G. Pallares-Burke, *O triunfo do fracasso. Rudiger Bilden, o amigo esquecido de Gilberto Freyre*, São Paulo, UNESP, 2012s.

[20] Catherine Epstein, «*Schicksalsgeschichte: refugee historians in the United States*», en Hartmut Lehmann y James Sheehan (eds.), *An Interrupted Past: German-speaking refugee historians in the United States after 1933*, Washington D.C., German Historical Institute, 1991, pp. 116-135.

[21] Citado en Stephen Games, *Pevsner: the early life*, Londres, Continuum, 2010, p. 202.

[22] Paul K. Hoch y Jennifer Platt, «Migration and the Denationalization of Science», en Elizabeth Crawford *et al.* (eds.), *Denationalizing Science*, Dordrecht y Boston, Kluwer, 1993, pp. 133-152, esp. p. 143.

[23] Epstein, «*Schicksalsgeschichte*», *cit.*, p. 135.

[24] Franz Neumann, «The Social Sciences», en Neumann (ed.), *The Cultural Migration: the European Scholar in America*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1953, pp. 4-26.

[25] Nina Rubinstein, *Die französische Emigration nach, 1789*, *cit.*

[26] George Weidenfeld, *Remembering My Good Friends*, Londres, Harper Collins, 1994, p. 94.

[27] Sobre las artes, Jarrell J. Jackman y Carla M. Borden (eds.), *The Muses Flee Hitler*, Washington D.C., Smithsonian Press, 1983; Daniel Snowman, *The Hitler Emigrés: the cultural impact on Britain of refugees from Nazism*, Londres, Chatto & Windus, 2002.

[28] Ambos pasajes citados en su eschuela publicada en *The Independent* el 4 de abril de 2013.

[29] Laura Fermi, *Illustrious Immigrants: the intelectual migration from Europe, 1930-1941*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.

[30] Robert K. Merton, «The Matthew Effect in Science», *Science* 159 (1968), pp. 56-63.

I

LA VISTA DESDE LOS MÁRGENES O LOS USOS DEL DESPLAZAMIENTO

Este libro trata de contribuciones concretas al conocimiento realizadas por los exiliados, y de ahí que pueda pecar de «triumfalismo» al centrarse en los éxitos olvidando los fracasos. Por eso conviene recalcar, desde el principio, que los forasteros se suelen topar con ciertos límites porque carecen del conocimiento local de los nativos. Y a la inversa, tanto los extranjeros como los nativos disfrutaban de lo que se denomina «privilegios cognitivos», aunque las contribuciones al conocimiento de éstos últimos no sean objeto de este libro. También se ha señalado que «no toda obra histórica escrita en el exilio es significativa o innovadora [...] los emigrantes tienden a tener sus propios prejuicios, defensas y resentimientos»[\[1\]](#). Sin duda esta afirmación es igualmente válida para otras disciplinas al margen de la historia, pues el conflicto abierto entre diferentes prejuicios siempre puede generar nuevas formas de percibir y de entender.

No he escrito este libro para recopilar las diversas contribuciones al conocimiento realizadas por los exiliados, sino para averiguar qué las hace peculiares. Analizaré tanto «procesos» como «productos», intentando descubrir qué tipo de contribuciones al conocimiento realizaron los *emigrés*[\[2\]](#). La respuesta es simple, matizaron significativamente el «provincianismo». Para ser más exactos habría que decir que el encuentro entre los exiliados y sus anfitriones produjo un doble proceso de apertura de horizontes. Los exiliados se hicieron más cosmopolitas al trasladarse de una cultura a otra, pero también contribuyeron a que sus anfitriones fueran menos provincianos, desvelando para ellos nuevas formas de conocimiento y modos de pensar alternativos. Resumiendo, el exilio y, en menor medida, la expatriación, fueron muy educativos para ambas partes.

EL EXILIO COMO PROCESO EDUCATIVO

En este libro intento dar respuesta a la pregunta fundamental de si los

exiliados y expatriados realizaron una contribución específica al conocimiento en distintas épocas y lugares. En la sección que nos ocupa quisiera ofrecer una muestra de las conclusiones alcanzadas en el estudio para luego justificarlas en los capítulos subsiguientes. Sugiero que el exilio es un tipo formación, muy dura para los exiliados y más tolerable para ciertos individuos con los que estos se topan en el país de acogida.

Al decir que el exilio es un proceso formativo, aunque se trate de una educación carente de sentimentalismos, corremos el riesgo obvio de infravalorar la cara negativa de estos sucesos. Los emigrantes que se autoseguran bien pueden no aprender ni olvidar nada, como señalara Talleyrand en relación a la familia real que volvió a Francia tras 1815. Por otro lado, los anfitriones no siempre aprenden de los recién llegados y, en cualquier caso, suele haber malentendidos.

Pero en muchos casos, ambos polos del encuentro aprenden cosas importantes. Los exiliados adquieren nuevos puntos de vista, una especie de recompensa por la lucha por la supervivencia que han de librar en el seno de una cultura ajena. Los expatriados también aprenden de sus experiencias en el extranjero, aunque en su caso la presión por aprender no es tan intensa porque tienen un plan de fuga. Llevan, por así decirlo, el billete de vuelta en el bolsillo y esperan volver a casa en algún momento. En cuanto a los ciudadanos del país de acogida, los estudiantes de profesores exiliados a menudo descubren cosas que no hubieran visto a través de los ojos de otros profesores, y doy fe de que así era en el Oxford de la década de 1950. Lo mismo se aplica a los estudiantes de los países de origen de los exiliados que vuelven a su patria.

EL RETORNO DEL NATIVO

Gran parte de este análisis trata de la interacción entre los exiliados y expatriados y la cultura del país de acogida, pero también debemos tener en cuenta las consecuencias para el conocimiento que tiene el exilio en los países de origen de los emigrantes. La cara negativa de esta «fuga de cerebros» es obvia, pero a veces también se registran consecuencias positivas, al menos en el caso de los exiliados que vuelven o «re-emigran». Como tendremos ocasión de ver en el último capítulo, muchos de los exiliados que volvieron a

Alemania tras 1945 introdujeron nuevas ideas y métodos.

Un ejemplo sorprendente del «regreso del nativo» es el del historiador y sociólogo brasileño Gilberto Freyre, enviado por su familia a estudiar a Estados Unidos durante cinco años cuando cumplió los dieciocho años. Dos intensos meses en Inglaterra, sobre todo en Oxford, le convencieron de que debería haber sido inglés. Cuando visitó Lisboa la vio «con ojos de inglés más que de brasileño». Se podría decir, que a su vuelta a su provincia natal de Pernambuco en 1923 contemplaba Brasil del mismo modo que Lisboa. El libro que le hizo famoso, *Casa-grande y senzala* (1933), en el que describe el Brasil colonial de las plantaciones de caña de azúcar, tiene muchísima fuerza. Uno de los mejores críticos de Freyre, el antropólogo Darcy Ribeiro, describe la mirada del autor como la de alguien que es medio nativo y medio forastero, que tiene una doble identidad: que es «pernambucano y es inglés»[3].

AMPLIACIÓN DE HORIZONTES

El tipo de educación que acabamos de mencionar puede describirse como una ampliación de horizontes o un proceso de «reducción del provincianismo». El teólogo alemán Paul Tillich afirmó, que solo cuando se trasladó a Estados Unidos «fue consciente» de su «provincianismo», que fue perdiendo poco a poco hasta que dejó de considerar a Alemania el núcleo de los estudios sobre teología. Según un estudio comunitario realizado por dos antropólogos, los habitantes del pueblo de Átány solían bromear diciendo «Hungria es el centro del mundo y Átány es el centro de Hungria»[4]. Bromas aparte, podemos definir el provincianismo como la idea de que la propia comunidad ocupa el centro del mundo (el sociólogo norteamericano William G. Sumner definió el etnocentrismo como «la idea de que el grupo al que uno pertenece está en el centro de todo»[5]). Tillich no es el único que nos brinda un testimonio de primera mano en relación a este proceso. El historiador alemán Hajo Holborn, por ejemplo, que se trasladó a Estados Unidos en 1934 y trabajó como profesor en Yale afirmó: «Al convertirme en un estadounidense he adquirido una perspectiva mucho más amplia de todo lo alemán»[6].

El periodista y teórico peruano José María Mariátegui, que vivió en Italia en la década de 1920, afirmó que los años pasados en el extranjero habían ampliado sus horizontes, y proclamó que «no había viajado a un país

extranjero para hacerse con los secretos de los demás, sino en busca de nuestro propio secreto». Como bien señalara en una ocasión el escritor inglés G. K. Chesterton, «el objetivo de los viajes no es hollar tierras extranjeras, es poner pie en la patria como si fuera el extranjero». El periodista (y luego historiador) brasileño Sergio Buarque, que vivió en Berlín entre 1929 y 1930, afirmó después: «Solo ves tu país de forma holista cuando te vas lejos»[7]. Como escribiera el historiador alemán Ernst Kantorowicz, «toda desventaja oculta una ventaja»[8].

La «ampliación de horizontes» constituye lo que denominamos un «concepto paraguas», y se logra por medio de diferentes procesos; tres de ellos nos serán de gran utilidad: la mediación, el distanciamiento y la hibridación.

MEDIACIÓN

Cuando Karl Mannheim escribió sobre lo que denominaba la «función» de los emigrados, hizo hincapié en su capacidad para mediar entre la cultura de su país de origen y la del país de acogida[9]. La mediación implica difusión y de ahí que ciertos impresores y editores ocupen un lugar destacado en este estudio. La difusión topa con obstáculos lingüísticos obvios, el hecho de que los exiliados tengan su propia lengua materna es tanto una ventaja como un lastre en su nuevo hogar; es un capital intelectual que les permite ganarse la vida dando clases de idiomas o creando gramáticas y diccionarios. Algunos de los refugiados griegos, que huyeron de Bizancio tras su conquista por parte de los otomanos, daban clases de griego clásico, y algunos de los protestantes franceses que vivieron en el exilio en Ámsterdam, Londres o Berlín se ganaron la vida como profesores de idiomas. El desplazamiento convirtió a muchos exiliados en traductores, algo muy apropiado, puesto que ellos mismos se habían «traducido», en el sentido arcaico del verbo inglés que implica «traslación».

La mediación entre lenguas se extiende fácilmente a la mediación entre culturas. Los eruditos griegos que llegaron a la Italia del Renacimiento introdujeron a algunos de sus anfitriones en el mundo de la Grecia antigua; los refugiados hugonotes difundieron la cultura francesa y los exiliados rusos en Gran Bretaña y Estados Unidos, entre ellos Isaiah Berlin, George Florovsky y George Vernadsky, difundieron el conocimiento de la cultura rusa. Los

académicos judeo-alemanes que fueron llegando a Estados Unidos a partir de la década de 1930, enseñaron historia alemana y publicaron libros sobre el tema. Hubo investigadores en el exilio que cambiaron de especialidad y se dedicaron al estudio de su cultura de origen, movidos por la nostalgia o por la necesidad de encontrar trabajo. Fue el caso de Konstantin Mochulski, un antiguo especialista en literatura romance que se refugió en París huyendo de la Revolución bolchevique y empezó a publicar en ruso libros sobre escritores eslavos, en especial sobre Dostoievski.

También se dio el fenómeno contrario, el de los exiliados convertidos en especialistas en la cultura de sus países de acogida. El hugonote Paul de Rapin-Thoyras se hizo famoso por su historia de Inglaterra, escrita en francés y leída en muchas partes de Europa. Otros refugiados hugonotes difundieron en Francia y otros lugares la cultura inglesa y alemana, traduciendo textos y publicando artículos de prensa. Eduard Bernstein, un socialista alemán exiliado en Londres entre 1888 y 1901, realizó una notable investigación sobre pensadores radicales ingleses del siglo XVII y fue el primero en llamar la atención sobre los escritos de uno de ellos: Gerard Winstanley. Israel Gollancz, refugiado de segunda generación, acabó siendo profesor de inglés en el King's College de Londres entre 1903 y 1930 y se convirtió en un gran especialista en Shakespeare.

Un historiador ruso en el exilio, Nikolay Ottokar, acabó siendo un especialista en la historia de Florencia. Dos exiliados rusos en Gran Bretaña, Paul Vinogradoff, a principios de 1900, y Michael Postan, en la década de 1920, acabaron siendo autoridades en la sociedad medieval inglesa, como el polaco Lewis Namier en la Inglaterra del siglo XVIII. Entre los refugiados que llegaron en la década de 1930, Geoffrey Elton se convirtió en una autoridad en la Inglaterra de los Tudor y Nikolaus Pevsner en arquitectura inglesa. Peter Henock (originalmente Ernst Peter Henoch), eligió la Inglaterra del siglo XIX como campo de estudio, señalando que los inmigrantes suelen «sentir interés por su país de acogida y, como historiadores, a veces perciben elementos cruciales más claramente que los historiadores nativos». Henock afirmaba que, como inmigrante, nunca podía dar por sentada la historia inglesa (lo que demuestra, una vez más, el buen uso que puede darse al distanciamiento^[10]).

Inglaterra no ha sido el único lugar donde los inmigrantes han ayudado a los nativos a entender su propia cultura. Otto María Carpeaux, un vienés que huyó a Brasil en 1938, se convirtió en uno de los mejores críticos de la literatura

brasileña e introdujo a los lectores de ese país en la obra de diversos escritores europeos, como Franz Kafka y Robert Musil.

Al igual que los intérpretes, los antropólogos también son un buen ejemplo de mediadores profesionales, pues en tanto que traductores de culturas, tienden puentes entre la cultura en cuyo seno realizan su trabajo de campo (un exilio temporal) y su propia cultura. La idea misma de «traducción cultural» procede del antropólogo británico Edward Evans-Pritchard, de manera que no debería sorprendernos que exiliados y expatriados hayan desempeñado un papel fundamental en la historia de la antropología, sobre todo en Gran Bretaña y en Estados Unidos. En el caso de Gran Bretaña, el polaco Bronislaw Malinowsky prácticamente fundó la disciplina, y en Estados Unidos el inmigrante alemán Franz Boas desempeñó un papel análogo. Sus discípulos más destacados fueron Robert Lowie (antes Löwe), de Viena y Paul Radin de la Polonia rusa, junto a Alfred Kroeber, nacido en Estados Unidos, pero hijo de inmigrantes que hablaban alemán en casa.

Los especialistas pueden convertirse en mediadores sin salir de casa. Sentados en sus estudios, en esos «centros de operaciones» que son las grandes ciudades, recopilan la información aportada por exiliados y expatriados y la sintetizan[11]. Tenemos un ejemplo obvio en el jesuita alemán Athanasius Kircher, que trabajaba en Roma, donde disponía de toda la información enviada por los jesuitas. Algunos le mandaban sus observaciones por escrito (sobre el cometa de 1652, por ejemplo) y respondían a sus preguntas[12]. Otros conversaron con Kircher a su vuelta tras años trabajando como misioneros en China, la India y otros lugares. Gracias a su red jesuítica, Kircher pudo publicar libros sobre diversos temas: China, la geología, la medicina, etcétera. Su contribución al estudio dependía de la labor de campo de los misioneros, que a su vez se basaba en encuentros personales con los informantes.

DISTANCIAMIENTO

«Distanciamiento» es, como la «ampliación de horizontes», un concepto paraguas que cubre ciertas consecuencias generadas por la distancia. Una de las más importantes es la capacidad para ver lo que suele denominarse el «cuadro general». En cierta ocasión, Alexis de Tocqueville comparó al teórico

con un viajero que sube a una colina para contemplar toda la ciudad por primera vez: «Pour la première fois, il en saisit la forme». El historiador August Schölzer ya había afirmado algo parecido recurriendo al mismo ejemplo: «Se pueden conocer todas y cada una de las calles de una gran ciudad, pero sin un plano o la vista panorámica que brinda un punto elevado, no se percibirá el conjunto»[\[13\]](#).

El distanciamiento impuesto por el exilio ha dotado a algunos investigadores de una especie de «vista aérea» que les permite percibir mejor el cuadro general. Erich Auerbach, por ejemplo, dejó la Universidad de Marburgo cuando le quitaron su cátedra en 1935 y se trasladó a Estambul, donde fue capaz de convertir lo que parecía una desventaja, haber perdido el acceso a las bibliotecas alemanas, en un éxito. Fue allí donde escribió *Mimesis* (1946), su famosa panorámica de la literatura occidental, en la que comenta desde la Biblia y Homero a Virginia Woolf.

Casa-Grande y senzala (1933), el libro más famoso del historiador y sociólogo brasileño, Gilberto Freyre, también fue escrito en el exilio, parte en Lisboa y parte en Stanford. Freyre huyó tras la revolución de 1930 que llevó a Getulio Vargas al poder y su amigo, Rodrigo Mello Franco de Andrade, afirmó que *Casa-grande* había sido una de las consecuencias positivas de esa revolución[\[14\]](#). El español Américo Castro trabajó en filología medieval en su país de origen, pero cuando hubo de exiliarse a Estados Unidos se volvió más ambicioso y escribió su libro más famoso, una interpretación de la historia de España muy original y muy controvertida, en la que intentaba explicar el surgimiento de la intolerancia haciendo hincapié en lo que diferenciaba a España del resto del mundo[\[15\]](#).

No todos los intelectuales exiliados respondieron al reto como Auerbach, Freyre o Castro. El filólogo austriaco Leo Spitzer, por ejemplo, compañero de exilio de Auerbach en Estambul, siguió prefiriendo el micro-análisis al macro-análisis y buscaba ese detalle significativo que le permitía pintar el cuadro general. En todo caso, el interés por el conjunto es algo recurrente en la historia intelectual de exiliados y expatriados.

Fernand Braudel es un buen ejemplo de expatriado que escribió sus principales obras en el extranjero. También fue un exiliado, como prisionero en dos campos de concentración de Alemania, pero hasta entonces había vivido más de una década en Argelia enseñando en el *lycée* (donde conoció a la que luego sería su esposa) y dos años en Brasil, dando clases en la nueva

Universidad de São Paulo (1935-1937). En una ocasión Braudel afirmó que la distancia y el distanciamiento (*le dépaysement, l'éloignement*) eran importantes herramientas para la adquisición de conocimientos (*grands moyens de connaissance*). En este sentido, resulta muy sorprendente que no tuviera nada que decir sobre el valor de la proximidad. En su libro sobre el Mediterráneo, narrado desde la perspectiva de un dios del Olimpo, Braudel nos ofrece una vívida ilustración de su deseo y su necesidad de ver el cuadro de conjunto: *Mon désir et mon besoin de voir grand*, como solía decir. Eligió la óptica del distanciamiento debido a su interés por la *longue durée*, un periodo de tiempo mucho más largo de lo que abarca cualquier experiencia humana[16].

El exilio fomenta este enfoque del distanciamiento. El sociólogo alemán Georg Simmel escribió sobre lo que denominó «la objetividad del extranjero», que no describía como «mero desapego», sino como una mezcla de «implicación e indiferencia». Mannheim, por su parte, hacía hincapié en la «adquisición de perspectiva», es decir, de una conciencia de las alternativas y de cierto distanciamiento del saber convencional, tanto del país de origen como del de acogida, que incita a la innovación[17]. Desapegados de su patria y aún no apegados al país de acogida, muchos exiliados hablan y escriben sobre ambas culturas desde un punto de vista externo. Uno de los ejemplos obvios es el de Pierre Bayle, que huyó a la República de Holanda tras la persecución desatada contra los hugonotes en la década de 1680 (hablaremos de esto en el próximo capítulo). Podríamos describir a Bayle como a un Mannheim del siglo XVII, un frío observador de la humanidad fascinado con las diferencias de opinión y los prejuicios. En cierta ocasión confesó que casi nunca recurría a los historiadores para saber qué había ocurrido en el pasado sino para descubrir «qué se decía en cada nación y en el seno de cada facción»[18].

Otro famoso ejemplo de distanciamiento es el de Lewis Namier, que llegó procedente de la Polonia rusa y se llamaba en realidad Ludwik Bernsztajn Niemirowski. Namier llegó a Inglaterra en 1907, estudió en el Balliol College de Oxford, adquirió la nacionalidad británica y cambió su nombre justo antes de la Primera Guerra Mundial. Su identidad no es fácil de definir, en Gran Bretaña era un *outsider* por ser un inmigrante polaco, en Polonia lo era por ser judío y entre los judíos por ser hijo de un terrateniente. Namier se acabó identificando con Inglaterra, al menos en algunos aspectos, algo explícito en su

obra sobre la historia del Parlamento inglés. Sin embargo, también se aprecia cómo su distanciamiento de la cultura inglesa y su falta de implicación emocional en los mitos que definen a los ingleses (incluido el saber convencional de los historiadores) le permitieron posar una mirada fresca sobre la historia de este país y desmitificar el sistema de partidos del siglo XVIII. Hay que decir que esta desmitificación provocó críticas, algunas muy notables y famosas. Se acusó a Namier de prescindir de ideas e ideales como la devoción a la libertad y de reducir, por lo tanto, la historia política a la lucha por el poder[19]. Lo positivo fue que los conocimientos que tenía Namier de los estudios históricos que se realizaban en el resto de Europa le permitieron introducir a los ingleses en la prosopografía o biografía colectiva, una técnica pionera desarrollada por los especialistas alemanes en la Roma antigua, criticada en ocasiones por su «mecanicismo científico»[20].

El cosmopolita Eric Hobsbawm es otro vivo ejemplo de distanciamiento. Nació en Alejandría y vivió en Viena y Berlín antes de mudarse con sus tíos a Inglaterra en 1933, a los dieciséis años, y completar su educación en Londres y Cambridge. Hobsbawm vivió los últimos ochenta años de su vida en Inglaterra, pero siempre mantuvo cierta distancia respecto de su país de acogida. En sus días de estudiante, por ejemplo, describía a Cambridge como «aislada y paleta» y hablaba de lo «extraordinariamente provincianos que eran los británicos en la década de 1930»[21].

Ernest Gellner procedía de Checoslovaquia y, al igual que Hobsbawm, asistió al colegio en Inglaterra justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Publicó una famosa crítica a la tradición filosófica hegemónica en Inglaterra en *Words and Things* (1959): una contribución a la sociología, a la par que un análisis de los ingleses desde una óptica distante y antropológica, en la que se pregunta qué hizo a la filosofía del lenguaje «tan aceptable» en un punto concreto del tiempo y el espacio. La describe como «una filosofía muy adecuada para caballeros», sobre todo para «los *Narodniks* del norte de Oxford». Como bien señala su biógrafo: «Gellner era un extranjero que veía un mundo que le resultaba extraño debido a su trasfondo y experiencia»[22]. En su calidad de crítico de la filosofía dominante, Gellner no veía muchas oportunidades de conseguir un puesto académico en Gran Bretaña, de manera que cambió su ámbito de estudio y se dedicó a la antropología social. Aun así, siempre fue un forastero: los filósofos le consideraban un antropólogo y al menos algunos antropólogos creían que era un filósofo cuando inició su

carrera en el Departamento de Sociología de la London School of Economics.

La antropología es una disciplina caracterizada tanto por el distanciamiento como por la mediación, en la que se practica lo que Claude Lévi-Strauss denominaba la «mirada distante» (*le regard éloigné*[\[23\]](#)), aunque algunos antropólogos se distancian más que otros de su objeto de estudio. Algunos se habían criado en el desierto; un grupo sustancial de antropólogos angloparlantes procedía de familias judías de Sudáfrica que no pertenecían ni a la mayoría blanca ni a la negra[\[24\]](#). Otros aprendieron a desapegarse al abandonar su patria. Pierre Bourdieu pasó, como Fernand Braudel, unos años en Argelia, lo que le ayudó a distanciarse de esa cultura francesa, burguesa, que observa desde fuera en *La distinction* (1979). El sociólogo norteamericano Thorstein Veblen realizó un estudio similar al de Bourdieu sobre la burguesía estadounidense de la época dorada en su *Theory of the Leisure Class* (1899). Veblen era hijo de campesinos noruegos que se vieron obligados a emigrar y Bourdieu era hijo de un cartero de pueblo, de manera que ninguno de los dos tenía mucho que ver (cuando no se mostraban abiertamente hostiles) con la clase social que analizaban.

Caso parecido es el de Albert Hirschman, un economista que hacía análisis muy antropológicos. Había nacido en Berlín y acabó en Estados Unidos tras lo que describía como «su cuarta, ¿o quinta?» emigración. Se ha dicho que Hirschman nunca sintió apego hacia las universidades en las que trabajó, no le interesaba al saber convencional de sus colegas ni se unió a grupo político alguno y llegó a afirmar tanto «cierro filas con los radicales» como «cierro filas con los liberales»[\[25\]](#).

El grado de eficacia de una comparación depende del nivel de desapego en relación a los objetos comparados. No es de extrañar que un número desproporcionado de emigrantes se hayan embarcado en análisis comparados: religiones comparadas, por ejemplo (el alemán Max Müller en Oxford, el rumano Mircea Eliade en Chicago), historia comparada (el polaco Joachim Lelewel en Bélgica, el alemán Fritz Redlich en Estados Unidos) o sociología comparada (el alemán Reinhart Bendix en Estados Unidos y el polaco Shmuel Eisenstadt en Israel).

En el caso de la historia, Helmut Koenigsberger, que fue al colegio en Inglaterra cuando llegó de Alemania, quedó muy impresionado por la historia del Parlamento que aparecía en sus libros de texto y preguntó a su profesor de historia por qué los historiadores alemanes no daban tanta importancia a sus

parlamentos. En su vida adulta, tanto él como su colega refugiado Francis Carsten se dedicaron a la historia parlamentaria comparada[26]. En el campo de la literatura comparada hallamos aún más ejemplos del papel desempeñado por los exiliados. Pensemos en el trabajo realizado por el austriaco Leo Spitzer en Estambul y Baltimore, en el alemán-neozelandés Peter Dronke en Cambridge, en el checo René Wellek en Harvard y en dos italianos, Renato Poggioli en Harvard y Franco Moretti en Nueva York y Stanford. Como toda generalización se basa en comparaciones, los exiliados también han contribuido desproporcionadamente a la teoría social y cultural.

En cierto sentido, el exiliado (y en menor medida también el expatriado) es el intelectual *par excellence*, porque es una persona «extraterritorial», como dijera de sí mismo el historiador y crítico alemán Siegfried Kracauer, quien no creía pertenecer ni a su patria ni a su país de acogida[27]. No todos los exiliados son conscientes de esta deriva, pero no cabe duda de que la experiencia del exilio la incentiva. De modo que los exiliados, como los niños, tienden a ver el mundo que les rodea con una mirada inocente. Pevsner, por ejemplo, dedicó un libro a un tema que los investigadores locales habían dado por sentado: lo «inglés» en el arte inglés.

Karl Mannheim definió el distanciamiento de forma algo exagerada cuando, en la estela de su colega mayor Alfred Weber, describió a los intelectuales como seres que «flotan libremente» (*freischwebende*), un estrato «carente de anclajes y relativamente al margen de las clases sociales»[28]. De modo que podemos hablar de la «paradoja de Mannheim», es decir, de la aparente contradicción que existe entre la idea del conocimiento socialmente determinado, a la que diera tanta importancia, y la metáfora de «flotar libremente», tan atractiva como peligrosa. Aplicándola corremos el riesgo de dar lugar a lo que el historiador napolitano Giambattista Vico podría haber calificado de arrogancia (*boria*) de los intelectuales: un sentimiento de superioridad sobre los demás, a los que tienden a considerar sumidos en cierta estrechez de miras con los prejuicios que eso conlleva. Matizando un poco las afirmaciones de Mannheim podemos decir que los intelectuales exiliados eran y son relativamente desapegados. No flotan libres de cualquier traba, pero están situados en los márgenes de dos culturas, lo que es incómodo pero hace florecer muchas ideas y proporciona una aguda conciencia de la existencia de formas de pensamiento alternativas que no tienen los individuos cómodamente instalados en su tierra natal; de ahí que corran el riesgo de volverse

provincianos y estrechos de miras.

El ayudante de Mannheim, Norbert Elias, refugiado en Inglaterra desde 1933, no solo escribió con desapego, también escribió sobre el desapego. Hizo hincapié en el peligro de involucrarse en las «formas de pensar», que asoció al «pensamiento que confunde deseo y realidad», a «sentimientos a corto plazo» y a la «incapacidad para distanciarse de las actitudes tradicionales». Por otro lado vinculó el auge de la ciencia moderna «al paso del dominio de la implicación al dominio del desapego en el conocimiento humano»[29]. Como Braudel, prácticamente no tenía nada que decir sobre los aspectos negativos del desapego ni sobre las ventajas intelectuales de la implicación en el caso de ciertos tópicos. Varias de las publicaciones de Elias pueden ser interpretadas como respuestas a su experiencia del exilio, como su breve ensayo sobre la expulsión de los hugonotes de Francia, su trabajo sobre el desapego y un estudio, convertido en libro, sobre los forasteros[30].

HIBRIDACIÓN

Exiliados y expatriados son un buen ejemplo de lo que el historiador belga de la ciencia, George Sarton, que pasó la mayor parte de su carrera en Estados Unidos, denominaba «el papel del *emigré* o forastero como catalizador intelectual y de la evolución social»[31]. El sociólogo norteamericano Robert Park señalaba, que una de las consecuencias de la emigración era el surgimiento de «un nuevo tipo de personalidad» a la que denominaba «híbrido cultural», propia de quien «vivía y compartía íntimamente la vida cultural y las tradiciones de dos pueblos diferentes». El ejemplo de Park era el «judío emancipado», y relacionaba este estudio con un ensayo anterior sobre «la preeminencia intelectual de los judíos en la Europa moderna» escrito por otro sociólogo estadounidense, Thorstein Veblen (a su vez hijo de inmigrantes, como sabemos). Veblen sugirió que los judíos tuvieron su mejor momento creativo cuando escaparon de su propia tradición sin haber asimilado aún la de sus vecinos gentiles. En otras palabras, se encontraban entre dos mundos; de hecho, los que tuvieron la previsión o la suerte de haber abandonado su patria a tiempo, se hallarían de nuevo entre dos mundos en la década de 1930[32].

Algunos exiliados desarrollaron un agudo sentido de los puntos fuertes y las

debilidades, tanto de su patria como de su país de acogida. De Adorno, por ejemplo, se ha indicado que «en Norteamérica resultaba muy evidentemente que era un europeo desplazado, pero en Europa era obvio que los años pasados en Estados Unidos le habían afectado profundamente. El resultado fue que nunca dejó de ser un exiliado en ambos contextos»[33]. De igual forma, un crítico describió a Bernhard Groethuysen, que había nacido en Berlín pero vivió en París y publicó en francés su famosa obra *Origines de l'esprit bourgeois* (1927) entre otras, como un «vagabundo entre dos mundos», Francia y Alemania[34].

VISIÓN BIFOCAL

El historiador Fritz Stern, que llegó a Estados Unidos de niño procedente de Alemania, es otro de estos vagabundos. En su autobiografía, Stern narra cómo «gradualmente fue adquiriendo una visión bifocal [...] tendía a ver las cosas alemanas con ojos de norteamericano y las norteamericanas con ojos de alemán». El historiador y filósofo de la ciencia, Yehuda Elkana, afirmó algo parecido, pero usando una metáfora distinta. Había nacido en Yugoslavia pero vivió en Israel, Alemania y Hungría y señaló en una entrevista: «En Europa hablo con voz norteamericana, pero en Estados Unidos hablo con voz europea»[35]. Un tercer exiliado, Henry Pachter, se encontraba menos cómodo en la situación y recordaba: «Me sentía constantemente atrapado entre dos mundos, tenía que explicar Norteamérica a los europeos y Europa a los estadounidenses»[36].

Estos exiliados estaban perfectamente cualificados para realizar lo que otro exiliado, Franz Neumann, denominó la «integración» de dos tradiciones: una hibridación. Evidentemente se trata de una tarea colectiva en la que participan tanto los exiliados como los «nativos». Lo veremos en detalle al hilo de un ejemplo más adelante, el del encuentro entre la teoría alemana y el empirismo anglo-americano. La percepción de analogías entre temas de debate de tradiciones diferentes condujo a una convergencia entre ellas, como en el conocido caso de la analogía entre la Virgen María de la tradición católica y la Diosa de la Misericordia (Kuan Yin, Kwannon) del budismo.

Los expatriados contribuyen a la hibridación del conocimiento, tanto si enseñan en su nuevo entorno como si aprenden de él o ambas cosas. Por

ejemplo, un reciente ensayo sobre conocimiento y colonialismo, que trata del encuentro entre los médicos británicos y los sanadores indígenas de la India y África, lleva el evocador título de *Pidgin Knowledge*[37]. El psicólogo norteamericano Scott Page analiza el tema de forma similar en su libro *The Difference*, pero fijándose en grupos pequeños del presente en vez de en grupos grandes a largo plazo, y señala que cuando hay que resolver un problema lo que él denomina «diversidad cognitiva» es más importante que la habilidad. En otras palabras, dos o tres puntos de vista son mejor que uno y un grupo que incluye individuos de culturas diferentes tenderá a hacer gala de este tipo de diversidad[38]. A veces se ha descrito la innovación en términos de «desplazamiento de conceptos»[39]; no es de extrañar que estos conceptos procedan frecuentemente de gentes desplazadas.

La difusión del conocimiento depende a menudo de la circulación de textos y otros objetos, como demuestra el impacto de una larga serie de exposiciones universales a partir de 1851. Pero la difusión siempre es más eficaz cuando surge de encuentros cara a cara, un extremo descrito magistralmente por el filósofo húngaro Michael Polanyi, otro exiliado, cuando hace referencia a su experiencia personal. Resumiendo, podemos decir que «las ideas revolotean dentro de la gente»[40]. Un geógrafo sueco recalca que «la información no-rutinaria requiere de contactos personales»[41], pues el conocimiento implícito difícilmente puede comunicarse de otra forma. Los oficios son el ejemplo obvio, ya que los aprendices aprenden observando al maestro e intentando imitar su labor mientras el maestro observa y corrige la imitación.

Los encuentros cara a cara contribuyen tanto a la innovación como a la transmisión de tradiciones. Como veremos, las ideas nuevas son a menudo el resultado de encuentros entre gentes, que al pensar de manera diferente contemplan un problema desde distintos ángulos. Lo que se ha denominado «desplazamiento de conceptos» es importante en el proceso de innovación, y es frecuente que los individuos que tratan los conceptos de esta forma creativa sean, a su vez, personas desplazadas que circulan entre circuitos, cuando no entre países[42].

No es nada raro que la gente sobre la que escriben los historiadores anticipara lo que estos creen haber descubierto. Hay que indicar, a este respecto, que ciertas ideas básicas que presentamos aquí fueron formuladas en origen por exiliados del siglo XX como Karl Mannheim, Franz Neumann y Norbert Elias. Tanto Mannheim como Elias analizaron las ideas surgidas del

desapego, mientras que Neumann, como sabemos, estudiaba posibles estrategias para científicos o académicos exiliados. Los tres ocupan su lugar en lo que podríamos denominar la teoría del exilio, una tradición que tiene más de un siglo.

TEORÍA

Georg Simmel, un sociólogo que no consiguió una cátedra en Alemania por ser judío (es decir, no del todo alemán) publicó en 1908 un famoso ensayo sobre «el extranjero» (*Der Fremde*), que trataba de las contribuciones innovadoras realizadas por gente que, como él, se encontraban dentro y fuera de un grupo social dado. Ochenta años después otro sociólogo, Zygmunt Bauman, un judío polaco exiliado en Inglaterra, describió a los judíos como «el auténtico epítome de los extranjeros de Simmel, siempre fuera incluso cuando están dentro, examinando lo familiar como si fuera un objeto de estudio extraño, planteando preguntas que no hace nadie más, poniendo en cuestión lo incuestionable, desafiando lo que no cabe desafiar»[\[43\]](#).

Robert Park, una destacada figura de la llamada Escuela de Chicago de sociología centrada en el estudio de la ciudad y sus habitantes, inmigrantes incluidos, señaló algo similar. En 1928, Park publicó un artículo en el que sugería que la migración daba lugar a un «cambio en la personalidad», a lo que él denominaba el «hombre marginal», un «individuo emancipado» que «aprende a contemplar el mundo en el que nació y creció con el desapego de un extraño»[\[44\]](#).

Autores posteriores escribieron diversas variaciones de este tema, señalando que a veces los inmigrantes sacan del provincianismo a sus anfitriones, al menos a algunos de ellos, haciéndoles ver puntos de vista con los que no estaban familiarizados. Este proceso fue descrito magistralmente por dos polacos exiliados de las décadas de 1960 y 1970: el filósofo Leszek Kolakowski y el sociólogo Zygmunt Bauman. El filósofo Leszek Kolakowski tuvo que dejar Polonia tras criticar al régimen en la década de 1960 y tituló uno de sus provocadores ensayos, «Alabanza del exilio». En él parte de la idea de que «es sabido e incuestionable que la postura del forastero supone un privilegio cognitivo» y acaba sugiriendo que el exilio no es una desgracia sino un reto, el reto de confrontar perspectivas diferentes[\[45\]](#).

Cuando preguntaron en una entrevista a Zygmunt Bauman, compatriota de Kolakowski, si se había adaptado a la cultura inglesa, éste replicó: «Adaptarse nunca fue una prioridad». El auténtico reto fue «revelar el significado de mis diferencias a mis colegas ingleses y a los estudiantes, y quizá persuadirles de que podría interesarles hacer uso de algo que en principio les resulta ajeno». Ahondando en lo anterior Bauman señaló: «La única forma de pagar la hospitalidad de mis anfitriones ingleses era ofrecerles algo que no tuvieran ni pudieran adquirir sin encuentros cara a cara con formas alternativas de pensar y actuar», algo que «los enriquecerá de la misma forma en que me ha enriquecido mi conocimiento de la vida cotidiana en Gran Bretaña». Concluía afirmando que las ganancias que proporcionaba encontrarse «fuera de lugar» eran mucho mayores que las pérdidas. «Estar “dentro”, pero parcialmente “fuera” es [...] una forma de conservar la frescura, la inocencia y la bendita sencillez de la mirada»[\[46\]](#).

Edward Said, expatriado en Estados Unidos y antes refugiado palestino, fue más ambivalente. Said calificaba al exilio de «experiencia terrible», pero hallaba compensaciones para esta «pérdida desorientadora», sobre todo en lo que denominaba la visión «del contrapunto», uno de sus calificativos favoritos, una «doble perspectiva» en la que «una idea o experiencia siempre se contraponen a otra [...] lo que nos permite ver ambas bajo una luz nueva y a menudo impredecible». Resumiendo, los exiliados viven en la «inestabilidad» y por eso mismo tienen la capacidad de desestabilizar a los demás[\[47\]](#).

RECEPTIVIDAD

El exilio y la expatriación son formas de encuentro cultural que, evidentemente, hay que analizar desde ambos polos. Así como los emigrantes que han ido a la diáspora, individuos o comunidades se han abierto en mayor o menor medida a las culturas de los países de acogida, sus anfitriones, a su vez, se han mostrado más o menos receptivos con los forasteros, o al menos con diversos tipos de forasteros. Los eruditos griegos que huyeron a Italia tuvieron mucha suerte al encontrar italianos que querían aprender lo que ellos podían enseñar. Los investigadores hugonotes que llegaron a Ámsterdam, Londres o Berlín se encontraron en una situación parecida. Retomando los ejemplos de la década de 1930, podemos decir que los españoles se adaptaron más

fácilmente a México, por ejemplo, que los alemanes a Gran Bretaña, dado que los españoles hablaban la misma lengua que sus anfitriones (o, como decía uno de ellos irónicamente, más o menos la misma lengua). Debido a la tradición británica de acoger exiliados, Gran Bretaña estuvo relativamente abierta a los extranjeros en la década de 1930 y Estados Unidos más aún. Desde el punto de vista de los departamentos universitarios, las universidades que estaban en pleno proceso de crecimiento, como la de Estambul o la de Ciudad de México, aceptaron docentes extranjeros más fácilmente que las universidades que carecían de fondos para contratar más profesores.

En este punto debemos mencionar el testimonio de dos investigadores exiliados de la década de 1930. Erwin Panofsky escribió sobre lo que denominó el «sincronismo providencial» entre la necesidad de escapar de Alemania que tenían los historiadores del arte judíos y el surgimiento de esta disciplina en Estados Unidos. La psicóloga social Marie Jahoda habló de la «intrincada interacción» entre lo que llevan consigo los inmigrantes y «lo que encuentran en la cultura de acogida»[\[48\]](#).

La cuestión de la receptividad de los países de acogida, más concretamente la de los individuos y grupos de esos países de acogida, será un tema recurrente en estas páginas. De hecho, se podría decir que este es un libro sobre la historia de la recepción en dos sentidos: el de la recepción (cálida o fría) dispensada a los exiliados por los individuos de los países de acogida y el de la recepción (activa o creativa) de las ideas y conocimientos que los exiliados llevaron consigo. En lo que sigue nos centraremos en ejemplos extraídos de Europa y las Américas, Norte y Sur. Sin embargo, se trata de un tema general, de manera que puede resultar provechoso completar los ejemplos occidentales con un breve relato de las contribuciones al conocimiento realizadas por exiliados del mundo antiguo, de Asia oriental y del mundo árabe moderno.

[\[1\]](#) Christhard Hoffmann, «The Contribution of German-Speaking Jewish Immigrants to British Historiography», en Werner E. Mosse (ed.), *Second Chance*, Tubinga, Mohr, 1991, pp. 153-176, esp. p. 154.

[\[2\]](#) Mitchell Ash, «Forced Migration and Scientific Change», en Roberto Scazzieri y Raffaella Simili (eds.), *The Migration of Ideas*, Sagamore Beach, MA, Science History Publications, 2008, pp. 161-178, esp. pp. 162, 166.

[\[3\]](#) Gilberto Freyre, *Ingleses*, Rio de Janeiro, Olympio, 1942, p. 115; Darcy Ribeiro, «Gilberto Freyre:

una introdução a Casa Grande e Senzala», reed. en Guillermo Giucci, Enrique Larreta y Edson Nery de Fonseca (eds.), Freyre, *Casa Grande e Senzala: Edição Crítica*, Nanterre, Allca XX, 2002, pp. 1026-1037, esp. p. 1031. Cfr. Peter Burke y María Lúcia Pallares-Burke, *Gilberto Freyre: Social Theory in the Tropics*, Oxford, Peter Lang, 2008, cap. 2.

[4] Paul Tillich, «The Conquest of Theological Provincialism», en Neumann, *The Cultural Migration*, pp. 138-156, esp. p. 138; Edit Fél y Tamás Hofer, *Proper Peasants: traditional life in a Hungarian village*, Chicago, Aldine, 1969, p. 17.

[5] W. G. Summer, *Folkways*, Boston, Ginn, 1906, p. 13.

[6] Citado en Otto P. Pflanze, «The Americanization of Hajo Holborn», en Lehmann y Sheehan, *An Interrupted Past*, cit., pp. 170-179, esp. p. 176.

[7] Sznajder y Roniger, *The Politics of Exile*, cit., p. 288; G. K. Chesterton, *Tremendous Trifles*, Londres, Methuen, 1909, p. 204; Richard Graham, «An Interview with Sergio Buarque de Holanda», *Hispanic American Historical Review* 62 (1982), pp. 3-18, esp. p. 5.

[8] Kantorowicz a Bernard Flexner, 1941, citado en Karen J. Greenberg, «Refugee Historians and American Academe», en Lehmann y Sheehan, *An Interrupted Past*, cit., pp. 94-101, esp. nota 98.

[9] Karl Mannheim, «The Function of the Refugee», *New English Weekly*, 19 de abril de 1945.

[10] Peter Henock, «Myself as Historian», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Postwar Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 73-98, esp. p. 85.

[11] Bruno Latour, *Science in Action*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1987.

[12] Kircher recibía informes sobre astronomía del jesuita checo Valentin Stansel de Bahía, del italiano Nicolò Mascardi de Chile y de Fleming Jean Raymond Coninck de Perú; Andrés I. Prieto, *Missionary Scientists: Jesuit Science in Spanish South America, 1570-1810*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2011, pp. 130-131.

[13] Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique, 1835-1840*, Eduardo Nolla (ed.), vol 1, París, Vrin, 1990, p. 310 [ed. cast.: *La democracia en América*, Madrid, Akal, 2007]; August Schlözer, *Weltgeschichte* (1792), citado y traducido en Ernst Breisach, *Historiography ancient, medieval and modern*, Chicago, University of Chicago Press, 1983, p. 318. Hay otros estudios importantes relacionados con la distancia cultural y el distanciamiento como el de David Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, 1985, ed. revisada, Cambridge, Cambridge University Press, 2015 [ed. cast.: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998]; Carlo Ginzburg, *Wooden Eyes: nine reflections on distance*, 1998, trad. inglesa, Londres, Verso, 2002 [ed. cast.: *Ojazos de madera*, Barcelona, Península, 2000]; Mark S. Phillips, *On Historical Distance*, New Haven, Yale University Press, 2013.

[14] Fernando Nicolazzi, *Um estilo de história*, São Paulo, UNESP, 2015, p. 50.

[15] Erich Auerbach, *Mimesis: the representation of reality in western literature* (1947); trad. inglesa, Princeton, Princeton University Press, 1953 [ed. cast.: *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006]; Américo Castro, *The Structure of Spanish History*, Princeton, Princeton University Press, 1954 [ed. cast.: *España en su historia: cristianos, moros y judíos*, Barcelona, Crítica, 2001].

[16] Fernand Braudel, «Histoire et sciences sociales: la longue durée», 1958, reed. en *Les Ambitions de l'histoire*, París, Fallois, 1997, pp. 149-179, esp. p. 163; *ibid.*, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, 1949, París, Armand Colin, ²1966, p. 17 [ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, ²1976].

[17] Simmel, «The Stranger»; Karl Mannheim, *Ideology and Utopia* (1929), trad. inglesa, Londres, Routledge, 1936, p. 253 [ed. cast.: *Ideología y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987].

[18] Pierre Bayle, *Critique générale de l'histoire du calvinisme* (1682), citado en Arnaldo Momigliano, «Ancient History and the Antiquarian», (1950), reed. en *Studies in Historiography*, Londres,

Weidenfeld & Nicolson, 1966, pp. 1-39, esp. p. 10.

[19] Lewis Namier, *The Structure of Politics at the Accession of George III*, Londres, MacMillan, 1929. Cfr. Linda Colley, *Lewis Namier*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1989, esp. pp. 6-20; Herbert Butterfield, *George III and the Historians*, ed. revisada, Nueva York, MacMillan, 1959, pp. 206, 297.

[20] Lewis Namier, «The Biography of Ordinary Men», 1928, reed. en *Crossroads of Power*, Londres, Hamish Hamilton, 1961, pp. 1-6; cfr. Matthias Gelzer, *Die Nobilität der römischen Republik*, Leipzig y Berlín, Teubner, 1912. Las críticas en Butterfield, *George III*, cit., p. 296.

[21] Eric J. Hobsbawm, *Interesting Times: a twentieth-century life*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2002, p. 103 [ed. cast.: *Años interesantes*, Barcelona, Crítica, 2003]; *ibid.*, «The Historian's Group of the Communist Party», en Maurice Cornforth (ed.), *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A. L. Morton*, Londres, Lawrence & Wishart, 1978, pp. 21-48, esp. p. 23.

[22] Ernest Gellner, *Words and Things*, Londres, Gollancz, 1959, pp. 237-239 [ed. cast.: *Palabras y cosas*, Madrid, Tecnos, 1962]; John A. Hall, *Ernest Gellner*, Londres, Verso, 2010, p. 104.

[23] Claude Lévi-Strauss, *Le regard éloigné*, París, Plon, 1983 [ed. cast.: *La mirada distante*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2015].

[24] Otros ejemplos serían Meyer Fortes, Max Gluckman, Isaac Schapera, Adam Kuper y John Comaroff.

[25] Jeremy Adelman, *Wordly Philosopher. The odyssey of Albert O. Hirschman*, Princeton, Princeton University Press, 2013, pp. 4, 88, 186, 383, 401, 452.

[26] Helmut Koenigsberger, «Fragments of an Unwritten Biography», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 99-118, esp. pp. 104, 109, 111.

[27] Martin Jay, *Permanent Exiles: essays on the intellectual migration from Germany to America*, Nueva York, Columbia University Press, 1986, p. 152.

[28] Mannheim, *Ideology*, cit., pp. 137-138.

[29] Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology* 7 (1956), pp. 226-252.

[30] Norbert Elias y John Scotson, *The Established and the Outsiders*, Londres, Cass, 1965 [ed. cast.: *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016].

[31] Arnold Thackray y Robert Merton, «On Discipline Building: the paradoxes of George Sarton», *Isis* 63 (1972), pp. 472-495.

[32] Robert E. Park, «Human Migration and the Marginal Man», *American Journal of Sociology* 33 (1928), pp. 881-893, esp. pp. 888, 892. Cfr. Thorstein Veblen, «The Intellectual Pre-Eminence of Jews in Modern Europe», *Political Science Quarterly* 34 (1919), pp. 33-42.

[33] Martin Jay, *Permanent Exiles*, cit., p. 137.

[34] Paul Hartig citado en Klaus G. Kracht, *Zwischen Berlin und Paris: Bernhard Groethuysen (1880-1946)*, Tübinga, Niemeyer, 2002, p. 196.

[35] Fritz Stern, *Five Germanies I have known*, Wassenaar, NIAS, 1998, p. 14; Yehuda Elkana, *Leben in Contexten*, Berlín, Wissenschaftskolleg, 2015, p. 76.

[36] Citado en Robert Boyers (ed.), *The Legacy of the German Refugee Intellectuals*, Nueva York, Schocken, 1972, p. 33.

[37] Harald Fischer-Tiné, *Pidgin-Knowledge: Wissen und Kolonialismus*, Zúrich y Berlín, Diaphanes, 2013.

[38] Scott E. Page, *The Difference. How the Power of Diversity creates better groups, firms, schools, and Societies*, Princeton, Princeton University Press, 2008.

[39] Donald A. Schön, *Displacement of Concepts*, Londres, Tavistock, 1963.

[40] Michael Polanyi, *Personal Knowledge*, Londres, Routledge, 1958; John M. Ziman, *Ideas Move*

Around Inside People, Londres, Birbeck College, 1974.

[41] Gunnar Törnqvist, «Creativity and the Renewal of Regional Life», en Anne Buttimer (ed.), *Creativity and Context*, Lund, Universidad de Lund, 1983, pp. 91-112, esp. p. 96; *cfr.* Carlo Cipolla, «The Diffusion of Innovations in Early Modern Europe», *Comparative Studies in Society and History* 14 (1972), pp. 46-52; Ziman, «Ideas».

[42] Schön, *Displacement of Concepts*, cit.; Michael Mulkey, «Conceptual Displacement and Migration in Science», *Science Studies* 4 (1974), pp. 205-234; Paul K. Hoch, «Institutional versus Intellectual Migrations in the Nucleation of New Scientific Specialities», *Studies in the History and Philosophy of Science* 18 (1987), pp. 481-500; Paul B. Paulus y Bernard A. Nijstad (eds.), *Group Creativity: innovation through collaboration*, Oxford, Oxford University Press, 2003; Page, *The Difference*, cit.

[43] Georg Simmel, «The Stranger», en Charles Lemert (ed.), *Social Theory*, Boulder, CO, Westview Press, 1999, pp. 184-189; *cfr.* Zygmunt Bauman, *Modernity and the Holocaust*, Cambridge, Polity Press, 1989, p. 53 [ed. cast.: *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 1998].

[44] Park, «Human Migration and the Marginal Man», cit.

[45] Leszek Kolakowski, «In Praise of Exile» (1985), reed. en su *Modernity on Endless Trial*, Chicago, University of Chicago Press, 1990, pp. 55-59.

[46] Zygmunt Bauman entrevistado por Maria Lúcia Pallares-Burke, *Tempo social* 16 (2004), pp. 301-325, esp. pp. 312-313 (la traducción es mía y está basada en la que hiciera la entrevistadora al portugués a partir del inglés de Bauman).

[47] Edward Said, «Reflections on Exile» (1984), reed. en su *Reflections on Exile*, Londres, Granta, 2001, pp. 173-186; *ibid.*, *Representations of the Intellectual*, Londres, Vintage, 1994, pp. 35-48.

[48] Erwin Panofsky, *Meaning in the Visual Arts*, Nueva York, Doubleday, 1955, p. 332; Marie Jahoda, «The Migration of Psychoanalysis», en Fleming y Bailyn, *The Intellectual Migration*, cit., pp. 371-419, esp. pp. 421, 445.

II UNA CUESTIÓN GENERAL

La contribución de los exiliados al conocimiento es un tema general, como veremos al hilo de algunos ejemplos (o radiografías) antiguos, medievales y modernos. En la Antigüedad clásica, los debates sobre el exilio iban de lo positivo a lo negativo; de la afirmación lapidaria de Ovidio: «El exilio es la muerte» (*exilium mors est*), a Plutarco, que consolaba a un amigo diciéndole que, en cierto modo, todos los seres humanos son exiliados[1]. El expatriado Galeno y el exiliado Plutarco fueron miembros distinguidos de un grupo de estudiosos griegos que vivían en Roma cuando tener orígenes griegos confería prestigio a los eruditos, como sucedería en el Renacimiento con los orígenes italianos. Galeno de Pérgamo, famoso por sus numerosos tratados de medicina, se estableció en Roma en el año 162 d.C. y fue médico de tres emperadores. Probablemente, el hecho de residir en la metrópolis contribuyera tanto a la formulación como a la difusión de sus ideas[2].

Dos de los historiadores más famosos del mundo antiguo, Polibio y Josefo, fueron exiliados. Polibio procedía de la ciudad griega de Megalópolis, en Arcadia, y fue conducido a Roma en calidad de rehén, junto a muchos otros patricios, en el año 167 a.C. Permaneció en Roma setenta años y frecuentó los círculos aristocráticos, lo que fue una buena preparación para escribir sus *Historias*, cuyo tema central era el auge de Roma. Polibio escribía «pensando en los lectores griegos y en los romanos», pues, como explicaba en Roma a sus compatriotas griegos, se consideraba un mediador[3].

La diáspora de eruditos judíos tras la destrucción del templo de Jerusalén por los romanos en el año 70 d.C. nos brinda otro famoso ejemplo de las consecuencias intelectuales del exilio, aunque «la dispersión de los judíos se había iniciado mucho antes de la caída del templo» (el exilio babilónico se prolongó del 597 al 538 a.C.). El homólogo judío de Polibio se llamaba Tito Flavio Josefo. Luchó contra los judíos y actuó de intérprete para dos emperadores, aparte de adoptar un nombre romano antes de escribir (en griego) su obra, *La guerra de los judíos*[4]. La fortaleza intelectual de ambos historiadores, su capacidad para ver a los romanos como extranjeros y como conciudadanos, estaba obviamente ligada a su situación.

BIZANTINOS, PERSAS Y ÁRABES

En lo que los historiadores occidentales denominan la Antigüedad tardía o la Alta Edad Media, hubo muchos contactos entre bizantinos, persas y árabes que contribuyeron a la difusión del saber y de las ideas. Cuando el emperador de Bizancio, que consideraba herejes a los cristianos nestorianos, cerró en el año 489 d.C. la academia nestoriana de Edesa (en la Turquía actual) otras instituciones similares, sobre todo una situada en Gundeshapur (hoy Jundisapur, en Irán) se hicieron cargo de las funciones desempeñadas por la academia como centro de estudio de medicina y filosofía. En esta escuela confluyeron el conocimiento persa, el griego y también el hindú. De nuevo, en el año 529 d.C., cuando el emperador bizantino cerró la famosa Academia de Platón en Atenas, algunos filósofos griegos emigraron al imperio sasánida rival, que ocupaba el territorio de lo que hoy es Irán. El emperador de los sasánidas, Khusrau I (también conocido como Kosroes), fue un mecenas de la enseñanza y tradujo del sánscrito al griego. Khusrau invitó a su corte a eruditos hindúes y chinos, dio refugio a los nestorianos que huían del Imperio bizantino y encargó traducciones del griego y siríaco (una lengua parecida al arameo) al pahlavi (persa antiguo). De modo que los encuentros personales entre estudiosos de diferentes culturas incentivaron la difusión de diversos tipos de conocimiento.

Así, por ejemplo, en esa época se tradujeron al pahlavi desde el griego el *Organon* de Aristóteles (un estudio de lógica) y el *Almagesto* de Ptolomeo (un estudio de astronomía), junto a algunos textos médicos. Tras la conquista árabe de Persia se retradujeron del pahlavi al árabe. Los textos llegaron al Occidente medieval a través de los árabes y fueron traducidos de nuevo, esta vez al latín. De manera que Persia en general y Kosroes en particular desempeñaron un papel crucial (irónicamente junto a los emperadores bizantinos) en esta empresa colectiva de transmisión del conocimiento griego antiguo. Es evidente, teniendo en cuenta el número de retraducciones, que el proceso de transmisión pasaba por la hibridación, es decir, por la adaptación consciente o inconsciente de los textos a la cultura meta[5].

MONJES ITINERANTES, CRISTIANOS Y BUDISTAS

Los monjes itinerantes desempeñaron un papel importante en la historia de la difusión del cristianismo y del budismo, así como de parte del conocimiento laico. En la Europa del siglo VI, el misionero irlandés Columbano y sus discípulos fundaron monasterios que resultaron fundamentales, no solo para la difusión del cristianismo, sino también para la preservación y difusión de las disciplinas clásicas. Columbano fundó Bobbio en el norte de Italia y Luxeuil en Borgoña, uno de sus seguidores fundó St. Gallen en Suiza, y los monjes de Luxeuil crearon Corbie en la Picardía francesa. Las cuatro abadías acabaron siendo grandes centros del conocimiento en la Alta Edad Media.

La recepción del budismo en China, Corea y Japón también debió mucho a los expatriados, que buscaron o transmitieron el conocimiento durante siglos. Entre los transmisores más destacados cabe mencionar, entre los siglos IV y XIV, a los monjes Kumarajiva, Xuanzhang, Ganjin, Ennin y Dhyanaabhadra. En el siglo IV d.C. Kumarajiva, un monje hindú, se trasladó a la ciudad china de Chang'an, donde tradujo textos sagrados del sánscrito al chino. En el siglo VII, Xuanzhang, un monje chino, realizó un épico viaje de diecisiete años a la India; volvió con muchos textos sagrados en sánscrito y dedicó lo que le quedaba de vida a traducirlos. En el siglo VIII, otro monje chino, Jianzhen, viajó a Japón, donde vivió los últimos diez años de su vida. Los japoneses le llamaron Ganjin, fundó un templo y una escuela e introdujo a la aristocracia japonesa en las doctrinas de Buda. En el siglo IX, Ennin, un monje japonés, viajó a China, donde pasó nueve años estudiando con monjes y copiando las escrituras budistas antes de volver a Japón y difundir el conocimiento de la meditación tántrica. En el siglo XIV, el monje hindú Dhyanaabhadra llegó a Corea y fundó un monasterio a imagen y semejanza de la famosa escuela de Nalanda.

El proceso de recepción se prolongó hasta bien entrado el Renacimiento: del budismo hindú se pasó al zen, que surgió en China y llegó hasta Japón. En el siglo XVII, por ejemplo, el monje chino Yinyuan Longqi viajó a Japón con sus discípulos para fundar allí un templo zen. Como Ganjin, se quedó en Japón el resto de su vida^[6].

PERIODISMO

En el mundo islámico, exiliados y expatriados desempeñaron un papel

importante en la creación y transmisión de conocimiento durante lo que los occidentales denominan la Edad Media. En aquella época, al igual que en el mundo antiguo, las fronteras tenían mucha menos importancia de la que tendrían después, aparte de que los eruditos conocían el árabe clásico y el denominado «persa moderno». Pero había diferencias culturales significativas, como algunos estudiosos sabían por experiencia propia. El astrónomo persa Abu Ma'shar (conocido en Occidente como Albumasar), estudió en Benarés y trabajó en Bagdad. El filósofo persa (o mejor dicho el erudito) Al-Farabi, considerado en su época un segundo Aristóteles, sobre el que escribió múltiples comentarios, procedía de una ciudad situada en el actual Kazajstán y pasó su vida entre Bagdad y Damasco. El geógrafo Al-Idrisi era oriundo de Marruecos, pero trabajó en Palermo. El gramático Abu Hayyan era de Granada, pero vivió en El Cairo. El historiador Ibn Khaldun procedía de Túnez y vivió en Fez, Granada y El Cairo.

En el mundo actual destacan algunos exiliados por el impacto que han tenido sus ideas sobre los intelectuales occidentales, sus colegas musulmanes o ambos. Uno de ellos es Edward Said, muy consciente de su posición de exiliado para bien y para mal. Tenemos otro ejemplo anterior en Jamal al-Din al-Afgani, nacido en Irán, cuya vida transcurrió entre la India y Egipto, donde formuló una aguda crítica al imperialismo occidental.

La historia del periodismo es un buen ejemplo de la importancia de los exiliados para la difusión del conocimiento. Algunos árabes sirios se trasladaron a Egipto en tiempos de Khedive Ismail y del cónsul británico Lord Cromer, porque allí la censura era menos estricta, fundaron periódicos y revistas importantes. Muchos de estos periodistas árabes acabaron siendo conocidos, como los hermanos Salim y Bishara Taqla, fundadores de *Al-Ahram* (1875); Farah Antun, que escribía en *Al-Ahram*; Faris Nimr, fundador de varias revistas, entre ellas *al-Muqattan*; y el reformista musulmán Muhammad Rashid Rida, que escribía para el periódico *al-Manar*. Todos ellos vivían en Alejandría o en El Cairo, pero escribían para todo el mundo árabe gracias a la existencia de una lengua escrita común^[7].

Muchos exiliados políticos se han dedicado al periodismo en distintos lugares y épocas. Otro ejemplo famoso es el del sudamericano Andrés Bello, editor del *Repertorio americano* (1826) cuando vivía en Londres. Pero también están el ruso Alexander Herzen, cuyo periódico *Kolokol* (*La campana*) se editó en Londres (1857-1865) y el reformista chino Liang

Qichao, que huyó a Japón y fundó una revista en chino, *Xinmin Congbao* (*Nuevo ciudadano*) que se publicó entre 1902 y 1907. En secciones posteriores hablaremos de los exiliados protestantes en Berlín, Londres y la República de Holanda.

Esto nos debe recordar que sean cuales fueren los ejemplos que elijamos en el presente libro, las contribuciones al conocimiento de exiliados y expatriados no son privativas del Occidente de los últimos quinientos años. Dicho esto vamos a empezar por algunos ejemplos de exiliados de la Europa renacentista.

[1] Plutarco, «On Exile», en sus *Moralia*, vol. 7, Londres, Heinemann, 1959, pp. 519-571.

[2] George Sarton, *Galen of Pergamon*, Lawrence, KS, University of Kansas Press, 1954.

[3] Frank W. Walbank, *Polybius*, Berkeley, University of California Press, 1972, pp. 3, 21.

[4] Erich S. Gruen, *Diaspora: Jews amidst Greeks and Romans*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2002, p. vii; *ibid.*, «Polybius and Josephus on Rome», en Bruce Gibson y Thomas Harrison (eds.), *Polybius and his World*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 255-265.

[5] Jérôme Labourt, *Le christianisme dans l'empire Perse*, París, Lecoffre, 1904; Richard N. Frye, *The Golden Age of Persia*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1975, pp. 163-165; Seyyed Hossein Nasr, «Life Sciences, Alchemy and Medicine», en Richard N. Frye (ed.), *The Cambridge History of Iran*, vol. 4, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, pp. 396-418; Dimitri Gutas, *Greek Thought, Arabic Culture: The Graeco-Arabic Translation Movement in Baghdad and Early Abbasid Society*, Londres, Routledge, 1998.

[6] Martin Colcutt, *Five Mountains*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1981; Jiang Wu, «The Tai Zen Master from China», *East Asian History* 38 (2014), pp. 75-96.

[7] Donald M. Reid, *The Odyssey of Farah Antun*, Minneapolis y Chicago, Bibliotheca Islámica, 1975, pp. 42-62; Sylvia G. Haim (ed.), *Arab Nationalism*, Berkeley, University of California Press, 1962, pp. 19-25.

III EXILIADOS RENACENTISTAS

Este capítulo trata de lo que el historiador alemán Heinz Schilling ha denominado «migración confesional», en una época (los siglos XVI y XVII) en la que «el refugiado por motivos religiosos se convirtió en un fenómeno de masas» tal vez por primera en la historia[1]. Vamos a analizar las consecuencias que tuvo para el conocimiento el exilio de cinco grupos religiosos diferentes: judíos, musulmanes y cristianos ortodoxos, católicos y protestantes.

LA DIÁSPORA GRIEGA, LA JUDÍA Y LA MUSULMANA

Los griegos

Para estudiar los desplazamientos podemos asumir que el Renacimiento comienza en 1453, tras la caída de Constantinopla, capital de lo poco que quedaba de Bizancio, ante las fuerzas del sultán otomano Mehmet II el Conquistador. Muchos griegos huyeron a Italia tras la toma de la ciudad, incluidos eruditos famosos. En realidad, el éxodo había empezado antes, durante el avance otomano; después de todo, la ciudad había estado «prácticamente bajo asedio permanente» desde 1422[2]. Los refugiados seguían abandonando la zona desde los puertos de islas griegas como Corfú y, sobre todo, Creta, mucho después de 1453.

Esta circulación de personas tuvo consecuencias; de hecho se ha afirmado que el Renacimiento, o al menos el humanismo renacentista, empezó en 1453. Bien podemos hablar del «mito de 1453», en el sentido de que se dramatiza todo un proceso presentándolo como si se tratara de un evento único, con una fecha precisa, para recordarlo mejor. El mito se creó en el siglo XV mismo. En la década de 1460, el humanista Pier Candido Decembrio afirmaba: «Desde que los bárbaros infieles han destruido la ciudad de Constantinopla [...] parece increíble, pero muchos italianos se han vuelto griegos». Trescientos años después la idea pervivía y autores como Voltaire se la tomaron muy en serio, aunque por entonces ya hubiera recibido abundantes

críticas[3]. Después de todo, es evidente que el renacer de la cultura clásica en el estudio, la literatura y las bellas artes se inició en Italia mucho antes de 1453, en época de Petrarca (1304-1374), de Lovato Lovati (1241-1309) o incluso antes. Hubo humanistas italianos que viajaron a Grecia antes de 1453, entre ellos Giovanni Aurispa, que se estableció en Quíos y recopiló toda una colección de manuscritos de Sófocles, Tucídides y otros autores antiguos; Guarino de Verona, que estudió con Manuel Chrysoloras en Constantinopla y Francesco Filelfo, que estudió con Janos, sobrino de Manuel.

Se podría decir que el éxodo de eruditos griegos tuvo lugar en un momento afortunado. En contra de lo que narra el mito, los estudiosos llegaron cuando el Renacimiento ya estaba en pleno apogeo y había una gran demanda de conocimientos de lengua y filosofía griega. Los exiliados que llegaron estaban en posesión de esos saberes y pudieron difundirlos por Italia primero y por otras zonas de Europa después. La disponibilidad incesante de eruditos griegos se veía compensada por la gran receptividad de sus colegas italianos.

Resulta sencillo recopilar una lista de los cincuenta griegos que más contribuyeron a esta difusión. Una de las figuras más destacadas fue Manuel Chrysoloras, quien llegó a Florencia en 1397, invitado por Coluccio Salutati, y enseñó griego a humanistas tan insignes como Leonardo Bruni, Ambrogio Traversari y Guarino de Verona, aparte de publicar una gramática. El segundo personaje importante fue Teodoro Gaza, que era de Tesalónica (hoy Salónica) y huyó a Italia cuando los turcos tomaron la ciudad en 1430. Enseñó griego en Ferrara antes de trasladarse a Roma, donde fue traductor e intérprete de filosofía griega, y luego a Nápoles. El tercero fue Demetrios Chalcocondyles, quien llegó a Italia en 1447 procedente de Atenas y fue el primer profesor de griego de la Universidad de Padua, aunque también enseñó en Perugia, Florencia y Milán. Hubo un cuarto exiliado importante, Ioannis Argyropoulos, refugiado de Constantinopla, donde había sido capturado en 1453; enseñó en Florencia, como Chrysoloras antes que él.

Gracias a maestros como estos, cierto número de italianos aprendieron a leer a Aristóteles y a Platón en el griego original y a identificar los errores de la traducción al latín del texto árabe original (pues fueron los árabes quienes transmitieron el saber griego antiguo a Occidente durante la Edad Media). El eslogan humanista *ad fontes*, «vuelta a las fuentes», pudo aplicarse gracias a la ayuda de exiliados como estos o como su colega en el exilio, el judío Yohanan Alemanno, nacido en Constantinopla, que se trasladó a Italia

probablemente en torno a 1453, escribió filosofía y dio clases de hebreo al humanista Giovanni Pico della Mirandola.

Algunos exiliados tradujeron libros del griego al latín pensando en un público menos formado. Teodoro Gaza, por ejemplo, tradujo a Aristóteles; Demetrios Chalcondyles ayudó a Ficino con su traducción de Platón; Jorge de Trebizonda (Trepuzuntius) tradujo tanto a Platón como a Aristóteles (aunque en la época sus traducciones fueron muy criticadas por su inexactitud). En la siguiente generación tenemos a Maximos Margounios, un cretense que acabó siendo obispo de la isla griega de Citera, vivió en Venecia, escribió poesía y tradujo al latín obras de teólogos greco-parlantes como Gregorio de Nisa y Juan Damasceno. Su origen era mixto: su padre era griego y su madre veneciana. Margounius no medió solo entre lenguas, sino también entre creencias, intentando reconciliar, en vano, a católicos, luteranos y griegos ortodoxos.

Los eruditos no difundieron sus conocimientos de la lengua y cultura griegas exclusivamente entre los italianos. Chalcondyles, por ejemplo, enseñó al estudioso alemán Reuchlin, a los ingleses William Grocyn, y Thomas Linacre, mientras que un primo de Teodoro Gaza, Andronicus Callistus, fue maestro del humanista español Antonio de Nebrija. Todos estos extranjeros fueron a Italia a estudiar, aunque luego algunos se trasladaron a Francia y otros lugares. Georgios Hermonymos, llegó a París procedente de Esparta y entre sus discípulos figuran Erasmo y Guillaume Budé. Janos Laskaris, que huyó de Constantinopla en 1453, también se estableció en París tras haber enseñado griego en Italia. Demetrios Doukas, un cretense que se estableció en Venecia, fue invitado a España para enseñar griego en la nueva Universidad Complutense, donde se unió al equipo que trabajaba en una Biblia políglota, la denominada *Políglota complutense*.

Estudiosos menos conocidos también enseñaron griego en Italia, entre otros sitios, pero no todos los exiliados vivieron de la enseñanza. Algunos eran médicos, una profesión fácilmente ejercible por un inmigrante (no como el derecho, por ejemplo). Thomas Frank, griego a pesar de su nombre, fue médico personal del Cardenal Beaufort en Inglaterra y posteriormente del rey Carlos VII de Francia. Hubo exiliados que se ganaron la vida copiando manuscritos griegos porque había mucha demanda. Janos Besarión, un obispo griego que se trasladó a Italia y acabó siendo cardenal, fue el mecenas de cierto número de escribas y al final de su vida poseía cerca de ochocientos

manuscritos griegos que legó a la Iglesia de San Marcos de Venecia.

Solo había un pequeño paso de ser escriba a trabajar como impresor o revisor de textos. No es que llegaran impresores de Constantinopla, este nuevo invento aún no había llegado a Bizancio en 1453, pero algunos refugiados se hicieron impresores. El cretense Demetrios Damilas, por ejemplo, trabajó como escriba e impresor en Milán y otros lugares. Una de las cosas que editó fue una gramática griega. Zacarías Calliergis, otro cretense, también se estableció en Venecia y adquirió fama gracias a su cuidada caligrafía antes de convertirse en impresor en 1515, diseñar una fuente con las letras griegas y contratar a compatriotas cretenses para ayudarlo en la composición y las correcciones. A finales del siglo XV vivían en Venecia unos cuatro mil griegos, la mayoría cretenses, de manera que Calliergis contaba con muchos reclutas potenciales. El famoso erudito e impresor, Aldus Manutius, procedía de los Estados Papales y se estableció en Venecia para abrir una imprenta en 1494. Como era especialista en textos griegos, es probable que abriera un establecimiento en Venecia para estar cerca tanto de la fuerza de trabajo capaz de leer griego (incluidos estudiosos como Marcus Musurus) como de la materia prima: los manuscritos legados a la ciudad por Besarión.

Todos estos maestros, traductores, copistas, impresores y correctores de imprenta se convirtieron en mediadores, en este caso, no tanto entre los países de acogida y su propia cultura cristiano-bizantina, como entre el país de acogida y la lengua y cultura de la Grecia antigua. No obstante, a los exiliados y sus estudiantes italianos y de otros lugares también les interesaban los Padres de la Iglesia greco-parlantes. El exiliado cretense Jorge de Trebizonda tradujo el tratado redactado por el cristiano Eusebio, *Preparación evangélica*, mientras que el humanista Leonardo Bruni, que había aprendido griego con la ayuda del exiliado Manuel Chrysoloras, tradujo una obra del teólogo del siglo IV, Basilio de Cesarea.

La diáspora judía

La siguiente fecha importante para los exiliados europeos fue 1492, cuando los judíos huyeron de España para no tener que convertirse y tuvo lugar la conquista cristiana de Granada. Esta huida (al igual que otras acaecidas entre 1453 y 1933 de las que hablamos en este libro) no fue un suceso sino parte de

un proceso, de manera que debemos situar la fecha en un contexto más amplio, «la larga sombra de 1391», otro momento en el que hubo pogromos y conversiones forzosas[4]. Probablemente fueran más de cien mil los exiliados judíos que huyeron en 1492 para evitar convertirse (las estimaciones más antiguas elevan la cifra hasta doscientos mil). Más de la mitad se fue a Portugal, donde en 1497 hubieron de enfrentarse de nuevo a la alternativa de convertirse o huir.

Abraham Zacuto, por ejemplo, antiguo profesor de astronomía de la Universidad de Salamanca, huyó a Portugal en 1492 y luego pasó a Túnez. No fue el único estudioso que se refugió en el norte de África: Jacob Beirav huyó de España a Fez (y luego siguió hacia Egipto, Jerusalén, Damasco y por último Safed), mientras que Abraham ben Salomon de Torrutiel, un cronista conocido, se trasladó a Fez siendo niño. Otros refugiados se establecieron en Italia, como los Abravanel, el rabino Isaac y su hijo Judah Leon, dos filósofos que dejaron España y se asentaron en Nápoles. Jacob Mantino ben Samuel emigró a Italia, estudió en la Universidad de Padua y pasó gran parte de su carrera traduciendo al latín libros hebreos[5].

Los hubo que se establecieron en el Imperio otomano, sobre todo en Estambul, Salónica y Safed[6]. Entre ellos había estudiosos como el abogado y místico Joseph Caro, el talmudista y cabalista Joseph Taitatzak, que huyó a Salónica, y el médico Moshe Hamon, de Granada, a quien llevaron a Estambul de niño y se convirtió en médico privado del sultán Solimán el Magnífico, coleccionó libros, escribió tratados y fue un mecenas del estudio[7]. La cábala se difundió desde España por el Imperio otomano y cobró mucha fuerza en Safed.

También emigraron estudiosos procedentes de familias españolas o portuguesas convertidas al cristianismo que en el fondo seguían siendo judías. Tenemos dos famosos ejemplos, el del médico humanista Amatus Lusitanus, que se estableció en Salónica a mediados del siglo XVI y el de su homólogo Didacus Pyrrhus Lusitanus, que hizo lo propio en Ragusa. En el siglo XVII, Safed y Salónica (que llegaría a considerarse una «segunda Jerusalén») se habían convertido en grandes centros de estudios rabínicos y cabalísticos. Estambul, Salónica y Safed «sustituyeron a Toledo, Córdoba y Barcelona como grandes centros de la vida intelectual y de los estudios hebraicos»[8].

Cuando leemos sobre los logros de estos eruditos en la diáspora, parece que los exiliados se limitaron a mantener vivas las tradiciones de estudio de la

Biblia, la Torá y la Cábala en vez de aprender de las culturas de acogida o contribuir a mejorarlas. En este aspecto no se parecen nada a sus homólogos de la Gran Diáspora de la década de 1930. Puede que muchos compartieran el punto de vista expresado por el rabino Yosef Yavetz, que se había trasladado de España a Italia y afirmaba que a los judíos españoles les interesaban demasiado los conocimientos laicos.

Sin embargo, el tratado escrito por Yavetz es un buen ejemplo de una de las grandes excepciones a este tradicionalismo: la historia. En la Edad Media la historia no había desempeñado un papel especialmente importante en la tradición cultural judía. Sin embargo, después de 1492 hubo estudiosos que viraron en esa dirección. El trauma que supuso 1492 llevó a registrar e interpretar lo sucedido a individuos como Isaac Abravanel, Moisés Almosnino, Abraham Arduviel, Joseph ha Cohen, Shem Tov ibn Jamil, Gedeliah ibn Yahya y Abraham Zacuto. La expulsión se consideró una recreación de la historia judía, un nuevo éxodo. También se interpretó como un castigo divino por los pecados de los judíos y hubo quien, como Isaac Abravanel, respondió a la polémica cristiana suscitada por la expulsión, confiando en la Providencia y esperando que el Mesías llegara en breve. En palabras de Yosef Yerushalmi: «El principal estímulo para la historiografía del siglo XVI fue la gran catástrofe»[\[9\]](#). Algo similar sucedió en 1494, cuando la invasión francesa de Italia generó la necesidad psicológica de explicar el desastre, lo que dio lugar a toda una serie de relatos sobre este suceso y sus consecuencias, incluida la obra maestra de Francesco Guicciardini, *Historia de Italia*.

En el siglo XVII una segunda oleada de exiliados abandonaron España, Portugal o los Países Bajos españoles y la mayoría acabaron en Ámsterdam, conocida por entonces como la «Jerusalén del norte»[\[10\]](#). Entre los estudiosos judíos más famosos activos allí cabe mencionar a Menasseh ben Israel, predicador y teólogo que mantenía correspondencia con algunos de los eruditos europeos más insignes de la época, como Hugo Grocio y Claudius Salmasius; a Uriel da Costa, cuyas críticas al judaísmo tradicional, fruto del típico desapego de algunos exiliados, le valieron la excomunión y le llevaron al suicidio; y, por supuesto, al filósofo Baruch Spinoza, expulsado de la comunidad judía de Ámsterdam en 1656 por sus creencias heterodoxas.

La familia de Spinoza había salido de España en 1492 y emigrado a Portugal primero, luego a Francia y posteriormente a la República de Holanda, donde

había nacido Baruch, cuya lengua materna era el portugués. No sabemos si contemplaba a la cultura holandesa con ojos de sefardí y a la cultura sefardí con ojos de holandés, pero lo más probable es que fuera esta vida, que transcurrió entre diversas culturas, la que le llevara a rechazar la ortodoxia y le permitiera desarrollar ideas originales.

Estas migraciones privaron a los países de origen de valiosos talentos. Un agente diplomático francés de Estambul señalaba, que entre los refugiados judíos de la ciudad había artesanos que estaban enseñando a los turcos a manufacturar armas de fuego y munición[11]. En España y Portugal los médicos solían ser judíos y muchos se fueron tras 1492. Por otro lado, al contrario que sus colegas griegos de Italia, los eruditos judíos exiliados enseñaban a otros judíos y solían escribir libros para ellos. Hay excepciones, como la de Elia del Medigo, hijo de refugiados alemanes, que vivió en Perugia y enseñó algo de árabe y de hebreo al famoso humanista Pico della Mirandola.

Los impresores judíos establecidos en España en 1492 participaron del éxodo generalizado y montaron sus imprentas en otros lugares. Conocemos a dos familias de impresores especialmente importantes en este aspecto, la familia Soncino y la familia Ibn Namias, que fundaron imprentas en Estambul, Salónica y Manastyr a finales del siglo XV y principios del siglo XVI. Como imprimían libros para lectores judíos estaban exentos de la prohibición general de imprimir promulgada por el sultán. Los impresores judíos del Ámsterdam del siglo XVII (Joseph Athias, por ejemplo, pero también Inmanuel Benviste, David de Castro Tartas y Menasseh ben Israel, a quien ya hemos mencionado como erudito) también se especializaron en libros hebreos, pero además publicaron textos judíos traducidos al español.

Athias fue aún más allá; dijo haber impreso más de un millón de biblias en inglés y también libros litúrgicos católicos[12]. Tartas publicó libros en yiddish, incluido un romance sobre el rey Arturo, que demuestra lo mucho que gustaban los libros de caballería en la época. No era el único. Sabemos que entre 1600 y 1732 trabajaron en Ámsterdam trescientos dieciocho impresores. Imprimían libros en yiddish que exportaban a Polonia y a otros lugares para uso de las comunidades judías locales[13].

En cuanto a los saberes profanos, existe un libro digno de mención, publicado en español en 1688 en la ciudad de Ámsterdam por un mercader sefardí muy culto, Joseph Penso de la Vega. El libro tiene un título intrigante,

Confusión de confusiones, y es un vivaz diálogo entre «un filósofo sutil, un mercader prudente y un corredor de bolsa culto», en el que se nos describe la Bolsa. El autor habla de las estratagemas de los especuladores e incluye las primeras referencias impresas a grupos que apuestan por un alza en los precios (a los que denomina *amantes*) y grupos que apuestan por su caída (*contraminores*). Describe la Bolsa como un «intricado laberinto» o como un teatro en el que se representan las mejores comedias humanas. No resulta difícil imaginar lo que hubiera escrito sobre confusiones posteriores, como la Burbuja de los Mares del Sur de 1720, que afectó tanto a Ámsterdam como a Londres, o sobre la gran burbuja mundial de 2008[14].

Fue en el Ámsterdam del siglo XVII, donde los judíos askenazíes de Europa del Este, que huían de la Guerra de los Treinta Años y de los pogromos que tuvieron lugar en vísperas de la revuelta de Bohdan Khmelnytsky en Ucrania, se encontraron con los sefardíes de Iberia[15]. No sabemos a ciencia cierta si este encuentro tuvo consecuencias intelectuales importantes, pero tenemos algunos datos que sugieren que sí.

Por ejemplo, Uri Phoebus Halevi, que nació y vivió en Ámsterdam, donde tenía una imprenta (con un breve paréntesis en el que se estableció en Polonia), perteneció a congregaciones sefardíes y askenazíes en distintos periodos de su vida y trabajó con miembros de ambos grupos. David de Castro Tartas, hijo de «cristianos nuevos» de Portugal y financiado por los comerciantes askenazíes, publicó libros y periódicos para ambas comunidades: la *Gazeta de Ámsterdam* en español para los sefardíes y *Dinstagische un Freytagische Kuranten* en yiddish para los askenazíes[16]. Saúl Levi Mortera, una autoridad en el Talmud y maestro de Spinoza, fue un askenazí veneciano que se convirtió en rabino de la comunidad sefardí de Ámsterdam, algo bastante inusual. Otro askenazí activo entre los sefardíes fue Shabetai Bass, famoso por ser el compilador de la primera bibliografía impresa de libros judíos que llevaba el poético título de *Los labios de los durmientes* (*Shifte yeshenim*, 1680). Hubo tipógrafos y correctores de imprenta askenazíes que trabajaron en imprentas sefardíes, una vez más en Ámsterdam[17].

Resumiendo, los exiliados judíos no mediaron entre dos culturas, intentaron conservar sus tradiciones religiosas en circunstancias adversas. Los ejemplos de mediación más obvios son los de los intérpretes (denominados *linguas*, «lenguas») que trabajaban para los portugueses (que los habían expulsado) en

la India y otras regiones de su Imperio. Vasco da Gama, por ejemplo, recurrió a intérpretes judíos, al igual que el descubridor de Brasil, Pedro Alvares Cabral[18].

García de Orta, médico del rey João III de Portugal, converso e hijo de refugiados españoles, probablemente sea el mejor ejemplo de exiliado-mediador que tenemos. A los treinta y pocos años García de Orta se estableció en Goa, puede que huyendo de la Inquisición. Estudió las plantas medicinales locales y publicó un diálogo sobre ellas, *Colóquios dos simples*, que llegó a ser muy conocido en su traducción latina. Uno de los participantes en el diálogo es un médico hindú, que sugiere a García que aparte de examinar las plantas locales aprenda de los médicos del lugar[19].

Jacobo Castro Sarmiento, que llegó a Inglaterra en 1720 huyendo de la Inquisición portuguesa, es otro buen ejemplo. Publicó un primer libro en portugués en el que defendía ideas de Isaac Newton: un estudio sobre la teoría de las mareas publicado en Londres en 1737. No sabemos si tuvo muchos lectores. Probablemente, la gramática inglesa de Castro, publicada en portugués en Lisboa (1751) corriera mejor suerte[20].

La diáspora musulmana

Al igual que los judíos, los musulmanes de España y Portugal tuvieron que elegir entre la conversión y el exilio. Muchos dejaron Granada tras 1492, Portugal después de 1497, Castilla en 1502 y Aragón a partir de la década de 1520. Parece que salieron de España unos cien mil musulmanes que se asentaron, sobre todo, en el norte de África, seguidos por números más reducidos de musulmanes portugueses[21]. Entre 1609 y 1614 hubo una segunda oleada migratoria cuando los españoles expulsaron a los moriscos, en otras palabras, a los musulmanes convertidos (al menos oficialmente) al cristianismo. De España salieron unos trescientos mil, un tercio de ellos eran de Valencia. La mayoría emigraron a Túnez o Marruecos, algunos a Argelia o Estambul. Esta «migración de trabajadores cualificados» fue una gran pérdida para España, que perdió jardineros, tejedores de seda, ceramistas (incluidos los que fabricaban los famosos azulejos), albañiles y carpinteros. Sabemos menos de los estudiosos en este caso.

Al igual que los judíos, los exiliados musulmanes no parecen haber

desempeñado un papel destacado como mediadores, aunque el granadino Sidi Ali fuera a la India en calidad de intérprete del virrey portugués Alfonso de Albuquerque. Sin embargo, sabemos tan poco sobre el impacto que tuvieron estos exiliados españoles en sus países de acogida (al menos los historiadores que no sabemos leer árabe), que no sería prudente extraer conclusión alguna.

El ejemplo más conocido de mediación intelectual es el de Hassan al-Wazzan, conocido en Occidente como León el Africano. Nacido en Granada, se trasladó a Fez con sus padres en 1492, estudió allí e hizo carrera como diplomático. A los veintitantos años fue capturado por piratas cristianos y trasladado a Roma, donde le bautizaron con el nombre de León en honor a su amo, el Papa León X. Enseñó árabe en Bolonia y publicó una gramática de esa lengua. Al-Wazzan escribió su famosa *Descripción de África*, publicada en italiano en 1550, a petición del papa. En torno al 1600 se tradujo al francés, latín e inglés, y el texto supuso una importante contribución al conocimiento que los occidentales tenían de África, más concretamente del norte del continente[22]. Al-Wazzan elaboró un diccionario árabe-hebreo-latín con ayuda del erudito judío italiano Jacob Mantino: un magnífico ejemplo de hibridación.

LA DIÁSPORA CATÓLICA

Después de 1492 hubo otra gran diáspora, fruto de la Reforma europea, de la que no tenemos muchos datos hasta la revocación del Edicto de Nantes (1685) que mencionaremos más adelante. Los católicos huían de los países que se convertían oficialmente al protestantismo, como Inglaterra, Escocia, Suecia y la nueva República de Holanda, mientras que los protestantes huían de zonas que seguían siendo católicas, sobre todo Italia y España.

Uno de los rasgos más destacados del exilio católico fue la fundación de colegios para exiliados, entre ellos el Collegium Germanicum et Hungaricum (1552), el English College (1579) y el College of St. Isidore (1625, para irlandeses), todos ellos en Roma, el English College de Douai, en Francia (1561), el Royal English College, Valladolid (Real Colegio de San Albano, 1589); el College of St. Gregory, Sevilla (Colegio Inglés de Sevilla, 1592); el Royal Irish College, Salamanca (Real Colegio de San Patricio de Nobles Irlandeses, 1593); el College of St. Omer (1593) y el Royal Scots College de

Madrid (1627)[23].

¿Qué tipo de contribución al conocimiento realizaron los exiliados? Aunque ofrecían una educación general, el objetivo de los colegios mencionados era formar sacerdotes para enviarlos de vuelta sus países de origen. En otras palabras, al igual que en el caso de los judíos, la mayor función intelectual de los exiliados católicos era enseñar a otros exiliados, conservar sus tradiciones religiosas más que mediar entre culturas o generar conocimiento innovador. Lo mismo cabe decir de los libros que escribieron. El franciscano irlandés Luke Wadding, por ejemplo, rector del College of St. Isidore, dedicó muchos años a escribir los anales de su orden. También está el caso del inglés Richard Smith, profesor de teología en Oxford, que acabó siendo rector de la universidad fundada en Douai por el rey Felipe de España. Tanto si defendía la fe católica, como si atacaba a Calvino, Beza y Melanchthon, probablemente Smith no lo hiciera para convencer a los protestantes sino para evitar que flaquearan los católicos. Por otro lado, el secretario latino de Smith, el sacerdote Richard Lassel, fue un mediador activo. Tradujo una obra del historiador católico Cesare Baronio, pero se le conoce sobre todo por su *Descripción de Italia*, una descripción de la cultura italiana para el público inglés surgida de su experiencia como guía para miembros de la clase alta que visitaban el país[24].

Conviene señalar alguna otra excepción a esta regla. En primer lugar, los exiliados difundieron los nuevos avances del catolicismo de la Contrarreforma[25]. Los católicos ingleses, por ejemplo, se enteraron de la existencia de nuevas formas de devoción gracias a sus compatriotas que vivían en Francia, Flandes, Italia o España. En el siglo XVII, los católicos del sur de los Países Bajos oyeron hablar de la teología denominada «Jansenismo» a líderes del movimiento como Antoine Arnauld y Pasquier Quesnel, que hubieron de huir a Bruselas.

Evidentemente la traducción era importante para la difusión de las nuevas formas de catolicismo. El impresor inglés John Heigham, por ejemplo, exiliado en Douai y St. Omer, tradujo obras devotas de autores españoles, italianos y franceses. Mateo Martínez Waucquier, originario de Middelburg, en el norte de los Países Bajos, se trasladó a Amberes, en el sur, huyendo de la Reforma y pasó gran parte de su vida traduciendo obras pías católicas (de santa Teresa de Ávila, por ejemplo, y de san Francisco de Sales) al latín, para que tuvieran mayor difusión. Michael ab Isselt, otro refugiado del norte de los

Países Bajos (en este caso de Amersfort), que vivía en Colonia, hizo algo parecido: tradujo las obras del religioso español Luis de Granada al latín. Isselt editó el *Mercurius Gallo-Belgicus*, un periódico publicado en Colonia entre 1592 y 1597, el año de su muerte. Colonia (donde se publicaban muchas obras religiosas católicas en latín), se convirtió en un gran centro de circulación del saber católico de la época, junto a Roma y Amberes.

Algunos exiliados católicos desempeñaron un importante papel en la difusión del conocimiento laico. Entre los ejemplos más antiguos podemos mencionar a los hermanos Magnus, Johannes, arzobispo de Uppsala, y Olaus, que dejaron Suecia cuando el rey Gustav Vasa impuso el protestantismo. Se establecieron en Venecia primero y luego, en 1537, se trasladaron a Roma. Como muchos otros exiliados se dedicaron a estudiar la historia de su patria. Johannes escribió una historia de los reyes godos (que los suecos consideraban sus ancestros) y Olaus publicó una historia del norte de Europa, difundiendo estos conocimientos por Escandinavia. Una generación después el irlandés Richard Stanihurst, alquimista e historiador establecido en los Países Bajos, publicó una historia de Irlanda (1584) y una vida de san Patricio (1587), ambas en Amberes[26]. En casos como el de los hermanos Magnus, cabe la sospecha de que fuera la nostalgia la que determinara su elección de este tema de estudio.

Al menos un exiliado católico dedicado a la traducción eligió obras profanas. Aegidius Albertinus era de Deventer, en el norte de los Países Bajos, pero se fue a España primero y a Múnich después, donde llegó a ser bibliotecario de la corte y tradujo las obras del moralista español Antonio de Guevara al latín y el romance picaresco *Guzmán de Alfarache* al alemán.

Algunos exiliados católicos, como el inglés Thomas Stephens, se hicieron jesuitas y fueron enviados a las misiones (en el caso de Stephens a la India). Hablaremos de los jesuitas en el capítulo cuatro, pues fueron expatriados, no exiliados, con una importante excepción colectiva que debemos mencionar aquí. Cuando el rey Carlos III de España ordenó a los jesuitas que abandonaran sus dominios en el año 1767, salieron de España y de la América española más de dos mil, sobre todo rumbo a Italia[27].

Entre los españoles había eruditos como el lingüista Lorenzo Hervás, quien se ha identificado como «el gran olvidado de la Ilustración española». Aunque se ha sugerido que fue un misionero del Nuevo Mundo, Hervás nunca salió de Europa. Fue en Roma, aún un importante centro del saber, donde, al igual que

Athanasius Kircher antes que él, obtuvo información de los misioneros que habían aprendido las lenguas amerindias sobre el terreno; información que él a su vez pasó a Wilhelm von Humboldt, quien la usó en sus estudios de lingüística comparada. Como tenía acceso a las bibliotecas de Roma, Hervás pasó gran parte de su tiempo en Italia compilando un catálogo de todas las lenguas del mundo. En cualquier caso, fue más que un compilador, también fue un teórico, que no solo dotó a Humboldt de información, sino también de ideas que el estudioso alemán desarrollaría posteriormente[28].

Otro jesuita español, Juan Andrés, pasó parte de su exilio escribiendo la historia del origen y evolución de «toda» literatura. No todos los jesuitas eruditos españoles compartían lo que podríamos denominar el «afán enciclopédico» de Hervás y de Andrés, pero los hubo que se sintieron más europeos en Roma de lo que se habían sentido en casa, y contribuyeron a lo que hemos descrito como «hibridación» entre la cultura italiana y la española (una compenetración de culturas[29]).

Por su parte, algunos de los jesuitas hispanoamericanos exiliados escribieron historias de sus regiones natales. Juan Ignacio Molina, del actual Chile, publicó su *Compendio della storia geográfica, natural e civil del regno del Cile* en italiano (1776). Recientemente se le ha alabado por sus dotes de observación y la precisión de sus descripciones. Miguel de Olivares, también chileno, escribió una historia de la conquista española de la región[30]. Juan de Velasco, del actual Ecuador, escribió la *Historia del reino de Quito* (1789). Francisco Javier Alegre, de México, escribió una historia de los jesuitas en Nueva España, pero el más importante de todos fue Francisco Javier Clavijero, que escribió una *Historia antigua de Méjico* (1780-1781). Clavijero sabía náhuatl y hacía hincapié en la importancia de las fuentes indígenas para la historia de México, afirmando que los mexicanos ya eran gentes civilizadas antes de la llegada de los españoles. Estos estudiosos, todos ellos criollos, reaccionaban a las críticas vertidas desde Europa contra un Nuevo Mundo al que estudiosos y escritores como el Conde Buffon y Cornelis de Pauw describían como infantil o degenerado[31].

No deja de ser sorprendente que estos cinco jesuitas crearan sus obras más importantes en el extranjero; puede que se debiera a la nostalgia por la patria o tal vez sencillamente hicieran buen uso de su tiempo de ocio. En un estudio reciente se planteaba la pregunta de si hubieran escrito los mismos libros de no haber sido exiliados. Aunque la respuesta del autor sea «probablemente

sí», el subtítulo del ensayo, «melancolía creativa» sugiere lo contrario[32].

Los exiliados isabelinos

Llegados a este punto puede resultar provechoso que examinemos más de cerca a los exiliados católicos ingleses que abandonaron su país de origen durante los reinados de Eduardo VI e Isabel I. La mayoría acabó en los Países Bajos, sobre todo en Lovaina y Amberes, o en Francia, principalmente en Rouen, Reims y Douai. Rouen fue «el centro de la imprenta católica inglesa desde aproximadamente 1580, pues ofrecía la ventaja de no estar lejos de Inglaterra, lo que permitía introducir los libros ocultos en barcos, de contrabando[33].

Merecen especial mención dos grandes empresas de los exiliados católicos de la época. Una es la traducción de la Biblia al inglés por Gregory Martin, establecido en Douai, que contó con la ayuda de otros exiliados como William Allen, Richard Bristow, William Reynolds y Thomas Worthington. La otra es el ataque a la Iglesia de Inglaterra y a sus defensores (sobre todo John Jewel, obispo de Salisbury y autor de *Apology of the Church of England*, una apología de los anglicanos) lanzado por un grupo de amigos que habían estudiado en el New College de Oxford y se habían establecido en Lovaina: Thomas Dorman, Thomas Harding y Thomas Stapleton. Fue John Fowler, otro exiliado inglés en Lovaina, antiguo estudiante del New College, quien imprimió estos libros junto al de otro hombre del New College, John Rastell, que se había trasladado a Alemania.

Da toda la impresión de que muchos exiliados ingleses se resistieron a la asimilación. Estudiaban y enseñaban en colegios ingleses de Francia, España o Italia, escribían en inglés y publicaban en Douai o Lovaina gracias a imprentas como las de John Fowler, Henry Jaye o Laurence Kellam (exiliados a su vez), para que pudieran leerlos los católicos de casa.

Sin embargo existen importantes excepciones a esta regla general. Nicholas Sanders, por ejemplo, escribió una historia en latín del «cisma» inglés, *De origine ac progressu schismatis Anglicani* (1585), que tuvo gran éxito internacional y se reeditó en múltiples ocasiones en Colonia, Ingolstadt, Roma y otros lugares. William Reynolds tradujo obras de sus amigos Allen y Harding al latín, para que pudieran leerse en el extranjero. Richard Vestegan,

asentado en Amberes, es recordado aun hoy como el autor de un estudio sobre las antigüedades inglesas, *The Restitution of Decayed Intelligence* (1605), producto de la nostalgia suscitada por la lejanía de la patria. Como bien señala su biógrafo, también tuvo su importancia como «mediador cultural», pues hablaba bien francés, flamenco y español y fue traductor, impresor, escritor de una revista llamada *Nieuwe Tijdinghen*, organizador de redes informativas y autor de *Theatrum Crudelitatum Haereticorum Nostri Temporis* [*Teatro de las crueldades de los herejes de nuestro tiempo*] (1586[34]).

En esta época de conflictos religiosos hubo impresores mercenarios que publicaban cualquier obra católica o protestante que se vendiera bien, pero los exiliados que acabamos de mencionar imprimían para servir a su causa.

LA DIÁSPORA PROTESTANTE

Las diásporas judía, musulmana y católica tuvieron su impacto sobre la cultura del conocimiento en Europa y más allá, pero ese impacto está mejor documentado, es más obvio y probablemente sea más importante en el caso de los protestantes, de los que vamos a hablar a continuación. Con frecuencia la llegada de los exiliados tenía un impacto significativo sobre el conocimiento local, más rápido y evidente en el caso de los oficios y más gradual en el de los estudios.

Italianos

No todos los protestantes eran originarios del norte de Europa. El español Miguel Servet era del sur, por ejemplo, y fue quemado por hereje en Génova. También podemos mencionar a Francisco Enzinas, que tradujo el Nuevo Testamento al español y a Cipriano de Val, que se refugió en Inglaterra.

Hubo muchos más emigrantes italianos. Tras la instauración de la Inquisición romana en 1542, protestantes italianos de distintos tipos (de calvinistas a unitaristas) abandonaron la península y eligieron destinos como Suiza, Inglaterra, Alemania, Transilvania y Polonia. Al llegar solían actuar como mediadores, contribuyendo a la difusión del conocimiento al transmitir a sus anfitriones gran parte de la erudición y la cultura literaria de la Italia

renacentista[35]. Entre los refugiados había médicos, formados en la Universidad de Padua. Niccoló Buccella y Gianbattista Gemma, por ejemplo, acabaron siendo médicos del rey de Polonia, Stefan Batory, y es muy probable que difundieran por toda Europa Central y del Este los nuevos descubrimientos médicos realizados en Padua y otras zonas de Italia[36]. Otro refugiado, Jacopo Aconcio, era ingeniero y fue contratado en Inglaterra para drenar pantanos e inspeccionar fortificaciones. Aconcio también escribió un libro sobre la historia de la lecto-escritura que se tradujo (bastante libremente) al inglés y fue publicado en 1574.

En el ámbito de las humanidades, tenemos al crítico literario Ludovico Castelvetro, alabado por su comentario a la *Poética* de Aristóteles, que dejó Italia para viajar a Génova, Lyon y Ginebra. Su sobrino Giacomo financió la publicación en italiano en Londres de dos famosos poemas pastorales, *Aminta*, de Torquato Tasso y el *Pastor Fido* de Giambattista Guarini. El abogado refugiado Scipione Gentili tradujo la obra épica de Tasso, *Gerusalemme liberata* al latín y su sobrino Robert, nacido en Londres, fue un políglota que se ganaba la vida traduciendo libros del inglés al latín, italiano, español y francés. Otro traductor famoso, John Florio (cuyo nombre híbrido sugiere una identidad híbrida), nacido en Londres, era hijo de un refugiado, Michelangelo Florio. Padre e hijo publicaron introducciones a la lengua italiana, pero John, que enseñaba italiano y francés, ha pasado a la historia por su versión inglesa de los ensayos de Montaigne.

El centro de traducción más importante de obras en italiano era Basilea, donde se tradujeron al latín las obras de Maquiavelo, del historiador Francesco Guicciardini y de Paolo Giovio, entre otros humanistas. Traducían exiliados como Celio Secundo Curione, profesor universitario de retórica, el médico Giovanni Niccolò Stoppani, asimismo profesor de Basilea, el antiguo benedictino Francesco Negri y Silvestro Teglio, traductor de *El príncipe* de Maquiavelo. Otro protestante italiano en el exilio, el antiguo dominico Pietro Perna, publicó en Basilea gran parte de estas traducciones, junto a las de muchos otros protestantes[37], Ortensio Lando, un agustino convertido al protestantismo, medió en dirección inversa: era corrector en Basilea y tradujo *Utopía* de Tomás Moro al italiano (1548)[38].

Holandeses

Un refugiado de los Países Bajos contribuyó enormemente a la difusión del conocimiento. Me refiero a Daniel Bomberg, impresor de Amberes que se estableció en Venecia en 1516, donde siguió imprimiendo libros en hebreo hasta el día de su muerte, acaecida en 1549. Bomberg era cristiano, pero empleaba a eruditos judíos como tipógrafos y correctores, al igual que Aldus había contratado griegos.

La principal oleada de refugiados fue posterior. Entre 1567 y 1573, huyeron unos sesenta mil protestantes de las persecuciones desatadas por el Duque de Alba, militar español que gobernaba los Países Bajos por orden de Felipe II de España. En la década de 1580, entre cien y ciento cincuenta mil protestantes abandonaron el sur cuando las fuerzas españolas reforzaron su control sobre Amberes y otras ciudades. Esta segunda oleada se ha descrito como «una de las cuatro grandes migraciones europeas de los tiempos modernos», comparable a la de judíos de 1492 y a la de los protestantes de las décadas de 1560 y 1680[39].

Muchos holandeses se asentaron en Inglaterra o Alemania. Entre ellos había comerciantes, banqueros (como Johann von Bodeck, que huyó de Amberes en 1584 y se estableció en Fráncfort) y muchos artesanos, que llevaron su arte a los países de acogida, crearon industrias e introdujeron innovaciones, «nuevas formas de producción en masa, de tecnología y de organización del trabajo». Por ejemplo, los refugiados convirtieron a la ciudad de Danzig (hoy Gdansk), que crecía a ritmo acelerado, en un gran centro de fabricación de cristal y de muebles[40]. El grabador Thèodore de Bry llegó a Estrasburgo procedente de Lieja, luego se trasladó a Amberes y acabó en Fráncfort, donde se convirtió en impresor-editor y se especializó en libros ilustrados sobre el Nuevo Mundo; su hijo Jean-Théodore se hizo posteriormente cargo del negocio.

Otros refugiados protestantes de los Países Bajos se trasladaron a Inglaterra, sobre todo a Londres y a Anglia Oriental, al menos durante un tiempo. Entre ellos había al menos cinco pastores, que mediaron entre su cultura de origen y la de su país de acogida. Aprendieron inglés (una lengua que pocos extranjeros entendían por entonces) y tradujeron al holandés obras devotas de autores como el popular teólogo William Perkins. Vincent Meursovoet, que vivió una temporada en Norwich, tradujo más de treinta y cinco libros, mientras que Jan Lamoot, que llegó a Inglaterra siendo niño y asistió a la escuela en Londres, tradujo al menos ocho.

Sin embargo, la mayoría de los protestantes flamencos salieron del sur de

los Países Bajos y se dirigieron hacia el norte, sobre todo cuando los españoles volvieron a tomar Amberes en 1585. Entre ellos había algunos destacados estudiosos como el ingeniero Simon Stevin, que emigró de Brujas a Leiden en 1581. El humanista Caspar Barlaeus, nacido en Amberes en 1584, se trasladó con su familia al norte poco después y ejerció la docencia primero en Leiden y luego en Ámsterdam. Johannes de Laet, estudioso a la par que comerciante, dejó Amberes y se estableció en Ámsterdam con su familia en 1584, cuando contaba tres años de edad. Petrus Plancius, ministro y también astrónomo, huyó de Bruselas y se fue a Ámsterdam donde trabajó en cartografía y navegación. El exégeta Johannes Drudius y el teólogo-historiador Wilhelmus Baudartius huyeron del sur, se refugiaron en Inglaterra una temporada y luego se establecieron en el norte de los Países Bajos. Ambos acabaron siendo profesores en la Universidad de Leiden antes de trasladarse a la Universidad de Franeker en Frisia.

También hubo impresores entre estos refugiados. Lodewijk Elsevier, por ejemplo, se trasladó de Lovaina a Leiden en 1581, mientras que Jan Commelin, fundador de una familia de impresores y estudiosos, se fue a Ámsterdam desde Amberes. Dos impresores, Cornelisz Claesz y Joost de Hondt, ambos especialistas en cartografía, se trasladaron de Amberes a Ámsterdam a principios de la década de 1580. En su nuevo hogar colaboraron en la publicación de mapas, contribuyendo a hacer de Ámsterdam ese gran centro de cartografía y de atesoramiento de conocimientos geográficos que llegó a ser en el siglo XVII. El impresor y fabricante de instrumentos de música Levinus Hulsius, procedente de Gante, transfirió su negocio a Núremberg primero y a Fráncfort después.

Los ingleses

Durante el reinado de la reina católica María (1553-1558) también huyeron protestantes ingleses. Se los recuerda como los «exiliados marianos» y se fueron a Estrasburgo, Fráncfort, Zúrich y Basilea. No permanecieron allí mucho tiempo, pero los años que pasaron en el extranjero sirvieron para mejorar su educación de modo formal o informal. En el registro de matriculación de la Universidad de Basilea aparecen treinta y ocho estudiantes ingleses entre 1554 y 1559, «todos protestantes refugiados». En general, sus

años en el extranjero «permitían a estos isleños ampliar sus horizontes y fusionarlos con nuevos»[\[41\]](#). Un exiliado en Ginebra, Stephen Wythers, tradujo la crítica de Calvino a las reliquias y la obra del estudioso luterano Johann Sleidan dedicada a la historia de los cuatro grandes imperios de la Antigüedad. Otro exiliado en Estrasburgo, John Foxe, publicó la primera versión en latín de lo que se convertiría en un clásico protestante inglés, *Acts and Movements*, más conocido como el Libro de los Mártires de Foxe.

La diáspora inglesa más famosa fue la de los «Pilgrim Fathers» [padres peregrinos] al Nuevo Mundo. Eran protestantes que se habían separado de la Iglesia de Inglaterra y se desplazaron primero a la República Holandesa y luego, de 1620 en adelante, a Nueva Inglaterra. La mayoría quería reconstruir su comunidad en otro lugar y no pensaban en adquirir conocimientos. Sin embargo, algo hubieron de aprender para poder sobrevivir en un entorno repleto de animales y plantas que les era desconocido, aunque no tuvieran intención de transmitir sus conocimientos a sus vecinos indios. Roger Williams fue una excepción a la primera generalización que hemos hecho. Fue un clérigo que llegó a Boston en 1631, pero se trasladó a un asentamiento nuevo, Providence, en 1636. William aprendió la lengua de los indios de la zona, los Narraganset, y a su vuelta a Inglaterra publicó un libro titulado *A Key Into the Language of America* (1643). Al contrario que otros clérigos que estudiaban las lenguas habladas en las Américas, casi todos jesuitas, Williams nunca intentó convertir a sus vecinos indios. Estudió su cultura porque le complacía, la admiraba en muchos aspectos como el de la armonía espiritual y recurría a ella para criticar la teocracia puritana[\[42\]](#).

Los centroeuropeos

Muchos protestantes y otros disidentes religiosos checos abandonaron Bohemia cuando derrotaron a su rey calvinista en la Batalla de la Montaña Blanca (*Bílá Hora*) en 1621. Jan Amos Komenský, por ejemplo, más conocido como Comenio, era pastor de la Hermandad de Moravia, un grupo preprotestante, y defensor de lo que denominaba la *Pansophia*, un conocimiento que permitía adquirir sabiduría universal. En la década de 1620 se refugió en Polonia y más tarde vivió en Suecia, Prusia, Inglaterra y Transilvania[\[43\]](#). Comenio difundía sus ideas sobre educación y otros temas

allí donde se asentaba. Junto a sus socios John Dury (un escocés que vivó en la República de Holanda, en Francia y en Polonia) y Samuel Hartlib (nacido en Polonia, aunque su madre era inglesa), contribuyó enormemente a la fermentación intelectual de la década de 1640.

Comenio, Hartlib y Dury defendían la idea de la «reforma universal» (una reforma social por medio de la educación) planteada por Francis Bacon, y por ello el partido contrario a la corte les invitó a Inglaterra en 1641. Se les llegó a llamar «los auténticos filósofos e incluso los únicos filósofos de la Revolución Inglesa»[\[44\]](#). Comenio era el pensador más original del trío, era su líder, y se ha sugerido que su visita a Inglaterra estuvo relacionada con la fundación de la Royal Society; de hecho se ha demostrado que algunos de los fundadores eran seguidores suyos[\[45\]](#). Sin embargo, es Hartlib, cercano a John Pym, líder de la oposición parlamentaria al rey en 1641 y mediador *par excellence*, «quien es considerado uno de los intelectos rompedores de la Europa del siglo XVII»[\[46\]](#). Su amplia red de admiradores y amigos por correspondencia, de Francia a Bohemia, le valieron el título de «gran inteligencia de Europa».

Estos «tres extranjeros», como se los denomina en un conocido estudio (aunque Dury había nacido en Edimburgo) pertenecían a un grupo de exiliados confesionales que se desplazaron hacia el este, en dirección a Polonia (como la astrónoma Maria Cunitz) o Transilvania (como el enciclopedista Johann Heinrich Bisterfeld), y hacia el oeste, rumbo a la República de Holanda e Inglaterra.

Algunos pertenecían a la red de Hartlib, como Johannes Moraen, sacerdote alemán (hijo de un exiliado calvinista) que se estableció en Ámsterdam, se hizo comerciante y llegó a un acuerdo con Comenio para imprimir libros. Henry Oldenburg procedía de Bremen, un importante centro calvinista en la década de 1630, pero emigró a Inglaterra y acabó trabajando en Kent en calidad de tutor privado; posteriormente fue secretario de la Royal Society y se hizo cargo de la red internacional de colegas y amigos por correspondencia de Hartlib; medió asimismo en calidad de traductor, pues Oldenburg tradujo al inglés obras como la famosa descripción de la India de François Bernier.

El tercer miembro de la red de Hartlib era otro exiliado de Europa Central, Theodore Haak, que había nacido en Alemania (su madre era una refugiada hugonota), pero había pasado gran parte de su vida en Inglaterra. Haak fue otro mediador, sobre todo a través de la traducción. Cuando aún vivía en

Alemania, tradujo al alemán un tratado del teólogo puritano David Dyke y, ya en Inglaterra, tradujo *Paradise Lost (El paraíso perdido)* de John Milton al alemán y las anotaciones a la Nueva Biblia holandesa al inglés. Trabajó para el Consejo de Estado en tiempos de Cromwell y tradujo al alemán muchas publicaciones oficiales. Haak era miembro de la Royal Society y tradujo al inglés un tratado italiano sobre tintes y otro alemán sobre el ámbar[47]. En conjunto, estos centroeuropeos realizaron una importante contribución a lo que Bacon denominara «el avance del saber».

Aunque la primera diáspora protestante fuera un movimiento a escala mucho menor que el Gran Éxodo de la década de 1930, del que hablaremos más adelante, puede resultar provechoso que comparemos ambos procesos. En ambos casos los refugiados estaban comprometidos con un ideal de estudios internacionales que trascendieran los conflictos políticos e incluso pudieran acabar con ellos. La República de las Letras debía mucho a la mediación de los exiliados entre sus patrias y los países de acogida. Estudiosos ingleses como el químico Robert Boyle y el obispo John Wilkins, inventor de un «lenguaje filosófico» pensado para facilitar la comunicación internacional, debían mucho, aunque sea difícil precisar exactamente qué, a su relación con refugiados como Hartlib, Haak, Oldenburg o el lingüista Cyprian Kinner, antiguo ayudante de Comenio.

Algunos suscribían el ideal del desapego, o de la imparcialidad, como lo llamaban ellos. «*Unparteiisch*» era la mejor recomendación que Moriaen daba a grupos e individuos, y John Dury se presentaba a sí mismo como un «pacificador imparcial»[48]. El tema de la imparcialidad surge una y otra vez en el caso de los exiliados hugonotes de la década de 1680, de los que hablaremos más adelante.

Los franceses

No cabe duda de que los franceses constituyen el grupo de exiliados protestantes más famoso, pues formaron parte de él Juan Calvino, que huyó a Basilea y se trasladó a Estrasburgo antes establecerse definitivamente en Ginebra en 1541, y su discípulo, Teodoro Beza, que llegó a Ginebra en 1548. Se ha dicho que fue su experiencia como refugiado la que dio forma a muchas de las ideas de Calvino[49].

Tras los pogromos desatados en París contra los protestantes en 1572, en lo que se conoce como la Masacre de san Bartolomé, hubo muchos refugiados franceses repartidos por el mundo. Franciscus Junius el Viejo, conocido por su nueva traducción de la Biblia al latín, acabó en Heidelberg. Los académicos François Hotman, Isaac Casaubon, Louis Turquet de Mayerne y Joseph Justus Scaliger, se refugiaron en Ginebra, al igual que los estudiosos e impresores Robert y Henri Estienne. Otro impresor, André Wechel, huyó a Fráncfort en 1572 como su yerno, el impresor Jean Aubry y el colega de Aubry, Claude de Marne. Un empresario hugonote, François Caron, nacido en Bruselas en el seno de una familia de refugiados, llegó a Japón en un barco holandés en 1619 y permaneció allí durante veinte años hasta convertirse en la cabeza de la rama japonesa de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (la Vereenigde Oostindische Compagnie o VOC). Contribuyó a mejorar significativamente el conocimiento que tenían los europeos de Asia Oriental con su descripción de los reinos de Japón y de Siam.

Algunos protestantes franceses huyeron a Inglaterra y los Países Bajos. Tenemos el famoso ejemplo de Théodore Turquet de Mayerne (hijo del historiador Louis), un distinguido médico que salió de Francia tras el asesinato de Enrique IV. Mayerne se convirtió en médico privado de Jacobo I, realizó labores de espionaje y permaneció en Inglaterra durante cuarenta años, aunque «se negaba [...] a menos que se viera muy presionado, a hablar o escribir en inglés»[\[50\]](#). Algunos refugiados se ganaban la vida enseñando su lengua materna, el mayor capital intelectual que poseían los franceses, pues la enseñanza de idiomas es uno de esos ámbitos, como los oficios, en los que el contacto personal con el discípulo o aprendiz es importante, ya que se aprende por imitación. En un estudio sobre la enseñanza del francés en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII se menciona a dieciocho individuos (entre ellos dos mujeres refugiadas procedentes de Amberes) activos en la docencia antes de 1685[\[51\]](#). Pero, una vez más, los profesores de idiomas que han dejado trazas descubiertas por la historia solo son la punta del iceberg y a menudo los conocemos porque publicaron gramáticas, manuales de conversación o diccionarios.

Entre los exiliados en Londres destaca Claude de Sainliens (conocido en Inglaterra por su nombre traducido al inglés «Holyband»), que enseñaba francés, italiano y latín, además de publicar manuales con títulos como *The French Schoolmaster* (1573), *The French Littleton* (1576), *The Italian*

Schoolmaster y diccionarios. Jacques Bellot escribió una obra pensada «para aprender francés por sí mismo», titulada *Familiar Dialogues* (1586). Pierre (o Peter) Erondell publicó un manual de conversación titulado *The French Garden* (1605) dirigido en concreto a las mujeres. Tanto Sainlies como Bellot vieron publicadas sus obras por un compañero de exilio, Thomas Vautrollier, quien también imprimió los *Institutos* de Calvino en la traducción del poeta calvinista Guillame Du Bartas, la traducción de la Biblia al latín de Beza y obras de apologetas protestantes[52].

El exiliado Thomas La Grue publicó en la República de Holanda un gramática francesa (en latín) y tradujo libros del holandés al francés, mientras que el pastor Berthélemy Pielat publicó lo que denominó su «anti-gramática» (*L'antigrammaire*, 1673). Nathanael Duez enseñó francés e italiano en la Universidad de Leiden. Un expatriado católico, Jean-Nicolas de Parival, también enseñaba francés allí y escribió un libro, *Les délices de la Hollande* (1651), para introducir a sus compatriotas en la cultura de su país de acogida.

Como bien demuestran algunos de estos ejemplos, el movimiento protestante en el extranjero siguió gozando de buena salud tras la promulgación del Edicto de Nantes (1598), que garantizaba a los protestantes el derecho a practicar su religión.

El éxodo de la década de 1680

Las consecuencias del exilio sobre el conocimiento son de sobra conocidas y están muy bien documentadas en el caso de la diáspora que tuvo lugar tras la revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV en 1685, de manera que examinaremos más a fondo esta diáspora que las comentadas hasta aquí. Ochocientos mil calvinistas franceses, los hugonotes, hubieron de elegir entre la conversión al catolicismo o la expulsión, la misma difícil elección a la que se habían enfrentado los judíos españoles doscientos años antes. El número de los que eligieron abandonar «Babilonia», como la llamaban, varía según los estudios. Antes se barajaban cifras de trescientos mil y porcentajes aproximados del 15 por 100 de la población hugonota. Pero recientemente investigadores más jóvenes han revisado a la baja la cifra hasta los doscientos mil e incluso los ciento cincuenta mil[53]. El dramático suceso de la revocación solo fue un momento en la larga historia del exilio protestante,

pero fue el punto temporal con mayores consecuencias para la difusión del saber.

La mayor parte de los ciento cincuenta mil o más exiliados hugonotes se fueron a Holanda (sobre todo a Ámsterdam, Rotterdam y La Haya), a Inglaterra (especialmente a Londres) y a Prusia (sobre todo a Berlín). En Prusia y otras zonas de los Países Bajos se ofrecían privilegios a los exiliados para animarlos a quedarse. En Londres y en los Países Bajos pudieron contactar con sus predecesores del siglo XVI, que habían fundado las iglesias valonas, lo que constituye un inusual ejemplo de «cadena migratoria» de acción retardada.

Se denominó *Refuge* a esta migración y a los exiliados se les calificaba de *réfugiés* o refugiados. Uno de estos protestantes de mentalidad bíblica, Pierre Bayle, describió a los Países Bajos como una especie de «arca de Noé», «*la grande Arche des fugitifs*»[\[54\]](#). Los refugiados hugonotes de la oleada migratoria anterior ayudaban a los recién llegados a adaptarse a su nuevo entorno, recibiendo incluso en lugares como Rotterdam ayuda por parte de las autoridades civiles, que crearon puestos de trabajo como docentes para estudiosos como Jurieu y Bayle. Las elites de las Provincias Unidas solían hablar en francés con regularidad (lo mismo ocurría en la corte berlinesa), lo que facilitaba las cosas a los recién llegados.

Otros exiliados hugonotes se establecieron en Suiza, Irlanda, Suecia, Rusia, el Cabo de Buena Esperanza y Norteamérica, de Massachusetts a Carolina del Sur. Boston, por ejemplo, se convirtió en el nuevo hogar tanto de Pierre Daillé, hijo de famoso erudito Jean Daillé, como del comerciante Pierre Baudouin, cuya familia americanizó su nombre convirtiéndolo en Bowdoin, nombre que ostenta la escuela de artes liberales fundada en Main por la familia en 1794[\[55\]](#).

Pérdidas y ganancias

La emigración de los hugonotes supuso una importante pérdida de capital intelectual para Francia. Aquí nos centramos en estudiosos y otros profesionales relacionados con la producción y difusión del conocimiento, pero Francia se vio privada de muchos trabajadores del textil (sobre todo tejedores de seda y de lino) y del cuero, de carpinteros, impresores, relojeros,

fundidores de vidrio, fabricantes de papel y de jabón, sombrereros, grabadores de marfil y trabajadores del metal, incluidos plateros, que se trasladaron a Londres y empezaron a producir allí «plata hugonota».

A su vez, las Provincias Unidas de Holanda, Inglaterra, Prusia y muchos otros lugares se beneficiaron en gran medida de las habilidades de estos emigrados[56]. En Inglaterra la industria de la seda se recuperó gracias a los inmigrantes y en Irlanda los hugonotes usaron el lino para fundar una gran industria. La familia Dollond, refugiada en Londres, es un raro caso de interacción entre los oficios y el conocimiento académico. El padre era un tejedor de seda originario de Normandía, que se había establecido en Spitalfields. Su hijo Jean o John realizó experimentos de óptica y fue elegido miembro de la Royal Society. En 1750, Peter, hijo de John, fundó una empresa dedicada a la fabricación de instrumentos ópticos (en 1927 se convirtió en Dollond & Aitchinson y fue adquirida por Boots en 2009). No fue la primera ni la última vez que los movimientos migratorios contribuyeron poderosamente a la difusión de la tecnología[57]. Evidentemente, los artesanos locales no tenían a los inmigrantes en tan alta estima porque les hacían la competencia.

La revocación del Edicto de Nantes tuvo importantes consecuencias económicas en la época. Marshal Vauban, agudo comentarista de la economía francesa y maestro del arte del asedio, comparó la expulsión de los hugonotes con la expulsión de los moriscos de España acaecida a principios del siglo XVII, haciendo hincapié en las consecuencias negativas de ambos sucesos. El pastor protestante Pierre Jurieu, a su vez exiliado en Rotterdam, realizó una comparación similar y lamentaba el declive de la industria francesa[58].

Vamos a pasar de la migración artesana al estudio de hugonotes y otras gentes implicadas en la transmisión del conocimiento. Estudiaremos a noventa y seis individuos, incluidos los más insignes miembros de la diáspora de la década de 1680.

Médicos y librereros

Hubo exiliados, como médicos y librereros, que al igual que los artesanos siguieron practicando su profesión o realizando sus negocios en su nuevo hogar. El ejemplo de Théodore de Mayerne nos recuerda que muchos médicos, cirujanos y boticarios formaron parte de la primera oleada migratoria de

hugonotes que se establecieron en Londres y otros lugares. Cuatro médicos franceses establecidos en Londres pasaron a formar parte de la Royal Society en la década de 1690, entre ellos el cirujano Paul Biussière y el médico del rey Guillermo III: Paul Silvestre.

Diecisiete de los noventa y seis individuos mencionados arriba trabajaron en Ámsterdam y Rotterdam como impresores, editores o librereros (ocupaciones que, por entonces, se solían ejercer simultáneamente). Henri Desbordes fue uno de estos impresores-librereros que trasladó el negocio que tenía en Francia a su nuevo hogar. Dejó La Rochelle y se fue a Ámsterdam en 1682, después de que cerraran su librería y le encarcelaran un breve periodo de tiempo por imprimir unas críticas al famoso obispo francés, Jacques Bossuet. Sabemos que los hermanos Huguetan de Ámsterdam, que poseían allí una docena de imprentas, abrieron una sucursal en Londres, y que Paul Vaillant estaba especializado en la importación de libros religiosos de Ámsterdam y París. Los hijos de Vaillant publicaron la traducción al inglés del famoso *Dictionnaire* de Bayle en 1734 y mantuvieron abierta una librería en el Strand de Londres durante la década de 1740. Estos editores solían contratar a colegas exiliados como correctores de imprenta de los libros franceses y publicaban las obras de sus compatriotas refugiados. Abraham Archer, por ejemplo, que emigró de Dieppe a Rotterdam, publicó los libros de su compatriota Pierre Jurieu. Henri Desbordes contrató a Pierre Bayle y publicó sus obras. Pierre Brunel, establecido en Ámsterdam, imprimía biblias así como obras de compañeros hugonotes bajo el sello de la «Biblia dorada».

Nuevas carreras

Otros exiliados eligieron voluntariamente una nueva carrera o no tuvieron más remedio que hacerlo. El derecho, por ejemplo, no es bueno para cambiar de lugar de trabajo, como comprobaron algunos de los miembros de la diáspora de 1933, de los que hablaremos más adelante, que se trasladaron de Alemania a Austria o a Estados Unidos y hubieron de cambiar de profesión, convirtiéndose en politólogos o expertos en relaciones internacionales. En el siglo XVII ocurrió algo parecido. El jurista Charles Ancillon, por ejemplo, se convirtió en el historiador oficial del Elector de Brandenburgo-Prusia. Otro jurista, Jean Barbeyrac, enseñó *belles-lettres* en Berlín antes de obtener una

plaza como profesor de derecho, primero en la Universidad de Lausana y después en la de Groningen. Un tercero, Jacob Le Duchat, que se trasladó de Metz a Berlín, se hizo editor de textos literarios. Algunos refugiados, que no querían o no podían establecerse definitivamente en el extranjero, fueron cambiando de ocupación. Abel Boyer, por ejemplo, fue (entre otras cosas) tutor privado, traductor, periodista e historiador[59].

Los clérigos, seiscientos ochenta personas para ser exactos, estaban sobrerrepresentados en este éxodo. Se trasladaron a países protestantes donde ya había muchos predicadores (llegaron cuatrocientos cinco a las Provincias Unidas[60]). Algunos, Jurieu por ejemplo, siguieron siendo pastores en Ámsterdam, Londres, Berlín y otros lugares, sobre todo en iglesias fundadas para los exiliados en las que se predicaba en francés (había sesenta y dos iglesias de este tipo en los Países Bajos en 1688 y unas veinticinco en Londres[61]).

Pero, aun teniendo en cuenta el incremento de la clientela, el número de predicadores calvinistas en los países de acogida superaba claramente la demanda[62]. Muchos de los clérigos exiliados se encontraron sin empleo. ¿Qué hizo al respecto este grupo de personas cultas y pertenecientes a grupos muy articulados? Puede que uno de los casos de adaptación más llamativos sea el de Nicolas Chevalier, un pastor refugiado en la República de Holanda que combinaba las ocupaciones de librero y medallista, pues grabó en una serie de medallas la historia de Guillermo III, quizá para competir con la «historia en medallas» de Luis XIV. Otros pastores en el exilio aprovecharon al máximo su habilidad lingüística, ocupando diversos nichos culturales en varios países y actuando como mediadores entre su patria y los países de acogida. El francés tenía mucho prestigio en el extranjero, algo similar a lo que ocurría con el italiano en el Renacimiento y era un elemento importante de su capital cultural[63].

Muchos de estos exiliados se dedicaron a la docencia. Pierre Juireu, por ejemplo, no fue solo pastor de la iglesia francesa de Ámsterdam, sino asimismo profesor de la recién fundada École Illustre, junto a su antiguo protegido Pierre Bayle y a Michel Maittaire, que inició una nueva vida en Inglaterra como profesor de la Westminster School. Etienne Chauvin, que se estableció en Berlín, alternaba sus tareas como pastor con las de profesor de filosofía; se convirtió en inspector del Collège Français (fundado en 1689) y más tarde fundó una revista especializada. La mayoría de los emigrados

enseñaban teología o filosofía, pero Etienne Morin enseñó lenguas orientales en el Ateneo de Ámsterdam, lo más parecido a una universidad que quedó en la ciudad después de 1686.

Hubo exiliados que trabajaron como tutores privados. Abel Boyer enseñó francés al duque de Gloucester y, en la siguiente generación, el príncipe Federico, más tarde Federico el Grande, tuvo una institutriz hugonota, Marthe de Montbail, y un tutor hugonote, el noble y oficial de la armada Jacques-Egide Duhan de Jandun. Otro aristócrata, Solomon de Foubert, antiguo maestro de equitación de una escuela de París, abrió una academia en el Londres de la década de 1680. A menor nivel social, cierto número de refugiados hugonotes, capaces de enseñar francés, instruyeron a clases sociales inferiores en el Londres de finales del siglo XVII; la mayoría de las clases se daban cerca del patio de St. Paul (o en él). Afortunadamente la demanda de clases de francés había aumentado exponencialmente junto al número de profesores. «La gran invasión de refugiados protestantes cubrió la creciente necesidad de profesores de francés»[\[64\]](#).

Hubo refugiados que se hicieron bibliotecarios. Peter Colomiez fue bibliotecario del arzobispo de Canterbury en Lambeth Palace. Élie Bouhéreau, un médico refugiado en Irlanda, fue bibliotecario de la biblioteca Marsh de Dublín en 1701 y el primer bibliotecario público de Irlanda. El estudioso Henri Justel llegó a Inglaterra en 1681 y fue elegido inmediatamente miembro de la Royal Society gracias a sus actividades como corresponsal de esta institución. Justel había poseído una biblioteca de siete mil volúmenes y le nombraron conservador de manuscritos regios y bibliotecario del rey en St. James's Palace[\[65\]](#). Otros exiliados compilaron obras de referencia, como el diccionario inglés-francés de Boyer y el famoso *Dictionnaire* (del que hablaremos más adelante) de Bayle, o editaron textos literarios. El famoso antiguo abogado Jacob Le Duchat, por ejemplo, editó las obras de Villon, Rabelais y Brântome.

Al menos veinte refugiados y sus hijos fueron traductores y constituyen un buen ejemplo de esta forma recurrente de mediación entre culturas. La mayoría de las veces se traducían del inglés al francés. En este sentido, el traductor más famoso fue Pierre Coste, asentado en Londres, que tradujo las obras de John Locke (*Pensamientos sobre la educación, Ensayo sobre el entendimiento humano* y *Razonabilidad del cristianismo*) junto a la Óptica de Newton[\[66\]](#). François Michel Janiçon, que huyó de Utrecht siendo niño y trabajó como tutor

y periodista, tradujo *Ladies' Library* (*La biblioteca de las damas*) de Richard Steele. Armand de la Chapelle tradujo al francés el periódico de Steele, *The Tatler*, y lo publicaba bajo el título *Le babillard*. *The Spectator*, que Steele escribía con Joseph Addison, fue traducido al francés por Élie de Joncourt, un pastor y profesor que también tradujo obras de Alexander Pope y de George Berkeley[67]. Pierre-Antoine Motteux, que huyó a Londres en 1685 y trabajaba como subastador y dramaturgo, terminó de traducir al inglés las obras de Rabelais. Pierre Des Maizeux difundió el conocimiento de una cultura lejana al traducir la descripción de Japón escrita por el médico alemán Engelbert Kämpfer (de hecho, cuando ya existía una versión inglesa impresa, el original alemán no había pasado de manuscrito).

Invirtiendo lengua fuente y lengua meta, Abel Boyer tradujo al inglés el romance político de Fénelon, *Télémaque*, y Motteux tradujo a Cervantes y a Rabelais. Tenemos dos ejemplos típicos del internacionalismo de la República de las Letras de la época. Jean Barbeyrac, exiliado en Suiza, tradujo al francés el tratado sobre derecho natural del alemán Samuel Pufendorf y lo publicó en Ámsterdam, mientras que Jacques Lenfant, exiliado en Berlín, tradujo al latín un tratado del filósofo francés Nicolas Malebranche y lo publicó en Ginebra. Resumiendo, podemos afirmar sin exagerar mucho, que la revocación del Edicto de Nantes hizo época en la historia de la traducción[68].

Historiadores y periodistas

Hubo refugiados que se hicieron historiadores. Algunos lo fueron de manera oficial, como ciertos expatriados italianos del siglo XVI de los que hablaremos en el próximo capítulo. Entre ellos estaba Charles Ancillon, un refugiado de Berlín nombrado historiador oficial del Elector; Antoine Teissier, otro historiador oficial de Berlín; Henri Basnage, historiador de los Estados Holandeses; Isaac de Larrey, historiador de los Estados Generales y Nicholas Frémont d'Ablancourt, historiador de Guillermo III. Otros escribían historia aunque no fuera oficial. Paul de Rapin Thoyras, amigo de los hermanos Basnage, descubrió su interés por la historia cuando peleaba en Irlanda por la causa protestante. Rapin afirmaba que escribía su *Histoire de l'Angleterre* (1723) para «instrucción de los extranjeros», una obra de mediación

completada por otro exiliado, David Durand[69]. Elie Benoist se volcó en la historia a raíz de su exilio, y se ha sugerido que su historia del Edicto de Nantes formaba parte de un intento colectivo de «construir una identidad propia en el exilio»[70].

En algunos casos, es evidente que existe un vínculo entre los temas elegidos por estos historiadores y sus creencias religiosas. «Evidentemente, los proyectos históricos de los Hugonotes solían ser respuestas a los retos planteados por los católicos»[71]. Estimulados por el deseo de defender su fe, algunos exiliados recurrieron a la historia, sobre todo a la de las herejías. Jacques Lenfant, por ejemplo, escribió una historia de los concilios de la iglesia y de herejes como los husitas, a menudo considerados la vanguardia de los protestantes. Isaac de Beausobre escribió sobre otro grupo herético, los maniqueos (consideraba a su líder el precursor de Lutero). Pierre Jurieu escribió sobre los judíos, al igual que Jacques Basnage, que se centró en la «dispersión» de lo que denominaba «refugiados». Se podría decir que su historia es «alegórica», en el sentido de que escribía sobre una diáspora pensando en otra (de hecho su libro se ha descrito como una «alegoría anticatólica»). El comentario de Basnage: «Veremos que una iglesia, odiada y perseguida durante mil setecientos años, aún pervive y cuenta con numerosos miembros», debe haber sido un gran consuelo para los lectores hugonotes[72]. Especulando un poco podríamos definir, en términos freudianos, el interés de Basnage por los judíos como un «desplazamiento» de la preocupación que sentía por su propia gente; una deriva de la que no tenía por qué ser consciente.

El nicho más importante fue lo que hoy denominamos «periodismo», pero debemos distinguir entre dos grupos de escritores refugiados. Por un lado tenemos a unos pocos individuos que escribían para revistas de tenor político, como Abel Boyer, editor de *Post-boy*, o François Michel Janiçon, que escribía en revistas de Rotterdam, Ámsterdam y Utrecht. Pero también hay numerosos exiliados que escribían sobre libros, editaban revistas educativas o colaboraban en ellas[73]. En otras palabras, recurriendo a una analogía contemporánea podemos decir, que la mayoría de los periodistas hugonotes no escribían para el *Times* sino para el *Times Literary Supplement*. Tenemos ejemplos como la *Histoire des Ouvrages des Savants*, editada por Henri Basnage, la *Bibliothèque Universelle*, editada durante un tiempo por Jacques Bernard y el *Journal Littéraire* (que contaba con seis editores). Estas revistas

fueron importantes canales de difusión de las primeras ideas ilustradas.

Las revistas de entonces no eran las publicaciones especializadas que conocemos hoy, sino publicaciones periódicas que ofrecían «noticias sobre la República de las Letras», por citar el título de la más famosa de todas, la *Nouvelles de la République des Lettres*, publicada en Rotterdam por un impresor exiliado, Henri Desbordes, durante tres años (1684-1687) y editada por uno de los mejores intelectuales exiliados: el filósofo e historiador Pierre Bayle. Bayle era autodidacta, su curiosidad no tenía límites y escribía su revista él mismo[74]. En estas revistas se informaba de novedades literarias y de los últimos inventos; también se publicaban las esuelas de los estudiosos. Como los exiliados mantenían el contacto con su patria así como con refugiados de otros países, crearon redes de un valor incalculable para proveer a las revistas de material y difundir la información. Bayle, por ejemplo, se enteraba de las novedades en el panorama académico británico gracias a la correspondencia que mantenía con amigos de allí, como su colega, el también periodista Daniel de Larroque, el cirujano Paul Buisson y el médico Paul Silvestre.

Imparcialidad

Podemos resumir la importancia de la diáspora hugonota para la creación y difusión del conocimiento en dos palabras: mediación y desapego. Los exiliados mediaron entre su cultura francesa y las culturas de los países de acogida: la República de Holanda, Inglaterra y Prusia. La mediación es evidente en el caso de las traducciones, de la docencia y, sobre todo, del periodismo cultural. Los nombres de algunas de estas revistas lo muestran a las claras: *La Bibliothèque Germanique*, por ejemplo, fundada en 1720 y editada en Berlín por Étienne Chauvin, Alphonse des Vignolles y Jacques Lenfant, o la *Bibliothèque Anglois*, editada por Michel de La Roche.

En cuanto al desapego de los exiliados, Edward Gibbon alabó a dos historiadores hugonotes, Basnage y Beausobre, por su «imparcialidad» comparados con los historiadores católicos que se habían interesado anteriormente por judíos y maniqueos[75]. Beausobre ya había señalado la necesidad de ser imparcial a la hora de escribir historia en el prefacio de su obra, y la *Histoire des Juifs* de Basnage pretendía ser objetiva. Su autor

afirmaba: «No queremos ni ofender ni halagar» a los judíos. Escribía en calidad de cristiano buscando la mejor forma de convertir a los judíos, pero simpatizaba con sus sufrimientos y admiraba su dedicación al estudio, por lo que describe a sus estudiosos, impresores y «academias» (*yeshivot*) con cierto detalle[76].

El historiador hugonote del Edicto de Nantes, Élie Benoist, criticó a sus predecesores por ofrecer «mucha apología y poca historia» (*trop d'apologie et trop peu d'histoire*). No temía los juicios morales y afirmaba que eran compatibles con la imparcialidad del historiador (*le desintéressement d'un historien*[77]).

Rapin-Thoyras, que escribió una historia de Inglaterra, también criticó los prejuicios de sus predecesores, sobre todo en relación a Carlos I, y señalaba la necesidad de que se ocupara del tema un «historiador competente e imparcial» (*un bon historien neutre*), capaz de hallar la verdad hasta en los historiadores menos objetivos. Aunque sentía cierta simpatía por los Whig, Rapin contemplaba la política de partidos inglesa desde la distancia; eso sí, la consideraba un fenómeno interesante que convenía explicar a los extranjeros. Su desapego aumentaba por el hecho de que escribía en La Haya y en territorio germano-parlante (en Wesel, ducado de Cleves). Sabía cómo habían reaccionado los ingleses ante la historia de Inglaterra escrita por el humanista italiano Polidoro Virgilio, de quien hablaremos más adelante, y no le extrañó nada que le criticaran a su vez por su falta de imparcialidad en relación a la monarquía y la iglesia. El éxito de su historia probablemente se debiera a su tono frío y a su relativa falta de prejuicios. En cualquier caso fue tan apreciada en el continente como en Gran Bretaña (circulaban dos traducciones diferentes), donde se mantuvo como obra pionera durante toda una generación, hasta que el filósofo escocés David Hume publicó en inglés una versión diferente del pasado[78].

El desapego fomentaba una aproximación crítica al pasado: la «historia crítica», que floreció a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII y se plasmó en muchas obras, algunas escritas por exiliados. El ejemplo más famoso es el del *Dictionnaire Historique et Critique* de Pierre Bayle.

La situación de los exiliados, siempre a caballo entre dos culturas, no fomentó la objetividad únicamente entre los historiadores, sino que, por entonces, se consideraba asimismo una característica básica del periodista ideal. En la obra anónima *Critique désintéressée des journaux littéraires et*

des ouvrages des savants (publicada en La Haya en 1730), se garantizaba la imparcialidad de esta publicación y de otras similares y se señalaba que las reseñas literarias se escribían «sin tener en cuenta los sentimientos de autores o librereros» (*sans égard, ni pour les auteurs, ni pour les libraires*[\[79\]](#)).

Pierre Bayle es sin duda nuestro mejor ejemplo del desapego del que hicieron gala estos hugonotes. Era un forastero «provinciano, pobre y [...] protestante» al que le encantaba llevar la contraria y comparar dos puntos de vista diferentes sin tomar partido. Cuando un testigo contradecía a otro, decía, había que suspender el juicio. Bayle discutía enérgicamente los prejuicios de escritores anteriores. «La historia se sirve como la carne», escribió en un famoso pasaje de *Nouvelles de la République des Lettres*, «toda nación y religión parte de los mismos datos y los alinea con una salsa de su gusto, y cada lector considera verdadero o falso lo que se dice dependiendo de si comparte o no los prejuicios del autor». Bayle era «un ardiente defensor del ideal de la imparcialidad». En su opinión, lo ideal sería que la historia de la Reforma no la escribieran ni un católico ni un protestante. Si esto no fuera posible debería revisarla un lector capaz de adoptar una postura neutral en relación a los puntos de debate: *quelque personne neutre*[\[80\]](#).

Tenemos asimismo ejemplos del desapego práctico de Bayle en su famoso artículo «Mahoma», incluido en su *Dictionnaire Historique et Critique*. Como bien demuestra un estudio reciente, este artículo ofrece una visión del islam «más coherente y respetable» que la expresada por los cristianos hasta entonces. Bayle no solía expresar sus ideas en forma de afirmaciones sino de refutaciones (en este caso de visiones del islam anteriores y más hostiles), que incluía, sobre todo, en las notas, a las que denominaba «observaciones»[\[81\]](#).

Se podría decir que la suspensión del juicio es algo relativamente sencillo para alguien que vive suspendido entre dos culturas. Bayle era francés, pero también protestante, lo que le situaba en la intersección de dos fuerzas opuestas[\[82\]](#). Un francés del siglo XX, también muy capaz también de hacer gala de desapego, Pierre Bordieu, afirmó tener el «hábito de desfasarse» (*habitus clivé*); parece una buena descripción para Pierre Bayle.

Hay que señalar, que la reacción de Bayle ante su situación de exiliado no era la única posible, como se aprecia cuando la comparamos con la de su colega y antiguo amigo Pierre Jurieu, quien, como Bayle, salió de Francia y se fue a Rotterdam en 1681. Las circunstancias del exilio determinaron la obra y vida de Jurieu, que utilizó gran parte de su energía en escribir libros contra la

Iglesia católica, sobre todo contra el papado, profetizando la ruina inminente de ese «reino anticristiano». Sin embargo, Jurieu tenía menos capacidad de adaptación que Bayle. Contribuyó a aumentar el conocimiento volviendo sobre errores anteriores en vez de intentar, como Bayle, extraer algo positivo de su situación de exiliado.

Una de las obras que está en la tradición de Bayle (a quien admiraban tanto el autor como el ilustrador) y que tal vez tuviera un impacto aún mayor que el famoso *Dictionnaire*, fue la enciclopedia de las religiones del mundo de Jean-Frédérique Bernard y Bernard Picart, de quienes vamos a hablar en este capítulo. *Cérémonies et coutumes* es increíble, no solo por la escala del proyecto y la importancia del papel desempeñado por las ilustraciones, sino también por su distanciamiento. Habla de todas las religiones del mundo en términos de igualdad, una estrategia parecida a la usada por Bayle para animar a los lectores a rechazar la intolerancia y acabar con su «parcialidad» en relación a una forma concreta de religión[83].

El momento del exilio

Resulta cruel hablar de un buen momento para ir al exilio, pero lo cierto es que los hay mejores que otros. Los refugiados franceses de la década de 1680 llegaron a la República de Holanda en un momento en el que la receptividad era bastante alta. Ámsterdam fue un buen destino para los exiliados por diversas razones. En el siglo XVII era una ciudad próspera, donde se podía conseguir capital a bajo interés, lo que incentivó la apertura de nuevos negocios (los impresores necesitaban capital para comprar metal para la tipografía y papel). El comercio del libro apenas estaba regulado y «creció sorprendentemente» en el Ámsterdam del siglo XVII: de los noventa y seis sellos del primer cuarto de siglo se pasó a los doscientos setenta y tres de su último cuarto[84].

Además, el mercado interno no estaba compuesto exclusivamente por exiliados, también comprendía a las elites locales que sabían francés. La exportación de libros en latín, alemán, hebreo, yiddish, inglés, sueco, español, portugués, checo, ruso, armenio y georgiano, era parte importante del imperio comercial holandés[85]. Fue la presencia de los exiliados, entre ellos los impresores judíos mencionados antes, la que dio lugar a esta empresa

políglota. En la República de Holanda en general, y en Ámsterdam en particular, imperaba la «cultura de la tolerancia», una de los tres T que según el teórico Richard Florida constituyen condiciones necesarias para la innovación (las otras dos son talento y tecnología[86]).

En la República de Holanda la llegada de los refugiados coincidió con el auge de los periódicos y las revistas especializadas. La *Gazeta de Ámsterdam*, por ejemplo, de la que ya hemos tenido ocasión de hablar, se fundó en 1675 (su equivalente en yiddish en la década de 1680). De manera que finales del siglo XVII y principios del XVIII fue la época dorada de las revistas no especializadas para intelectuales. Los refugiados editaban algunas, aunque también los había que se limitaban a escribir en ellas. Se publicaban en francés, tanto en la República de Holanda como en Prusia, porque las elites cultas de ambos territorios sabían francés. Hay que decir que en Inglaterra no se editaron muchas revistas en francés; la *Bibliothèque angloise* (fundada en 1717) fue una rara excepción. Su editor, Michel de La Roche, también editaba revistas en inglés como *Memoirs of Literature* (1710) y el *Literary Journal* (1730); el exiliado de segunda generación Peter Anthony Motteux editó el *Gentleman's Journal*.

Estas revistas dieron oportunidades a los exiliados, pero ellos también contribuyeron enormemente a su proliferación. Ámsterdam, como sabemos, brindó grandes oportunidades a libreros y editores exiliados, pero su llegada «bien puede haber evitado el peligro de que se agotara la industria del libro en Ámsterdam»[87]. Los refugiados supieron sacar partido a la difusión del francés en los países a los que emigraron, pero a su vez ayudaron a *accélérer l'internationalisation de la langue française*[88].

La segunda generación

La difusión del francés por toda Europa en el siglo XVII fue como la del inglés en el mundo actual. Los exiliados no tenían muchos incentivos para aprender la lengua de sus países de acogida: alemán, holandés o inglés. Esta reluctancia a hablar o escribir en una lengua extranjera se mantuvo hasta la siguiente generación[89].

Como veremos al hilo de algunos ejemplos de la República de Holanda, Prusia e Inglaterra, la segunda generación de exiliados hugonotes fue casi tan

importante para la historia del conocimiento como la primera. En la República Holandesa hay que mencionar a Jean Frédérique Bernard, Prosper Marchand y Étienne Luzac. Bernard había llegado a Ámsterdam siendo niño y era traductor, editor y librero. Se le conoce sobre todo por una obra muy ambiciosa, en siete volúmenes, titulada *Cérémonies et coutumes religieuses de tous les peuples du monde*, publicada a lo largo de quince años, entre 1723 y 1737, con un texto anónimo e ilustraciones de Bernard Picart, un artista que al convertirse al protestantismo abandonó París para instalarse en Ámsterdam[90].

Marchand, como su amigo Picart, era un recién llegado contemporáneo de la segunda generación. Se convirtió al protestantismo y se trasladó a Ámsterdam en 1709, donde trabajó como impresor, periodista e historiador de la imprenta. Fue capaz de crear amplias redes de periodistas y hugonotes dedicados al negocio del libro con los que mantenía una asidua correspondencia[91]. En cuanto a Luzac, había nacido en Ámsterdam, hijo de hugonotes refugiados. Se unió a su hermano Johan en el negocio del libro en Leiden y también trabajó en la *Gazette de Leyde*, convirtiéndose en editor de la revista y en fundador de una dinastía de periodistas[92].

En Prusia, Simon Pelloutier, nacido en Leipzig y pastor en Berlín, escribió una historia de los pueblos celtas. Dos pastores de Stettin (hoy Szczecin), Paul-Emile de Mauclerc y Jacques Pérard, editaron la *Bibliothèque germanique*. Uno de los intelectuales más destacados de la época, Samuel Formey, había nacido en Berlín y era hijo de refugiados hugonotes. Formey acabó siendo pastor de la iglesia protestante francesa, profesor de filosofía en el Collège Française, secretario de la academia de Berlín y un prolífico escritor[93].

Pierre des Maizeaux, que dejó Francia en 1685 siendo un niño, llegó a Londres en 1699 y escribió para revistas editadas en francés como la *Bibliothèque Raisonnée*, en cuya edición participaba; era «la mayor fuente de noticias sobre eventos e ideas inglesas» para los franceses. Des Maizeaux se convirtió en «el apóstol de Bayle en inglés», pues escribió su biografía y editó su epistolario[94]. John Theophilus Desaguliers, hijo de un sacerdote protestante, estudió en Oxford y fue miembro de la Royal Society. Acabó dando famosas conferencias sobre temas científicos, que publicaba tanto en inglés como en francés, haciendo buen uso de las habilidades lingüísticas de la segunda generación de inmigrantes. Matthew Maty, nacido en la República de Holanda, hijo de exiliados hugonotes, se trasladó a Londres donde se convirtió

en bibliotecario y periodista. Fundó la revista *Journal Britannique* (1750), para introducir a los franceses en la literatura inglesa. John Jortin, nacido en Londres, estudio en Cambridge, se hizo sacerdote y publicó *Remarks on Ecclesiastical History y Life of Erasmus*; parece ser el miembro de su grupo que tuvo menos problemas de asimilación.

No sabemos hasta qué punto se resistieron a la asimilación los exiliados hugonotes de ambas generaciones. En Londres había muchos y hubieran podido vivir en algún tipo de gueto o al menos socializar exclusivamente entre ellos. Se sabe que a los intelectuales de la comunidad les gustaba reunirse en un café muy concreto, el Rainbow, en Fleet Street, el lugar favorito de Desmaizeaux y Desaguliers, por ejemplo, de Pierre Coste, el traductor de Locke y del matemático Abraham de Moivre, que escribió una teoría de la probabilidad y era amigo de Newton. Al igual que los exiliados rusos de 1917, de los que hablaremos en el capítulo cinco, los hugonotes fundaron sus propias iglesias y escuelas; la asimilación fue lenta.

Las dos pruebas obvias de asimilación son el idioma y el matrimonio. Pierre Bayle, que vivió en Rotterdam un cuarto de siglo, nunca aprendió holandés (tampoco aprendió inglés, pero en esa época seguía siendo excepcional que los extranjeros hablaran ese idioma[95]). Samuel Forey confesó que a pesar de vivir en Berlín tardó mucho en aprender alemán: «La langue du pays m'est demeurée inconnue»[96]. En cambio, Henri Basnage fue capaz de reseñar en su revista libros holandeses y franceses tras pasar unos cuantos años en los Países Bajos[97]. En cuanto a los matrimonios, cabe comparar a Matthew Maty, que llegó a Inglaterra a los veintitrés años y se casó dos veces, en ambos casos con mujeres hugonotas, con Renatus Jordain, que se casó con una inglesa y fue el padre de ese John Jortin al que poníamos de ejemplo de asimilación.

Intercambio cultural

Resumiendo: los individuos que formaron parte del grupo de refugiados hugonotes son un buen ejemplo de diversas formas de mediación. Henri Justel fue mediador cultural entre los estudiosos franceses e ingleses antes de mudarse a Inglaterra en 1681, poco antes de la revocación. Fue Justel quien, por ejemplo, se ocupó de traducir al francés las publicaciones de la Royal

Society en beneficio de Pierre Bayle[98]. La traducción fue una de las formas de mediación más importantes, aunque también hay que tener en cuenta la difusión de la información y la traducción cultural. El historiador Rapin de Thoyras explicaba el sistema político inglés a los extranjeros en su *Dissertation sur les Whigs et les Tories* (1717).

El exilio tuvo consecuencias fundamentales para los exiliados mismos. Myriam Yardeni ha sugerido que en la República Holandesa la libertad de expresión era mucho mayor que en Francia, y *fait libérer un potential intelectual explosive, enseveli depuis de décennies*[99]. Como ya dijimos con anterioridad, el exilio agudizó el desapego de Pierre Bayle y de algunos de sus colegas.

Si nos fijamos en los países de acogida, veremos que un número relativamente reducido de refugiados fueron capaces de ejercer un impacto relativamente grande sobre la cultura holandesa, prusiana y británica. Gracias al prestigio del que disfrutaba la cultura francesa de la época, dieron la bienvenida a los exiliados como «embajadores del saber francés» (*Sendboten der französischen Erudition*[100]). Los exiliados, por su parte, incrementaron y profundizaron el conocimiento que se tenía de la cultura francesa en los lugares donde se establecieron. Contribuyeron sobre todo a una evolución importante en la historia del conocimiento europeo y al auge de la República de Holanda y su ciudad más importante, Ámsterdam, que se convirtió en el mayor centro de información y en un depósito de saber[101].

Este auge no se debe solo a los exiliados. Por Ámsterdam circulaba mucha información y ya había periódicos en el siglo XVII. Como veremos en el capítulo cuatro, también era un gran centro de cartografía y la Compañía Holandesa de las Indias Orientales alimentaba una importante red de información que vinculaba a Ámsterdam con Goa, Batavia, Nagasaki y otros lugares[102]. De manera que los hugonotes se beneficiaron del auge de Ámsterdam como centro de información, contribuyendo, a su vez, a su desarrollo.

Volviendo a las consecuencias de la diáspora para el conocimiento en Francia, hay que hacer hincapié en dos extremos. Desde el punto de vista negativo, la pérdida de trabajadores especializados y de capital intelectual (por no hablar del financiero) está muy clara. Pero desde un punto de vista positivo, los franceses adquirieron un mejor conocimiento del mundo, sobre todo en Gran Bretaña y gracias a los exiliados que escribían en francés o

traducían obras extranjeras al francés. Como la censura era mucho menos estricta en Gran Bretaña y en la República de Holanda que en su país de origen, los exiliados podían expresarse con relativa libertad. Solían introducir sus libros de contrabando en Francia, donde empezaron a circular ideas subversivas[103].

En lo relativo a la hibridación, un tema importante en el capítulo cinco, la pregunta obvia concierne a Descartes y Locke así como a las tradiciones filosóficas de las que surgieron y a las que, a su vez, fortalecieron. Gracias a los exiliados Jean Leclerc y Pierre Coste, los lectores franceses pudieron leer el *Ensayo sobre el entendimiento humano* en su lengua materna, mientras que los británicos disfrutaron a Descartes en su versión latina y en traducciones como la del pastor hugonote Henri Desmarets y su colega suizo Etienne de Courcelles, ambos refugiados en la República de Holanda.

Por lo que sabemos, a los franceses les interesaba Locke lo suficiente como para acabar con la distinción entre el empirismo inglés y el racionalismo francés. Voltaire fue uno de los admiradores franceses de Locke, pues apreciaba lo que denominaba el *esprit sage* del filósofo inglés. También lo admiraban el editor-autor Jean Frédéric Bernard, a quien entusiasmaba asimismo Bacon, y el historiador Paul Rapin. Aunque Rapin mostró menos interés por el *Ensayo sobre el entendimiento humano* que por los escritos políticos de Locke, se puede decir que su método histórico es el de un empírico que justifica sus interpretaciones con frecuentes citas extraídas de los documentos originales. En todo caso, existen algunos signos de síntesis real entre las ideas de Descartes y las de Locke o, dicho de forma más general, entre la tradición filosófica francesa y la inglesa[104].

Vamos a acabar con una nota positiva: si los protestantes italianos difundieron la cultura a finales del Renacimiento, los exiliados hugonotes, sobre todo Bayle, Bernard y Picart, difundieron la cultura de la incipiente Ilustración y contribuyeron a la internacionalización del saber y al fortalecimiento de la República de las Letras por otras vías.

[1] Heinz Schilling, «Innovation through Migration: the settlements of Calvinistic Netherlanders in Sixteenth and Seventeenth-Century Central and Western Europe», *Histoire sociale-Social History* 16 (1983), pp. 7-34, esp. p. 32; Nicholas Terpstra, *Religious Refugees in the Early Modern World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, p. 4

- [2] Deno J. Geanakoplos, *Greek Scholars in Venice*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1962, p. 77.
- [3] Peter Burke, «The Myth of 1453: Notes and Reflections», en Michael Erbe *et al.* (eds.) *Querdenken: Dissens und Toleranz im Wandel der Geschichte: Festschrift Hans Guggisberg*, Mannheim, Palatium, 1996, pp. 23-30, esp. 24, 27-28.
- [4] Jonathan Ray, *After Expulsion: 1492 and the Making of Sephardic Jewry*, Nueva York, New York University Press, 2013, pp. 8, 18-23.
- [5] Sobre Isaac Abravanel, Baer, *Galut*, cit., pp. 60-68; Ben Zion Netanyahu, *Don Isaac Abravanel, Statesman and Philosopher*, 1953, 2.^a ed., Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1968, pp. 53-60.
- [6] Henry Kamen, «The Mediterranean and the Expulsion of the Spanish Jews in 1492», *Past and Present* 119 (1988), pp. 30-55; *Ibid.*, *The Disinherited: the exiles who created Spanish culture*, Londres, Allen Lane, 2007, pp. 1-52; Haim Beinart, *The Expulsion of the Jews from Spain*, trad. inglesa, Oxford, Littman Library, 2002; François Soyer, *The Persecution of the Jews and Muslims of Portugal*, Leiden Brill, 2007, pp. 241-281.
- [7] Sobre Caro, R. J. Zwi Werblowsky, *Joseph Caro, Lawyer and Mystic*, 1962, 2.^a ed., Filadelfia, Jewish Publication Society of America, 1977.
- [8] Avigdor Levy, *The Sephardim in the Ottoman Empire*, Princeton, Darwin Press, 1992, p. 37.
- [9] Netanyahu, *Abravanel*, cit., pp. 130-149; Yosef H. Yerushalmi, *Zakhor: Jewish history and Jewish memory*, Seattle, University of Washington Press, 1982, pp. 57-76, esp. pp. 58-59; Ray, *After Expulsion*, cit., pp. 144-155; Jacqueline Genot-Bismuth, «L'argument de l'histoire dans la tradition espagnole de polémique judéo-chrétienne», en Yedida K. Stillman y Norman A. Stillman (eds.), *From Iberia to Diaspora*, Leiden Brill, 1999, pp. 197-213.
- [10] Yosef Kaplan, «La Jérusalem du Nord», en Henry Méchoulan (ed.), *Les juifs d'Espagne: histoire d'une diaspora, 1492-1992*, París, Lévi, 1992, pp. 191-209.
- [11] Mark Mazower, *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Londres, Harper Collins, 2004, p. 48.
- [12] Marvin J. Heller, *The Seventeenth-Century Hebrew Book*, 2 vols., Leiden, Brill, 2011, vol. 1, p. xxix.
- [13] David W. Davies, *The World of the Elseviers, 1580- 1712*, La Haya, Nijhoff, 1954, p. 129; Renata G. Fuks-Mansfeld, «The Hebrew Book Trade in Amsterdam in the 17th Century», en Christiane Berkvens-Stevelinck *et al.* (eds.), *Le magasin de l'univers: the Dutch Republic as the centre of the European book trade*, Leiden, Brill, 1992, pp. 155-168.
- [14] Joseph Penso de la Vega, *Confusión de confusiones*, 1688, reed. facsímil, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1958, pp. 82, 156 y *passim*. Sobre el contexto, Jonathan Israel, «Jews and the Stock Exchange», 1990; versión revisada en *Diasporas within a Diaspora*, Leiden, Brill, 2002, pp. 449-488, esp. pp. 472-474, 483-485.
- [15] Yosef Kaplan, «The Portuguese Community in Seventeenth-Century Amsterdam and the Askhenazi World», en Jozeph Michman (ed.), *Dutch Jewish History*, vol. 2, Jerusalén, Hebrew University, 1989, pp. 23-45.
- [16] Lajb Fuks y Renata G. Fuks-Mansfeld, *Hebrew Typography in the Northern Netherlands, 1585-1815*, Leiden, Brill, 1984, pp. 233-247, 340-341.
- [17] Quiero agradecer de todo corazón a Yosef Kaplan esta información.
- [18] Dejanirah Couto, «The Role of Interpreters, or *Linguas*, in the Portuguese Empire in the Sixteenth Century», <http://www.sabrizain.org/malaya/library/linguas.pdf>.
- [19] Kapil Raj, «Beyond Postcolonialism», *Isis* 104 (2013), pp. 337-347.
- [20] António Júlio de Andrade y Maria Fernanda Guimarães, *Jacob de Carlos Sarmiento*, Lisboa,

Vega, 2010.

[21] Bernard Vincent, *1492: l'année admirable*, París, Aubier, 1991, pp. 118-120; Soyer, *Persecution*, cit., pp. 241-281; Kamen, *The Disinherited*, cit., pp. 53-93.

[22] Oumelbanine Zhiri, *L'Afrique au miroir de l'Europe: fortunes de Jean-León l'Africain à la Renaissance*, Ginebra, Droz, 1991; Natalie Z. Davis, *Trickster Travels: a sixteenth-century Muslim between worlds*, Londres, Faber, 2007 [ed. cast.: *León el africano. Un viajero entre dos mundos*, Valencia, Universitat de València, 2008].

[23] Javier Burriez Sánchez, «Los misioneros de la restauración católica: la formación en los colegios ingleses», en Charlotte de Castelnau- L'Estoile (ed.) *Missions d'évangélisation et circulation des savoirs: XVIe-XVIIe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2011, pp. 87-110.

[24] *Oxford Dictionary of National Biography*, cfr. más adelante «Lassels, Richard».

[25] Geert H. Janssen, «The Counter-Reformation of the Refugee», *Journal of Ecclesiastical History* 63 (2012), pp. 671-692.

[26] Colm Lennon, *Richard Stanihurst the Dubliner, 1547-1618*, Dublín, Irish Academic Press, 1981.

[27] Vittorio Cian, *L'immigrazione dei gesuiti spagnuoli letterati in Italia*, Turín, Clausen, 1895; Miquel Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Gredos, 1966; Manfred Tietz y Dietrich Briesemeister (eds.), *Los jesuitas españoles expulsos*, Fráncfort, Vervuert, 2001; Niccolò Guasti, «The Exile of the Spanish Jesuits in Italy», en Jeffrey D. Burston y Jonathan Wright (eds.), *The Jesuit Suppression in Global Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 248-261.

[28] Lorenzo Hervás y Panduro, *Catalogo delle lingue conosciute*, Cesena, Biasini, 1784; Marisa González Montero, *Lorenzo Hervás y Panduro, el gran olvidado de la Ilustración española*, Madrid, Iberediciones, 1994; Gerda Hassler, «Teoría lingüística y antropología en las obras de Lorenzo Hervás y Panduro», en Tietz y Briesemeister, *Los jesuitas*, cit., pp. 379-400; Klaus Zimmermann, «Los aportes de Hervás a la lingüística», *Ibid.*, pp. 647-668.

[29] Juan Andrés y Morell, *Dell'origine, progressi e stato d'ogni attuale letteratura*, Parma, Stamperia Reale, 1782-1799; Batllori, *La cultura hispano-italiana*, cit., pp. 24, 84.

[30] Johannes Meier, «Los jesuitas expulsados de Chile», en Tietz y Briesemeister, *Los jesuitas*, cit., pp. 423-441; cfr. Prieto, *Missionary Scientists*, cit., pp. 223-227.

[31] Antonello Gerbi, *La disputa del nuovo mondo: storia di una polémica (1750-1900)*, 2.^a ed. Milán, Adelphi, 2000; David Brading, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State 1492-1866* Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 447-464.

[32] Javier Pinedo, «El exilio de los jesuitas latinoamericanos: un creativo dolor», en Carlos Sanhueza y Javier Pinedo (eds.), *La patria interrumpida: Latinoamericanos en el exilio. Siglos XVIII-XX*, Santiago, Universidad de Talca, 2010, pp. 35-37, esp. p. 47.

[33] Philip Benedict, *Rouen during the Wars of Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, p. 170.

[34] Kurt Johannesson, *The Renaissance of the Goths in Sixteenth-Century Sweden: Johannes and Olaus Magnus as Politicians and Historians*, 1982, trad. inglesa Berkeley, University of California Press, 1991; Graham Parry, *The Trophies of Time: English Antiquarians of the Seventeenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 49-69; Paul Arblaster, *Antwerp and the World: Richard Verstegan and the international culture of Catholic Reformation*, Lovaina, Leuven University Press, 2004, pp. 265-267.

[35] John Tedeschi, «Italian Reformers and the Diffusion of Renaissance Culture», *Sixteenth-Century Journal* 5 (1974), pp. 79-94.

[36] Delio Cantimori, *Eretici italiani del Cinquecento* Florencia, Sansoni, 1939; Joanna Kostylo, *Medicine and Dissent in Reformation Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

[37] Markus Kutter, *Celio Secondo Curione*, Basilea, Helbing & Lichtenhahn, 1955; Leandro Perini,

La vita e tempi di Pietro Perna, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2002.

[38] Simonetta Adorni Braccesi y Simone Ragagli, «Lando ortensio», en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 63, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2004.

[39] Heinz Schilling, *Niederländische Exulanten im 16. Jahrhundert*, Gütersloh, Mohn, 1972; Jonathan Israel, *The Dutch Republic. Its rise, greatness and fall, 1477-1806*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 308.

[40] Schilling, «Innovation through Migration», cit., p. 21.

[41] Christina H. Garrett, *The Marian Exiles*, Cambridge, 1938, pp. 26-27, 20 y *passim*.

[42] Jack L. Davis, «Roger Williams among the Narragansett Indians», *New England Quarterly* 43 (1970), pp. 593-604.

[43] Milada Blekastad, *Comenius*, Oslo, Universitetsforlaget, 1969.

[44] Hugh R. Trevor-Roper, «Three Foreigners», *Encounter*, febrero de 1960, pp. 3-20, esp. p. 4.

[45] Thomas Sprat, *History of the Royal Society*, en Jackson I. Cope y Harold W. Jones (eds.), Londres, Routledge, 1958, p. 67.

[46] Mark Greengrass, Michael Leslie y Timothy Raylor (eds.), *Samuel Hartlib and Universal Reformation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p. 2

[47] Pamela R. Barnett, *Theodore Haak FRS*, La Haya, Mouton, 1962.

[48] John T. Young, *Faith, Medical Alchemy and Natural Philosophy: Johann Moriaen, reformed intelligencer, and the Hartlib Circle*, Aldershot, Ashgate, 1998, p. 83; Greengrass, *Samuel Hartlib*, cit., p. 95.

[49] Heiko Oberman, «Europa afflicta: The Reformation of the Refugees», *Archiv für Reformationsgeschichte* 83 (1992), pp. 91-111.

[50] Hugh Trevor-Roper, «Mayerne», *Oxford Dictionary of National Biography*, vol. 37, Oxford, Oxford University Press 2004, p. 581. Cfr. *ibid. Europe's Physician: the various life of Sir Theodore de Mayerne*, New Haven, Yale University Press, 2006.

[51] Katherine R. Lambley, *The Teaching of French in England during Tudor and Stuart Times*, Manchester, Manchester University Press, 1920, pp. 155-178.

[52] Laurent Bercé, *Claude de Sainliens: un Huguenot Bourbonnais au temps de Shakespeare*, Paris, Orizons, 2012; Juliet Fleming, «The French Garden: an introduction to women's French», *English Literary History* 56 (1989), pp. 19-51.

[53] Warren C. Scoville, *The Persecution of Huguenots and French Economic Development, 1680-1720*, Berkeley, University of California Press, 1960, pp. 118-121; Myriam Yardeni, *Le Refuge Huguénot: assimilation et culture*, Paris, Champion, 2002, nota 15. Fue Hubert Nusteling quien rebajó la cifra de refugiados en la República de Holanda de cincuenta a treinta y cinco mil, «The Netherlands and the Huguenot Émigrés», en Bots y G.H. M. Posthumus Meyjes (eds.), *La Révocation de l'Édit de Nantes et les Provinces-Unies, 1685*, Ámsterdam, APA-Holland University Press, 1986, pp. 26-30.

[54] Pierre Bayle, *Dictionnaire Historique et Critique*, 5.^a ed. Ámsterdam, Brunel, 1740, vol. 3, p. 25.

[55] Jürgen Kämmerer, *Russland und die Huguenotten im 18. Jahrhundert*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1978.

[56] Catherine Swindlehurst, «An unruly and presumptuous rabble»: the reaction of Spitalfields weaving community to the settlement of the Huguenots, 1660-1690», en Randolph Vigne y Charles Littleton (eds.), *From Strangers to Citizens*, Brighton, Sussex Academic Press, 2001, pp. 366-374; Ulrich Niggemann, *Immigrationspolitik zwischen Konflikt und Konsens. Die Huguenotten Siedlung in Deutschland und England, 1681-1697*, Colonia, Böhlau, 2008.

[57] Scoville, *Persecution*, cit., pp. 325, 336.

[58] Scoville, *Persecution*, cit., pp. 12-13, 17.

[59] Yardeni, *Refuge Huguenot*, cit., pp. 115-116.

[60] Hans Bots, «Les pasteurs français au refuge des Provinces-Unies», en Jens Häsel y Antony McKenna (eds.), *La vie intellectuelle aux refuges protestants*, París, Champion, 1999, pp. 9-18, esp. pp. 9-10.

[61] Yardeni, *Refuge Protestant*, cit., p. 62.

[62] Bots, «Pasteurs», cit., p. 11; Van der Linden, *Experiencing Exile*, cit., pp. 62-69.

[63] Entre los estudios sobre individuos cabe mencionar a Joseph Almagor, *Pierre Des Maizeaux*, Ámsterdam, APA-Holland University Press, 1989; Christiane Berkvens-Stevelinck, *Prosper Marchand*, Leiden, Brill, 1987; Labrousse, *Pierre Bayle*, cit.; Margaret E. Rumbold, *Traducteur huguenot: Pierre Coste*, Nueva York, Lang, 1991; Hugh R. Trevor-Roper, «A Huguenot Historian: Paul Rapin», en Irene Scouloudi (ed.), *Huguenots in Britain and their French Background, 1550-1800*, Basingstoke, MacMillan, 1987, pp. 3-19.

[64] Lambley, *The Teaching of French Language*, cit., p. 400.

[65] Stephen W. Massil, «Huguenot Librarians and Some Others», *World Library and Information Congress*, 2003, <https://archive.ifla.org/IV/ifla69/papers/058e-Massil.pdf>. ODNB, «Justel».

[66] Rumbold, *Traducteur Huguenot*, cit.

[67] Donald F. Bond, «Armand de la Chapelle and the First French Version of *The Tatler*» en Carroll Camden (ed.), *Restoration and Eighteenth-Century Literature*, Chicago, University of Chicago Press, 1963, pp. 161-184.

[68] Erich Haase, *Einführung in der Literatur der Refuge*, Berlín, Duncker and Humblot, 1959, pp. 401ss; Jens Häsel, «Les Huguenots traducteurs» en Jens Häsel y Antony McKenna (eds.), *La vie intellectuelle aux refuges protestants*, 2 vols., París, Champion, 1999-2002, vol. 2, pp. 15-25, esp. p. 16.

[69] Hugh Trevor-Roper, «A Huguenot Historian», cit.

[70] Van der Linden, *Experiencing Exile*, cit., p. 195.

[71] Martin Mulsow, «Views of the Berlin Refuge», en Sandra Pott, Martin Mulsow y Lutz Danneberg (eds.), *The Berlin Refuge, 1680-1780: learning and science in European context*, Leiden, Brill, 2003, pp. 25-46, esp. p. 26.

[72] Jacques Basnage, *Histoire des Juifs*, 6 vols, Rotterdam, Leers, 1706-1707. Las citas proceden de la traducción inglesa, *The History of the Jews*, Londres, Bever and Linot, 1708, pp. 465, 693. Sobre la alegoría Peter Burke, «History as Allegory», *Inti* 45 (1997), pp. 337-351; sobre la alegoría en Basnage, Jonathan M. Elukin, «Jacques Basnage and the History of the Jews», *Journal of the History of Ideas* 53 (1992), pp. 603-630, esp. p. 606.

[73] Haase, *Einführung*, cit., pp. 404 ss.; Myriam Yardeni, *Le refuge protestant*, París, Champion, 1985, pp. 201-207; Herbert Jaumann, «Der Refuge und der Journalismus um 1700», en Pott, Mulsow y Danneberg, *The Berlin Refuge*, cit., pp. 155-182, esp. pp. 161 ss.

[74] Hubert Bost, *Un intellectuel avant la lettre: le journaliste Pierre Bayle*, Ámsterdam-Maarsse: APA-Holland University Press, 1994, pp. 143-160; *cfr. ibid.*, *Pierre Bayle historien, critique et moraliste*, Turnhout, Brepols, 2006, pp. 43-54.

[75] Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. de David Womersly, Londres, Allen Lane, 1994, vol. 3, p. 88 y vol. 1 p. 456 (capítulos 49 y 15).

[76] Basnage, *History of the Jews*, cit., pp. ix, 693, 738.

[77] Hubert Bost, *Ces Messieurs de la R.P.R.*, París, Champion, 2001, pp. 267-279.

[78] Paul de Rapin-Thoyras, *Histoire de l'Angleterre*, 1723, nueva ed. en 4 vols., Basilea, Brandmuller, 1740, vol. 1 pp. 9, 14, vol 3, pp. 387-390; Trevor-Roper, «A Huguenot Historian», cit.

[79] Hans Bots, «Le role des périodiques néerlandais pour la diffusion du livre (1684-1747)», en Christiane Berkvens-Stevelinck (ed.), *Le Magasin de l'Univers: the Dutch Republic as the centre of the European book trade*, Leiden, Brill, 1992, pp. 49-70, esp. p. 51. La *critique* se atribuye a François Bruys.

[80] Elisabeth Labrousse, *Bayle*, Oxford, Oxford University Press, 1983, pp. 12, 22, 51; *ibid.* *Pierre*

Bayle, cit., vol. 2, pp. 3-38, 99.

[81] Hans Bots, «Pierre Bayle's *Dictionnaire* and a New Attitude towards the Islam», en Marjet Derks *e al.* (eds.), *What's Left Behind: the lieux de mémoire of Europe beyond Europe*, Nimega, Vantilt, 2015, pp. 183-189.

[82] «L'objectivité lui était rendue plus facile par sa condition ambiguë de Français calviniste», Labrousse, *Pierre Bayle*, cit., vol. 2, p. 24.

[83] Lynn Hunt, Margaret Jacob y Wijnand Mijnhardt, *The Book that Changed Europe: Picart and Bernard's Religious Ceremonies of the World*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2010.

[84] Davies, *The World of the Elseviers*, cit., pp. 102-103.

[85] Paul Hoftijzer, «Metropolis of Print: the Amsterdam Book Trade in the Seventeenth Century», en Patrick O'Brien (ed.), *Urban Achievement in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 249-265, esp. p. 251.

[86] Richard Florida, *The Rise of the Creative Class*, Nueva York, Basic Books, 2002.

[87] Hoftijzer, «Metropolis of Print», cit., p. 253.

[88] Berkvens-Stevelinck, «L'édition française en Hollande», cit., p. 325.

[89] Manuela Böhm, *Sprachenwechsel: Akkulturation und Mehrsprachigkeit der Brandenburger Hugenotten vom 17. bis 19. Jahrhundert*, Berlín, De Gruyter, 2010.

[90] Hunt, Jacob y Mijnhardt, *The Book that Changed Europe*, cit., pp. 1, 129, 158, 179, 201 y *passim*.

[91] Christiane Berkvens-Stevelinck, «Prosper Marchand, intermédiaire du Refuge Huguenot», en Berkvens-Stevelinck, Hans Bots y Jens Häsel (eds.), *Les grandes intermédiaires de la République des Lettres*, Paris, Champion, 2005, pp. 361-386.

[92] Sobre los Luzac, Jean Sgard (ed.), *Dictionnaire des journalistes, 1600-1789*, Oxford, Voltaire Foundation, 1999, pp. 663-667.

[93] Jens Häsel, «J. H. S. Formey», en Berkvens-Stevelinck, Bots y Häsel, *Les grands intermédiaires*, cit., pp. 413-434.

[94] Scott Mandelbrote, «Pierre des Maizeaux: history, toleration and scholarship», en Christopher R. Ligota y J. L. Quantin (eds.), *History of Scholarship*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pp. 385-398, esp. pp. 387, 398.

[95] Labrousse, *Pierre Bayle*, cit., vol. 1, p. 168.

[96] Formey citado en Frédéric Hartweg, «Die Huguenotten in Deutschland. Eine Minderheit zwischen zwei Kulturen», en Rudolf von Thadden y Michelle Magdelaine (eds.), *Die Huguenotten, 1685-1985*, Múnich, Beck, 1985, pp. 172-185, esp. p. 193.

[97] Gerald Cerny, *Theology, Politics and Letters at the Crossroads of European Civilization: Jacques Basnage and the Baylean Huguenot refugees in the Dutch Republic*, La Haya, Nijhoff, 1987, p. 257.

[98] Bost, *Un intellectuel avnat la lettre*, cit., p. 110.

[99] Yardeni, *Refuge Protestant*, cit., p. 69.

[100] Haase, *Einführung*, cit., pp. 388-389.

[101] Grahame Gibbs, «The Role of the Dutch Republic as the Intellectual Entrepot of Europe in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis van de Nederlanden* 86 (1971), pp. 323-349; Hans Bots, «Les Provinces-Unies, centre d'information européenne au XVIIe siècle», *Quaderni del Seicento Francese* 5 (1983), pp. 283-306; Woodruff D. Smith, «Amsterdam as an Information Exchange in the Seventeenth Century», *Journal of Economic History* 44 (1984), pp. 985-1005; Harold J. Cook, «Amsterdam, entrepôt des savoirs au XVIIe siècle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 55 (2008), pp. 19-42.

[102] Folke Dahl, «Amsterdam – Earliest Newspaper Centre of Western Europe», *Het Boek* 25 (1939), pp. 160-197.

[103] Robert Darnton, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York,

Norton, 1995; Elizabeth Eisenstein, *Grub Street Abroad: aspects of the French cosmopolitan press from the age of Louis XIV to the French Revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1992.

[\[104\]](#) Ross Hutchinson, *Locke in France 1688-1734*, Oxford, Voltaire Foundation, 1991; Sobre Bernard, Hunt, Jacob y Mijnhardt, *The Book that Changed Europe*, cit., p. 128.

IV TRES TIPOS DE EXPATRIADOS

Como señalamos en la introducción, el tema de los exiliados ha dado lugar a mucha literatura histórica. Los expatriados, en cambio han recibido relativamente poca atención por parte de los historiadores. Aquí utilizamos el término «expatriado» para referirnos a individuos que no se ven obligados a dejar su hogar pero eligen hacerlo, a menudo porque creen que sus condiciones de trabajo serán mejores en el extranjero. Algunos emigran por iniciativa propia, pero muchos otros aceptan invitaciones de países extranjeros. El hecho de que los historiadores hayan mostrado escaso interés por este tema (con algunas destacadas excepciones de las que hablaremos después) contrasta con la atención que les han dedicado economistas y sociólogos. El término «fuga de cerebros» procede del contexto de los expatriados. Fue acuñado en un informe de la Royal Society hace más de medio siglo y desde entonces se han vuelto bastante comunes las comparaciones entre la ganancia y pérdida neta de cerebros en distintos países, sobre todo si se trata de cerebros científicos[1].

Hoy en día la circulación de cerebros es obvia, no solo en el ámbito de las ciencias naturales, sino también en el de las humanidades, incluida la profesión de historiador. Pensemos, por ejemplo, en los historiadores británicos que actualmente trabajan en Estados Unidos (como Simon Schama, Niall Ferguson, Linda Colley, Paul Kennedy y Geoffrey Parker) o en los historiadores hindúes en activo fuera de la India, en lugares tan lejanos como Francia o Australia (entre ellos Ranajit Guha, Dipesh Chakrabarty, Gyan Prakash y Sanjay Subramanyam).

Ha habido gran demanda de ciertas formas de saber a lo largo de la historia y en geografías dispares. La expatriación de científicos y académicos suele ir ligada a la imitación de modelos extranjeros. Es parte de la reacción ante una coyuntura específica, un instante en el que los gobernantes creen que su país está intelectualmente atrasado y necesita ayuda para ponerse a la altura de los demás[2]. Hubo quien envió misiones al extranjero, pensemos en la «Gran Embajada» a Europa Occidental enviada por el Pedro el Grande en 1697-1698. Fue entonces cuando el zar adquirió los conocimientos que necesitaba

para modernizar la marina rusa. También están los ejemplos de Muhhamad Ali, que envió a cuarenta y cinco estudiantes egipcios a estudiar a Francia en 1826 para que aprendieran todo lo que Occidente tuviera que enseñar, y de la Misión Iwakura, enviada en 1871 por el nuevo gobierno japonés de la denominada «Restauración» Meiji con el objeto de aprender tecnología industrial.

A veces los gobiernos invitan a científicos, académicos y especialistas en tecnología extranjeros (ingenieros, ingenieros navales y oficiales del ejército) a trabajar en su país. En el Renacimiento se invitaba a los humanistas a las cortes europeas y también se les pedía que enseñaran en universidades fuera de Italia. En el siglo XVIII, el gobierno ruso, sobre todo durante los reinados de Catalina y Pedro el Grande, envió muchas invitaciones a académicos extranjeros, especialmente a los alemanes, para que realizaran en Rusia tareas docentes o de investigación. Estos se comunicaban, daban conferencias en la Academia de las Ciencias de San Petersburgo y publicaban libros en Rusia en su propia lengua, el alemán. Algo similar ocurrió en el Japón de la era Meiji, donde se pedía a los académicos expatriados que enseñaran en su lengua materna para que los estudiantes se animaran a aprender lenguas extranjeras[3].

En otras ocasiones la iniciativa partía del otro polo, como en el caso de los «misioneros», profesores enviados a Brasil por el gobierno francés. A continuación hablaremos de algunos casos famosos de expatriación colectiva y nos referiremos no solo a los conocimientos que los expatriados llevaron consigo, sino también a lo que aprendieron en sus viajes por el extranjero. Hablaremos de tres tipos de expatriados: el académico, el comerciante y el religioso, a los que suelen interesar distintos tipos de conocimiento porque tienen objetivos diferentes.

EXPATRIADOS DEDICADOS AL COMERCIO

Un importante grupo de expatriados vivía en el extranjero para poder comerciar, pero lo cierto es que el conocimiento circulaba por las rutas comerciales de Europa y otros continentes. A partir del siglo xv los impresores, grandes difusores del conocimiento, se integraron en este grupo. La imprenta se difundió o «transfirió», como dicen los historiadores de la

tecnología, por expatriados alemanes. Llegó a Subiaco y Roma de la mano de Konrad Sweynheym y Arnold Pannartz, a Venecia de la de Johann y Wendelin von Speyer, a Sevilla gracias a la familia Kromberger, etcétera[4].

Otros expatriados eran representantes en el extranjero del negocio familiar, como los florentinos de Brujas o los venecianos de Estambul y Alepo, que enviaban información por escrito a sus países. Algunos se fueron realmente lejos, como los portugueses Duarte Barbosa y Tomé Pires, que escribieron detallados relatos de sus viajes. Ambos desarrollaron lo que podríamos llamar una «praxis etnográfica», analizando las reglas formales e informales que rigen la conducta civilizada en distintos lugares, adoptando incluso términos locales para describirlas[5].

Duarte Barbosa trabajó en la India a principios del siglo XVI como agente comercial, secretario e intérprete. Escribió sobre el comercio de la India, sobre sus ciudades y sobre las costumbres de sus habitantes y los del Sudeste Asiático en un libro cuyo título recalca que se trata de testimonios presenciales: «El libro de lo que vi y oí» (*O libro do que viu e onviu*). Barbosa detalla, por ejemplo, el número de *juncos* anclados en el puerto de Malaca y las cargas que llevaban. Ofrece una descripción precisa de la comida, la ropa y las casas de Java, sin olvidar el carácter de los javaneses, en su opinión, «extremadamente orgullosos, apasionados y traicioneros, pero sobre todo muy astutos»[6].

Tomé Pires, boticario con formación humanista, vivió en Malaca entre 1512 y 1515, visitó Java y Sumatra, encabezó la primera embajada portuguesa a China y escribió *Suma Oriental*, un informe dirigido al rey de Portugal que contenía mucha información sobre lo que hoy son Malasia e Indonesia. Pires contó con gran detalle la historia de la región de Malaca, donde vivió un tiempo, describiendo el comercio y la administración. En el caso de Java también menciona su sistema social, la práctica del suicidio ritual de las viudas y lo mucho que apasionaba el juego a los javaneses. Fue el primer occidental que explicó la acción de «desbocarse» (*amoco*), cuando un individuo, de repente, ataca a cualquiera que se ponga en su camino[7].

Antes del inicio de la era de las compañías comerciales, en torno al año 1600, portugueses y españoles ya habían creado instituciones para recopilar, almacenar y analizar los conocimientos geográficos. En ambos países los gobernantes empleaban a cosmógrafos que ostentaban títulos como *cosmógrafo de Indias*, especialistas cuya misión era proporcionar

información sobre astronomía, geografía y navegación. En el «Almacén de Guinea» (*Armazém de Guiné*), se guardaban mapas y cartas de navegación, al igual que en la «Casa de India» (*Casa da Índia*) de Lisboa y en la Casa de Contratación de Sevilla. Los funcionarios españoles procuraron que esa información no trascendiera e hicieron jurar a algunos cosmógrafos que no compartirían sus conocimientos con extranjeros, aunque, como era de prever, sus esfuerzos fueron vanos[8].

La era de las compañías

Más tarde, en los siglos XVII y XVIII, muchos expatriados trabajaron como agentes de compañías comerciales. Los comerciantes ingleses crearon la Levant Company (1592) y la Compañía de las Indias Orientales (1600), mientras que los holandeses fundaron la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (Vereenigte Ost-Indische Compagnie o VOC) en 1602 y la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales en 1621 (West-Indische Compagnie o WIC). Para tener éxito, obviamente, precisaban conocimientos sobre las mercancías (especias, azúcar, café o paño de lana) y los países con los que querían comerciar (formas de gobierno, lenguas que se hablaban, bienes que sus habitantes pudieran querer comprar a Occidente, etcétera).

Los comerciantes también debían conocer las mejores rutas de navegación. Poco después de su fundación, la Compañía de las Indias Orientales contrató dos matemáticos para dar clases de navegación a sus miembros. La VOC hizo algo similar, organizando clases de navegación y haciendo examinar a los pilotos por expertos como Cornelis Lastman, autor de *Kunst der Steuerluyden* (*El arte del piloto*, 1621).

La VOC también contrató a cartógrafos oficiales, entre ellos a Petrus Plancius, un refugiado del sur a quien ya hemos mencionado, y a dos miembros de la familia Blaeu: Willem y su hijo Joan. Las cartas de navegación y los registros de las naves de la VOC se guardaban en las oficinas de la compañía, la *Oostindisch Huis* de Ámsterdam (el equivalente septentrional a la *Casa da Índia* de Lisboa), un edificio que podría considerarse el «centro de cálculo» o, al menos, el centro de recopilación de conocimientos geográficos. La VOC creó asimismo una oficina o taller para elaborar y almacenar los mapas y cartas de navegación en Batavia (hoy Yakarta), el cuartel regional de la

Compañía de las Indias Orientales[9].

La VOC, como algunos gobiernos modernos y al igual que la Casa de Contratación de Sevilla, también procuraba guardar sus secretos, pero hubo filtraciones a través de los pilotos, que vendieron a forasteros una información que se reprodujo en atlas impresos. En un archivo de París, el Service Hydrographique de la Marine, hay una carta de navegación con una nota al reverso que reza: «comprada a un piloto holandés»[10]. Conservamos muchos atlas impresos, incluidos los de Joan Blaeu, que combinaba los oficios, no del todo compatibles, de cartógrafo oficial de la VOC y editor de éxito. Uno de los directores de la compañía afirmó que mantener una política secretista era «tozudez», ya que «lo que saben tantos apenas puede ocultarse»[11]. Los archivos de la Compañía de las Indias Occidentales, en cambio, eran más accesibles. Johannes de Laet tenía acceso a ellos porque era uno de sus directores, pero lo que resulta sorprendente es que se le permitiera publicar los resultados de su investigación[12].

A medida que las centrales de estas compañías, ubicadas en Londres o en Ámsterdam, incrementaban su volumen de negocios precisaban cada vez más información sobre lo que estaba ocurriendo en las ramas locales o «factorías» como Aleppo, Surat, Batavia (hoy Yakarta), etcétera. Ya en 1609, el consejo de administración de la Compañía de las Indias Orientales de Londres ordenó que se archivaran las cartas enviadas y recibidas por la compañía. Pero fue la VOC la que supo hacer mejor uso de la información a su alcance. Era, en cierta forma, una «multinacional», con necesidades de información similares a las de un imperio renacentista, y parte de su competitividad se ha atribuido a su «eficaz red de comunicación», sin parangón entre sus rivales[13].

Lo más significativo del sistema de información de la VOC era la elaboración de informes regulares. Desde el principio pidieron a los capitanes a su servicio que llevaran un registro diario (*daghregister*) de la velocidad, la dirección de los vientos, el avistamiento de otros buques... Es más, el registro no debía interrumpirse cuando la tripulación estaba en tierra y siempre se entregaba a la vuelta de la nave. Los informes escritos fueron, ciertamente, una «herramienta esencial» para la VOC[14].

Estos informes enviados a la compañía solían incluir estadísticas. Los directores de las factorías informaban al gobernador general de Batavia, quien a su vez enviaba los informes a la VOC en Ámsterdam. Los directores, sobre todo Johannes Hudde, que también fue un destacado matemático y

burgomaestre de Ámsterdam, parecen haber sido mucho más conscientes que sus rivales de la importancia de diseñar estrategias de mercado por medio de la recopilación sistemática de información estadística. Gracias a Hudde en 1692 ya se analizaban las cifras de ventas para determinar las futuras políticas de precios de la compañía así como para organizar el transporte de pimienta y otras especias asiáticas[15].

En Gran Bretaña la elaboración de mapas cobró importancia para la Compañía de las Indias Orientales cuando esta se hizo cargo de la administración de la India en 1857. James Rennell y Colin Mackenzie fueron dos de las figuras más significativas de esta empresa colectiva. Rennell era oficial de la marina en activo y le nombraron supervisor general de Bengala en 1764: sus esfuerzos dieron como fruto el *Atlas de Bengala*, publicado en 1879. Mackenzie trabajaba en el sur y realizó algunas expediciones por Madrás y Mysore antes de convertirse en supervisor general de la India en 1815[16].

Varios miembros de la VOC aprendieron las lenguas locales para comerciar, gobernar y convertir. Por ejemplo, en 1623 se publicó un diccionario holandés-malayo en La Haya, obra de Caspar Wiltens, un pastor al servicio de la compañía («malayo» era el término que designaba entonces a la lengua que hoy denominamos indonesio o bahasa indonesia). Wiltens ofreció sus servicios religiosos a la comunidad holandesa de las Indias Orientales, pero también deseaba convertir a los habitantes indígenas al cristianismo. En 1672 se publicó un diccionario de tamil, *Malabaarsche Spraakkunst*, obra de Philipp Baldeus, otro pastor al servicio de la VOC que trabajó en el sur de la India y en Ceilán (hoy Sri Lanka).

En el siglo XVIII, publicó una gramática bengalí Nathaniel Halhed, administrador británico y traductor, que hacía hincapié en el valor del lenguaje como «medio de relación entre [...] los nativos de Europa, llamados a gobernar, y los habitantes de la India que deben obedecer»[17]. El erudito e impresor Charles Wilkins publicó una gramática de sánscrito; el cirujano metido a lingüista, John Gilchrist, publicó una gramática de lo que denominó «indostaní» (que hoy consta de hindi y urdu); Alexander Campbell publicó una gramática de telugu y James Molesworth, oficial de la armada, publicó un diccionario de marathi. Los cuatro hombres eran empleados de la Compañía de las Indias Orientales. Las gramáticas estaban pensadas para utilizarlas en la India misma, pero a los eruditos de la patria también les interesaba conocer

todas esas lenguas.

La Compañía de Indias Orientales empezó a administrar la India en 1757. Los nuevos gobernantes británicos debían conocer las leyes hindúes, como el *Código de leyes Gentoo* (1776), que se tradujo al inglés a partir de una traducción persa procedente de un original sánscrito, y las *Instituciones de la ley hindú* (1794) traducido directamente del sánscrito. Expatriados como Nathaniel Halhed y William Jones formaron parte de esta empresa de mediación junto a los estudiosos locales[18].

El humanista flamenco Caspar Barleus dio su conferencia inaugural como profesor del Ateneo de Ámsterdam alabando al «mercader sabio» (*mercator sapiens*) y a la alianza entre Mercurio, dios del comercio, y Pallas Atenea, diosa de la sabiduría. No sabemos lo que pensó el público de sus argumentos, pero ni las compañías comerciales holandesas ni las británicas mostraron nunca mucho interés en la adquisición de conocimientos por el conocimiento mismo.

Sin embargo, como veremos, algunos de sus empleados sí mostraron ese interés, sobre todo en el caso de la VOC. Johannes de Laet, uno de los directores fundadores de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, se dedicaba al estudio en sus horas de ocio y escribió una *Descripción del Nuevo Mundo* (1625), aparte de editar diversos volúmenes para el destacado editor holandés Elsevir, entre ellos una colección de informes sobre el Imperio mogol (1631). Nicolás Witsen no solo fue burgomaestre de Ámsterdam y director de la VOC sino también un erudito (escribía de todo, desde construcción de barcos a textos sobre Siberia) que mantenía una activa correspondencia con diversos estudiosos. Sin embargo Witsen se quejó al anticuario holandés Gijsbert Cuper de que a la VOC no le interesaban «las curiosidades eruditas de las Indias». «Ahí nuestra gente busca dinero, no saber» (*het is elleen gelt en geen wetenschap die onse luyden soeken aldaer*) [19]. Los consejeros de Batavia habían confirmado el duro veredicto de Witsen unos sesenta años antes, cuando escribieron en 1781 (pensando quizá en la alianza recomendada por Barleus): «En estas latitudes por regla general ofrecemos sacrificios a Mercurio, nunca a Pallas»[20].

En ocasiones la VOC obstaculizó la difusión de conocimientos: no solo en lo relacionado con las rutas hacia las Indias Orientales, sino también con ciertos estudios, como el de la flora de Ambionia, realizados por su empleado Georg Rumpf (estudios que no se publicaron hasta 1741, treinta y nueve años después

de la muerte de su autor). En el manuscrito se especifica que el lingüista y botánico Herbert de Jager los envió desde las Indias, pero Nicolás Witsen nunca los recibió porque la VOC los había confiscado *en route*, posiblemente para mantener en secreto información que pudiera resultar útil a sus enemigos[21].

La Compañía Británica de las Indias Orientales no era mucho mejor, al menos no lo fue hasta el siglo XVIII, cuando la empresa de la India adquirió visos tanto políticos como comerciales. En el siglo XVII, tanto el filósofo natural Robert Boyle, como el secretario de la Royal Society, Henry Oldenburg, habían intentado en vano convencer a sus directivos de que recopilaran información sobre las tierras con las que comerciaban[22]. Solo en los años postreros de la compañía se registra la contratación de un historiador (1769) y de un botánico (1778) y se encarga la publicación de libros escritos por sus empleados, como *Account of Indian Serpents* (1796) o los estudios de botánica de William Griffith (1847).

Algunos de los expatriados al servicio de la compañía, como sacerdotes, cirujanos, médicos, soldados y administradores, muchos de ellos titulados universitarios, dedicaron su ocio a adquirir y difundir conocimientos, tanto sobre la naturaleza como sobre la cultura de los lugares donde estaban destinados. En el caso de la VOC las contribuciones cubren un arco cronológico que va de 1603 a 1789 (cuando la compañía se declaró en bancarrota), pero son más numerosas en las décadas de 1670 y 1680. En la Compañía de las Indias Orientales, la edad de oro del conocimiento llegó un siglo después, en las décadas de 1770, 1780 y 1790.

Lo que mejor conocemos son las contribuciones de médicos y cirujanos, que pudieron estudiar enfermedades tropicales desconocidas junto a remedios locales a base de hierbas, lo que llevó a algunos de ellos a estudiar botánica. En el caso de la VOC destacan diez individuos: Jacob Bontius, Georg Rumpf, Andreas Cleyer, Engelbert Kaempfer, Willem Ten Rhijne, Herman Niklas Grimm, Paulus Hermann, Hendrik van Reede, Jacob Radermacher y Carl Peter Thunberg. Bontius, por ejemplo, un médico que trabajaba para la compañía en Java, escribió sobre enfermedades tropicales, publicó un libro sobre remedios locales y estudió las plantas de la isla, corrigiendo en algunos puntos la obra de García de Orta y requiriendo la ayuda de informantes locales[23].

Resulta muy curioso que solo cuatro de estos diez individuos al servicio de la compañía holandesa fueran holandeses (Bontius, Ten Rhijne, Van Reede y

Radermacher). Cuatro eran alemanes (Rumpf, Cleyer, Kaempfer y Herman), mientras que Grimm y Thunberg eran suecos. Siete de ellos, que investigaban en la India, Ceilán, Java, Sumatra, Amboina y Japón, realizaron importantes contribuciones a la botánica. El aristócrata Van Reede, gobernador de Malabar, organizó una investigación colectiva con unos cientos de colaboradores, tanto europeos como asiáticos (Vinakaya Pandit, por ejemplo), que publicaron doce volúmenes bajo el título de *Hortus Malabaricus* [*Jardines de Malabar*] entre 1678 y 1693. Grimm, Cleyer y Ten Rhijne estudiaron las tradiciones médicas de Ceilán, China y Japón. La acupuntura despertó gran curiosidad entre los europeos, tanto en casa como en el extranjero[24].

Algunos de los británicos destinados en la India también fueron botánicos entusiastas, entre ellos dos cirujanos escoceses, Patrick Russell y William Roxburgh, así como un oficial del ejército de la compañía, Robert Kyd, que en 1787 propuso la fundación de un jardín botánico en Calcuta y se convirtió en su superintendente. Otros dos extranjeros realizaron importantes contribuciones al estudio de las plantas de la India: el alemán Johan Koenig, antiguo alumno de Linnaeus, que se unió a la compañía como botánico en 1778, y el danés Nathaniel Wallich, que acabó siendo profesor de botánica en la Facultad de Medicina de Calcuta. Gracias a Joseph Banks, con quien se carteaban algunos de estos botánicos, Londres, o más exactamente Kew Gardens, se convirtió en un núcleo de difusión del conocimiento sobre plantas tropicales. Batavia y Calcuta, por otro lado, siguieron siendo importantes centros de estudio locales[25].

A principios del siglo XIX algunos de los médicos británicos que trabajaban en la India, apodados los «orientalistas», empezaron a interesarse por la medicina ayurvédica. Publicaciones como *Materia medica of Hindostan* (1813) de Whitelaw Ainslie y *Antiquity of Hindu Medicine* (1837) de John Royle demuestran la existencia de este interés, tanto en el ámbito práctico como en el histórico[26]. En cambio otros médicos británicos, los «anglicistas», confiaban en la superioridad del conocimiento occidental y rechazaban las prácticas médicas hindúes por no considerarlas científicas (hoy día hay médicos occidentales que siguen opinando lo mismo).

Los historiadores han centrado su atención en las contribuciones médicas y botánicas al conocimiento occidental de Asia. Fueron importantes, sin duda, pero no hay que olvidar otros campos. Hubo empleados de ambas compañías

que procuraron mantenerse en contacto con la república europea del saber fundando sus propias sociedades, interesadas en el conocimiento por el conocimiento mismo. Radermacher, a quien se conoce sobre todo por su estudio sobre la flora de Java, en realidad era un hombre de múltiples intereses. Fundó en Batavia una sociedad de «las artes y las ciencias» (*Bataviaasch Genootschap van Kunsten en Wetenschappen*, 1778), que publicaba sus «actas». En Calcuta, Jones y sus amigos fundaron la Asiatic Society (1784), para conocer las investigaciones de sus miembros y publicarlas en la revista de la sociedad. La Literary Society of Bombay (1805) y la Madras Literary Society (1817) siguieron el mismo modelo[27].

Empleados de ambas compañías realizaron contribuciones en el ámbito de la astronomía. Johan Maurits Mohr, un sacerdote alemán al servicio de la compañía en Batavia, observó el tránsito de Venus en 1761 y 1768, la segunda vez desde un observatorio que había construido con tal fin. Mohr solicitó que la VOC le contratara como astrónomo oficial, pero nunca atendieron su petición. Algunos años después, Samuel Davis, que ocupaba una serie de cargos administrativos en Calcuta y otros lugares, hizo un estudio de la astronomía hindú que le valió una beca de investigación de la Royal Society. Otros miembros de la compañía introdujeron en la India la ciencia newtoniana, que coexistió con la astronomía hindú tradicional[28].

Los expatriados estudiaron lenguas asiáticas no solo para poder comerciar, sino también por el placer de adquirir conocimientos. La contribución más famosa de los británicos fue la de William Jones, un erudito que fue juez en la India. Jones era consciente de las similitudes que existían entre el sánscrito, el griego, el latín, el persa y las lenguas celtas y desarrolló la idea de una familia de lenguas «indo-europea». Decidió ignorar, o más bien no era consciente, que otros europeos que habían visitado la India ya habían señalado estas similitudes antes que él, sobre todo el jesuita francés Gaston-Laurent Coeurdoux, que había remitido una memoria sobre el asunto a la Academia Francesa de Inscripciones en 1767. La obra de Jones es muy conocida y se ha analizado a menudo, mientras que la de Coeurdoux se ha redescubierto recientemente. Generalizando, podemos decir que se ha dado mucha más publicidad al «orientalismo protestante», sobre todo en su versión británica, que al «orientalismo católico», anterior en el tiempo, desarrollado por italianos, españoles, franceses y portugueses[29].

Francis Whyte Ellis, destinado en Madrás, hizo algo similar a Jones aunque

su estudio de las lenguas del sur de la India sea menos ambicioso. Formuló, junto a unos pocos colegas, la denominada «hipótesis dravídica», que postulaba un origen común de lenguas como el tamil, el telugu, el malayalam y el canarés, rechazando la idea de que las lenguas del sur de la India derivaban del sánscrito[30].

Hubo expatriados que extendieron su interés de las lenguas a las culturas de los pueblos con los que se encontraban, recopilando sus historias y estudiando sus costumbres. Algunos misioneros, tanto protestantes como católicos, intentaron ver más allá del estereotipo del «pagano» o el «idólatra» y describieron lo que nosotros denominamos «hinduismo» de forma muy objetiva.

En la India británica, John Zephaniah Holwell, cirujano y empleado de la Compañía de las Indias Orientales, publicó un estudio en 1767 sobre lo que llamaba «la mitología, la cosmogonía, los ayunos y festivales de los gentoo» (es decir los hindúes), y Alexander Dow, un militar al servicio de la compañía, escribió o tradujo una historia del Indostán en 1768. Ambos desempeñaron su papel en lo que se ha denominado, «el descubrimiento británico del hinduismo», del que hablaremos más adelante[31]. El supervisor Colin Mackenzie no solo estudió la topografía de Mysore sino asimismo a los diferentes pueblos que habitaban la región, su historia, su organización social y su cultura material. Mackenzie coleccionó antigüedades locales al igual que James Prinsep, que trabajaba en las casas de la moneda de Calcuta y Benarés y estaba especializado en numismática e inscripciones. El ensayo de Prinsep, *Essays on Indian Antiquities* se publicó póstumamente en 1858.

Tras una embajada enviada a China por la VOC, uno de sus miembros, el alemán Johan Nieuhof, publicó una descripción del país que se tradujo del holandés al francés, alemán, latín e inglés y ha sido descrita como «probablemente el libro más exitoso sobre China publicado en Europa después del libro de viajes de Marco Polo»[32]. Las contribuciones más significativas al conocimiento europeo sobre Asia proceden de una serie de empleados de la VOC establecidos en Japón[33]. Uno de ellos fue el hugonote François Caron cuya *Beschrijvinghe van het Machtigh Coninckryck Japan und Siam* (1636) se tradujo al alemán y al inglés en 1663, y se publicó bajo el título *A true Description of the Mighty Kingdoms of Japan and Siam*. Engelbert Kaempfer fue otro observador. Era un hombre de una curiosidad extraordinaria, que ya había viajado mucho por Rusia y Persia antes de

empezar a trabajar para la compañía como médico. Estaba destinado en Deshima, Japón, una isla situada frente a Nagasaki que se convirtió en un gran centro de acumulación, difusión y transformación del conocimiento[34].

Kaempfer realizó dos visitas a Edo a principios de la década de 1690, lo que le dio la oportunidad de realizar una detallada descripción del país, escrita en alemán pero publicada en inglés póstumamente en 1727. Dejaba vagar su aguda mirada por la corte del shogun, pero también hablaba de los palillos para comer («en vez de tenedores nos dieron dos pequeños palitos»), de las habitaciones de las posadas, vacías y con «ventanas deslizantes de papel» y sobre cómo «cavaban los granjeros sus campos de arroz, arrodillados en el agua y el fango». Los estudios de Kaempfer sobre la flora japonesa también han atraído la atención de los historiadores[35].

Hubo un tercer observador, el último de los denominados «tres eruditos de Deshima», Peter Thunberg, un botánico sueco, antiguo discípulo de Linnaeus. Thunberg fue médico y cirujano al servicio de la compañía y vivió en Deshima entre 1775 y 1776; después publicaría un relato de sus viajes junto a la obra *Flora japónica* (1784). Isaac Titsingh, cirujano diplomado y estudioso, fue otro de los eruditos de Deshima. Llegó a Japón en 1779, aprendió japonés e hizo una importante colección de artefactos japoneses. Publicó sus memorias en francés en 1820, más de dos décadas después de la quiebra de la VOC. Gracias a los relatos de estos cuatro individuos, los lectores occidentales pudieron informarse sobre las costumbres japonesas, del *shinto* al *seppuku*[36].

Podemos clasificar las contribuciones de estos expatriados atendiendo a la mediación, el distanciamiento y la hibridación. Los diccionarios y gramáticas de lenguas locales, redactados por miembros de ambas compañías, son ejemplos obvios de mediación, por no hablar de las traducciones de la literatura clásica en sánscrito realizadas por William Jones y Charles Wilkins, que no solo ejercieron una gran influencia en Gran Bretaña, sino en Alemania y otros lugares. James Robert Ballantyne, superintendente del Sanskrit College de Benarés, fue otro mediador que escribió introducciones al pensamiento hindú para europeos y cristianos así como sobre ciencia occidental para los hindúes[37].

Podemos ilustrar el distanciamiento con ayuda de una descripción de la religión de los hindúes realizada por Abraham Rogier (o Rogerius), un sacerdote protestante al servicio de la VOC que trabajó en Madrás durante

algunos años y publicó *De Open-Deure tot Verborgen Heydendom [La puerta abierta al paganismo oculto]* (1651). De este libro se ha dicho que es «objetivo y desapasionado», igual que la obra de Kaempfer sobre Japón. Kaempfer fue un viajero y un observador, un hombre movido por la curiosidad más que por el deseo de cambiar otras culturas, que intentó «entender las actitudes y procesos mentales de los japoneses sin prejuicios»[\[38\]](#).

Lo más interesante de este estudio de casos es, o debería ser, la hibridación. Durante mucho tiempo se pensó, al menos en Europa, que estos expatriados hacían sus descubrimientos e interpretaciones por su cuenta. Sin embargo, los historiadores de las nuevas generaciones de Europa y de la India han cobrado conciencia de las contribuciones realizadas por informantes indígenas y eruditos locales, que hicieron mucho más que proporcionar «meros datos». Los expatriados confiaban en sus ayudantes nativos, no solo para realizar investigaciones, sino asimismo para que les informaran sobre los sistemas de clasificación locales. Los europeos adoptaron algunos de ellos o los intentaron combinar con el sistema de Linnaeus. Como bien señalaba recientemente un historiador de la ciencia: «El sur de Asia participaba [...] de forma activa aunque desigual de un sistema de conocimiento emergente»[\[39\]](#).

Algunos especialistas locales, como Kavali Venkata Borayya (o Boria), ayudante de Colin Mackenzie, ocupan (o vuelven a ocupar) hoy un lugar destacado en la historia de los «estudios orientales». En cualquier caso nunca podremos saber con exactitud cuánto deben los médicos británicos a los *halims* (médicos musulmanes) y a los *vaidyas* (médicos ayurveda) con los que trabajaron; ni cuánto deben los abogados británicos a los *pandits* (especialistas en sánscrito) y a los *munshis* (especialistas en persa); ni siquiera sabemos si consideraban a estas personas herramientas útiles o colegas[\[40\]](#). Los encuentros entre individuos que practicaban la medicina en el seno de sistemas culturales diferentes (el hindú, el chino o el japonés) fomentaron, si no el sincretismo, al menos el pluralismo, permitiendo que algunos médicos recurrieran a sistemas diferentes.

Hasta Engelbert Kaempfer, que básicamente escribía sobre aquello que había visto personalmente, admitió haber aprendido mucho de los japoneses que conversaron con él en su casa de Deshima; estaba pensando sobre todo en el joven intérprete Imamura Gen'eemon Eisei[\[41\]](#). Algunos japoneses adquirieron, a su vez, conocimientos occidentales, sobre todo en los campos de la geografía y la medicina, a partir de conversaciones con los holandeses

de Deshima y de los libros que los forasteros habían llevado consigo. Los japoneses denominaron *rangaku* a este tipo de conocimiento, es decir, conocimiento (*gaku*) que venía de Holanda (*Oranda*). Resumiendo, la VOC realizó labores de mediación, no solo de tipo económico sino asimismo intelectual entre Oriente y Occidente. Fue una institución que contribuyó a crear las condiciones necesarias para que europeos y japoneses pudieran emprender la tarea de traducción lingüística y cultural[42].

El conocimiento de Japón en la Edad Moderna fue escaso. No así el de China, mucho mayor en esa época gracias a la difusión que occidentales, sobre todo misioneros jesuitas, hicieron de él.

EXPATRIADOS RELIGIOSOS: LOS MISIONEROS

Los misioneros budistas (como hemos visto), cristianos y musulmanes, fueron expatriados y mediadores, puesto que todos creían en la importancia de los encuentros personales como medio de conversión. Los cristianos llevaron a las misiones conocimientos laicos, sobre todo relacionados con la ciencia occidental. A partir del siglo XVI algunos se convencieron de la relevancia de estudiar lo que podríamos denominar la «cultura meta»: su lengua, su religión, sus ideas, sus costumbres. De esta forma, puede que hicieran importantes contribuciones a los estudios orientales sin quererlo, por ejemplo en lingüística y otros campos del conocimiento.

En la Edad Moderna, durante la llamada Contrarreforma, la Iglesia católica no solo pretendió reconquistar los territorios de Europa que había perdido ante los protestantes, sino también tomar la iniciativa en Asia, África y las Américas con la esperanza de completar la conquista espiritual del mundo. Al igual que los historiadores de la India británica, los especialistas en estas misiones han empezado a dar recientemente lo que podríamos denominar un «giro cognitivo», centrándose más que antes en los conocimientos que los misioneros portaron consigo y en los que poseían las gentes a las que los estos querían convertir[43]. Con este enfoque se ha descubierto el giro cognitivo realizado por los misioneros mismos, que se dieron cuenta rápidamente de que tenían que aprender la lengua del lugar y familiarizarse con las culturas locales para predicar el mensaje cristiano de forma inteligible y atractiva.

Aparte de los jesuitas hubo otras órdenes implicadas en labores misioneras,

como los franciscanos, los agustinos, los capuchinos y los dominicos, que adquirieron y, en ocasiones, difundieron conocimientos entre los diversos pueblos con los que trabajaron. Tenemos un ejemplo famoso, el de Bernardino de Sahagún, un franciscano español que llegó a Nueva España (hoy México) en 1529. Permaneció allí hasta su muerte, sesenta años después, aprendió náhuatl y empezó a investigar sobre la cultura de los aztecas con la ayuda de una docena de informantes indígenas y de sus ayudantes[44].

Sahagún fue un pionero de la antropología, un proto-antropólogo, aunque el interés por las formas y costumbres extranjeras se remonte a Herodoto o antes. Sin embargo, la transformación de este interés en una disciplina intelectual fue gradual y ocurrió por etapas, no fue un «nacimiento súbito». En todo caso, la voluminosa *Historia de las cosas de Nueva España* de Sahagún no se publicó hasta el siglo XIX, aunque se tradujo del náhuatl al español y circulaba en forma de manuscrito.

Algunos misioneros protestantes también se mostraron muy activos, sobre todo a partir del siglo XVIII. La iglesia morava desplegó una gran actividad en el Caribe, el Ártico, América del Norte y del Sur, África y otros lugares. El misionero pietista Bartolomeus Ziegenbalg realizó una importante aportación. Trabajó en el sur de la India, aprendió tamil con ayuda de un maestro local llamado Aleppa y mantuvo correspondencia en esa lengua con hindúes locales, con cuya ayuda elaboró, en 1717, una «Descripción de la religión de los hindúes de Malabar» (*Beschreibung der Religion der malabarischen Hindous*) que no se publicó hasta 1791[45].

Los jesuitas

El giro cognitivo es especialmente evidente en la historia de los jesuitas, cuyas contribuciones destacan no solo por el elevado número de misioneros pertenecientes a esta orden (nueva aunque de rápido crecimiento), sino por la sofisticación de la misma a la hora de organizar la recopilación y transmisión de diferentes tipos de saber, una forma de proceder bastante similar a la de la VOC[46]. En primer lugar, los líderes jesuitas, como el general de la orden, necesitaban información sobre la orden misma. Exigían a los rectores de las instituciones de enseñanza y a los jefes de misiones que informaran regular y frecuentemente al provincial (incluyendo detalles sobre el desempeño de los

individuos). A su vez, los provinciales habían de informar al general de la orden en Roma. Utilizaban formularios impresos y cuestionarios para recopilar *informationes*, es decir, dosieres[47].

En segundo lugar, a los jesuitas les preocupaba enormemente la enseñanza universitaria. La orden invirtió mucho en educación desde su creación, fundando centros de enseñanza por toda la Europa católica primero y en las misiones después (en Ciudad de México, Arequipa, São Paulo, Goa, Maco, Amakusa, Manila, Luanda y un largo etcétera). No enseñaban solo retórica, sino también lógica, teología y «filosofía natural», lo que hoy llamamos «ciencia». Los misioneros jesuitas enviaron información (desde la observación de cometas a su descubrimiento de plantas desconocidas en Europa) no solo a Roma, sino que se la remitieron entre ellos creando una poderosa red[48].

En teoría, al menos al principio, el estudio y transmisión del saber secular obedecía a un propósito religioso o, según el lema de los jesuitas, era «para mayor gloria de Dios» (*ad maiorem Dei gloriam*). Siguiendo las indicaciones de su fundador, san Ignacio (quien a su vez seguía a san Pablo), los jesuitas adoptaron una política de «acomodo», con la intención «de serlo todo para todos» (*omnia omnibus*) y lograr conversiones o al menos apoyo. Los intelectuales también formaban parte de «todo el mundo» e Ignacio, al contrario que los teólogos, no condenaba la curiosidad («entre los hombres se da una curiosidad que no es mala»), por lo que se dice que algunos jesuitas aprendían por amor al saber. De hecho, hoy se admite que los «pronunciamientos píos» sobre la necesidad de incrementar el saber por motivos religiosos fueron «racionalizaciones»[49]. Sospecho que, al menos en algunos casos, aunque el estudiante empezara a aprender por motivos religiosos al final le picaba el gusanillo de la curiosidad. En todo caso, al margen de si jesuitas individuales experimentaron o no conflictos en relación a los objetivos, la misión se movía entre lo que por entonces se denominaba «curiosidad» y «edificación», y se intentaba combinar ambas cosas[50].

Siguiendo este principio de acomodación, los jesuitas que realizaban labores de campo intentaban demostrar que el cristianismo era compatible con las culturas nativas. De ahí que la mayoría estudiara las culturas locales y sus lenguas, aunque los hubo que se resistieron[51]. Algunos jesuitas residentes en Sudamérica realizaron importantes contribuciones al estudio de lenguas no occidentales, pero no fueron los únicos. El misionero dominico Domingo de

Santo Tomás, por ejemplo, publicó la primera gramática del quechua en 1560 y el franciscano Alonso de Molina publicó un *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, es decir, un diccionario español-náhuatl, en 1571.

Entre 1555 y 1645, publicaron sus estudios sobre las lenguas locales seis jesuitas misioneros en la América española y portuguesa. José Anchieta, un español activo en Brasil, redactó una gramática del tupi en 1555 que se publicó en 1589 como *Arte de gramática dalíngua mais usada na costa do Brasil*. Antonio de Rincón, activo en México, aprendió náhuatl y publicó una gramática denominada *Arte mexicana* en 1595. Continuó su labor un misionero italiano, Horacio Carocho, cuyo *Arte de la lengua mexicana* se publicó en 1645. Carocho estudió asimismo otra lengua mexicana, el otomí. Un misionero español, Luis de Valdivia, publicó en Chile su *Arte de la lengua de Chile* (es decir, mapudungun) en 1606, y otro español, Diego González Holguín, publicó una gramática del quechua en 1607 y un diccionario al año siguiente. El misionero italiano Ludovico Bertonio publicó en 1612 una gramática-diccionario de otra lengua peruana: el aimara.

Se ha señalado que existe una «contradicción inherente» entre la empresa de la conversión y la de estudiar una cultura en sus propios términos, y que el «conocimiento misionero surge de acuerdo a su propia lógica», por el bien de la empresa de conversión[52]. Las gramáticas y diccionarios mencionados se elaboraron para ayudar a otros colegas en su labor de campo y acabaron siendo una herramienta fundamental para los misioneros. Sin embargo, hubo quien se apropió del conocimiento de los misioneros de acuerdo a su propia lógica y con otros objetivos. Estos textos contenían información muy interesante para los lingüistas europeos y, con el tiempo, darían lugar al surgimiento de la lingüística comparada.

Los misioneros utilizaron sus conocimientos de la filosofía natural occidental para atraer a las elites locales y recurrieron a los conocimientos locales sobre distintas partes del globo (la India, China, Japón, México, Sudamérica...) para despertar el interés de los europeos. De ahí la práctica jesuítica de publicar lo que denominaban «informes de campo edificantes». Estos informes, junto a descripciones de diversas partes del mundo basados en ellos, resultaron ser una increíble fuente de información para los europeos, sobre todo los referidos a las Américas y Asia Oriental. Los treinta y cuatro volúmenes de *Lettres édifiantes et curieuses*, publicados entre 1702 y 1776, difundieron información sobre las misiones jesuíticas en muchos lugares y

fueron traducidos a numerosas lenguas, sobre todo al alemán.

En el caso del Imperio azteca y del Imperio inca, nuestra mejor fuente de información es el español José de Acosta, Provincial del Perú, que en 1590 publicó en Sevilla su *Historia natural y moral de las Indias*, basada en su propia experiencia y en la de otros expatriados como la del funcionario del virreinato Juan Polo de Ondegardo. Su obra se ha descrito como un «programa de etnología comparada» y supone asimismo una importante contribución a la historia natural[53].

Hubo jesuitas también en África, sobre todo tres portugueses activos en Etiopía durante el siglo XVII, Luis de Azevedo, Pedro Paez y Manuel de Almeida, que contribuyeron enormemente a ampliar los conocimientos de los occidentales sobre ese país, aunque ese no fuera su objetivo principal[54]. Hubo más jesuitas trabajando en las Américas, Norte y Sur. Uno de los más famosos es Jean-François Lafitau, enviado a Quebec en 1711, que trabajó con los iroqueses durante seis años reuniendo la información que presentaría en su *Moeurs des Savages Amériquains* (1724) [*Costumbres de los salvajes americanos*], un libro que fue traducido al holandés y al alemán a mediados del siglo XVIII. Sin embargo, la mayoría de los jesuitas misioneros de las Américas realizaron su labor en los virreinos españoles de México y Perú, donde estudiaron la historia cultural y natural de las regiones donde vivieron y aprendieron las lenguas locales. Igualmente, hubo muchos misioneros jesuitas en Asia desde tiempos de Francisco Javier, asentados en la India, el Tíbet, China, Siam, Indochina y Japón. Como veremos, algunos miembros de la orden, aparte de aprender lenguas locales como el tamil, el telugu, el tibetano, el chino y el japonés intentaron, como sus homólogos protestantes, describir y comprender las ideas de brahmanes y budistas.

La misión de China es la más famosa de estas empresas. Los jesuitas no fueron los únicos misioneros activos allí, hubo dominicos que llegaron a China en la década de 1580 y algunos franciscanos habían iniciado sus tareas en la región en fechas tan tempranas como el siglo XIII. Los jesuitas tampoco fueron los únicos misioneros que contribuyeron a difundir entre los occidentales sus conocimientos sobre China. Juan González de Mendoza, por ejemplo, un fraile agustino, publicó su *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reyno de China* en 1586. En realidad, González nunca había estado en China; se basó en el diario del soldado español Miguel de Luarca, que había pasado algo más de dos meses en el país cuando formaba

parte de una misión diplomática. El libro se vendió bien y en una década se había publicado en seis idiomas: italiano, francés, inglés, alemán, latín y holandés.

La historia del jesuita italiano Mateo Ricci, que llegó a Macao en 1582, es muy famosa. Cuando inició su misión, Ricci se vistió como un monje budista, pero como al ver que eso no le granjeaba el respeto de la gente, se vistió con las ropas de un erudito confuciano para poder acomodar el mensaje cristiano a la cultura china. Al igual que otros jesuitas misioneros, Ricci se centró en la conversión de las elites locales. Apelaba a su curiosidad desplegando mapamundis europeos, enseñando el arte de la memoria renacentista y presentando las ideas cristianas en armonía con las de Confucio. Ricci tradujo al chino textos sobre matemática y astronomía de Euclides y del erudito jesuita Christoph Clavius con ayuda de dos conversos: Xu Guangqi y Li Zhizao[55].

Ricci fue una figura muy destacada durante la primera fase de las misiones jesuíticas, la denominada fase italiana (a pesar de la importancia del polaco Michal Boym y de flamencos como Nicolas Trigault), que abarca de la década de 1580 a la de 1660. Entre los italianos más destacados figuran el colega de Ricci Michele Ruggieri y, más tarde, Martino Martini. Todos estos misioneros contribuyeron poderosamente a la difusión del saber.

Ricci enseñó a los eruditos chinos la filosofía natural occidental y las matemáticas, mientras que otro italiano, Giacomo Rho, traducía libros occidentales de astronomía al chino y ayudaba a sus colegas chinos a reformar su calendario. Los eruditos chinos aceptaron que el globo terráqueo era redondo «acomodando» la información que les ofrecían los forasteros a sus propias tradiciones[56]. La información también viajaba en dirección contraria; el diario de Ricci, traducido al latín y publicado por Nicolas Trigault, fue fundamental para informar a los especialistas europeos sobre China. Junto a su colega Ruggieri compiló asimismo un diccionario chino-portugués mientras este último traducía al latín algunos textos confucianos. Michal Boym publicó obras sobre la flora y la medicina chinas, aparte de compilar un diccionario chino-latín y otro chino-francés.

En cuanto a Martini, elaboró una gramática china que se publicó póstumamente en 1696, si bien se le conoce más por sus obras de historia y geografía. En 1644, cuando ya vivía en China, publicó un relato sobre el desplazamiento de la dinastía Ming por los Qing, una historia general y un atlas del país. El atlas se basaba en mapas chinos y «rectificaba muchos de los

errores sobre la geografía del interior de China»[57]. El jesuita y erudito alemán Athanasius Kircher utilizó la información proporcionada por Martini, un discípulo suyo, y por Boym en su *China illustrata* (1667). Al propio Kircher le hubiera gustado ejercer de misionero en China, pero permaneció en Roma, donde pudo adquirir conocimientos sobre muchos temas, de la música al magnetismo[58]. También se publicaba regularmente información sobre la misión de China en las *Cartas anuales* de los jesuitas, escritas en italiano y traducidas al latín, alemán, portugués y francés[59].

En la India los jesuitas tampoco se limitaron a aprender las lenguas locales sino que escribieron gramáticas y compilaron diccionarios. El inglés Thomas Stephens, por ejemplo, activo en la India desde la década de 1580, escribió una gramática konkani que se publicó póstumamente en 1640. El jesuita alemán Heinrich Roth, activo a partir de la década de 1650, aprendió persa, kannada e indostaní, pero es conocido sobre todo por su estudio del sánscrito con los brahmanes de Agra; a su vuelta a Europa brindó a Kircher mucha información, dio clases en alemán sobre el Imperio mogol e intentó publicar su gramática del sánscrito (vetada por el superior de su orden). El italiano Constanzo Beschi, que había llegado a la India en 1711, redactó una gramática del tamil, mientras que el francés Gaston-Laurent Coeurdoux, que llegó en 1732, no solo aprendió tamil, sino también telugu y sánscrito.

Roma, centro de los jesuitas, se convirtió en un núcleo de difusión del conocimiento adquirido por los jesuitas misioneros, no solo gracias a Kircher, sino también a Giampietro Maffei, autor de una voluminosa historia en latín de las misiones de los jesuitas en Asia (1588) y a Daniele Bartoli, otro jesuita al que le hubiera gustado ser misionero pero que se dedicó a escribir en italiano sobre las misiones de sus colegas: publicó un volumen sobre Japón (1660) y otro sobre China (1663). La creación por el Papa Gregorio XV de la Congregación para la Defensa de la Fe (*De propaganda Fide*) en 1622, reforzó el papel de Roma en la empresa de conversión. La congregación organizó misiones, compitiendo a veces con los jesuitas. Tenía su propia imprenta de la que salían catecismos en muchas lenguas[60].

Otro de los centros de difusión de conocimientos sobre China fue Ámsterdam. Hubiera sido lógico que Martini publicara su nuevo atlas de China en Roma, pero lo cierto es que lo publicó en Ámsterdam en 1655. Salió de la imprenta de John Blaeu, un especialista en atlas que trabajaba para la VOC, lo que entreveró la historia de la Compañía de Jesús con la de la

VOC[61]. Blaeu y su rival Jan Janszoon también publicaron en Ámsterdam la *China illustrata* de Kircher en 1667.

La segunda fase de las misiones en China abarca de la década de 1670 a principios del siglo XVIII, cuando los italianos perdieron la iniciativa ante los franceses y el delicado equilibrio entre edificación y curiosidad se inclinó a favor de esta última. Una de las razones que explican este giro fue la intervención en el programa de misiones de Luis XIV, quien mandó a seis jesuitas a China en 1685, encargados no solo de convertir a los chinos sino asimismo de recopilar información para la Academia Francesa de las Ciencias. En esta fase, la atención de los historiadores posteriores se ha centrado en la astronomía. Misioneros como el francés Jean de Fontaney o el alemán Adam Schall fueron bienvenidos en la corte imperial china debido a sus conocimientos de esta disciplina. A su vez, los chinos enviaron a los astrónomos europeos sus propias observaciones sobre las estrellas.

Los jesuitas activos en China durante esta fase realizaron importantes aportaciones a otro tipo de conocimientos. Fontaney, líder de la misión de 1685, organizó una novedosa división del trabajo, encargando a un colega el estudio de la historia y la lengua, a otro el de la historia natural y la medicina chinas, a un tercero la descripción de las artes liberales y mecánicas, y a un cuarto el estudio de las leyes y el gobierno de China; Fonteny mismo se hizo cargo de la astronomía y la geografía. Aunque las cosas no salieron exactamente como habían planeado, a su vuelta a Francia uno de los colegas de Fontaney, Louis Le Comte, presentó ante las Academia de las Ciencias un mapa de Tartaria, dibujos de plantas y peces y observaciones astronómicas; publicó además su *Nouveau mémoire sur l'état présent de la Chine* (1696[62]).

Años después, dos jesuitas, Jean Baptiste Régis y Antione Gaubil, desempeñaron un papel importante en el levantamiento de mapas del Imperio chino, un proyecto imperial que la orden decía haber inspirado. El botánico y también jesuita Pierre Nicholas d'Incarville, llegó a China en 1740 con plantas europeas y llevó plantas chinas a Europa (fue el primer europeo que describió el kiwi). El libro de los jesuitas más recordado de esta segunda fase es la obra colectiva *Confucius sinarum philosophus* (1687), una traducción de los clásicos de la filosofía china realizada por el equipo del francófono Fleming Philippe Couplet. Occidente conoció al filósofo chino Kung Fu Tze, al que denomina «Confucio», gracias a este libro.

En esta segunda fase Roma y Ámsterdam fueron reemplazadas por París como centro de difusión de los conocimientos sobre China, gracias sobre todo a las *Lettres édifiantes et curieuses*, publicadas en treinta y cuatro volúmenes en París a partir de 1702, y editadas por dos jesuitas franceses, Charles Le Gobien y Jean-Baptiste Du Halde. Du Halde se basó en estos y otros materiales para realizar su famosa *Description de la Chine* (1735-1736), en la que cita las «memorias» de hasta veintisiete misioneros. Su descripción estaba estructurada en treinta y cuatro cuestiones, planteadas en 1684 por la Academia Francesa de las Ciencias a petición del poderoso ministro Marqués de Luvois; una lista que (al igual que otra similar redactada por el erudito alemán Gottfried Wilhelm Leibniz en 1689) revela un creciente interés por China en Occidente[63].

Volviendo a la historia de las misiones, el papel de los jesuitas como mediadores es obvio. Informaron a los chinos sobre los conocimientos obtenidos en Occidente y enviaron información sobre China, incluidas obras de estudiosos chinos, a Europa, no solo a Du Halde, también a Leibniz. Muchos jesuitas modernos trabajaron como traductores y los miembros de la misión de China no eran una excepción: traducían al y desde el chino[64]. El distanciamiento es menos obvio, después de todo, los jesuitas realizaban una misión de apostolado. En cuanto a la hibridación, en Roma y otras partes les afearon haberse dejado convertir por los chinos en vez de convertirlos a ellos al cristianismo. El texto *Confucius sinarum philosophus* es un magnífico ejemplo de hibridación. Al enfrentarse al problema de traducir los términos *Yin* y *Yang* al latín, los jesuitas, con magníficos conocimientos de la filosofía escolástica, hubieron de recurrir a las categorías aristotélicas de materia y forma.

Resumiendo, los jesuitas renacentistas contribuyeron enormemente al incremento de los conocimientos de Occidente sobre el resto del mundo, sobre todo en el caso de Asia Oriental y las Américas, y mejoraron mucho el conocimiento que se tenía de Occidente en otras culturas. En cierto modo, podemos decir que su contribución fue un buen ejemplo histórico de la importancia que tienen las consecuencias no buscadas. El principal objetivo de los jesuitas era, como reza su lema *Ad maiorem Dei gloriam*, buscar la gloria de Dios, y la meta de los misioneros era salvar almas, la suya y la de los conversos[65]. Pero para hacerlo hubieron de aprender las lenguas nativas y procurar entender las «costumbres» o cultura local. Como hemos podido

comprobar, para algunos misioneros el medio se convirtió en un fin en sí mismo.

Esta contribución colectiva al conocimiento adoptó diversas formas. Lo que conocemos mejor es la difusión por medio de cartas, manuscritas e impresas, y otras publicaciones. Alteraron las ideas que se tenían sobre diversas partes del mundo. Acosta, por ejemplo, clasificó a las gentes que vivían fuera de la Europa cristiana en tres grupos; los más civilizados, como los chinos, ocupaban el lugar superior, a continuación iban los grupos con estructura estatal, pero carentes de escritura, como los aztecas, y por último los «salvajes», como las tribus indias de Brasil[66].

Lafitau, a quien se ha calificado de «precursor de la antropología científica» y de quien se ha dicho que es «el autor que hizo el uso más imaginativo de las ideas de Acosta», no solo describió detalladamente la cultura de los iroqueses sino que además criticó a los europeos que los juzgaban con arreglo a «nuestra forma de actuar y costumbres». Estudió a los iroqueses en sus propios términos, utilizando su vocabulario, comparó sus costumbres con las de los antiguos griegos y abogó por el uso de lo que el historiador Marc Bloch denominaría «método regresivo» dos siglos después, recurriendo a sus observaciones para hacer más inteligibles lo que llamaba «las primeras edades». Se ha calificado a Lafitau, como a Sahagún, de antropólogo *avant la lettre*. Se podría decir que Sahagún tendía más a Franz Boas y su recopilación de información sistemática, mientras que Lafitau tiene más de Alfred Radcliffe-Brown y su interés por el análisis comparado[67]. En cualquier caso, frases como «el primer antropólogo» o el «padre de la antropología» (denominación que diera Claude Lévi-Strauss a Jean-Jacques Rousseau) inducen a error. El proceso de institucionalización, profesionalización y conversión en disciplina académica del interés por las formas de comportarse y las costumbres fue largo.

Los misioneros que trabajaban fuera de Europa ayudaron a sus colegas a ver su patria bajo una luz diferente y a darse cuenta de que mucha gente corriente de la Europa católica no sabía más de su religión que los habitantes de las Indias y otras misiones: había que evangelizarlos. El jesuita Francesco Giuseppe Bressani, por ejemplo, trabajó entre los iroqueses de Canadá antes de volver a Italia y el capuchino Giovanni Francesco Romano residió en el Congo antes de hacer lo propio. Expresiones como «otras Indias» empezaron a aplicarse a lugares como España o Italia. El jesuita Cristóforo Landino, por

ejemplo, misionero en los Apeninos y en Córcega, se inspiró en sus lecturas sobre las misiones fuera de Europa y se refería a Córcega como «mi India»[68].

A nivel de lo que podríamos denominar «teoría», jesuitas como Ricci y Nobili realizaron una gran aportación al tener que dilucidar qué era lo esencial del cristianismo y qué un bagaje cultural europeo que podía descartarse en otros lugares. Como demuestra el «descubrimiento del hinduismo», algunos de estos misioneros ayudaron a los cristianos a ver a otras religiones bajo una luz más positiva, más allá de estereotipos como «paganismo» o «idolatría».

El descubrimiento del hinduismo

Expatriados de muy diversos tipos ayudaron a los europeos a considerar lo que hoy denominamos «hinduismo» un sistema religioso y una de las grandes religiones del mundo; en cierto modo «construían» al describir[69]. Las primeras referencias en inglés a la «religión hinduista» o al «hinduismo» datan del siglo XVIII y las hallamos en los escritos de Alexander Dow, Nathaniel Halhed y Charles Grant, todos empleados de la Compañía de la Indias Orientales. Les siguió el misionero baptista William Ward, que estudio la «religión» de los hindúes como «sistema»[70].

El descubrimiento no fue monopolio de los británicos. Misioneros de otras partes de Europa pensaban en términos similares más o menos por la misma época. El capuchino italiano Marco della Tomba estuvo en el norte de la India. En su *Diversi sistema della religione dell'Indostano*, escrita en 1766, della Tomba comparaba el «sistema» de lo que denomina los «paganos» (*gentili*) con el de cristianos y musulmanes. En su tratado *Moeurs et coutumes des Indiens* (1777), el jesuita Gaston-Laurent Couerdoux (conocido hoy por sus estudios lingüísticos de los que ya hemos hablado) no solo describió las costumbres de los brahmanes, sino también sus divinidades y lo que denominó el «sistema» de la transmigración (el término «sistema» se empezaba a usar más y más a finales del siglo XVIII para definir ideas y sociedades).

Sin embargo, la idea de que el hinduismo era una religión comparable al cristianismo o al islam y no un conjunto de cultos locales, normalmente descritos peyorativamente con términos como «paganismo» o «idolatría», es

anterior; puede que fuera acuñada por los musulmanes indios. En el siglo XVII un capellán de la Compañía de las Indias Orientales, Henry Lord, publicó una descripción de la religión de los «banianos», comerciantes de Gujarati (1630); un francés que había vivido en la India, François Bernier, hizo alusión a «las doctrinas de los hinduistas» y, como sabemos, Abraham Rogier intentó describir de forma objetiva, aunque no sistemática, las creencias (*geloove*) de los brahmanes y sus rituales. Se basaba en textos tradicionales como los Vedas, en la observación personal y en conversaciones con un brahmán denominado Padmanabha.

El libro de Rogier, *De Open-Deure*, suscitó un interés considerable en Europa y se tradujo rápidamente al inglés y al alemán. Le siguió un libro sobre los brahmanes escrito por otro religioso holandés al servicio de la VOC, Philip Baldeus, activo en Ceilán (hoy Sri Lanka), que debatió con los brahmanes y publicó una *Nauwkeurige Beschrijvig van Malabar en Choromandel (Cuidada descripción de Malabar y Coromandel)* (1672). Sin embargo, ya en el siglo XVII se sabía que había plagiado el manuscrito de un jesuita portugués[71].

Una vez más los pioneros fueron los jesuitas (junto a un agustino portugués, Agostinho de Azevedo). A principios del siglo XVII, en tiempos anteriores a Rogier y Baldeus, cinco jesuitas activos en la India ya habían descrito las «ceremonias» de los brahmanes. Me refiero a Giacomo Fenicio, Antonio Rubino, Diego Gonçalves, Gonçalo Fernandes y Roberto de'Nobili. Su estupendo conjunto de informes se debe, al parecer, a la necesidad de explicar los decepcionantes resultados de la misión jesuita[72].

Fenicio, por ejemplo, escribió un tratado sobre lo que denominó la «secta» de las Indias Orientales (*Livro da seite dos Indios orientáis*), pero no llegó a publicarlo. En un tratado publicado en 1616, Gonçalo Fernandes «Trancoso», se refería a la mezcla de rituales y creencias como «esa máquina de brahmanismo» (*esta maquina do bramanismo*), usando este término general por primera vez[73]. Los jesuitas escribieron para refutar las doctrinas hinduistas y Rubino llegó incluso a calificar a los brahmanes de «ministros del diablo». En cambio, el jesuita italiano Roberto de'Nobili les denominaba «hombres sabios» (*sapientes*) y mostraba el mismo respeto hacia sus diversas formas de conocimiento (*scientiae*) que hacia las ideas de los antiguos filósofos griegos con los que a veces los comparaba (la comparación de las doctrinas de los brahmanes con las de Pitágoras y sus seguidores era un lugar

común en el siglo XVII[74]).

A pesar de los diferentes contextos en los que describían el hinduismo los misioneros católicos y protestantes (que escribían para ayudar a sus colegas en las labores de conversión) y los empleados laicos de la Compañía de las Indias Orientales (que elaboraban estudios mucho más detallados), todas las descripciones surgieron de la interacción entre forasteros y brahmanes y, a su manera, todos contribuyeron a generar la conciencia de que el hinduismo era un sistema religioso, una religión mundial más que un conjunto de cultos locales. Aunque los extranjeros tiendan a malinterpretar los detalles, a veces ven el «cuadro general» mejor incluso que los nativos, pues los sistemas sociales e intelectuales resultan más visibles desde fuera que desde dentro. Gracias a los forasteros, algunos hinduistas entendieron que sus propias prácticas formaban parte de un sistema religioso más amplio.

Los misioneros occidentales contribuyeron igualmente al «descubrimiento» del budismo o, como afirma un especialista que lo atribuye a los británicos del siglo XIX, a su «creación imaginativa»[75]. Pero lo cierto es que, al igual que en el caso de los hinduistas, los primeros occidentales que llegaron (sobre todo los jesuitas activos en Japón, la India y China, como Francisco Javier, Matteo Ricci y Robert de' Nobili), ya habían descrito las ceremonias y creencias budistas, a menudo tras mantener largas conversaciones con los bonzos. Durante su estancia en Japón, Engelbert Kaempfer se interesó por lo que denominó la «doctrina de Siaka» (o sea budismo) y por el Shinto, «la religión antigua y probablemente original de Japón»[76]. En los encuentros entre cristianos y budistas hubo malentendidos por ambas partes. Los misioneros consideraban al budismo una distorsión del cristianismo (cuando no «ateísmo» o «paganismo») y los bonzos creían que el cristianismo era una versión distorsionada del budismo[77].

En el libro sobre la filosofía de Confucio que hemos mencionado, Philippe Couplet describía la religión de «Fo» (o sea de Buda)[78]. Sin embargo, el mayor especialista en el tema fue el jesuita Ippolito Desideri, que llegó al Tíbet en 1716, aprendió tibetano y estudió durante cinco años en lo que podríamos denominar una facultad de teología budista en Lhasa. Escribió un informe sobre el Tíbet que incluía una larga discusión sobre lo que llamaba «la falsa secta de la religión única observada en el Tíbet» (*Della falsa setta di religione particolarissima che s'osserva nel Thibet*[79]). Se ha alabado a Desideri por describir los detalles y el significado de las creencias de sus

adversarios con mentalidad abierta, aunque fuera para refutarlas[80]. En el contexto del descubrimiento europeo de las religiones hay que destacar el uso que hace de términos como *setta* y *religione*, así como su análisis de lo que denomina «dogmas» (*dogmi*). Sin embargo, no pudo aportar nada al debate internacional generado en torno a este tópico porque, por la razón que fuera, tras su vuelta a Roma no permitieron a Desideri publicar su informe. Se publicó en el siglo XX.

ACADÉMICOS EXPATRIADOS

Nuestro tercer tipo de expatriado es el académico. En el Renacimiento, como ocurriera con los griegos en la Roma antigua, los humanistas y artistas italianos eran demandados hasta en el último rincón de Europa. Los exiliados protestantes italianos, mencionados en el capítulo anterior, fueron precedidos de expatriados italianos. Algunos trabajaron en universidades y cortes extranjeras. Por ejemplo, el siciliano Luca Marineo enseñó en la Universidad de Salamanca, Stefano Surigone de Milán enseñó en Oxford y Gregorio Tifernate, un toscano de ascendencia griega, en París.

Si pasamos de las universidades a las cortes, es sabido que el rey Alfonso V de Portugal invitó a dos humanistas a la corte, Stefano di Napoli y Domenico Baldini, para que fueran tutores de su hijo, el futuro João II. A otros gobernantes, sobre todo a los pertenecientes a dinastías nuevas, les interesaba nombrar a sus secretarios italianos historiadores oficiales para que difundieran una visión favorable de su régimen o nación en cartas y libros escritos en el elegante latín clásico que los humanistas habían sabido recuperar. El rey Matías Corvino de Hungría, por ejemplo, encargó a Antonio Bonfini que escribiera las *Rerum hungaricum decades*. Fernando e Isabel de España, invitaron a su corte a Lucas Marineo para que escribiera las alabanzas a España, primero, y la biografía del padre de Fernando, Juan II de Aragón, después. El emperador Carlos V siguió requiriendo los servicios de Luca y nombró cronista suyo a otro siciliano, el fraile Bernardo Gentile. Carlos VIII y Luis XII de Francia nombraron a Giovanni Filangieri y Paolo Emili sus cronistas oficiales. El poeta humanista y secretario Filippo Buonacorsi (al que apodaban «Calímaco» porque imitaba el estilo del poeta de la Grecia antigua), que huyó de Roma y llegó a Polonia en 1468 tras haber

participado en una conspiración fallida contra el Papa Pablo II, rehízo su carrera como secretario del rey Casimiro IV. Otro poeta humanista, Andrea Ammonio, enviado a Inglaterra por el Papa Julio II, se convirtió en el secretario latino del rey Enrique VIII. Este tipo de servicios eran, como vemos, muy apreciados y hasta destacados humanistas como Flavio Biondo y Angelo Poliziano escribieron al rey de Portugal ofreciéndole sus servicios[81].

En ocasiones, el desapego de los exiliados era más fuerte que la presión ejercida sobre estos humanistas para que escribieran el tipo de historia que deseaban sus regios patronos. Polidoro Virgilio, por ejemplo, que era de Urbino, fue enviado a Inglaterra en 1502 para recaudar un dinero que se debía al Papa y se quedó medio siglo. Al llegar fue recibido calurosamente por el rey Enrique VII y se puso a trabajar en una historia de Inglaterra, la *Anglica Historia*, publicada en 1534. Polidoro expresaba, al modo humanista, su escepticismo en torno a los relatos que no se basaban en fuentes fiables, como la historia de que Gran Bretaña había sido fundada por Bruto el troyano o el relato del rey Arturo. Pese a su importancia para la legitimación de la dinastía Tudor consideraba estos relatos «cuentos de viejas» (*anilibus fabellis*). La detallada descripción realizada por Polidoro de lo que denominó «mito-historia» provocó duras críticas por parte de los especialistas nativos, que lo acusaron de destruir las fuentes y de «polucionar nuestras crónicas inglesas»[82].

Retomando el argumento del que hablábamos en la introducción, la circulación de personas fue y es una forma más eficaz de transmitir conocimientos que la circulación de libros, y, en mi opinión, la presencia de estos eruditos italianos en cortes y universidades extranjeras fue un factor crucial para la difusión del humanismo, sobre todo a principios del siglo XV. Parece que las gentes de entonces compartieron esta idea. En el siglo XVI, el más famoso de todos los humanistas, Erasmo, fue invitado a diversos países, de España a Polonia; de hecho vivió algunos años en Basilea y murió allí.

Profesores en Rusia

La bienvenida que se dispensa a los expatriados depende de la receptividad de sus anfitriones, que, a su vez, depende de la conciencia que adquieran,

sobre todo los gobiernos, de su atraso cultural y de la necesidad de ponerse a la altura de otros estados rivales. En la Dinamarca del siglo XVI, por ejemplo, el rey Christian III realizó lo que se ha denominado un «reclutamiento intensivo» de profesores extranjeros para la Universidad de Copenhague. Durante su reinado, aproximadamente la mitad de los cuarenta y un profesores eran extranjeros[83]. En el caso de la Suecia del siglo XVI, la iniciativa partió de un individuo privado, Schroder, quien expuso su programa en un libro dedicado a Karl IX en 1606. Al parecer se orquestó una «campana oficial de traducciones» en época de Gustavo Adolfo para ayudar a los suecos a ponerse a la altura de la evolución cultural que se apreciaba en otras partes de Europa[84]. La hija y sucesora de Gustavo Adolfo, Cristina, invitó a estudiosos extranjeros a la corte, entre ellos a Descartes, quien fatalmente murió en Suecia probablemente de neumonía. El exégeta hugonote Samuel Bochart, su amigo y discípulo católico Pierre-Daniel Huet, el especialista en la Antigüedad clásica Claude Saumaise y el erudito holandés Isaac Vossius también fueron invitados a Suecia por la reina.

Sin embargo, quienes ejercieron mayor influencia fueron los estudiosos alemanes que llegaron a Rusia en el siglo XVIII como parte de un programa de occidentalización pensado por el zar Pedro el Grande y sus sucesores, Catalina I, Pedro II, Ana, Isabel y sobre todo Catalina la Grande. Estos eruditos fueron precedidos por una oleada o «marea» anterior de expertos militares que habían llegado a Rusia entre la década de 1630 y la de 1670. Pero el nuevo programa era más ambicioso. Pensemos en la famosa «Gran Embajada» de 1697-1698, cuando el zar Pedro visitó la República de Holanda e Inglaterra, incluidas la Royal Society y los astilleros de Chatham y Zaandam. Más tarde, el zar mantuvo una entrevista con Leibniz, quien le escribió un informe sobre la adquisición del conocimiento, recomendándole que realizara un catálogo de la flora y fauna rusas, que tradujera al ruso libros occidentales y que creara una academia de las ciencias[85].

Pedro inició el programa de traducciones con al menos sesenta y nueve traductores. Boris Volkov elaboró versiones rusas de libros franceses sobre geografía, navegación, artillería y hasta jardinería, mientras Vasily Kiprianov también organizaba un taller de traductores y traducía personalmente al ruso el tratado de arquitectura de Vignola. Catalina la Grande creó una comisión de traducción en 1768 que se mantuvo durante quince años y publicó más de cien libros, entre ellos la historia de Carlos V escrita por William Robertson, que

la emperatriz había leído en francés y admiraba mucho.

En todo caso, la circulación de personas tuvo consecuencias de mucho mayor alcance que la de textos. Hubo rusos que estudiaron en el extranjero y se quedaron, como Grigory Teplov, que se convirtió en administrador de la Academia de Ciencias de Berlín, o Alexander Radischev, de la Universidad de Leipzig, exiliado posteriormente por sus críticas al gobierno. El movimiento fue mucho más intenso en dirección contraria. Un grupo de estudiosos alemanes transformó el panorama intelectual ruso, tanto en humanidades como en ciencias naturales[86].

Los alemanes no eran los únicos especialistas expatriados en Rusia por entonces. En 1707, por ejemplo, llegaron a Rusia tres pintores de Ámsterdam: Indrich Silbach, Johann Foskul y Anton Demey[87]. Vitus Bering, oficial de la Marina rusa que dirigió las expediciones científicas a Kamchatka, en el extremo oriental de Rusia, era danés; Jakob Lindau, que también estudió Kamchatka, el mineralogista Johan Ferber y Erik Laxmann, profesor de química en San Petersburgo, eran todos suecos; el astrónomo-geógrafo Joseph-Nicolas Delisle era francés; el ingeniero naval británico Samuel Bentham (hermano del famoso Jeremy Bentham) pasó toda una década en Rusia, y el escocés John Robison ejerció brevemente como profesor de matemáticas en Kronstadt[88].

Es de sobra conocido lo mucho que entusiasmaban a Pedro el Grande los barcos y la navegación; hasta el punto de identificar su reinado con una «revolución naval» o «giro náutico». La palabra rusa para ciencia, *nauk*, es un recordatorio del interés que sentía Pedro por el conocimiento práctico, ya que deriva de «navegación», en latín *navigatio* y en holandés *navigatie*. La Rusia del siglo XVIII dio la bienvenida a los navegantes extranjeros, hasta el punto de que un historiador inglés ha hablado de la «invasión» de Rusia por parte de oficiales navales británicos. También buscaban expertos británicos en tecnología, llegando a invitar a Rusia a James Watt, por ejemplo. No aceptó, pero otros famosos expertos en tecnología sí lo hicieron, desde constructores de barcos a fundidores de cañones. Los científicos y académicos expatriados formaron parte de un movimiento migratorio mayor de trabajadores especializados[89].

La mayoría de los expatriados que trabajaron en Rusia entre 1698 y 1826 fueron alemanes, o al menos germano-parlantes. Muchos estuvieron vinculados a la Academia de las Ciencias (*Akademiya Nauk*) de San Petersburgo, fundada

por Pedro el Grande al final de su vida, en 1724, siguiendo los consejos de Leibniz y el modelo de la Academia de Berlín y la Academia Francesa. La Academia de San Petersburgo no se ocupaba solo de la obtención de conocimientos, sino también de su difusión. Los académicos investigaban y se les pedía que reunieran información sobre publicaciones extranjeras para darles difusión en la universidad y por medio de conferencias públicas[90].

Ofrecían generosos salarios y enviaron caza-talentos al extranjero para hallar a las personas adecuadas con la ayuda de Leibniz y del filósofo Christian Wolff. Los recién llegados, muchos de ellos graduados en las universidades de Leipzig y Gotinga, solían enseñar y publicar en su alemán materno, que probablemente fuera el idioma extranjero más hablado en Rusia, al menos en el ámbito de la enseñanza, hasta que fue desplazado por el francés en la segunda mitad del siglo XVIII. De hecho, llamaban *nemetsky* (alemán) al «extranjero», sobre todo tratándose de extranjeros del norte de Europa como holandeses, británicos o escandinavos.

Quisiera analizar, con ayuda del método prosopográfico del que hablábamos en la introducción, el ejemplo de ochenta expatriados germano-parlantes que llegaron a Rusia entre 1700 y 1826, donde hicieron importantes contribuciones al saber. El grupo constaba de setenta y un alemanes, ocho suizos y un austriaco. Algunos llegaron cuando eran jóvenes y ascendieron rápidamente. Otros se fueron al cabo de los años o murieron jóvenes, bien por causas naturales, bien debido al duro clima de Siberia o, en el caso del astrónomo Georg Moritz Löwitz, asesinado por los cosacos durante las revueltas campesinas lideradas por Yemelyan Pugachev (1773-1774). Sin embargo, cierto número de expatriados se quedaron en Rusia el resto de sus vidas; el historiador Gerhard Friedrich Müller, por ejemplo, vivió allí cincuenta y ocho años.

En primer lugar debemos preguntarnos por sus especialidades. A pesar de su nombre, la Academia de las Ciencias no contrató solo a científicos extranjeros, también empleó a traductores, arquitectos, bibliotecarios, cartógrafos y hasta un artista. Uno de ellos, el académico J. E. Zeiher, enseñaba a manufacturar telescopios. Otro buen ejemplo del pragmatismo del gobierno fue la exploración y el levantamiento de mapas del Imperio ruso que llevaron a cabo los estudiosos expatriados. Once miembros del grupo eran naturalistas (sobre todo botánicos), nueve eran matemáticos, ocho físicos o cirujanos, siete médicos, cuatro químicos y dos astrónomos.

Los investigadores expatriados más famosos eran matemáticos y científicos, como el matemático suizo Leonhard Euler; el naturalista Johann Georg Gmelin, que participó en la expedición a Kamchatka; Georg Wilhelm Steller, un médico que también formó parte de la expedición y fue uno de los pioneros del estudio de la historia natural de Alaska; el químico J. G. Lehmann; el físico Georg Wolfgang Krafft; el fisiólogo Caspar Wolff y Peter Pallas, otro naturalista, que fue profesor de historia natural en la Academia de San Petersburgo. Pallas pasó seis años viajando por el Imperio ruso, estudiando las plantas, los animales, los fósiles y las rocas[91]. Hubo estudiosos que practicaron diversas disciplinas o se interesaron por temas bastante alejados de su especialidad original. Daniel Messerschmidt, por ejemplo, fue contratado como médico del zar, pero luego realizó descubrimientos en botánica e historia natural. La zarina Catalina ordenó a su empleado Pallas, un naturalista, que recopilara información sobre todas las lenguas del mundo y editara un diccionario multilingüe, *Linguarum totius orbis vocabularia* (1786)[92].

Siguiendo la tónica general de este libro, tenemos mucho que decir sobre los expatriados que se dedicaban a las humanidades. Hubo siete expertos dedicados a los idiomas y la literatura, cinco especialistas en derecho, dos en filosofía y uno en política o teoría del estado (*Staatswissenschaften*). Hubo al menos dieciocho expatriados alemanes trabajando en el campo de la historia aunque uno de ellos, Jakob Stählin, fue invitado a Rusia por sus conocimientos de pirotecnia. El elevado número de historiadores resulta algo sorprendente, pero Pedro el Grande estaba convencido de que el estudio del pasado tenía el mismo valor práctico que la construcción de barcos o la fundición de cañones.

Gottlieb Bayer, políglota orientalista, escribió sobre los chinos, sobre la ciudad de Edessa en Mesopotamia, sobre el antiguo reino de Bactria (en lo que hoy es Irán y Uzbekistán), sobre los escitas y sobre los orígenes de Rusia recurriendo, sobre todo, a la numismática. Sus libros se publicaron en latín en San Petersburgo en la década de 1730[93]. Hartwig Bacmeister tradujo la historia de Rusia de Mikhail Lomonosov al alemán y publicó ensayos sobre Pedro el Grande, aparte de fundar, en 1722, la primera revista bibliográfica de Rusia, la *Russische Bibliothek*. El austriaco Philip Dilthey, profesor de historia y derecho en la nueva Universidad de Moscú, publicó en 1762 un manual de historia universal para uso de los jóvenes nobles.

Una de las figuras más destacadas fue Gerhard Friedrich Müller, que se

convirtió en historiador oficial del Imperio ruso y es el autor de «Recopilación de fuentes de la historia rusa» (*Sammlungen zur russischen Geschichte*, 1732). Müller llegó a Rusia a los veinte años, se hizo profesor de historia a los veintiséis y permaneció en Rusia hasta su muerte, casi sesenta años después. En su docencia y en sus investigaciones propició siempre un estudio crítico de las fuentes. Editó crónicas rusas, husmeó en los archivos en busca de documentos e hizo hincapié en el valor de los temas relacionados con la cultura material. En calidad de historiador del Imperio ruso estudió a muchos pueblos, especialmente a los de Siberia[94].

Müller era un trabajador duro, pero necesitó ayuda en muchas de sus empresas. Uno de sus ayudantes, Johann Fischer, publicó una historia de Siberia en 1768, pero el más famoso de todos fue August Ludwig Schlözer[95]. Schlözer procedía de la Universidad de Gotinga y no le gustaba ser el ayudante de Müller porque quería escribir su propia historia. Envío un informe a la Academia de San Petersburgo dos años después de su llegada, sobre cómo habría que escribir la historia de Rusia (*Gedanken über die Art, die Russische Historie zu traktieren*[96]). Schlözer despreciaba al erudito Mikhail Lomonosov, al que consideraba un mero «químico», que también trabajaba en una historia del país. Conservó su puesto a pesar de haberse enemistado con Lomonosov y Müller gracias al apoyo de la emperatriz Catalina[97].

Schlözer solo pasó en Rusia seis años antes de volver a Gotinga donde le nombraron profesor de historia rusa y permaneció más de cuarenta años. Se convirtió en uno de los historiadores más famosos de su tiempo, pues combinó su interés por el norte de Europa (incluida la historia de distintos grupos étnicos en el seno del Imperio ruso) con un enfoque universal de la historia, que incluía, como en el caso de Müller, la historia de la cultura material, o sea, de la patata, el tabaco, el azúcar, el té y el café. Se podría resumir la carrera de Schlözer afirmando que primero llevó a Gotinga a Rusia y luego llevó a Rusia a Gotinga.

¿Qué efecto tuvo sobre Rusia este flujo de expatriados? En primer lugar hubo un proceso de mediación, que incluía la «transferencia» de conocimientos, sobre todo de carácter técnico. Se difundieron los saberes de Occidente y se puso al día a los rusos a través de conferencias públicas pronunciadas en la Academia de las Ciencias de San Petersburgo y de la docencia, tanto en el instituto de enseñanza media asociado a ella (que contó

con trescientos cuarenta y dos estudiantes en sus cinco primeros años de funcionamiento) como en la Universidad de Moscú fundada en 1755. Se esperaba de los expatriados, arquitectos o ingenieros, que enseñaran a rusos en sus ámbitos de especialidad, pues Rusia quería contratar a los expatriados solo temporalmente. Es significativo que los estudiosos rusos como Lomonosov siempre fueran mucho menos receptivos a los forasteros que sus zares. Gracias, en parte, a los esfuerzos de Lomonosov, la Academia de las Ciencias, en origen monopolio de los extranjeros, se fue haciendo paulatinamente más rusa[98].

En segundo lugar, como ya hemos mencionado, se esperaba de los expatriados que llevaran a cabo sus investigaciones y publicaran sus conclusiones, a menudo en publicaciones de la Academia de las Ciencias y en latín, para informar al mundo culto sobre las contribuciones rusas a la comunidad científica.

Para los académicos rusos, estos encuentros con los expatriados era un modo de formarse y de ponerse al día sobre los nuevos métodos para el estudio de la cultura y la naturaleza. Müller y Schlözer publicaron ediciones anotadas de las crónicas medievales rusas, sobre todo de la de Néstor, también conocida como la Crónica Primaria Rusa. Schlözer impuso la práctica de la crítica sistemática de las fuentes y describió el proceso en sus «Reflexiones sobre la forma de abordar la historia rusa» (*Gedanken über die Art, die russische Historie zu tractieren*, 1764[99]). Müller pidió a sus ayudantes que investigaran en los archivos en busca de información. (Leopold von Ranke no fue el primer historiador que se basó en fuentes archivísticas, aunque su trabajo supusiera un giro decisivo en el equilibrio entre crónicas e información de archivo.) Gottlieb Bayer, un clasicista, estudió a los antiguos escitas a través de lo que quedaba de su cultura material. A Müller también le interesaban lo que denominaba *Antiquitäten*: coleccionaba armas, monedas, iconos y otros objetos para utilizarlos como fuentes de la historia rusa.

He dejado para el final lo que tal vez sea el mayor logro científico de estos alemanes expatriados. Messerschmidt, Müller, Pallas y otros formaron parte de expediciones a remotos rincones del Imperio ruso como Kamchatka, Oremburgo y el Cáucaso. Allí no estudiaron solo la flora y la fauna, sino también la religión, la forma de relacionarse y las costumbres de sus habitantes. Las dos primeras expediciones a Kamchatka (1728-1743) son las más famosas, pero hubo más; el médico Daniel Messerschmidt exploró Siberia

por orden de Pedro el Grande entre 1720 y 1727 y Pallas dirigió una expedición al sur de Rusia en 1768, justo cuando el Capitán Cook partía hacia el Pacífico Sur. Estas expediciones, cuyo principal objetivo era explorar y levantar mapas, fueron el resultado de un interés práctico: querían saber con qué recursos, naturales y humanos, contaba el Imperio, pero los directores también recopilaron información cuya utilidad práctica no era obvia, por ejemplo sobre antigüedades locales[100].

Otra importante aportación, fruto de estas expediciones, fueron lo que se denominó estudios «ugrofineses», en los que se desatacaban las afinidades existentes entre el finés y algunas lenguas de Siberia, como el vogul y el ostiak. Daniel Messerschmidt y el prisionero de guerra sueco Philip von Strahlenberg recopilaron información sobre las lenguas locales en su expedición a Siberia[101]. A Müller también le interesaban esas lenguas y su ayudante, Johann Fischer, recopiló un «vocabulario siberiano» con ayuda del sueco Jakob Lindenau. Fischer se dio cuenta de que existían similitudes entre estas lenguas y el húngaro y Bacmeister, lingüista a la par que historiador, publicó un ensayo sobre los nexos entre lenguas[102].

El conocimiento también hizo el recorrido contrario. Sabemos menos de lo que nos gustaría sobre la deuda contraída por los estudiosos alemanes de estas expediciones con sus ayudantes rusos y sus informantes siberianos. En muchos estudios recientes sobre expediciones científicas se ha recalcado que, aunque los directores extranjeros se llevaron todo el crédito, el papel desempeñado por los informantes locales fue de gran importancia. Tenemos un famoso ejemplo en Georg Hunt, que ayudó a Franz Boas en su famoso estudio sobre el pueblo Kwakitl del noroeste de Canadá[103].

En el caso de la historia, Müller y Schlözer aprendieron de su predecesor ruso Vasilii Tatischev y de sus ayudantes locales o «adjuntos». Schlözer, debía mucho a sus ayudantes, Semen Bashilov y Alexei Polenov, por sus contribuciones a su estudio de las crónicas rusas[104]. También tenemos el ejemplo de Stepan Krascheninnikov, un estudiante que participó en la segunda expedición a Kamchatka, pero que también realizó investigaciones por su cuenta y publicó una «Descripción de la tierra de Kamchatka» (*Opisanie zemli Kamchatki*) que luego usó Steller sin citarle debidamente. Krascheninniko ayudó a Gmelin en su estudio sobre la flora. Pallas trabajó asimismo con cierto número de asistentes, como Nikolai Rytschkov, que le acompañó en su expedición al sur de Rusia, así como con estudiantes que acabaron

convirtiéndose en investigadores por derecho propio[105].

Resumiendo: en el caso de estos expatriados alemanes la mediación es evidente. A los expatriados, los años pasados en Rusia les ayudaron a mejorar su formación, a ampliar sus horizontes y a descubrir nuevas plantas, animales, lenguas, pueblos, etcétera, así como a descubrir la historia rusa, poco conocida en Occidente por entonces. Para los estudiosos rusos, los años que los expatriados pasaron allí también resultaron muy formativos, pues les pusieron al día en lo referente a los nuevos métodos de estudio de la naturaleza y la cultura. Es de sobra conocido el tributo que rindió a Schlözer Nikolai Gogol, quien además de escritor fue profesor de historia en la Universidad de San Petersburgo: «Schlözer fue el primero en sentir la historia como un todo [...] sus escritos eran como rayos que iluminaban los objetos de golpe»[106]. La obra de Schlözer sirvió de inspiración a la generación posterior de historiadores rusos, entre los que destaca Nikolai Karamzin.

Para la cultura alemana estas migraciones también tuvieron consecuencias importantes, sobre todo (de nuevo) en el caso de Schlözer. A su vuelta a Gotinga publicó *Allgemeine nordische Geschichte (Historia general del norte, 1772)*, tradujo una famosa crónica medieval rusa, la de Néstor, enseñó y escribió su *Weltgeschichte nach ihren Haupttheilen im Auszug und Zusammenhange (Partes principales de la historia del mundo, esquemas y conexiones, 1792-1801)*. Fue, entre otras cosas, un gran popularizador de la historia rusa en el extranjero, sobre todo en el mundo germano-parlante.

Algunos expatriados hicieron gala del habitual desapego. La distancia incentivaba la comparación, de manera que no resulta sorprendente que los expatriados fueran pioneros en el estudio de familias lingüísticas como el fino-ugrio. En contra de la opinión de estudiosos rusos como Lomonosov, Müller y Schlözer, junto a otros expatriados como Gottlieb Siegfried Bayer y Johann Philipp Krug (a los que no inhibía el patriotismo, como le ocurriera a Polidoro Virgilio en Inglaterra), sugirieron que Rurik, el heroico fundador de la nación rusa y sus seguidores eran «normandos», es decir, escandinavos. Schlözer puso en duda asimismo la identificación de los eslavos con los antiguos escitas y sármatas[107].

Aunque las relaciones entre los investigadores alemanes y rusos no siempre fueran cordiales, su encuentro dio lugar a un conocimiento híbrido. Los expatriados que formaron parte de esta empresa conjunta articularon un conocimiento novedoso que, con el tiempo, se convertiría en una nueva

disciplina: la etnografía. Los libros y artículos que resultaron de las expediciones científicas realizadas por los expatriados contienen importantes contribuciones al conocimiento en toda una serie de disciplinas tradicionales y en otras que empezaban a emerger.

Por ejemplo, en el tratado inédito de Müller se describen las conductas y costumbres de diferentes pueblos siberianos. Fue un estudio pionero de lo que él denominaba «descripción de pueblos» (*Völker-Beschreibung*) y que pronto se conocería como «etnografía». De hecho, se ha descrito a Müller (al igual que a Sahagún y Lafitau) como el «primer etnógrafo». Fue el antiguo ayudante de Müller, Schlözer, quien acuñó los términos *Völkerkunde* (el estudio de los pueblos) y *Etnographie* en el discurso académico cuando volvió a la Universidad de Gotinga (el término etnología se introdujo más o menos por entonces). Términos como estos impulsaron la transformación del interés por las conductas y las costumbres en una nueva disciplina[108].

Muchos viajeros, comerciantes y misioneros describieron las costumbres de los pueblos con los que se encontraron. Lafitau estudió a los iroqueses y plasmó sus hallazgos en una obra que Müller se llevó consigo a Siberia; tenemos asimismo las descripciones que Kaempfer hiciera de Japón. En el *Essai sur les moeurs* de Voltaire (que Müller había leído también) se describen cambios en las formas de conducta de los europeos a lo largo del tiempo. Lo más novedoso de la «descripción sistemática» de Müller (lo denominaba *eine systematische geographische Beschreibung von Siberien*) era que sus ayudantes debían elaborar cuestionarios tremendamente detallados. El ejemplo de Müller sugiere, al igual que los de Sahagún y Lafitau, que lo que hoy denominamos «etnografía» no fue una ruptura súbita con la tradición a principios del siglo XX, en la era de Malinowski, sino el resultado de una evolución gradual.

Los expatriados modernos

El caso ruso es uno de los primeros ejemplos de un gobierno consciente del atraso de su país que invita a extranjeros para adquirir los conocimientos que le permitan ponerse al día. Otro ejemplo famoso es el de Japón, un territorio, que había permanecido cerrado al exterior durante siglos y abrió sus puertas tras 1868, invitando a los extranjeros a contribuir a la modernización del país.

En Turquía, que logró su independencia tras la Primera Guerra Mundial, el presidente de la nueva república (proclamada en 1923), Kemal Atatürk, lanzó una campaña de modernización siguiendo modelos occidentales, lo que incrementó la receptividad del país a los forasteros, al menos oficialmente. En 1931, como parte de esta campaña, invitaron a un profesor suizo de pedagogía, Albert Malche, para que reformara las universidades turcas; entre sus recomendaciones figuraba la contratación de científicos y académicos europeos. Alemania era el país obvio al que acudir, teniendo en cuenta la reputación de la que gozaban la ciencia e investigación alemanas por entonces y que, tradicionalmente, las relaciones entre el Imperio otomano y Alemania habían sido cordiales.

En otras palabras, justo cuando empezaron a despedir a los profesores judíos, en torno a 1933, Turquía los necesitaba. A principios del año académico de 1933-1934 llegaron a la Universidad de Estambul cuarenta y dos profesores refugiados. Los más famosos fueron Erich Auerbach y Leo Spitzer, que vivió en Turquía tres años. Auerbach permaneció allí once años. Ambos formaron parte de un grupo mayor de exiliados-expatriados, invitados a Turquía justo cuando los expulsaron de Austria y Alemania[109].

El grupo incluía a los discípulos de Auerbach y Spitzer: Rosemarie Burkart, Herbert, Lieselotte Dieckmann y Hans Marchand, también a algunos científicos, como el astrónomo Wolfgang Gleisberg (que se quedó en Estambul un cuarto de siglo) y a especialistas en estudios otomanos como Andreas Tietze y Peter Sugar.

Algunos de estos expatriados-exiliados ejercieron una influencia considerable sobre la cultura académica turca. Hans Reichenach, filósofo de la ciencia, introdujo a los estudiantes de la Universidad de Estambul en las ideas del Círculo de Viena. El clasicista Georg Rohde y su discípula Azra Erhat, iniciaron todo un programa de traducciones al turco. Un abogado, Ernst Reuter, introdujo nuevos métodos para el estudio de la política en la Universidad de Ankara, mientras que el también abogado Andreas Bertholan Schwarz enseñó a toda una generación de estudiantes de derecho turcos. Los discípulos de Auerbach y Spitzer, entre ellos Süheila Bayrav y Sara Sayim, utilizaron un método filológico y comparado para el estudio de la literatura turca, en lo que un humanista renacentista hubiera considerado una *translatio studii*[110].

No todos los investigadores exiliados disfrutaron de su estancia en Turquía.

Auerbach se quejaba de su aislamiento y Lieselotte Dieckmann escribió sobre el clima de desconfianza imperante. Ambos hablaban de la falta de libros, al menos en campos concretos. La situación se remedió en parte gracias a la presencia de otro refugiado, el bibliotecario Walter Gottschalk, que llegó a Turquía en 1941 y recibió el encargo de supervisar las bibliotecas de la Universidad de Estambul[111]. Pese a todos estos problemas, su exilio no benefició solo a Turquía, sino también a algunos de los investigadores mismos, siendo el caso más obvio el de los orientistas. El jurista Oscar Weigert, que más tarde enseñaría derecho comparado en Washington, probablemente aprendiera mucho en los tres años que pasó en Ankara. En el caso de Auerbach, sabemos que él y el mundo deben su libro más famoso, *Mimesis*, un estudio general sobre la representación de la realidad en la literatura occidental, a los años que pasó en Estambul lejos de las bibliotecas que le hubieran permitido proseguir con sus investigaciones filológicas.

Franceses en Brasil

Al contrario que la América española, Brasil careció de universidades en época colonial: quien quería estudiar tenía que viajar a Coimbra. En el siglo XIX se fundaron facultades de Derecho y Medicina en diversas ciudades, a menudo según el modelo francés, puesto que la cultura francesa gozaba de gran prestigio en el país por entonces (hasta cierto punto, sigue siendo muy apreciada hoy). El Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro de Río (1838) era un remedo del Institut Historique francés, y la Escola Normal y la Escola Politécnica imitaban el modelo de las grandes Écoles francesas.

La Universidad de São Paulo (USP), fundada en 1934 con la ayuda de los propietarios de uno de los principales periódicos, el *Estadão*, también seguía el modelo francés. Un año después, en 1935, se fundó en Río de Janeiro, por entonces la capital del país, la Universidad del Distrito Federal (UDF). Los expatriados franceses desempeñaron un destacado papel en ambas universidades. Eran miembros de una así llamada «misión francesa», el mismo término que habían usado en 1818 para componer *mission artistique* y en 1921 en el sentido de misión militar[112].

Volviendo a la prosopografía, en las páginas siguientes voy a centrarme en cuarenta y seis expatriados franceses que realizaron importantes

contribuciones al conocimiento, casi todos en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales (los especialistas en ciencias naturales eran alemanes e italianos). El grupo era enteramente masculino. La primera esposa de Claude Lévi-Strauss, Dina, que también era antropóloga, no fue invitada por derecho propio, aunque acompañó a su marido en las expediciones y también enseñó en São Paulo. Como en el caso de los exiliados hugonotes en la República de Holanda o en Prusia, el idioma no fue problema para estos expatriados porque la elite brasileña de la que procedían la mayoría de los estudiantes sabía francés.

Este grupo de cuarenta y seis personas constaba de ocho historiadores, siete geógrafos y seis sociólogos o antropólogos. Como los alemanes en Rusia, eran bastante jóvenes y estaban dispuestos a vivir nuevas experiencias (no todos los estudiosos franceses estuvieron dispuestos a salir de Francia para dirigirse a un país tan lejano: a unas tres semanas en barco por entonces). Como a los alemanes, solían reclutarlos ojeadores que apenas les daban tiempo para pensárselo. Lévi-Strauss, discípulo de un académico francés relacionado con la fundación de la USP, contaba que le habían llamado por teléfono para ofrecerle un puesto de docente y que le pidieron una respuesta al día siguiente[113]. La mayoría de los contratados acabaron en las dos universidades mencionadas, la USP y la UDF.

A esta última fueron dieciséis profesores de la Sorbona, entre ellos el historiador de la economía Henri Hauser, que acababa de jubilarse de su cátedra a los setenta años, y Émile Brehier, conocido historiador de la filosofía de la misma edad. La nueva universidad solo funcionó dos años. Se cerró por los requerimientos de la Iglesia (a la que le olía a comunismo) y la suspicacia del Estado; el mismísimo ministro de Educación, Gustavo Capanema, se oponía a su existencia. De hecho 1937, el año del cierre de la Universidad, fue el año en el que Getulio Vargas transformó su presidencia en una dictadura conocida como *Estado novo*.

El más conocido y el que mayor influencia ejerció a largo plazo fue el grupo de veintiuna personas que fueron a la USP, del que formaban parte Braudel (que tenía treinta y dos años en 1934), Lévi-Strauss (de veintiséis años), el geógrafo Pierre Monbeig y los sociólogos Henri Arrousse-Bastide y Roger Bastide. El hecho de que dos personas de este pequeño grupo se llamaban Bastide generó cierta confusión, que los brasileños solucionaron recurriendo a los apodos. A Roger, que era bajito y delgado, le llamaban «Bastinho», y a

Henri, un hombre fornido, «Bastidão». La mayoría no se quedaron mucho tiempo. Braudel y Lévi-Strauss eran jóvenes investigadores con un brillante futuro por delante, pero no en Brasil. Braudel volvió a Francia en 1937, se enroló en el ejército en 1939 y pasó la mayor parte de la guerra en campos de prisioneros alemanes. Lévi-Strauss, que volvió en 1939, perdió su puesto de profesor de bachillerato por ser judío y se refugió en Estados Unidos. Monbeig, por su parte, vivió en Brasil de 1935 a 1946, mientras que el antropólogo Roger Bastide, que era más mayor (tenía treinta y ocho años cuando llegó en 1938), permaneció en el país hasta 1951.

Brasil impresionó mucho a los expatriados y algunos ejercieron una influencia considerable sobre los estudiantes e investigadores brasileños[114]. Aunque Hauser pasó un tiempo relativamente corto en Brasil, publicó una serie de artículos sobre la historia brasileña, en concreto sobre la esclavitud y sobre los discípulos brasileños del teórico social Conde de Saint-Simon. Braudel ya había ampliado sus horizontes enseñando durante diez años en un instituto de enseñanza media de Argelia, donde aprendió a contemplar el Mediterráneo desde la otra orilla. Más tarde diría que los tres años que pasó en Brasil le permitieron adoptar una óptica aún más general y fueron los mejores de su vida. Como ya hemos mencionado, Braudel recalcó la importancia que tenía el distanciamiento, lo que llamaba *dépaysement*, para un historiador[115].

Paul Arbousse-Bastide, por su parte, dio una conferencia titulada: «Lo que aprendí de Brasil», en la que afirmaba que los años que había pasado allí habían alterado su percepción del tiempo y del espacio y que consideraba a São Paulo un «lugar donde existe un encuentro perfecto entre diversas culturas»[116]. Los años que Lévi-Strauss pasó en la USP, le dieron la oportunidad de visitar Mato Grosso y el Amazonas, donde descubrió a pueblos nativos de Brasil, como los bororo y los nambikwara, a cuyo estudio dedicó muchos años de su vida.

El ejemplo de mayor impacto del nuevo entorno sobre los expatriados es sin duda el de Roger Bastide, que cambió su ámbito de investigación nada más llegar a Brasil y se especializó en la religión afrobrasileña. Compartió ese interés con su compatriota Pierre Verger, que aunque no pertenecía al grupo de los académicos (era fotógrafo), acabó siendo una autoridad en *candomblé* y una figura destacada en este culto brasileño. Bastide mantuvo la distancia y se centró en el *candomblé* como ejemplo de sincretismo o de lo que él

denominaba la «interpenetración de las culturas», inspirándose en el historiador y sociólogo brasileño Gilberto Freyre. Braudel también admiraba la obra de Freyre y escribió una reseña muy entusiasta que se publicó en *Annales* cuando era prisionero de guerra en Alemania. En 1953 presentó *Casa-Grande e Senzala* al público italiano y mostró un entusiasmo aún mayor al hablar de la «aguda inteligencia» del autor y describir su libro como «obra maestra», parte de una serie de «libros estupendos». «El milagro es que ha sabido combinar un relato histórico preciso y detallado con una sociología inmaculadamente sutil»[\[117\]](#).

Los expatriados, a su vez, también ejercieron un impacto considerable en la vida intelectual de Brasil. Sergio Buarque, uno de los historiadores brasileños más destacados de las décadas de 1960 y 1970, afirmó: «aprendí mucho de Hauser»[\[118\]](#). El método de *Annales*, encarnado en Braudel y transmitido por él cuando estuvo en São Paulo, fue y sigue siendo muy influyente en Brasil, sobre todo entre los historiadores de época colonial como Fernando Novais, autor de un estudio sobre la crisis del sistema colonial, Luiz Felipe de Alencastro, que escribió sobre el comercio de esclavos y volvió a situar a Brasil en su contexto atlántico, y Laura de Melo e Souza, que ha escrito sobre la historia de las mentalidades y, más concretamente, sobre la brujería.

En el caso de la geografía, una disciplina introducida en Brasil en la década de 1930, el enfoque francés sigue siendo el más apreciado gracias a Pierre Monbeig[\[119\]](#). Lévi-Strauss aún es un modelo de intelectual para destacados antropólogos brasileños, como Roberto da Matta y Eduardo Viveiros de Castro. Roger Bastide sigue siendo la figura de referencia, tanto si se está de acuerdo con él como si no, para todos los temas relacionados con los estudios brasileños del *condomblé* y en general del sincretismo religioso. Una de las sociólogas más destacadas del país, Maria Isaura Pereira de Queiroz, fue discípula de Bastide, y otro profesional de este campo, Fernando Henrique Cardoso, fue su ayudante, aunque es más conocido por haber sido presidente de Brasil.

En cuanto al efecto que ejercieron los expatriados en su patria, Braudel logró transmitir a sus estudiantes la pasión que sentía por el Brasil colonial y Latinoamérica en general. Entre ellos cabe mencionar a Pierre Chaunu, gran parte de cuya voluminosa obra trata de la historia del Nuevo Mundo, y a Frédéric Mauro, autor de un estudio sobre Portugal y el mundo atlántico en el siglo XVII. Historiadores franceses más jóvenes, como Nathan Wachtel y

Serge Gruzinski, han continuado esta tradición y, para hacerlo, han tenido que estudiar español y portugués.

Al contrario que los exiliados, muchos de los expatriados mencionados en este capítulo nunca se consideraron mediadores. La mediación simplemente ocurría mientras ellos pensaban en otras cosas, como enseñar física o convertir a los paganos. En el siguiente capítulo volvemos al exilio y a la mediación consciente.

- [1] Tito Boeri *et al.* (eds.), *Brain Drain and Brain Gain*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- [2] Michel Espagne y Michael Wener (eds.), *Transferts. Les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand, XVIIIe et XIXe siècles*, Paris, Éditions Recherche sur les Civilisations, 1988.
- [3] Michael Gordin, *Scientific Babel: the language of science*, Londres, Profile Books, 2015, p. 192.
- [4] Ferdinand Geldner, *Die deutsche Inkunabeldrucker*, 2 vols., Stuttgart, Hiersemann, 1968-1970.
- [5] Joan Pau Rubiés, *Travel and Ethnology in the Renaissance: South India through European Eyes, 1250-1625*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 204-222, esp. 207, 217. Cfr: Ângela Barreto Xavier e Inés G. Županov, *Catholic Orientalism: Portuguese Empire, Indian Knowledge (16th-18th Centuries)*, Delhi, Oxford University Press, 2015, pp. 31-35.
- [6] Mansel Dames (ed.), *The Book of Duarte Barbosa*, 2 vols., Londres, Hakluyt Society, 1918-1921, p. 193.
- [7] Armando Cortesão (ed.), *The Suma Oriental of Tomé Pires*, 2 vols. Londres, Hakluyt Society, 1944, vol. 1, pp. 175-176; vol. 2, p. 266.
- [8] Ursula Lamb, *Cosmographers and Pilots of the Spanish Maritime Empire*, Aldershot, Variorum, 1995; Alison Sandman, «Controlling Knowledge: navigation, cartography and secrecy in the early modern Spanish Atlantic», en James Delbourgo y Nicholas Dew (eds.), *Science and Empire in the Atlantic World*, Nueva York, Routledge, 2008, pp. 31-51; Maria M. Portuondo, *Secret Science: Spanish cosmography and the New World*, Chicago, University of Chicago Press, 2009, pp. 95-100, 103-111. Ângela Barreto Xavier realiza en la actualidad un estudio sobre la Casa da Índia.
- [9] Günther Schilder, «Organization and Evolution of the Dutch East India Company's Hydrographic Office», *Imago mundi* 28 (1976), pp. 61-78.
- [10] Schilder, «Organization», cit., pp. 62-63.
- [11] Patrick van Mil (ed.) *De VOC in de kaart gekeken, 1602-1799*, La Haya, SDU, 1988; Kees Zandvliet, *Mapping for Money*, Ámsterdam, Batavian Lion International, 1998, pp. 86-163.
- [12] Adrian Delmas, «From Travelling to History: an outline of VOC writing system during the seventeenth century», en Delmas y Nigel Penn (eds.), *Written Culture in a Colonial Context*, Leiden, Brill, 2012, pp. 97-126, esp. p. 116.
- [13] Nils Steensgaard, «The Dutch East India Company as an Institutional Innovation», en Maurice Aymard (ed.), *Dutch Capitalism and World Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, pp. 235-257, esp. p. 238; sobre De Laet, Stefan Ehrenpreis, «Empiricism and Image-Building: the creation and dissemination of knowledge in Dutch Brazil, 1636-1750», en Susanne Friedrich, Arndt Brendecke y Stefan Ehrenpreis (eds.), *Transformations of Knowledge in Dutch Expansion*, Berlín, De Gruyter, 2015, pp. 69-92, esp. pp. 74-75.
- [14] Delmas, «From Travelling to History», cit., p. 98.
- [15] Smith, «Amsterdam as Information Exchange», cit., pp. 1001-1003, Cfr: Leonard Blussé e Ilonka

Ooms (eds.), *Kennis en Compagnie: De VOC en de moderne Wetenschap*, Amsterdam, Balans, 2002.

[16] Matthew H. Edney, *Mapping an Empire: The Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago, University of Chicago Press, 1990; Bernard S. Cohn, *Colonialism and its Forms of Knowledge: the British in India*, Princeton, Princeton University Press, 1996, pp. 81-88.

[17] Citado en Cohn, *Colonialism*, cit., p. 31.

[18] Rosane Rocher, *Orientalism, Poetry and the Millenium*, Delhi, Banarsidess, 1983, pp. 48-72; Kapil Raj, *Relocating Modern Science: circulation and the construction of knowledge in South Asia and Europe, 1650-1900*, Basingstoke, Ahsgate, 2007, pp. 125-138; Donald R. Davis Jr., «Law in the Mirror of Language», en Thomas R. Trautmann (ed.), *The Madras School of Orientalism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 288-309.

[19] Citado en Charles Boxer, *Jan Compagnie in Japan, 1600-1817* (1936), 2.^a ed., Londres, Oxford University Press, 1968, p. 141. Cfr. Klaas van Berkel, «Een onwillige mecenas? De rol van de VOC bij het natuurwetenschappelijk onderzoek in de zeventiende eeuw», en J. Bethlehem y A. C. Meijer (eds.), *VOC en Cultuur*, Amsterdam, Schiphouwer & Brinkman, 1993, pp. 59-76, esp. p. 56.

[20] Roelof van Gelder, «Engelbert Kaempfer as a scientist in the service of the Dutch East India Company», en Detlef Haberland (ed.), *Engelbert Kaempfer: Ein Gelehrtenleben zwischen Tradition und Innovation*, Wiesbaden, Harassowitz, 2004, pp. 211-215, esp. 212-213; Huib J. Zuidervaart y Rob H. van Gent, «A Bare Outpost of Learned European Culture on the Edge of the Jungles of Java»: Johan Maurits Mohr (1716-1775) and the Emergence of Instrumental and Institutional Science in Dutch Colonial Indonesia», *Isis* 95 (2004), pp. 1-33, esp. pp. 2-3.

[21] Gelder, «Engelbert Kaempfer», cit., p. 217.

[22] Derek Massarella, «Epilogue: Inquisitive and Intelligent Men», en Beatrice Bodart-Bailey y Derek Massarella (eds.), *The Furthest Goal: Engelbert Kaempfer's Encounter with Tokugawa Japan* (Folkestone: Japan Library, 1995, pp. 152-164; Raj, *Relocating Modern Science*, cit., pp. 107-114.

[23] Harold J. Cook, «Global Economies and Local Knowledge in the East Indies», en Londa Schiebinger y Claudia Swan (eds.), *Colonial Botany*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2005, pp. 100-118; Anjana Singh, «Botanical Knowledge in Early Modern Malabar and the Netherlands», en Friedrich, Brendecke y Ehrenpreis, *Transformations of Knowledge*, cit., pp. 187-208.

[24] Klaas van Berkel, «The Natural Sciences in the Colonies», en K. van Berkel, Albert van Helden y Lodewijk Palm (eds.), *A History of Science in the Netherlands*, Leiden, Brill, 1999, pp. 210-228; Raj, *Relocating Modern Science*, cit., pp. 37-38, 44-52; Harold J. Cook, *Matters of Exchange: Commerce, Medicine and Science in the Dutch Golden Age*, New Haven, Yale University Press, 2007, pp. 175-225, 304-377.

[25] Ray Desmond, *The European Discovery of the Indian Flora*, Oxford, Oxford University Press, 1992; Richard H. Drayton, *Nature's Government*, New Haven, Yale University Press, 2000; Kapil Raj, «Dynamiques urbaines et savants è Calcutta (XVIIIe siècle)», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 55 (2008), pp. 70-99.

[26] Christopher A. Bayly, *Empire and Information: intelligence gathering and social communication in India, 1780-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 264-283.

[27] Michael J. Franklin, *Orientalist Jones*, Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 205-250.

[28] Zuidervaart y Van Gent, «A Bare Outpost», cit., p. 19; Bayly, *Empire and Information*, cit., pp. 261-264.

[29] Franklin, *Orientalist Jones*, cit., pp. 1-42; Sylvia Murr, *L'Inde philosophique entre Bossuet et Voltaire*, 2 vols., París, Ecole Française d'Extrême-Orient, 1987; Xavier y Županov, *Catholic Orientalism*, cit., pp. 156, 206, 290. Las memorias de Coeurdoux no se publicaron a tiempo para que Jones pudiera leerlas.

[30] Thomas R. Trautmann, *Languages and Nations: the Dravidian proof in colonial Madras*,

Berkeley, University of California Press, 2006.

[31] Peter J. Marshall (ed.), *The British Discovery of Hinduism in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

[32] Peter Rietbergen, «VOC Travelogues», en Friedrich, Brendecke y Ehrenpreis, *Transformations of Knowledge*, cit., pp. 231-249, esp. 235.

[33] Peter Kornicki, «European Japanology at the end of the Seventeenth Century», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 56 (1993), pp. 502-524.

[34] Lisa Roberts, «Re-Orienting the Transformation of Knowledge in Dutch Expansion: Nagasaki as a Centre of Accumulation and Management», en Friedrich, Brendecke y Ehrenpreis, *Transformations of Knowledge*, cit., pp. 19-42.

[35] Engelbert Kaempfer, *History of Japan*, Londres, Woodward, 1727, libro 5, capítulos 12, 4, 13; Detlef Haberland, *Engelbert Kaempfer 1651-1716*, Londres, British Library, 1996; Brigitte Hoppe, «Kaempfer's Forschungen über japanische Pflanzen», en Detlef Haberland (ed.), *Engelbert Kaempfer: Ein Gelehrtenleben zwischen Tradition und Innovation*, Wiesbaden, Harassowitz, 2004, pp. 125-153; Wolfgang Muntshick, «The Plants that carry His Name: Kaempfer's study of Japanese Flora», en Beatrice Bodart-Bailey y Derek Massarella (eds.), *The Furthest God: Engelbert Kaempfer's Encounter with Tokugawa Japan*, Folkestone, Japan Library, 1995, pp. 71-95.

[36] Bertil Nordenstam (ed.), *Carl Peter Thunberg: Linnean, resenäre, Naturforskare, 1743-1828*, Estocolmo, Atlantis, 1993; sobre Titsingh, Boxer, *Jan Compagnie*, cit., pp. 135-172.

[37] Michael S. Dodson, *Orientalism, empire and national culture; India, 1770-1880*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 112-114.

[38] Las citas sobre Rogier, en Donald F. Lach y Edwin J. Van Kley, *Asia in the Making of Europe*, vol. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1993, p. 479; Haberland, *Engelbert Kaempfer*, cit., p. 77, vol. 3.

[39] Raj, *Relocating Modern Science*, cit., p. 13.

[40] Richard Grove, «The Transfer of Botanical Knowledge between Asia and Europe, 1498-1800», *Journal of the Japan-Netherlands Institute* 3 (1991), pp. 160-176; Kapil Raj, «Surgeons, Fakirs, Merchants and Craftspeople», en Schiebinger y Swan, *Colonial Botany*, cit., pp. 225-269; Trautmann, *Madras School*, cit., pp. 7, 78-80.

[41] Paul van der Velde, «The Interpreter Interpreted: Kaempfer's Japanese Collaborator Imamura Genemon Eisei», en Bodart-Bailey y Massarella, *The Furthest Goal*, cit., pp. 44-58.

[42] Donald Keene, *The Japanese Discovery of Europe 1720-1830*, 1952, ed. revisada Stanford, Stanford University Press, 1969; Rebekah Clements, *A Cultural History of Translation in Early Modern Japan*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, esp. pp. 146 ss.

[43] Castelnau-L'Estoile, *Missions*, cit.

[44] Jorge Klor de Alva, «Sahagún and the Birth of Modern Ethnography», en Klor de Alva, Henry B. Nicholson y Eloise G. Keber (eds.), *The Work of Bernardino de Sahagún*, Austin, Texas, University of Texas Press, 1988, pp. 31-52; Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún: pionero de la antropología*, México, UNAM, 1999, pp. 120-124, 212-213; Henry B. Nicholson, «Fray Bernardino de Sahagún», en Eloise Q. Keber (ed.), *Representing Aztec Ritual*, Boulder, Colorado, University of Colorado Press, 2002, pp. 21-39.

[45] Urs App, *The Birth of Orientalism*, Filadelfia, PA, University of Penn Press, 2010, pp. 77-110; Rubiés, «Reassessing», cit., pp. 130-131.

[46] Steven T. Harris, «Confession-Building, Long Distance Networks and the Organization of Jesuit Science», en *Early Science and Medicine* 1 (1996), pp. 287-318. Sobre los franciscanos, Barreto y Županov, *Catholic Orientalism*, cit., pp. 158-201.

[47] Harris, «Confession-Building», cit., pp. 299-300, Markus Friedrich, *Der lange Arm Roms? Globale Verwaltung und Kommunikation im Jesuitenorden 1540-1773*, Fráncfort, Campus, 2011.

- [48] Prieto, *Missionary Scientists*, cit., p. 117.
- [49] Mordechai Feingold, «Jesuits savants», en Feingold (ed.), *Jesuit Science and the Republic of Letters*, Cambridge, MA, MIT Press, 2003, pp. 1-46, esp. p. 7.
- [50] Comparar y contrastar Riva Feldhay, «Knowledge and Salvation in Jesuit Culture», *Science in Context* I (1987), pp. 195-213; Harris, «Confession-Building», Antonella Romano, «Les jésuits entre apostolat missionnaire et activité scientifique», *Archivum Historicum Societatis Jesu* 74 (2005), pp. 213-236; Florence Hsia, *Sojourners in a Strange Land: Jesuits and their scientific missions in late imperial China*, Chicago, University of Chicago Press, 2009; Prieto, *Missionary Scientists*, cit., pp. 154-159.
- [51] Aliocha Moldavsky, «The Problematic Acquisition of Indigenous Languages», en John O'Malley *et al.* (eds.), *The Jesuits, II: Cultures, Sciences and the Arts, 1540-1773*, Toronto, University of Toronto Press, 2006, pp. 602-615.
- [52] Klor de Alva, «Sahagún», cit., p. 43; Hervé Pennec, «Missionary Knowledge in Context: geographical knowledge of Ethiopia», en Delmas y Penn, *Writing in a Colonial Context*, cit., pp. 75-96, esp. p. 93.
- [53] Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man: the American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, pp. 146-200; Prieto, *Missionary Scientists*, cit., pp. 146-168.
- [54] Pennec, «Missionary Knowledge», cit.
- [55] Jonathan Spence, *The Memory Palace of Matteo Ricci*, Londres, Faber, 1985; Ronnie Po-chia Hsia, *A Jesuit in the Forbidden City*, Oxford, Oxford University Press 2010; Mary Laven, *Mission to China: Matteo Ricci and the Encounter with the East*, Londres, Faber, 2011.
- [56] Qiong Zhang, *Making the New World their own: Chinese encounters with Jesuit science in the age of discovery*, Leiden, Brill, 2015.
- [57] Lach y Van Kley, *Asia*, cit., p. 481.
- [58] Franco Demarchi y Riccardo Scartezini (eds.), *Martino Martini umanista e scienziato nella Cina del secolo XVII*, Trento, Università di Trento, 1995; Henri Bernard, «Les sources mongoles et chinoises de l' Atlas Martini», en Roman Malek y Arnold Zingerle (eds.), *Martino Martini SJ und die Chinamission*, Nettetal, Institut Monumenta Serica, 2000, pp. 223-240.
- [59] Lach y Van Kley, *Asia*, cit., pp. 368-379; Luisa Maris Paternicò, *When the Europeans began to study Chinese: Martino Martini's Grammatica Linguae Sinensis*, Lovaina, Ferdinand Verbiest Institute, 2013.
- [60] Giovanni Pizzorusso, «La Congrégation De Propaganda Fide: centre d'accumulation et de production des "savoirs missionnaires"», en Castelnau- L'Estoile, *Missions*, cit., pp. 25-40.
- [61] Zandvliet, *Mapping for Money*, cit., p. 124.
- [62] Hsia, *Sojourners in a Strange Land*, cit., Catherine Jani, «The Jesuits'Negotiation of Science between France and China», en Laszlo Kontler *et al* (eds.), *Negotiating Knowledge in Early Modern Empires*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 53-78.
- [63] Isabelle Landry-Deron, *La preuve par la Chine: la «description» de J. B. Du Halde*, Paris, éditions EHESS, 2002, pp. 53-64, 143-175.
- [64] Peter Burke, «The Jesuits and the Art of Translation in Early Modern Europe», en O'Malley, *The Jesuits II*, cit., pp. 24-32.
- [65] Luke Clossey, *Salvation and Globalization in the Early Jesuit Missions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 225-237.
- [66] Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man*, cit., pp. 162-168.
- [67] Pagden, *Fall of Natural Man*, cit., p. 199; William N. Fenton y Elizabeth L. Moore, «J. F. Lafitau (1681-1746), Precursor of Scientific Anthropology», *Southwestern Journal of Anthropology* 25 (196), pp. 173-187.

[68] Adriano Prosperi, «Otras indias»: misionari della contrariforma tra contadini e selvaggi», en Paola Zambelli (ed.), *Scienze, credenze occulte, livelli di cultura*, Florencia, Olschki, 1982, pp. 205-234.

[69] Geoffrey A. Oddie, «Constructing “Hinduism”: the impact of the protestant missionary movement on Hindu self-understanding», en Robert E. Frykenberg (ed.), *Christians and Missionaries in India*, Londres, Routledge Curzon, 2003, pp. 155-182; Will Sweetman, *Mapping Hinduism: «Hinduism» and the study of Indian religions, 1600-1776*, Halle, Franckeschen Stiftungen, 2003, David N. Lorenzen, *Who invented Hinduism?*, Nueva Delhi, Yoda Press, 2006; Barreto y Županov, *Catholic Orientalism*, cit., pp. 145-157.

[70] Sobre Ward, Geoffrey A. Oddie, *Imagined Hinduism: British Protestant missionary constructions of Hinduism, 1793-1900*, Londres, Sage, 2006, pp. 159-181.

[71] Sobre Rogier, Sweetman, *Mapping Hinduism*, cit., pp. 89-103.

[72] Joan-Pau Rubiés, *Travel and Ethnology*, cit., pp. 315-318; *ibid.* «the Jesuit Discovery of Hinduism», *Archiv für Religionsgeschichte* 3 (2001), pp. 210-256; *ibid.*, «Reassessing the Discovery of Hinduism»: Jesuit Discourse on Gentile Idolatry and the European Republica of Letters», en Anand Amaladass e Inés Županov (eds.), *Intercultural Encounter and the Jesuit mission in South Asia (16th-18th centuries)*, Bangalore, ATC, 2014, pp. 113-155.

[73] Inés Županov, *Disputed Mission: Jesuit Experiments and Brahmanical Knowledge in Seventeenth-Century South India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999, pp. 52, 142, donde se traduce *maquina* por «fabricación»; sospecho que en este contexto es algo más cercano a «sistema».

[74] Rubiés, «The Jesuit Discovery», José Wicki (ed.), *Tratado do Pe. Gonçalo Fernandez Trancoso sobre o hinduismo*, Lisboa, Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, 1973; Roberto de Nobili, *On Indian Customs*, Palayamkottai, St. Xavier's College, 1972, cap. 2; sobre su negación de una religión única, Sweetman, *Mapping Hinduism*, cit., pp. 62, 159.

[75] Philip C. Almond, *The British Discovery of Buddhism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, p. 4.

[76] App, *Birth of Orientalism*, cit., pp. 172-179.

[77] Henri de Lubac, *La rencontre du Bouddhisme et de l'occident*, París, Aubier, 1952, esp. pp. 51-104.

[78] App, *Birth of Orientalism*, cit., pp. 123-125.

[79] Luciano Petech (ed.), *I missionari italiani nel Tibet en el Nepal*, parte 6, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1955, pp. 115 ss.

[80] Leonard Zwilling (ed.), *Mission to Tibet*, Boston, Wisdom Publishers, 2010, p. 8.

[81] Peter Burke, «The Spread of Italian Humanism», en Anthony Goodman y Angus Mackay (eds.), *The Impact of Humanism on Western Europe*, Londres, Longman, 1990, pp. 1-22.

[82] Denys Hay, *Polydore Vergil: Renaissance historian and man of letters*, Oxford, Clarendon Press, 1952, pp. 109, 151, 158-160, 199.

[83] Ole P. Grell, Andrew Cunningham y Jon Arrizabalaga (eds.), *Centres of Medical Excellence? Medical Travel and Education in Europe, 1500-1789*, Aldershot, Ashgate, 2010, p. 171.

[84] Stina Hansson, «Afsatt på Swensko»: 1600-talets tryckta översättningslitteratur, Göteborg, 1982.

[85] Vladimir I. Guerrier, *Leibniz in seine Beziehungen zu Russland und Peter den Grossen*, San Petersburgo, Akademie der Wissenschaften, 1873; Han F. Vermeulen, *Before Boas: the genesis of ethnography and ethnology in the German Enlightenment*, Lincoln, Nebraska, University of Nebraska Press, 2015, pp. 39-86.

[86] Eduard Winter (ed.), *Die Deutsch-Russische Begegnung und Leonard Euler*, Berlin, Akademie Verlag, 1958; sobre las traducciones, Irina Gouzévitch, «Le transfert des connaissances et les réformes de Pierre I», *Bulletin de la Sabix* 33 (2003), pp. 74-121.

[87] Gouzévitch, «Le transfert», cit.

- [88] Eric Robinson, «The Transference of British Technology to Russia, 1760-1820», en Barrie M. Ratcliffe (ed.), *Great Britain and Her World*, Manchester, Manchester University Press, 1975, pp. 1-26; Dennis Reinhartz, «In the Service of Catherine the Great: The Siberian Explorations and Map of Sir Samuel Benthams», *Terrae Incognitae* 26 (1994), pp. 49-60.
- [89] Anthony Cross, *By the Banks of the Neva: chapters from the lives and careers of the British in Eighteenth-Century Russia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- [90] Alexander Vucinich, *Science in Russian culture, a history to 1860*, Stanford, Stanford University Press, 1963, pp. 75-122; James Cracraft, «Academy of Sciences» en su *The Petrine Revolution in Russian Culture*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004, pp. 240-255.
- [91] Leonhard Stejneger, *Georg Wilhelm Steller: the pioneer of Alaskan natural history*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1936; James R. Masterson y Helen Browe, *Bering's successors, 1745-1780: contributions of Peter Simon Pallas to the history of Russian exploration toward Alaska*, Seattle, University of Washington Press, 1948.
- [92] Sobre Messerschmidt, Vermeulen, *Before Boas*, cit., pp. 87-130.
- [93] Franz Babinger, *Gottlieb Siegfried Bayer*, Múnich, Schön, 1915.
- [94] Joseph L. Black, *G-F Müller and the Imperial Russian Academy*, Kingston y Montreal, McGill-Queen's University Press, 1986; Peter Hoffmann, *Gerhard Friedrich Müller (1705-1783). Historiker, Geograph, Archivar im Dienste Russlands*, Fráncfort, Peter Lang, 2005; Vermeulen, *Before Boas*, cit., pp. 131-218.
- [95] Martin Peters, *Altes Reich und Europa: der Historiker, Statistiker und Publizist August Ludwig (v.) Schläzer (1735-1809)*, Münster, LIT, 2005; Vermeulen, *Before Boas*, cit., pp. 269-356.
- [96] Reinhard Lauer, «Schläzer und die Slaven» en Heinz Durchardt y Martin Espenhorst (eds.), *August Ludwig (von) Schläzer in Europa*, Gotinga, Vandenhoeck und Rupprecht, 2012, pp. 23-40, esp. p. 25.
- [97] Eduard Winter (ed.), *Lomonosov Schläzer Pallas*, Berlín, Akademie Verlag, 1962, p. 111; Peters, *Altes Reich*, cit., pp. 55-88.
- [98] Ludmilla Schulze, «The Russification of the St. Petersburg Academy of Sciences and Arts in the Eighteenth Century», *British Journal for the History of Science* 18 (1985), pp. 305-335.
- [99] Peters, *Altes Reich*, cit., pp. 89-96.
- [100] Denis J. B. Shaw, «Geographical Practice and its Significance in Peter the Great's Russia», *Journal of Historical Geography* 22 (1996), pp. 160-176.
- [101] Vermeulen, *Before Boas*, cit., pp. 110-111.
- [102] Günter Johannes Stipa, *Finnisch-Ugrische Sprachforschung von der Renaissance bis zum Neupostivismus*, Helsinki, Suomalais-Ugrilainen Seura, 1990, pp. 167-205; Michael Branch, «The Academy of Sciences in St. Petersburg as a centre of Finno-Ugric Studies, 1725-1860» (1994).
- [103] Johannes Fabian, *Out of Our Minds: reason and madness in the exploration of Central Africa* Berkeley, University of California Press, 2000.
- [104] Peters, *Altes Reich*, cit., pp. 101-106.
- [105] Sobre éste y otros rusos, Verneulen, *Before Boas*, cit., pp. 196-197.
- [106] Citado en Alexander Etkind, *Internal Colonization. Russia's Imperial Experience*, Cambridge, Polity Press, 2011, p. 52.
- [107] Nikolai Riasanovsky, «The Norman Theory of the Origin of the Russian State», *Russian Review* 7 (1947), pp. 96-110, esp. nota 96, p. 98; Lauer, «Schläzer und die Slaven», cit., p. 32.
- [108] Günther Mühlpfordt, «Schläzer als Begründer der kritisch-ethnischen Geschichtsforschung», *Jahrbuch für Geschichte* 25 (1982), pp. 23-72. Justin Stagl, *A History of Curiosity*, Londres, Routledge, 1995, pp. 233-268; Gudrun Bucher, *Von Beschreibung der Sitten und Gebräuche der Völker: Die Introduktionen Gerhard Friedrich Müllers und ihre Bedeutung für die Geschichte der Ethnologie und der Geschichtswissenschaft*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2002; Han F. Vermeulen, «The German Invention of Völkerkunde», en Sara Eigen y Mark Larrimore (eds.), *The German Invention of Race*,

Albany, State University of New York Press, 2006, pp. 123-146; *ibid.*, «Von der Empirie zur Theorie: Deutschsprachige Ethnographie und Ethnologie, 1740-1881», *Zeitschrift für Ethnologie* 134 (2009), pp. 253-266; *Ibid.*, *Before Boas*, cit., pp. 269-270, 276-283, 437-458.

[109] Kader Konuk, «Jewish-German philologists in Turkish Exile: Leo Spitzer and Erich Auerbach», en Alexander Stephen (ed.), *Exile and Otherness: new approaches to the experience of the Nazi refugees*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 31-47.

[110] Fermi, *Illustrious Immigrants*, cit., pp. 66-70; Horst Widmann, *Exil und Bildungshilfe: die deutsch-sprachige akademische Emigration in der Türkei nach 1933*, Berna, Lang, 1973; Kemal Bozay, *Exil Türkei: ein Forschungsbeitrag zur deutschsprachigen Emigration in der Türkei (1933-1945)*, Münster, LIT, 2001; Konuk, «Jewish German Philologists», cit.; Emily Apter, «Global Translato: the “invention” of comparative literature, Estambul 1933», *Critical Inquiry* 29 (2003), pp. 253-281; Lâle Aka Burk, «An Open Door: German Refugee Scholars in Turkey», en Peter I. Rose (ed.), *The Dispossessed*, Amherst, University of Massachusetts Press, 2005, pp. 235-256; Regine Erichsen, «Das Türkische Exil als Geschichte von Frauen», *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte* 28 (2005), pp. 337-353.

[111] Hildegard Müller, «German Librarians in Exile in Turkey», *Libraries and Culture* 33 (1998), pp. 294-305.

[112] Jean-Paul Lefebvre, «Les professeurs français des missions universitaires au Brésil (1933-1944)», *Cahiers du Brésil Contemporain* 12 (1990), pp. 1-10.

[113] Claude Lévi-Strauss, *Tristes Tropiques*, París, Plon, 1955, pp. 37-38 [ed. cast.: *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós, 1992].

[114] Thomas Skidmore, «Lévi-Strauss, Braudel and Brazil: a case of mutual influence», *Bulletin of Latin American Research* 22 (2003), pp. 340-349.

[115] Peter Burke, *The French Historical Revolution: the Annales School, 1929-2014*, Cambridge, Polity Press, 2015, p. 37 [ed. cast.: *La revolución historiográfica francesa*, Barcelona, Gedisa, 1993]; Erato Paris, *La genèse intellectuelle de l'oeuvre de Fernand Braudel*, Atenas, Institut de Recherches Néo-Helléniques, 1999, pp. 224-258.

[116] Paul Arbousse-Bastide, «O que o Brasil me ensinou», *Revista da Faculdade de Educação* 10 (1984), pp. 331-344.

[117] Roberto Motta, «L'apport brésilien dans l'oeuvre de Roger Bastide», en Phippe Laburthe-Tolra (ed.), *Roger Bastide ou le réjouissement de l'abîme*, París, L'Harmattan, 1994, pp. 169-178; Astrid Reuter, *Das Wilde Heilige: Roger Bastide (1898-1974) und die Religionswissenschaft seiner Zeit*, Fráncfort, Campus, 2000; Fernand Braudel, «A travers un continent d'histoire: le Brésil et l'oeuvre de Gilberto Freyre», *Mélanges d'histoire sociale* 4 (1943), pp. 3-20; *ibid.*, «Introduzione» a Gilberto Freyre, *I Padroni e i servi*, Turín, 1958, pp. ix-xi.

[118] Richard Graham, «An Interview with Sergio Buarque», cit., p. 6. *Cfr.* Luiz Felipe de Alencastro, «Henri Hauser et le Brésil», en Séverine-Antigone Marin y Georges-Henri Soutou (eds.), *Henri Hauser*, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2006, pp. 281-296 y Marieta de Moraes Ferreira, «Les professeurs français et l'enseignement de l'histoire á Rio de Janeiro pendant les années 1930», en François Crouzet Philippe Bonichon y Denis Rolland (eds.), *Pour l'histoire du Brésil*, París, L'Harmattan, 2000, pp. 123-140.

[119] Maria Isaura Pereira de Queiroz, «La recherche géographique au Brésil», en Hervé Théry y Martine Droulers (eds.), *Pierre Monbeig*, París, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1991, pp. 59-64.

V EL GRAN ÉXODO

REVOLUCIÓN Y EXILIO

La mayoría de los exiliados de la Edad Moderna fueron exiliados religiosos, pero después de 1789 la historia está plagada de exiliados políticos y de víctimas de limpieza étnica. Tras la Revolución francesa y, sobre todo, después de los años del Terror (1793-1794) quienes se oponían al nuevo régimen abandonaron Francia. Fueron unos ciento ochenta mil en total los que cruzaron las fronteras para llegar a Colmar, Bruselas y Londres. Por entonces se empezó a utilizar el término *émigré* regularmente, no solo en francés sino asimismo en otros idiomas.

Este enorme grupo contaba con algunos intelectuales destacados, como por ejemplo el Vizconde Bonald, que se mudó a Heidelberg; Chateaubriand, que eligió Londres (y vivió durante un tiempo en una buhardilla de Holborn); Madame de Staël, que se estableció en Suiza primero y en Inglaterra después; o Joseph de Maistre, que se refugió en Lausana, Cagliari y San Petersburgo. Como suele ocurrir, la circulación de estos *émigrés* supuso una circulación de ideas y, al menos para algunos de los miembros del grupo, el exilio fue una época de formación, ya que vieron la diversidad de Europa, de Irlanda a Rusia, y acabaron escribiendo un estante entero de libros de viajes. Si el impacto que ejercieron sobre sus anfitriones no es tan obvio, puede deberse a que, por entonces, la cultura francesa era muy conocida en el extranjero^[1].

El caso de Polonia es diferente. Tras 1789 y 1793, la siguiente fecha más significativa de la historia de las diásporas europeas es 1830-1831, cuando los rusos sofocaron la revuelta polaca contra su gobierno. Es lo que los polacos llaman la «Gran Emigración» (*Wielka Emigracja*), ya que más de setenta mil personas dejaron el país para asentarse sobre todo en París. Entre ellos hay que mencionar a Frédéric Chopin, Adam Mickiewicz y Joachim Lelewel. Mickiewicz, un poeta ya conocido, se hizo periodista y más tarde dio clases en el Collège de France, donde el gobierno francés creó un puesto para él como profesor de lenguas y literatura eslavas. El historiador Lelewel no tuvo tanta suerte. En 1833, le ordenaron salir de París debido a sus

actividades políticas y se fue a Bélgica, donde vivió casi treinta años. Tanto Lelewel como Mickiewicz actuaron como embajadores de la cultura polaca, Mickiewicz en sus clases y a través de cinco volúmenes que publicó posteriormente y Lelewel gracias a una historia de Polonia que se publicó en francés en 1844. En cierta ocasión, Fernand Braudel explicó que había sido recibido con más calidez que su dotado colega polaco Witold Kula, porque tenía un «altavoz francés» que comunicaba mejor que su equivalente polaco. Por su parte, París proporcionó a los rebeldes polacos de la Gran Emigración la lengua, las editoriales y otros elementos que precisaban para difundir sus ideas por Europa[2].

El año 1848 constituye la siguiente fecha importante en la historia de los exiliados europeos, pues fue el de la «Primavera de las Naciones» o revoluciones en Francia, los Estados alemanes, el Imperio de los Habsburgo y otros lugares. Debido al fracaso de las revoluciones de ese año, una diáspora de centroeuropeos se diseminó por todo el mundo. Algunos se establecieron en Estados Unidos, otros en Sudamérica (en Brasil, por ejemplo, y en Chile), pero la mayoría permanecieron en lugares más pacíficos de Europa misma, en Zúrich, por ejemplo, Bruselas y, sobre todo, Londres (donde en esos años hubo un barrio denominado «Little Germany» («Pequeña Alemania»)). De hecho, el Londres de entonces se describía como «la capital europea de los refugiados»[3].

Karl Marx, el exiliado londinense más conocido, se estableció en esa ciudad tras sus años en París, pero hubo más intelectuales revolucionarios que tomaron la misma decisión, como Louis Blanc, que escribió libros sobre historia francesa basándose en las investigaciones que realizara en el Museo Británico. El orientalista Theodor Goldstücker fue nombrado profesor de sánscrito del University College en 1852; Friedrich Althaus tradujo a Carlyle y acabó siendo profesor de alemán, también en el University College; el historiador del arte Gottfried Kinkel llegó a Inglaterra tras haber huido de la prisión de Spandau y fue docente en el University College y también en el Bedford College para mujeres antes de trasladarse a Zúrich; el húngaro Gustav Zerffi (antiguo secretario del líder nacionalista Lajos Kossuth) dio clases en el National Art Training School de South Kensington[4].

El papel de estos exiliados y otros expatriados como mediadores es evidente, algunos tradujeron a escritores británicos como Carlyle, otros enseñaron a los ingleses la nueva metodología alemana para el estudio de la

historia del arte. Uno de los ejemplos más conocidos del campo de las ciencias naturales es el de August Wilhelm von Hofmann, un químico a quien el príncipe Alberto nombró director del nuevo Royal College of Chemistry de Londres en 1845. Hofmann se quedó veinte años en el país y difundió el conocimiento de los métodos científicos alemanes, publicando una descripción en inglés de los laboratorios de química de Bonn y Berlín. El italiano Antonio Panizzi, un antiguo revolucionario, se convirtió en el bibliotecario principal del Museo Británico, donde se aseguró de que se adquirieran los libros italianos adecuados, de reformar el catálogo, de ayudar a diseñar la nueva sala de lectura y de presionar al gobierno para que invirtiera más dinero en su Biblioteca Nacional[5].

A su vez, los exiliados aprendieron de sus anfitriones. Se ha dicho, por ejemplo, que «fue la historia francesa la que llevó a Marx a reflexionar sobre la naturaleza de la revolución, los límites de la reforma política y la importancia de las fuerzas económicas en el proceso de cambio histórico»[6]. Además, los treinta y cuatro años que pasó en Inglaterra le dieron una butaca de platea desde la que contemplar la evolución del capitalismo, la industrialización y el imperialismo en la época de la Gran Exposición Universal de Londres (1851), el «motín» de la India y el levantamiento contra los británicos (1857), el «hambre de algodón» de Lancashire (1861-1865), etcétera.

Tres ejemplos de latinoamericanos en el extranjero confirman la idea de que el exilio es educativo. Andrés Bello fue enviado a Londres por Simón Bolívar en 1810, con la misión de recaudar fondos para su movimiento de independencia, y vivió allí diecinueve años. En esos años, como bien sugieren los títulos de sus publicaciones (*Biblioteca Americana*, *Repertorio Americano*), llegó a pensar en Sudamérica en términos de conjunto, sin tener en cuenta solo a su propia región (lo que luego sería Venezuela). Los años de Bello en Londres le dieron acceso a las mejores imprentas para difundir sus ideas; una situación muy similar a la de los polacos que llegaron a París después de 1830. Un editor londinense, Rudolf Ackermann, expatriado alemán, decidió abrir librerías en México, Guatemala, Colombia, Argentina y Perú, en las que vendía libros de texto traducidos al español por exiliados residentes en Londres[7].

Se ha dicho del historiador chileno Benjamín Vicuña MacKenna, que pasó la década de 1850 como exiliado en Europa, que sus años en el extranjero

«dieron forma a las grandes preguntas que estimularían su labor intelectual en las décadas de 1860 y 1870»[8]. El periodista colombiano José María Torres Caicedo acuñó el término «América Latina» durante los años de su exilio en París y Londres en la década de 1850. Todo parece sugerir que Caicedo tenía que alejarse de esa gran región para verla en su conjunto.

Evidentemente se podría decir mucho más sobre las consecuencias intelectuales de las diásporas de 1789, 1830-1831 y 1848, pero en este capítulo quiero centrarme en dos casos del siglo XX. El primero está relacionado con los intelectuales que abandonaron Rusia tras la Revolución bolchevique. El segundo, más extenso, se refiere a lo que algunos especialistas han descrito como el «Gran Éxodo» de la década de 1930, aunque para los judíos fuera su tercer éxodo y Laura Fermi lo denomine «la Gran Oleada»[9].

LA DIÁSPORA RUSA

1917 es una fecha aún más memorable en la historia de los exiliados que 1685, cuando los protestantes franceses hubieron de elegir entre la expulsión y la conversión. Pero la fecha induce a error, porque solo cuando la guerra civil rusa llegó a su fin, en 1919, los opositores al régimen bolchevique empezaron a huir en gran número. Las estimaciones de la cifra total de refugiados rusos de esos años difieren mucho, hay quien habla de setecientos mil y quien menciona los tres millones[10]. Fueron a los lugares más diversos, «de Paraguay a Manchuria», pero se establecieron sobre todo en Berlín, París y Praga[11].

En estas ciudades, muchos de los refugiados se resistieron a la asimilación, estableciéndose en barrios específicos, como Grenelle y Clignancourt en París, frecuentando cafés populares como el Leon, o Nollendorfplatz en Berlín, editando sus periódicos y fundando sus propias iglesias y escuelas. No era fácil encontrar empleo, y aunque los relatos sobre príncipes rusos convertidos en taxistas de París sean mayoritariamente un mito, existen algunos ejemplos reales[12]. En los primeros años, sobre todo, muchos exiliados tenían la esperanza de que el régimen bolchevique se derrumbara pronto y pudieran volver.

En el caso de los intelectuales el año crucial fue 1922, aunque algunos, como el crítico literario Gleb Struve y los historiadores Elias Bickerman y Abatole

Mazour, que habían peleado por los Blancos en la guerra civil, huyeran tras la derrota. Deportaron a más de ciento cincuenta académicos ese año, muchos de ellos en el famoso «barco de los filósofos» que los llevó a Alemania. Entre los filósofos expulsados estaban Nikolai Berdyaev, Semen Frank y Nikolai Lossky, junto a otros académicos como el sociólogo Fyodor Stepun, el biólogo Mikhail Novikov, el teólogo George Florovsky, el economista Sergei Prokopovich y el historiador Aleksandr Kizeveter[13].

Algunos de estos investigadores encontraron empleo como profesores en Sofía y Belgrado, pero el principal centro de inmigración intelectual fue Praga, a la que se conocía como «el Oxford ruso». El gobierno checo invitó a unos setenta profesores a trabajar allí en instituciones de nuevo cuño como la Facultad de Derecho ruso y la Universidad Libre de Ucrania[14]. Tras la invasión de Checoslovaquia por los alemanes en 1939 el grupo se dispersó. Algunos de estos refugiados intelectuales vivieron una existencia de nómadas, trasladándose de ciudad en ciudad por motivos políticos o económicos. El economista Paul A. Baran, por ejemplo, nacido en Ucrania, se fue de lo que pronto se convertiría en la Unión Soviética en 1921 y vivió en Polonia, Alemania, Francia, Inglaterra y, por último, Estados Unidos, donde se dice que fue el único profesor titular marxista de economía (en la Universidad de Stanford). Elias Bickman dejó Rusia y se estableció en Berlín, París, Marsella y Nueva York antes de asentarse definitivamente en Israel. Georg Florovsky, expulsado de Rusia en 1920, vivió en Sofía, Praga, París, Nueva York, Harvard y Princeton. Hay muchos más ejemplos de «re-emigración» en la diáspora de la década de 1930.

Al contrario que los estudiosos de la diáspora hugonota, los rusos tenían un serio problema con el idioma. Si escribían en ruso solo les leían sus colegas refugiados, pues no había muchas posibilidades de publicar sus obras en la Unión Soviética. En las numerosas y pequeñas editoriales que abrieron en Berlín y otros lugares, los exiliados rusos trabajaban, sobre todo, para otros exiliados.

Por otro lado, si los exiliados decidían escribir en una lengua extranjera, tenían que aprenderla. El alemán no era muy difícil para quienes habían estudiado en Alemania en su juventud, como el sociólogo Fedor Stepan o el historiador de la literatura Dmitry Chizhevsky. El inglés sí planteaba problemas. El historiador del mundo antiguo Mikhail Rostovtzeff, que llegó a la Universidad de Wisconsin, Madison, en 1918, fue uno de los pioneros en

este campo, pero los estudiantes se quejaban de que no le entendían cuando daba clase en inglés. Algunos años después, cuando intentaba colocar en Yale a su antiguo estudiante George Vernadsky, Rostovtzeff le advirtió que no solo tendría que hablar, sino asimismo publicar en inglés[15]. Otros exiliados se adaptaron mejor que Rostovtzeff en el aspecto lingüístico. El historiador del arte André Grabar publicó en francés mientras vivió en Francia y luego, ya en Estados Unidos, lo hizo en inglés. El historiador Robert Vipper aprendió a dar clases y a escribir en letón durante su estancia en Riga, entre 1924 y 1941, cuando Letonia era un estado independiente.

Pese a todos estos problemas los investigadores refugiados tuvieron un impacto considerable en los países de acogida. Lo que perdió Rusia lo ganaron muchos otros países como Bulgaria, Yugoslavia o Checoslovaquia. Por ejemplo, la llegada de Novikov y algunos de sus colegas rusos al Instituto Zoológico de la Universidad Carolina de Praga, estimuló enormemente el estudio de la zoología[16]. Los estudios de lingüística y literatura deben mucho a la presencia en Praga de refugiados tan dotados para su tarea como Nikolai Trubetzkoy y Roman Jakobson. A su vez los rusos Nikolai Osipov y Fyodor Dosukhov introdujeron el psicoanálisis en Checoslovaquia.

La mediación era importante para los exiliados porque creían estar defendiendo tradiciones rusas amenazadas por los bolcheviques. Esta labor de mediación fue especialmente significativa en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, donde la cultura rusa había sido poco conocida hasta entonces. Vernadsky introdujo a los estudiantes norteamericanos de Yale en la historia rusa; el antiguo diplomático Mikhail Karpovich hizo lo mismo en Harvard y Anatole Mazour en Stanford. André Grabar enseñó en París y Harvard los misterios del arte de la Iglesia ortodoxa. En la Universidad de Londres, Dmitri Mirsky enseñó literatura rusa a los estudiantes ingleses. En Oxford, Isaiah Berlin, que había llegado a Gran Bretaña en 1921 siendo un niño, explicó la historia del pensamiento del siglo XIX ruso y despertó el entusiasmo por las ideas de otro exiliado ruso establecido en Inglaterra: Alexander Herzen. Berlin daba clases de filosofía política y llegó a hablar mejor inglés que la mayoría de los ingleses, pero nunca perdió su acento ruso[17].

La experiencia del exilio también tuvo su impacto sobre los refugiados. Fue mayor en el caso de los jóvenes, como Mikhail Postan, que se convirtió en un especialista en la historia de su país de acogida, Inglaterra, pero investigadores de más edad también acusaron la situación. El teólogo George

Florovsky, que enseñó en Harvard y en Princeton, se reinventó a sí mismo como historiador cultural de Rusia. George Fyodotov, antiguo especialista en la Edad Media francesa, acabó siendo famoso en el exilio por su obra *The Russian Religious Mind (La mentalidad religiosa rusa)* y Konstantin Michulsky pasó de las lenguas romances y la literatura a los estudios sobre Rusia; es el autor de una importante biografía de Dostoievski.

La catástrofe (desde su punto de vista) que habían experimentado los exiliados incentivaba su búsqueda de explicaciones. En Sofía, el lingüista Nikolai Trubetzkoy y el geógrafo Petr Savitsky, junto a Florovsky y Vernadsky, reaccionaron ante la Revolución bolchevique con la teoría del «euroasianismo». Según esta teoría, el bolchevismo era una forma de occidentalización que estaba condenada, puesto que había surgido en época del declive de Occidente y del ascenso de Eurasia: una tendencia en la que Rusia, cultural y geográficamente situada entre Oriente y Occidente, estaba destinada a desempeñar un papel crucial. Otros exiliados, entre ellos el historiador Pavel Miliukov y el especialista en economía política Petr Struve, también reflexionaron y escribieron sobre las razones que explicaban el auge del bolchevismo, mientras Rostovtzeff estudiaba la crisis del siglo III desde la perspectiva de la crisis del siglo XX.

Estas reacciones no parecen ejemplos de desapego. Aun así se puede decir (y se ha dicho), que «la enorme importancia del exilio y la emigración para el nacimiento de la teoría literaria moderna en Europa Central y del Este» se debe al distanciamiento del forastero. El testigo estrella de este efecto fue el crítico literario Viktor Shklovsky, que recalcó la importancia de lo que llamaba «de-familiarización» (*ostranenie*), una técnica literaria o artística que permite a lectores y espectadores ver lo que les rodea bajo una nueva luz. Shklovsky pasó algunos años en Berlín antes de volver a Rusia, y bien pudiera ser que su teoría se inspirara en las experiencias que vivió entonces, pues muchos exiliados han hablado del choque cultural que habían experimentado en el extranjero al descubrir que lo que ellos daban por sentado resultaba poco familiar a sus anfitriones y lo que estos daban por sentado les sorprendía a ellos[18].

También se apreciaron signos de hibridación en las décadas siguientes a la diáspora de 1919-1922. Novikov, por ejemplo, acabó «sintetizando de forma muy productiva las tradiciones de la biología alemana y rusa», aunque puede que hiciera la síntesis antes de salir de Rusia. Contamos con un ejemplo mejor

en el campo de la lingüística. El Círculo de Praga de la década de 1920, famoso por su contribución al surgimiento de la semiótica, constaba de un grupo de emigrados rusos (Jakobson, Trubetzkoy, el folclorista Petr Bogatryev) e investigadores checos como Vilém Mathesius, cofundador del Círculo en 1926, y Jan Mukařovský. La historia del Círculo es un buen ejemplo de cómo dan lugar a ideas nuevas los encuentros entre quienes contemplan el mundo desde ópticas distintas porque proceden de culturas diferentes.

En Hungría la evolución fue totalmente diferente a la rusa. En 1919, la República Soviética o Roja, de corta duración, liderada por Béla Kun, fue reemplazada por el régimen Blanco del Almirante Miklós Horthy, que desató un movimiento de «terror blanco» contra los comunistas y los judíos. Muchos húngaros reaccionaron intentando refugiarse en el extranjero, a ser posible en Alemania. Entre ellos estaban el físico Leó Szilárd, el químico George de Hevesy, los sociólogos Oskar Jaszi y Pál Szende, el economista Karl Polanyi (seguido años después por su hermano menor Michael) y algunos destacados miembros del círculo creado en torno al crítico y filósofo Georg Lukács, que se reunía en su casa los domingos. Formaban parte de este «círculo dominical» Karl Mannheim, su futura esposa la psicóloga Júlia Láng, el historiador del arte Arnold Hauser y el filósofo Béla Fogarasi. Todos ellos se refugiaron en Alemania, mientras que otro historiador del arte, Frederick Antal, huyó a Italia. Tras el ascenso del nazismo y el fascismo, Fogarasi se trasladó a la Unión Soviética y Mannheim, Láng, Hauser y Antal se fueron a Gran Bretaña. Lukács mismo, que había sido ministro en la República Soviética húngara, huyó a Viena en 1919 y se trasladó a Moscú en 1930. No volvió a Hungría hasta después de la Segunda Guerra Mundial[19].

EL GRAN ÉXODO

El auténtico «gran» éxodo del siglo XX (aunque a veces esta expresión se haya aplicado a los rusos tras 1917 y a los polacos tras 1830), fue el de los refugiados del *Reich* de Hitler, la mayoría judíos centroeuropeos que salieron de Alemania después de 1933, de Austria después de 1938 y de Checoslovaquia después de 1939. También emigraron por aquellos años científicos gentiles e investigadores que se oponían a Hitler por razones

políticas. Hubo asimismo estudiosos que abandonaron la Italia de Mussolini y otros salieron de España, bien al principio o bien al final de la Guerra Civil.

Como en el caso de la diáspora de los hugonotes de la década de 1680, resulta clarificador considerar el gran éxodo de la década de 1930 como parte de una tendencia a más largo plazo. En el caso de los refugiados judíos, podríamos retrotraer el relato hasta los pogromos que tuvieron lugar en el Imperio ruso a principios de la década de 1880. No muchos intelectuales formaron parte de ese grupo de aproximadamente dos millones y medio de personas que abandonaron Europa del Este entre 1880 y 1914, pero algunos de los niños que salieron del país con sus padres, acabaron siendo distinguidos especialistas en Inglaterra (donde se establecieron unos ciento veinte mil judíos) o en Estados Unidos.

Uno de los refugiados que llegó a Inglaterra de adolescente en 1904, el sociólogo Morris Ginzberg, había nacido en Lituania cuando formaba parte del Imperio ruso. Acabó siendo profesor de la London School of Economics en 1929, un cuarto de siglo después. El economista Abba Lerner, nacido en Besarabia cuando también formaba parte del Imperio ruso, llegó a Londres con su familia a los tres años, en 1906, emigró a Estados Unidos en 1937 y acabó siendo profesor en Berkeley, Columbia y otras instituciones. El politólogo Herman Finer fue a Estados Unidos y ocupó una cátedra en la Universidad de Chicago, mientras que su hermano menor Samuel, nacido en Londres, acabó siendo un conocido profesor de teoría del Gobierno en la Universidad de Manchester. Lewis Namier, nacido en la Galicia rusa en 1888, fue a estudiar a Inglaterra en 1907. También él acabó siendo profesor en la Universidad de Manchester, en este caso en el Departamento de Historia. Namier se convirtió en uno de los historiadores más famosos de la Gran Bretaña de su tiempo y a sus discípulos los apodaban «namieritas».

Los hijos de los exiliados de Europa Central y del Este fueron aún más importantes para la vida intelectual de Estados Unidos. Por ejemplo, el antropólogo Paul Radin, que acabó su carrera como catedrático en la Brandeis University, llegó siendo un bebé en 1884. Meyer Shapiro, que acabó siendo profesor de Columbia y un destacado historiador del arte, llegó en 1907 a los tres años de edad y Louis Wirth, que llegaría a ser una figura esencial de la Escuela de Sociología de Chicago, llegó en 1911 procedente de Alemania a los catorce años. Y aún más importantes resultan para la historia del conocimiento un grupo de niños nacidos en Estados Unidos de padres recién

llegados. De adultos, estos niños dirigieron muchas áreas académicas. Pensemos, por ejemplo, en Gabriel Almond en el ámbito de la política, en Jerome Bruner en el campo de la psicología, en Melville Herskovits en el de la antropología, en Sidney Hook en filosofía, Milton Friedman y Paul Samuelson en economía, Daniel Boorstin y Oscar Handlin (autor de dos estudios sobre inmigración) en historia y Daniel Bell, Morris Janowitz, Robert Merton y Edward Shils en sociología: toda una constelación de estrellas.

Son ejemplos tempranos, pero quienes de verdad ocupan un lugar de honor en la historia del conocimiento son los emigrantes de la década de 1930, debido a su elevado número y al hecho de que sus carreras dieron visibilidad a las consecuencias de la deslocalización del saber. A continuación haré una breve descripción de los exiliados españoles e italianos e iniciaré una sección más larga sobre los refugiados de Alemania y Austria.

LOS EXILIADOS ITALIANOS

La literatura sobre la diáspora italiana está relativamente dispersa, a pesar de la importancia que tuvo para la historia intelectual, como veremos al hilo de algunos nombres famosos. El exiliado más implicado políticamente probablemente fuera el historiador Gaetano Salvemini, que dejó Italia en fechas tan tempranas como 1925 (tres años después de que Mussolini se hiciera con el poder) y vivió en Francia e Inglaterra antes de aterrizar en Harvard en 1934, donde estudió y enseñó hasta 1948. Salvemini consideraba a Harvard una «isla encantada» y a la Biblioteca Widener el «paraíso». Un ayudante lo describió como un «recluso voluntario». Sea como fuere, el magnífico inglés de Salvemini y su afinidad con el empirismo angloamericano le permitieron ejercer su influencia sobre estudiantes y profesores[20].

A pesar de ser un «recluso» tenía una intensa vida política. Había estudiado las comunas italianas de la Edad Media y la Revolución francesa, pero en el exilio decidió estudiar el fascismo. Orquestó una campaña antifascista en Estados Unidos que informó a los norteamericanos sobre la situación existente en Italia. También escribió una trilogía sobre la historia de la Italia de su época: *The Fascist Dictatorship in Italy* (1927), *Mussolini Diplomatico* (1932) y *Under the Axe of Fascism* (1936).

En realidad, Salvemini solo fue un miembro más del grupo de distinguidos

intelectuales italianos en el exilio. El economista Piero Sraffa, otro adversario del fascismo, se trasladó a Cambridge en 1927 y permaneció allí hasta su muerte. El filósofo político Max Ascoli, judío, dejó Italia en 1931 y se trasladó a Estados Unidos; enseñó en la New School for Social Research y publicó libros sobre justicia, libertad y fascismo. El politólogo Mario Einaudi, hijo de Luigi, más tarde presidente de Italia, fue despedido de la Universidad de Messina por negarse a jurar lealtad al fascismo. Llegó a Estados Unidos en 1933, enseñó en Harvard y Cornell y escribió sobre comunismo, democracia cristiana y lo que denominó la «Revolución de Roosevelt».

El historiador del arte Lionello Venturi también se negó a jurar lealtad al fascismo y se trasladó a París, donde se ganó la vida aconsejando a marchantes de arte y escribiendo sobre el impresionismo. Tras la invasión alemana de Francia se fue a Estados Unidos, donde enseñó en diversas universidades. Renato Poggioli, especialista en literatura rusa, fue otro de los adversarios del régimen; poco después de llegar a Estados Unidos, Poggioli se convirtió en presidente de la Mazzini Society, una organización antifascista de la que ya eran miembros Ascoli y Salvemini.

El despido de los académicos italianos de origen judío en 1938, según el modelo adoptado por Alemania en 1933, dio lugar a la emigración de más académicos y científicos (en 1938, el 9 por 100 de los profesores de universidad italianos eran judíos[21]). El físico Enrico Fermi, por ejemplo, llegó a Estados Unidos en 1939 y ocupó un puesto en la Universidad de Columbia antes de desempeñar un papel fundamental en el Proyecto Manhattan. Fermi ayudó a un científico más joven, el microbiólogo Salvador Luria (que tenía veintiocho años cuando llegó a Estados Unidos en 1940), a obtener una beca Rockefeller para poder establecerse. Había más exiliados distinguidos, como el psicólogo Carlo Foà, que se trasladó a Brasil, el matemático Beppo Levi, que acabó en Argentina y los físicos Bruno Rossi y Emilio Segrè, que se establecieron en Estados Unidos y formaron, como Fermi, parte del Proyecto Manhattan. Rossi llegó a recibir el Premio Nobel cuando trabajaba en la Universidad de Berkeley.

En el campo de las humanidades, tenemos a Giorgio Levi Della Vida, lingüista e historiador, especializado en Oriente Próximo, que acabó en la Universidad de Pensilvania, y al historiador del mundo antiguo Arnaldo Momigliano, que eligió establecerse en Inglaterra y obtuvo una cátedra en el

University College de Londres tras haber pasado unos años en Oxford y Bristol.

A algunos académicos les costó hacerse un hueco en los países de acogida. Leonardo Olschki, que realizó aportaciones fundamentales al estudio de las lenguas romances y el orientalismo, lo pasó especialmente mal en el exilio. Había nacido en Verona y obtuvo una cátedra de filología románica en la Universidad de Heidelberg. Le despidieron en 1933 por judío y volvió a Italia, de donde tuvo que huir en 1939. Esta vez se trasladó a Estados Unidos donde desempeñó una larga serie de empleos temporales. Solía quejarse de que «en ese mundo tan pragmático» era muy difícil investigar por mero amor al conocimiento. Al final acabó en Berkeley, donde le pidieron que pronunciara el juramento de lealtad. Olschki se negó y volvió a pasar unos años en Italia hasta que pudo volver a enseñar en Estados Unidos. No resulta sorprendente que se dedicara al estudio de otro peregrino italiano: Marco Polo[22].

Entre los emigrados italianos más jóvenes y prometedores estaban Roberto Lopez, un medievalista que acabó dando clases en Yale, Giorgio Santillana, historiador y filósofo de la ciencia que enseñó en el MIT, Uberto Limentani, un especialista en la literatura barroca italiana que obtuvo una cátedra en Cambridge, Bruno Zevi, que solo tenía veinte años cuando salió de Italia en 1938 pero supo labrarse una reputación como historiador y crítico de arquitectura, y Franco Modigliani, de la misma edad que Zevi, que se convirtió en profesor de economía en el MIT y obtuvo el Premio Nobel. Hubo jóvenes estudiosos que dejaron el mundo académico. El historiador Paolo Treves trabajó en Londres como periodista y su primo Antonello Gerbi, historiador, filósofo y economista, trabajó en un banco de Lima.

En algunos casos se aprecia claramente el efecto que tuvo el exilio en la obra de estos estudiosos. Fue en Perú, por ejemplo, donde Gerbi se empezó a interesar por la historia del Nuevo Mundo y acabó escribiendo su estudio clásico *La disputa del nuovo mondo* (1955) y otros estudios. Salvemini, como hemos comprobado, empezó a estudiar el fascismo en el exilio. En Estados Unidos, Renato Poggioli amplió su campo de estudio, pasando de la docencia y publicación en el ámbito de la literatura rusa al de la literatura comparada. Se hizo famoso por su *Theory of the Avant-Garde*, que se publicó en italiano en 1962 y se tradujo al inglés seis años después.

El impacto que tuvieron estos estudiosos en su tierra de acogida es

igualmente evidente. En Harvard, Mario Einaudi contribuyó a implementar el estudio de la política comparada y Renato Poggioli hizo lo propio en el caso de la literatura. Arnaldo Momigliano adquirió un halo de leyenda tanto en Londres como en Chicago (donde también fue docente) por su extraordinaria erudición, su dominio de muchas lenguas, sus innumerables artículos y su agudo ingenio. Entre los estudiantes británicos a los que enseñó, o al menos inspiró en sus seminarios del Warburg Institute y otros lugares, cabe mencionar a destacados historiadores del mundo antiguo como Michael Crawford, Keith Hopkins, Sally Humphreys, Fergus Millar y Oswyn Murray. Momigliano amplió los horizontes de la academia británica y persuadió a los historiadores de la necesidad de aplicar las ideas de teóricos sociales como Max Weber y Emile Durkheim (impartió, con Sally Humphreys, un curso de historia antigua y antropología en el University College). Siguiendo la tradición italiana, Momigliano también animó a los historiadores del mundo antiguo a basarse en los análisis sobre Grecia y Roma realizados por los estudiosos posteriores al Renacimiento, incluidos los anticuarios[23].

LOS EXILIADOS ESPAÑOLES

Al contrario que en el caso italiano, la historia de los españoles que emigraron durante y después de la Guerra Civil ha sido muy estudiada. Hubo muchos emigrados españoles. Los cálculos oscilan entre los ciento sesenta mil y los quinientos mil, incluidos unos cinco mil individuos con títulos universitarios o cualificaciones similares (quinientos de ellos pertenecían a la profesión médica[24]). El 42 por 100 de los académicos salieron de España por aquellas fechas[25]. Algunos lo hicieron pronto, para evitarse la guerra, como el filósofo José Ortega y Gasset, el historiador Claudio Sánchez Albornoz y el erudito y médico Gregorio Marañón (a quien habían amenazado de muerte). Muchos más se fueron en 1939, cuando ya era evidente que los republicanos habían perdido la guerra.

Francia fue un destino popular (es donde fueron Ortega y Marañón en 1936), pero en 1939 ya no parecía buen sitio para refugiarse, puesto que los alemanes invadieron el país en 1940. Los exiliados que estaban en situación de hacerlo se fueron, por lo general, a un país hispano-parlante, opción que otros habían escogido en primer lugar. El filólogo e historiador Ramón Menéndez Pidal se

estableció en Cuba, los filósofos José Ferrater Mora y María Zambrano en Venezuela y el fisiólogo Augusto Pi Sunyer en Santo Domingo, al igual que el literato e historiador Vicente Llorens; el filósofo Juan David García Bacca acabó en Ecuador. Argentina fue el lugar de residencia elegido por unos dos mil quinientos refugiados y el destino final de intelectuales como Ortega y Gasset, Claudio Sánchez Albornoz, el filólogo Amado Alonso y el sociólogo y ensayista Francisco Ayala.

México fue uno de los países que mejor acogió a estos exiliados. El presidente Lázaro Cárdenas había apoyado a los republicanos durante la Guerra Civil y aceptó un número ilimitado de refugiados. En total llegaron unos veinte mil, la mitad en barcos fletados por el gobierno republicano. En la primera de estas naves «se daban cursos de geografía mexicana, así como de su historia reciente», para que los refugiados se fueran adaptando a su nuevo entorno[26].

Los intelectuales fueron particularmente bienvenidos en México (como lo eran en Turquía en los mismos años), en un momento en el que la educación superior empezaba a generalizarse; además, se seguía considerando a España la metrópolis cultural del mundo hispanófono. México invitó a algunos destacados estudiosos españoles y fundó la Casa de España (que pronto se convertiría en el Colegio de México) para proporcionar a los exiliados un lugar donde trabajar. Entre estos emigrados destacan los historiadores catalanes Pere Bosch-Gimpera, Lluís Nicolau d'Olivera y Josep María Miquel i Verges, los filósofos José Gaos y Joaquín Xirau y los juristas y sociólogos José Medina Echevarría y Luis Recásens Siches[27].

Hubo investigadores españoles que se refugiaron en Inglaterra, como el diplomático e historiador Salvador de Madariaga o Juan Negrín, antiguo profesor de fisiología que fue presidente del Gobierno de España durante la Guerra Civil. Negrín «nunca pudo decidir si y cómo debía retomar su carrera de fisiólogo», pero en el exilio realizó una contribución poco usual al conocimiento, presentándose como conejillo de indias para los experimentos fisiológicos que realizaba el científico británico J. B. S. Haldane, que quería comprobar «los efectos del frío, la oscuridad y la oscilación de la presión atmosférica y del agua sobre el cuerpo humano»[28].

Muchos republicanos se fueron a Estados Unidos. Para algunos fue su primera opción, como en el caso de Américo Castro, a quien ya hemos mencionado, del exministro Fernando de los Ríos, que acabó enseñando

política en la New School de Nueva York, del historiador de la literatura Ángel del Río, que fue profesor de Columbia, y de los poetas y críticos Pedro Salinas y Nicolás Guillén (ambos docentes en el Wellesley College). En otros casos, como el de Amado Alonso y José Ferrater Mora, Estados Unidos fue una elección posterior.

Para la patria, la fuga de cerebros, que se ha llegado a denominar «la destrucción de la ciencia», fue muy grave[29]. Los españoles ni siquiera tenían acceso a las obras que publicaban sus colegas en el extranjero. Las reflexiones de Américo Castro sobre la historia de España, por ejemplo, se publicaron en Buenos Aires y en Princeton pero no en España.

¿Qué aprendieron los exiliados de sus diversas experiencias? Al contrario que los refugiados germano-parlantes de Gran Bretaña y Estados Unidos, los exiliados españoles de América Latina no tuvieron que vérselas con un idioma desconocido, aunque a algunos la cultura les resultó más ajena de lo que esperaban. Hubo todo tipo de reacciones en los países de acogida: de la miseria al entusiasmo. Sánchez Albornoz escribió a Ortega desde Argentina: «Mi vida en este extremo del mundo es una secuencia de días infelices»[30]. En cambio José Gaos se adaptó muy bien a México y afirmó, como hemos visto en la introducción, que no se sentía un *desterrado* sino un *transterrado*; Ángel del Río se definió «como total y completamente identificado» tanto con la cultura española como con la estadounidense[31].

Hubo exiliados que dejaron de estudiar temas de España y empezaron a investigar en ámbitos relacionados con su país de acogida. Gaos escribió un libro sobre la historia de las ideas en México; D'Olwer, que había estudiado historia y literatura de Cataluña antes de convertirse en ministro, se centró en el misionero del siglo XVI Bernardino de Sahagún y en la historia de la economía de finales del siglo XIX y principios del XX de su país adoptivo. El filósofo Adolfo Sánchez Vázquez escribió un libro sobre Rousseau en México, es decir, sobre su influencia en la ideología del movimiento por la independencia[32]. El historiador Manuel Isidro Méndez, que había vivido en Cuba de niño, volvió allí como exiliado en 1936 y escribió una biografía del héroe nacional cubano José Martí. Otro historiador, Miquel i Verges, que tenía treinta y seis años cuando llegó a México, completó sus anteriores estudios sobre literatura catalana con un libro sobre el papel de la prensa en la época de la independencia mexicana. El encuentro con la América española permitió a estos exiliados ampliar sus horizontes intelectuales.

¿Qué ofrecieron los estudiosos emigrados a cambio? Ante todo, diversos tipos de labores de mediación. En 1965 Ángel del Río señaló que llevaba «treinta años interpretando la cultura española en Estados Unidos». Américo Castro, que enseñó en las universidades de Wisconsin, Texas y Princeton, situó la historia hispanoamericana en el mapa intelectual de sus estudiantes y Juan Marichal, un exiliado que tenía dieciséis años en 1938, hizo lo mismo con la literatura española en los cursos que impartió en Harvard en la década de 1950. Los exiliados de México, Argentina y otros lugares, mediaron entre las culturas europeas (no solo la española, también la de Alemania donde algunos de ellos habían estudiado) y las de Hispanoamérica.

Hubo intelectuales en el exilio que tuvieron discípulos en su país de acogida. Gaos, por ejemplo, ejerció su influencia sobre dos estudiantes que acabaron convirtiéndose en destacados intelectuales mexicanos: el historiador Edmundo O’Gorman y el filósofo Leopoldo Zea, con los que dialogaba de palabra y por escrito[33]. Sánchez Albornoz alentó el estudio del medievalismo en Argentina e inspiró a historiadores especializados en otras épocas, sobre todo a José Luis Romero, cuyas obras cubrían del mundo antiguo al siglo XX y a Túlio Halperín Donghi, que escribió sobre Latinoamérica de la época colonial en adelante.

La mediación también se llevó a cabo a través de libros. Al igual que exiliados anteriores, algunos de los recién llegados al Nuevo Mundo se convirtieron en traductores. El filósofo Eugenio Imaz, que llegó a México en 1939, dedicó gran parte de su tiempo a traducir las obras completas de Wilhelm Dilthey. José Gaos tradujo a filósofos alemanes como Eduard Husserl, Max Scheler, Martin Heidegger y Karl Jaspers, y José Medina Echevarría tradujo a Max Weber. Estas traducciones, publicadas en México, circularon por todo el mundo hispano-parlante con la excepción de la España de Franco.

Algunos exiliados se dedicaron a la edición. En México los recién llegados fundaron una serie de pequeñas editoriales, muy parecidas a las abiertas por los emigrados rusos en Berlín y otros lugares, aunque, al contrario de lo que ocurrió en el caso ruso, estos libros publicados en México no los leía solo la comunidad en la diáspora. Fondo de Cultura Económica, fundada por exiliados españoles, publicó traducciones de libros de historia, como el libro sobre Erasmo y los erasmistas españoles de Marcel Bataillon (*Erasmo y España*), *El Oficio de historiador* de Marc Bloch y *El Mediterráneo y el*

mundo mediterráneo en la época de Felipe II de Fernand Braudel[34].

En Argentina los exiliados se implicaron en la edición a gran escala, en importantes casas editoriales como Espasa Calpe y su rival Losada. Calpe, que publicaba títulos más tradicionales, era la sucursal de una editorial española que se había hecho independiente en 1937. Losada, fundada en 1938 por un antiguo empleado de Calpe, Gonzalo Losada, corría más riesgos. El primer libro que publicó fue una traducción española de la *Metamorfosis* de Kafka[35]. Durante la Guerra Civil y la posguerra, los editores españoles no pudieron competir con estas firmas argentinas. En edición (y no solo en edición), la guerra civil sumió a España, la antigua metrópolis cultural del mundo hispano-parlante, en un oscuro provincianismo.

ALEMANIA Y AUSTRIA

El éxodo de intelectuales de Alemania y Austria fue un movimiento a mucha mayor escala que los que hemos visto hasta ahora. En los primeros años del régimen nazi despidieron a unos mil setecientos académicos y científicos alemanes, de los que un 75 por 100 eran judíos[36]. Además de los académicos de origen judío (tener una abuela judía bastaba para que fueras despedido) había entre los refugiados estudiosos casados con mujeres judías y bastantes miembros del Partido Comunista y del Partido Socialista. En total despidieron a una quinta parte de los profesores de universidad.

Algunos de los refugiados se fueron a Turquía (Erich Auerbach entre ellos como sabemos), otros a Palestina (entre ellos el historiador Yitzhak Baer y el filósofo Hans Jonas) y también a Suecia (el filósofo Ernst Cassirer), a Japón (el filósofo Karl Löwith y el planificador urbanístico Bruno Taut), a Panamá (los sociólogos Franz Borkenau y Paul Honigsheim) o a Egipto (el sociólogo Siegfried Landshut). La mayoría, sin embargo, se establecieron en Francia (de donde se fueron después de 1940), Gran Bretaña o Estados Unidos.

No cabe duda de que quienes ejercieron mayor influencia en sus países de acogida fueron los estudiosos de las ciencias naturales, entre los que había figuras destacadas como Erwin Schrödinger, que emigró a Irlanda, Enrico Fermi y Leó Szilárd (en su segunda migración), que trabajaron en el proyecto atómico de Estados Unidos, o Albert Einstein, a quien ofrecieron un puesto en el Institute of Advanced Study de Princeton junto a su amigo el matemático

Kurt Gödel y al erudito John von Neumann. Al respecto, se ha indicado que en física la organización de la disciplina «era especialmente adecuada para proporcionar nichos en los que integrar a los recién llegados», es decir, había un alto nivel de receptividad. Estos emigrados fueron «constructores de puentes» que hicieron una «síntesis» entre la tradición teórica alemana y la tradición experimental del empirismo inglés[37]. En otras palabras, los físicos fueron un buen ejemplo de esa hibridación que hemos encontrado tan a menudo en este libro. Sin embargo, en lo que sigue, me centraré en especialistas del ámbito de las humanidades y las ciencias sociales.

Muchos de los académicos exiliados tuvieron problemas para encontrar empleo, al igual que los refugiados protestantes de los que hemos hablado. Una vez más, la oferta (en este caso de profesores no de pastores) excedía la demanda. Había pocas vacantes de puestos académicos en Gran Bretaña y Estados Unidos, y no estaba bien visto que se contratara a extranjeros cuando había nacionales sin trabajo. Algunos académicos hubieron de esperar mucho tiempo para asegurarse un futuro. El sociólogo Norbert Elias vivió de becas de investigación de corta duración a su llegada a Gran Bretaña, y ya fue a sus cincuenta y siete años cuando por fin obtuvo una plaza fija en el University College de Leicester. El medievalista Hans Liebschütz, que llegó a Gran Bretaña en 1939, fue interino durante la guerra y hubo de esperar a 1946 para ser nombrado profesor ayudante en la Universidad de Liverpool a los cincuenta y siete años, como Elias. El magnífico historiador de la economía Fritz Redlich llegó a Estados Unidos en 1936, pero no obtuvo una plaza fija hasta 1952, cuando tenía sesenta años.

Otros investigadores perdieron estatus académico. Karl Mannheim se quejaba de ser profesor adjunto de la London School of Economics tras su época de catedrático en Fráncfort. A su llegada a Inglaterra, el especialista en historia antigua, Victor Ehrenberg, que había sido catedrático en la Universidad Alemana de Praga entre 1929 y 1939, trabajó como profesor de literatura clásica en dos colegios antes de convertirse en profesor ayudante primero y adjunto después en el Bedford College de Londres. Eugen Täubler que había sido profesor de historia antigua en la Universidad de Heidelberg, obtuvo un puesto menos prestigioso en el Hebrew Union College de Cincinnati. Richard Lacqueur tuvo menos suerte. Cuando le despidieron hubo de dejar su cátedra de historia antigua en Halle y huyó a Estados Unidos, donde solo pudo trabajar «haciendo paquetes en una gran librería»[38].

A los profesores de *Germanistik* les resultó especialmente difícil encontrar trabajo en sus nuevas patrias, como ilustra el ejemplo de Richard Alewyn. Alewyn, profesor de la Universidad de Heidelberg y destacado especialista en la literatura alemana del siglo XVII, fue despedido porque una de sus abuelas era judía. Tras pasar un tiempo en Francia, Inglaterra, Austria y Suiza, se trasladó a Estados Unidos en 1939 y obtuvo por fin un puesto en el Queen's College de Flushing. Fue, sin embargo, algo más fácil colocar a los especialistas en italiano. Uberto Limentani, por ejemplo, que llegó a Inglaterra en 1938, víctima de las leyes raciales de Mussolini, trabajó como docente y finalmente como profesor de italiano en Cambridge.

Algunos de los refugiados obtuvieron nuevos doctorados en sus países de acogida, sobre todo cuando sus empleadores potenciales no aceptaban sus cualificaciones. De este grupo formaron parte el abogado y sociólogo Franz Neumann, el politólogo Karl Deutsch, el historiador del arte George Hanfmann, el filósofo Olaf Helmer, el sociólogo Ernest Manheim (primo de Karl) y el historiador Robert Kann.

Los estudios de caso presentados aquí muestran que por primera vez en la historia hubo un número significativo de mujeres entre los académicos exiliados (incluidas las recogidas en el apéndice de este libro[39]). Las mujeres tenían pocas oportunidades de estudiar y enseñar en las universidades, pero las incluidas en esta lista demuestran que, aunque lentamente, las cosas iban cambiando. Dicho esto también hay que señalar que las exiliadas tenían aún más dificultades que sus homólogos varones para encontrar un empleo fijo. Helene Wieruszowski, por ejemplo, una medievalista que vivió en España e Italia tras ser despedida de su puesto de bibliotecaria en la Universidad de Bonn, llegó a Estados Unidos a los cuarenta y siete años y tuvo una sucesión de empleos temporales antes de conseguir una plaza de profesora en la City University de Nueva York, poco antes de su jubilación[40].

Estas mujeres, que recordemos acabaron siendo profesoras universitarias, sobre todo en Estados Unidos que era donde había más oportunidades, tuvieron pocos problemas para encontrar empleos temporales. Algunas trabajaron de niñeras, camareras o criadas, quizá porque podían elegir menos que sus homólogos varones o tal vez por su mayor capacidad de adaptación. Louise Holborn, por ejemplo, hermana del exiliado Hajo Holbron, había estudiado politología en Heidelberg antes de huir a Estados Unidos en 1934 y

doctorarse en Radcliffe en 1938 a los cuarenta años. Se mantuvo cuidando niños, trabajando en una biblioteca, dando clases de alemán y ejerciendo de ayudante de investigación antes de obtener un puesto como docente, primero en Wellesley y luego en el Connecticut College para mujeres. La historiadora Gerda Lerner (de soltera Kronstein) de Viena, partió en 1939 rumbo a Estados Unidos a los diecinueve años. En Nueva York trabajó de camarera, secretaria y técnico de rayos-x. Volvió a estudiar a finales de la década de 1950 en la New School for Social Research primero y en la Universidad de Columbia después. Finalmente obtuvo un puesto en el Sarah Lawrence College en 1968, donde creó un programa de grado en historia de las mujeres.

También se han señalado aspectos positivos, como por ejemplo, que el Brooklyn College se mostró inusualmente hospitalario con las historiadoras refugiadas, pues contrató a Wieruszowski, a Emmy Heller y a Charlotte Sempell. De hecho, «unas catorce mujeres, que habían emigrado de las zonas germanoparlantes de Europa como resultado de las políticas nazis», dieron clases en institutos y universidades estadounidenses, «casi tantas como el conjunto de historiadoras de Alemania, donde las mujeres disfrutaban de pocas oportunidades en el mundo académico»[\[41\]](#).

En otros lugares y disciplinas las exiliadas no tuvieron tanta suerte. En Inglaterra, la socióloga checa Viola Klein, que llegó en 1938, trabajó de niñera y criada antes de obtener su segundo doctorado en la London School of Economics[\[42\]](#). Pese a tener dos doctorados y haber publicado un libro, *The Feminine Character* (1946), Klein tuvo que trabajar como traductora y maestra antes de conseguir una plaza de socióloga en la Universidad de Reading, en 1964, a los cincuenta y seis años. Publicó *Britain's Married Women Workers*, su ensayo más importante, en 1965, en una colección editada por Karl Mannheim.

Igualmente, a su llegada a Estados Unidos, la historiadora del arte Sabine Gova tuvo que ganarse la vida limpiando y dando clases de idiomas antes de encontrar un trabajo como docente en el St. Peter's College, Jersey City, y en la Fordham University. Otra historiadora del arte alemana, Ilse Falk, nunca logró que la contratara una universidad, pero fue traductora y secretaria de otro historiador exiliado, Richard Offner. Anita Orienter fue otra historiadora del arte exiliada incapaz de obtener una plaza académica. Se ganó la vida como artista y restauradora de cuadros y también dando clases de idiomas[\[43\]](#).

Un elevado número de refugiados tuvieron que emigrar más de una vez, a veces porque los países que habían sido su primera opción, como Francia o Austria, se volvieron peligrosos, y otras porque no habían conseguido un empleo estable. Para algunos investigadores, entre ellos destacados politólogos e historiadores del calibre de Hans Baron, Felix Gilbert y Hans Rosenberg, Inglaterra resultó ser una escala en su periplo hacia Estados Unidos. El historiador del arte marxista Frederick Antal, hubiera emprendido la misma senda si no le hubieran denegado el visado por comunista[44].

En cuanto a las consecuencias intelectuales de la diáspora, parece que las humanidades y las ciencias sociales estaban más firmemente enraizadas en las culturas nacionales que las ciencias naturales, de manera que no eran un bagaje cómodo para viajar, con la posible excepción de la economía. Las diferencias culturales produjeron a menudo malentendidos a corto plazo, como tendremos ocasión de ver. Pero, a largo plazo los recién llegados estaban en disposición de aportar más a sus disciplinas que en sus patrias, precisamente porque eran diferentes. Sabían cosas distintas, planteaban preguntas diferentes, empleaban otros métodos y, resumiendo, defendían enfoques alternativos a los que se aplicaban en sus nuevos hogares.

En las biografías de los individuos que formaron parte de esta diáspora es evidente la tensión entre el deseo de asimilación a la cultura del país de acogida y el deseo de resistirse a esa asimilación. Hubo individuos, por lo general relativamente jóvenes cuando fueron al exilio, que aprendieron una nueva lengua sin demasiadas dificultades y se adaptaron a la cultura local con relativa facilidad. Algunos llegaron a ser especialistas en la cultura de su país de acogida: en su historia, literatura, filosofía y arte.

Alfred Neumeyer, por ejemplo, un historiador del arte alemán que se trasladó a California, empezó a escribir sobre Norteamérica y Sudamérica sin dejar de estudiar a los artistas europeos. El historiador Erich Eyck escribió sobre Gladstone y también sobre Bismarck. Ernst Cassirer, que se fue de Alemania a Suecia a los sesenta años, aprendió sueco, debatió con filósofos suecos y escribió libros sobre temas relacionados con Suecia antes de volver a emigrar, esta vez a Estados Unidos. Nikolaus Pevsner dejó de centrarse en el arte centroeuropeo y empezó a estudiar la arquitectura inglesa, hasta el punto de que hoy se le recuerda sobre todo por su *Buildings of England*[45]. Comparados con los exiliados rusos que salieron de su país tras la Revolución bolchevique, los exiliados de la Gran Diáspora parecen haberse adaptado más

fácilmente a sus nuevos entornos, tal vez porque los judíos tenían mucha práctica en asimilación.

Sin embargo hubo excepciones. Algunos de los emigrados alemanes que llegaron tras 1933 solo querían, como los rusos de 1919, proseguir con su antigua vida en un entorno nuevo. Hablaban su lengua materna siempre que podían, se relacionaban con otros exiliados y estudiaban la cultura de su patria. Es lo contrario a una emigración interna. Si los emigrantes internos viven en su país como si estuvieran en el extranjero, estos emigrados vivían en un país extranjero como si siguieran estando en su patria.

Podemos recurrir a dos ejemplos relativamente extremos para ilustrar reacciones tan diferentes. Pensemos, por ejemplo, en lo que Franz Neumann denominara la «asimilación» de académicos exiliados al hilo del ejemplo del historiador Geoffrey Elton (en realidad Gerhard Ehrenberg), nacido en Alemania y criado en Praga. Elton empezó uno de sus libros confesando que cuando llegó a Inglaterra en 1939, a los diecisiete años: «Me di cuenta en pocos meses de que había llegado al país donde debía haber nacido». Nunca perdió su acento alemán, pero dedicó su vida a la historia inglesa, sobre todo al reinado de Enrique VIII[46]. Elton se identificaba con la cultura inglesa y afirmó en su conferencia inaugural como *regius professor*, que la historia de Inglaterra debería ser la «espiná dorsal» de los estudios históricos en Cambridge, instando a la audiencia a «reavivar el respeto hacia un país cuyo pasado lo justifica»[47].

Es más, el método histórico de Elton podría considerarse típicamente inglés, pues mostraba gran entusiasmo por los «hechos verdaderos» y era muy hostil a la teoría (y a los «teóricos molestos»[48]). Solía recomendar a sus estudiantes que entraran en los archivos sin plantearse preguntas ni querer contrastar hipótesis, armados solo con «la elección inicial de un área de estudio principal y un método» (las preguntas supuestamente aparecerían más tarde, porque debían «surgir de la evidencia misma»[49]). Como muchos jóvenes emigrados, Elton intentaba asimilarse siendo más inglés que los mismos ingleses. No fue el único historiador alemán que se sintió atraído por el empirismo británico. Francis Carsten, por ejemplo, que se familiarizó con el marxismo cuando residía en Alemania, «prefería con diferencia la tradición narrativa británica basada en hechos». John Grenville (antes Hans Guhrauer) rindió tributo a su «formación en la escuela británica de la historia» describiéndola como «pragmática y al margen de la obsesión con la

teoría»[50].

Que Elton intentara asimilarse no significa que no aprovechara su condición de extranjero en Gran Bretaña. Puede que le resultara más fácil formular ideas originales sobre Enrique VIII y Thomas Cromwell precisamente porque no se había formado en la escuela inglesa. En cuanto a su idea central, «la Revolución Tudor del gobierno», se parece bastante a un estudio de caso de lo que otro centroeuropeo, Max Weber, denominara proceso de burocratización[51].

Hubo investigadores que se negaron a adaptarse. El filósofo Theodor Adorno constituye uno de los ejemplos más extremos de lo que Neumann denomina «resistencia» a la cultura de acogida. Adorno inició su exilio en Oxford, trabajando en una investigación sobre el pensamiento de Edmund Husserl, que supervisaba un filósofo de tipo muy distinto: Gilbert Ryle. Adorno no era feliz en su nuevo hogar y se quejaba de las dificultades que tenía para hacer entender su filosofía a los ingleses (*Schwierigkeiten [...] meine eigentlich philosophischen Dingen den Engländer betrefflich zu machen*), lo que le obligaba a enseñar «a nivel de colegio» (*ein Kinderniveau*[52]). Aunque vivió cuatro años en Inglaterra y otros doce en Estados Unidos (como miembro del Institut für Sozialforschung), Adorno siguió escribiendo en alemán y hablando su lengua materna siempre que podía. Se consideraba «un europeo de la cabeza a los pies» y creía que era apenas «natural» que intentara «preservar la continuidad intelectual de su vida personal» mientras residía en Estados Unidos. Su amigo Paul Lazarsfeld afirmó: «Se comporta de modo tan ajeno, que me siento como un miembro de la Mayflower Society»[53].

La resistencia a la asimilación fue especialmente evidente cuando los académicos emigraron en grupo y en el seno de la organización en la que habían estado trabajando, como ocurrió en el caso de dos institutos de investigación interdisciplinarios, la Kulturwissenschaftliche Bibliothek Warburg y el Institut für Sozialforschung, conocidos por sus respectivas contribuciones a la historia del arte y la sociología, pero en modo alguno confinados a estas disciplinas.

DOS INSTITUCIONES COMPUESTAS POR EMIGRANTES

Como hemos tenido ocasión de comprobar, los rusos que se establecieron en Praga en la década de 1920 crearon sus propias instituciones académicas, y hay dos casos famosos de exiliados alemanes de la década de 1930 que emigraron con sus instituciones a cuestas. Estos ejemplos de desplazamiento colectivo ilustran con especial claridad tanto la resistencia inicial a la asimilación por parte de los refugiados como su impacto posterior sobre el país de acogida.

La plantilla de la Kulturwissenschaftliche Bibliothek Warburg de Hamburgo, en origen una biblioteca privada perteneciente al erudito judío Aby Warburg, se trasladó a Londres en 1933 con todos sus libros (unos sesenta mil volúmenes). La biblioteca se incorporó a la Universidad de Londres en 1944 con el nombre de Warburg Institute y contrató a destacados historiadores como el austriaco Fritz Saxl y el alemán Edgar Wind[54]. El Institut für Sozialforschung de Fráncfort se trasladó a Estados Unidos en 1933, primero a Nueva York y luego a Los Ángeles, donde cambió su nombre por el de Institute for Social Research. Ambas instituciones constituyeron al principio auténticos enclaves, cuerpos extraños en los organismos de la Universidad de Londres y la Universidad de Columbia, donde sus doctos habitantes vivían al margen de las culturas locales.

Por ejemplo, a principios de 1934, el Warburg Institute acogió a profesores de alemán «que eran casi todos alemanes»[55]. En fechas tan tardías como finales de la década de 1960, si no recuerdo mal, el personal aún hablaba alemán en la sala de lectura. No se nombró un director cuya lengua materna fuera el inglés hasta 1976, cuarenta y tres años después del establecimiento del Instituto en Gran Bretaña, cuando resultó elegido el neozelandés Joseph Trapp. Curiosamente, el instituto de Hamburgo era más abierto que su hermano de Fráncfort y pronto empezaron a dar clases en inglés y a organizar exposiciones como «El arte inglés y el Mediterráneo». La fundación del *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, en 1937, incrementó la visibilidad de los recién llegados; el instituto trasplantado empezaba a echar raíces.

El Institut für Sozialforschung es un ejemplo aún más drástico de la negativa a adaptarse. La resistencia de Adorno a la cultura angloamericana fue una reacción individual extrema (su colega Max Horkheimer, por ejemplo, empezó a escribir en inglés cuando emigró) que pudo permitirse gracias a su entorno inmediato. Se ha hablado con frecuencia del «autoaislamiento» del Instituto

por esa época, de «su distanciamiento deliberado», aunque el grupo mantuviera contactos con personas concretas, como el sociólogo de Columbia Robert Lynd. Este distanciamiento aumentó y adquirió una dimensión simbólica cuando decidieron seguir publicando la revista del instituto, la *Zeitschrift für Sozialforschung*, en alemán, con excepciones en el caso de los artículos escritos por norteamericanos como Charles Beard y Margaret Mead. El título de la revista no se modificó hasta 1940, siete años después del traslado, cuando pasó a llamarse *Studies in Philosophy and the Social Sciences*[56]. El Institute of Advanced Studies de Princeton, hogar académico de Einstein, Gödel, von Neumann y Panofsky también funcionaba, al parecer, «prácticamente en alemán durante la guerra»[57].

Al igual que la New School, en los primeros años el Institut manejó fondos propios, lo que propició el aislamiento de sus miembros, «de los académicos refugiados de su entorno»[58]. El grupo de Fráncfort, que intentaba proseguir con sus tareas como si no hubiera pasado nada, no realizó labores de mediación entre Alemania y Estados Unidos (al menos no al principio), tal vez porque ellos mismos necesitaban mediadores que pudieran explicarles el impacto que estaban teniendo sobre la Universidad de Columbia y los intelectuales neoyorquinos.

Por otro lado, a medida que pasaba el tiempo, tanto el Warburg Institute como el Institute for Social Research (que se trasladó de Nueva York a California) fueron adquiriendo visibilidad en sus nuevos mundos académicos. Se convirtieron en símbolos de las escuelas de intelectuales y de estilos poco conocidos en sus nuevos entornos, que fueron atrayendo la atención. Ocurrió sobre todo en el campo de la historia del arte, que formaba parte de un área más general dedicada al estudio de la cultura (*Kulturwissenschaft*) en el Instituto Warburg, y en el de la sociología o «teoría crítica», que combinaba ideas de Marx y Freud, en el Institute for Social Research.

DOS DISCIPLINAS: SOCIOLOGÍA E HISTORIA DEL ARTE

Para entender el impacto que tuvieron (aunque demorado) estos dos institutos en sus países de acogida y la influencia ejercida por los académicos refugiados, conviene decir algo sobre el lugar que ocupaban la historia del arte y la sociología en el mundo académico británico y norteamericano de la

década de 1930. Ambas disciplinas estaban mucho más firmemente establecidas en Centroeuropa que en el mundo anglo-parlante de la época. La situación permitió a los exiliados acumular la masa crítica necesaria como para realizar una contribución, muy desproporcionada teniendo en cuenta su número, al desarrollo de estas disciplinas, sobre todo en Gran Bretaña[59].

En Gran Bretaña no se estudiaba historia del arte en las universidades (con la excepción de Edimburgo donde hubo una cátedra de esta disciplina desde 1879) sino en los museos, galerías y escuelas de arte. Por lo general se recurría a expertos que explicaban siguiendo un método empírico y pragmático. Kenneth Clark, por ejemplo, que más tarde se convertiría en uno de los historiadores del arte británicos más conocidos, estudió historia en Oxford, pero adquirió experiencia en el Ashmolean Museum de la mano de Bernard Berenson, que había nacido en el Imperio ruso y llegado a Estados Unidos de niño. Clark trabajó en el Ashmolean primero y en la National Gallery de Londres después[60].

En 1933 esta situación empezó a cambiar. En fecha tan tardía como 1944, el joven crítico de arte John Russell aún podía afirmar: «No existe la historia del arte inglesa»[61]. Clark, que creía que la tradición del experto estaba «prácticamente agotada», tuvo que reconocer que una conferencia de Warburg (que escuchó en Hamburgo) había cambiado su vida al despertar su interés por la iconografía (más tarde describió el capítulo «Pathos» de su libro *The Nude* como «totalmente warburgiano»[62]). En cuanto a las instituciones, en 1922 se creó una cátedra de historia del arte en la Slade School of Art y en 1932 se fundó el Courtauld Institute financiado por el hombre de negocios Samuel Courtauld. Descendiente de exiliados hugonotes, Courtauld desempeñó un papel crucial en el traslado de la Biblioteca Warburg de Hamburgo a Inglaterra, y también fue de gran ayuda para los académicos centroeuropeos que buscaron refugio en las islas. Fueron muchos, doscientos cincuenta historiadores del arte salieron, solo de Alemania, tras 1933, seguidos por los que abandonaron Austria en 1938[63].

Entre 1933 y 1944 trabajaron en el Courtauld Institute exiliados como Frederick Antal, Ernst Gombrich, Otto Kurz, Otto Pächt y Johannes Wilde. Anthony Blunt (más tarde director del instituto) y el crítico John Berger dieron fe de lo importante que había sido el investigador húngaro Frederick Antal para su evolución intelectual y Wilde enseñó a destacados historiadores del arte británicos como John Shearman. El exiliado Rudolf Wittkower se

convirtió en profesor de historia del arte de la Slade School en 1949, y le sucedió otro exiliado, Leopold Ettlinger, que se había ocupado de niños refugiados como trabajador social y fue maestro de escuela en Birmingham antes de emprender una carrera académica.

En 1955 se creó en Oxford una nueva cátedra de historia del arte. Se la dotó para Edgar Wind, con el apoyo de figuras prominentes como el también exiliado Isaiah Berlin. Wind ejerció rápidamente una gran influencia sobre una vasta audiencia. En aquellos años no se podía estudiar (o como decían en Oxford, «leer») historia del arte, pero Wind daba clases en aulas repletas de estudiantes de otras materias. Asistí a aquellas clases a finales de la década de 1950 y creo poder hablar por toda una generación de estudiantes cuando digo que estábamos tan excitados aprendiendo de Wind que la iconografía era parte de la historia del arte como lo estuvo Clark escuchando a Warburg; nos fascinaba la decodificación que hacía de imágenes renacentistas de artistas como Leonardo y Giorgione.

En Estados Unidos la situación era algo distinta, ya que allí la historia del arte estaba más implementada en las universidades que en Gran Bretaña o Canadá (donde Peter Brieger, nacido en Breslau, prácticamente fundó esta disciplina académica a su llegada en 1936). Sin embargo, en Estados Unidos la historia del arte se enseñaba como una sucesión de estilos, mientras que los académicos de la tradición germano-parlante prestaban más atención a la teoría del arte, la iconografía y el contexto cultural de la pintura, la escultura y la arquitectura. Por muy «provinciana» que fuera la historia del arte estadounidense, hay quien opina que fue el contraste entre ambas tradiciones lo que permitió a los refugiados realizar una contribución significativa a la docencia e investigación de su disciplina. El más famoso es Erwin Panofsky, que escribió sobre iconografía e iconología, pero entre sus colegas exiliados en Estados Unidos había investigadores de la talla de Paul Frankl, historiador del gótico, Walter Friedlaender, historiador del manierismo, Julius Held, un especialista en Rembrandt y Rubens, y Richard Krautheimer, cuyos estudios de arquitectura abarcan desde el cristianismo primitivo al Barroco[64].

La constatación de la influencia intelectual de los exiliados no puede basarse solo en lo que ocurría en las universidades. También hay que tener en cuenta el mundo editorial, con firmas como Praeger y Schocken Books en Estados Unidos, y Weidenfeld y Nicolson en Gran Bretaña (tanto Frederick Praeger como George Weidenfeld eran de Viena, y Salaman Schocken era originario de

Posen, hoy Poznan). En el caso de la historia del arte, Phaidon Press desempeñó un papel fundamental. Fundada en Viena por Béla Horowitz y Ludwig Goldscheider, se trasladó a Londres con la ayuda del editor inglés Stanley Unwin. La editorial se hizo famosa y próspera tras publicar *Story of Art* de Ernst Gombrich (1950), que ya ha vendido más de siete millones de copias en sus dieciséis ediciones y treinta y tantas traducciones. En 1949, Walter Neurath, otro emigrado vienés, fundó Thames & Hudson, la rival de Phaidon en la edición de libros de historia del arte[65].

La sociología, al igual que la historia, ocupaba un lugar poco destacado en el mundo académico británico de 1933, al contrario de lo que ocurría en las universidades alemanas, donde había más de cincuenta docentes de sociología cuando empezaron los despidos. En Gran Bretaña convivía la tradición del experto con la de las encuestas en el ámbito social. Es decir, se realizaban investigaciones empíricas sobre las condiciones sociales por razones prácticas; pensemos, por ejemplo, en los estudios sobre los trabajadores de los muelles de East London en torno a 1900 realizados por Beatrice Potter (más tarde conocida como Beatrice Webb). En 1903 se fundó la Sociological Society en Gran Bretaña, si bien hubo que esperar a 1908 para que tuviera su propia revista. Los primeros profesores de sociología del país fueron el expatriado finés Edvard Westermarck y el antiguo periodista Leonard Hobbhouse. Ambos acabaron ocupando cátedras en la London School of Economics (LSE) en 1907. Hobbhouse fue sucedido por su antiguo ayudante, el refugiado Morris Ginsberg, en 1929, y Thomas Marshall fue contratado como profesor adjunto de sociología, también en la London School, en 1930.

La situación de la sociología en Gran Bretaña cambió drásticamente después de 1933. Intentaron trasladar el Institut für Sozialforschung a la London School of Economics, pero el grupo de Fráncfort se acabó marchando a Estados Unidos. La London School contrató al sociólogo Karl Mannheim (y a su ayudante, Norbert Elias), al criminólogo Hermann Mannheim (que no tenía relación alguna con Karl) y a estudiantes refugiados como Viola Klein e Ilya Neustadt.

Tres universidades regionales merecen mención aparte. La Universidad de Birmingham (donde se colocó el sociólogo alemán Wilhelm Baldamus) fue muy receptiva a los exiliados. Manchester contrató a otro sociólogo, Werner Stark, que acabó yéndose a Estados Unidos. El centro más receptivo de todos fue el University College de Leicester, que en 1949 contrató a Ilya Neustadt

como profesor de sociología y más tarde a su colega alemán Norbert Elias. A mediados de la década de 1960 había unos ciento ochenta estudiantes de sociología en Leicester, que había pasado de escuela universitaria a universidad. Algunos de los sociólogos que adquirieron renombre después, como Tony Giddens, John Goldthorpe, Keith Hopkins, Bryan Wilson y Stephen Menell, fueron estudiantes o colegas más jóvenes de Elias y Neustadt allí. En cuanto a las publicaciones, Karl Mannheim desarrolló una relación especial con la casa Routledge y editó una serie de libros bajo el título «The International Library of Sociology and Social Reconstruction» [Biblioteca Internacional de Sociología y Reconstrucción Social] centrada en la sociología del arte y la literatura. La colección presentaba la obra de cierto número de investigadores húngaros y centroeuropeos al mundo anglosajón (el hecho de que una figura destacada en Routledge por aquellos años, Cecil Franklin, proviniera de una familia (originariamente Frankl) que había emigrado de Hungría a Inglaterra en el siglo XVIII, parece ser solo una coincidencia[66]).

En Estados Unidos ya se había implementado la sociología antes de 1933. Albion Small, que había estudiado en Alemania con el famoso sociólogo Georg Simmel, había fundado el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago en 1892 y la *American Journal of Sociology* en 1895. Franklin Giddens se convirtió en profesor de sociología de la Universidad de Columbia en 1894; Robert Park, antiguo periodista como Hobbhouse y antiguo estudiante de Simmel como Small, enseñó en Chicago y fundó la famosa Escuela de Chicago de sociología urbana, de la que formó parte el emigrado Louis Wirth, que llegó a Estados Unidos procedente de Alemania siendo adolescente. Harvard creó un departamento de Sociología en 1930 y puso al frente al emigrado ruso Pitirim Sorokin; el joven Talcott Parsons, que había estudiado sociología en Alemania, se unió al departamento como profesor adjunto. En 1933, la disciplina seguía siendo lo suficientemente modesta como para que los sociólogos refugiados pudieran darle forma en vez de dejarse absorber por ella[67].

UNA RECEPCIÓN MIXTA

Aunque haya ejemplos positivos, en esto, como en todo, conviene no abusar

del rosa en el cuadro general. En los países de acogida también se malinterpretó y rechazó a los exiliados, sobre todo al principio. Los británicos y los estadounidenses consideraban difíciles, abstractas e incluso pretenciosas la lengua y las costumbres de los exiliados germanoparlantes. El problema se exacerbó tras la demonización de los alemanes en 1939. En 1945, un periodista pro-francés, Montgomery Belgion, escribió en el *New English Weekly* un artículo contra lo que denominaba la «germanización de Gran Bretaña», citando como ejemplo de postín el caso de Karl Mannheim (que era húngaro, no alemán). El historiador G. M. Young describió uno de los proyectos de Mannheim como «excesivamente grandioso» y comparaba su estilo con el «realismo académico» inglés. Para colmo, los estudiantes de los exiliados se quejaban a menudo de sus modales. El sociólogo Jean McDonald, más tarde Jean Floud, que estudió con Mannheim, recordaba: «Nos trataba de una forma tan poco inglesa...»[68].

Mannheim, por su parte, se quejaba del problema que suponía explicar la sociología del conocimiento a los británicos, y afirmó que la sociología norteamericana se caracterizaba por «un peculiar deleite ante cierta forma de empirismo que me inclinaría a denominar “empirismo aislante”, una “masa de detalles secundarios” sin relación alguna con el conjunto»[69]. Escribió a un amigo húngaro en 1937 que estaba «intentando cambiar a los ingleses». Norbert Elias también se quejaba de «la lucha interminable» que libraba la sociología para obtener reconocimiento, añadiendo que ese reconocimiento era «particularmente difícil de obtener en Gran Bretaña»[70].

En otras disciplinas, entre ellas la historia, el enfoque relativamente metódico y teórico de los exiliados también halló resistencia entre algunos nativos. Como afirmara Saxl tras llegar a su nuevo hogar: «En general los ingleses aborrecen la teoría, sobre todo las personas cultas»[71]. Hubo un famoso choque de culturas entre dos autores que escribían sobre arquitectura, John Betjeman, poeta y crítico de arte *amateur* muy consciente de sí mismo, y el profesional Nikolaus Pevsner, a quien Betjeman llamó «ese aburrido pedante prusiano» y a quien apodó «el profesor doctor»[72]. En literatura, René Wellek, un checo exiliado en Inglaterra, criticó al nativo Frank Leavis y escribió: «Me hubiera gustado que hiciera afirmaciones más explícitas y las defendiera más sistemáticamente»[73].

También se reaccionó con indiferencia a la influencia de los extranjeros. El historiador Eric Hobsbawm, que creció en Viena y Berlín y llegó a Inglaterra

en 1932, habló de la «increíble estrechez de miras de los británicos en la década de 1930», pues «apenas prestaban atención» a las ideas de Frederick Antal, por ejemplo, o a las del economista Karl Polanyi (hermano de Michael[74]). En Gran Bretaña, la obra de Norbert Elias, que enseñó en Leicester entre 1954 y 1977, pasó bastante desapercibida a pesar del reconocimiento que obtuvo en los Países Bajos, Alemania y Francia. El historiador del mundo antiguo Arnaldo Momigliano se quejaba de que cuando mencionaba «ideas» a los historiadores británicos se limitaban a darle la dirección del Warburg Institute.

Sin embargo, con el paso del tiempo, ciertos exiliados empezaron a percibir signos de reconocimiento y algunas de las ideas trasplantadas arraigaron en suelo extranjero. Los economistas húngaros Thomas Balogh y Nicholas Kaldor se convirtieron en barones ingleses, al igual que el editor austríaco George Weidenfeld. Pevsner acabó siendo Sir Niklaus y Gombrich, Sir Ernst. A Gombrich le nombraron, además, miembro de la prestigiosa Orden del Mérito y Pevsner se convirtió en «una institución británica» gracias a su serie de guías de arquitectura de los condados de Inglaterra[75]. Aún hoy, cuando desconocemos algún detalle relacionado con la arquitectura de una casa solariega o una iglesia parroquial decimos: «Echemos un vistazo al Pevsner». En el vocabulario utilizado por un joven investigador del Warburg Institute, Michael Baxandall, en su obra *Painting and Experience in Renaissance Italy* (1972), se aprecia la influencia de Gombrich. El «lenguaje» del arte, la «lectura» de las pinturas, la idea del arte como «institución» y la de las «expectativas» del que lo contempla, recuerdan al Gombrich de *Art and Illusion* (1960) y otros libros. El término «teoría del arte», prácticamente un oxímoron en el mundo anglófono de la década de 1930, fue adquiriendo gradualmente respetabilidad y hasta se puso de moda[76].

En Estados Unidos, la Escuela de Fráncfort fue influyendo gradualmente en los intelectuales, sobre todo en el ámbito de lo que entonces se denominaba «cultura de masas», pues críticos como Dwight MacDonal «se basaron en las ideas del Círculo de Horkheimer para hablar del fetichismo de la mercancía, de conformidad, de autoritarismo y de negación». El psicoanalista marxista Erich Fromm fue un mediador importante; el sociólogo marxista estadounidense C. Wright Mills también aprendió de la Escuela de Fráncfort, así como de su colega alemán Hans Gerth, a quien Mannheim describió como «uno de mis mejores discípulos»[77].

Mannheim mismo se unió a un grupo de discusión llamado *the Moot* [debate], que le permitió frecuentar a miembros del *establishment* británico como Lord Lindsay, Director de Balliol, o T. S. Elliot, un colega emigrado. Basil Bernstein, que llegó a ser un destacado sociólogo de la educación, se inspiró en las clases de Mannheim, y el historiador de Cambridge Peter Laslett le eligió como director de tesis. La idea del conocimiento situado de Mannheim aparece en los estudios de Laslett sobre el pensamiento político de John Locke, en los que sitúa las ideas lockianas en el contexto de la crisis política británica de la década de 1680[78]. También Elias fue dejando gradualmente su huella en la sociología de Gran Bretaña y enseñó a toda una generación de jóvenes la aplicación del método histórico a su disciplina, explicando conceptos como «figuración» o «proceso civilizatorio»[79].

OTRAS DISCIPLINAS

En otras disciplinas, como las humanidades y las ciencias sociales, la llegada de los refugiados aparentemente no supuso una diferencia tan importante como en el caso de la historia del arte o la sociología. La historia, por ejemplo, ya era una disciplina muy apreciada en el mundo angloparlante antes de 1933, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, de manera que los recién llegados tuvieron la suerte de poder encontrar trabajo; unas cien personas de mi base de datos fueron absorbidas por el sistema sin dar lugar a grandes cambios. Aun así, también ellos realizaron contribuciones a los estudios históricos de sus países de acogida, no solo porque conocían Centroeuropa, sino también porque, al igual que algunos exiliados rusos de 1919 o los judíos expulsados de Iberia tras 1492, sentían la necesidad de explicar el desastre. A Francis Carsten, por ejemplo, le estimulaba la necesidad de averiguar qué había «ido mal» en la historia de Prusia[80]. Eva Reichmann obtuvo un segundo doctorado en Londres con una tesis sobre las causas sociales del antisemitismo en la que analizaba su propio exilio desde una perspectiva más amplia.

Los departamentos de Lengua y Literatura eran más reducidos y no cabe duda de que Leo Spitzer y Eric Auerbach sí marcaron una diferencia, no solo en Estambul, como hemos tenido ocasión de comprobar, sino también en la Universidad John Hopkins y en Yale. Lo cierto es que la mayoría de los

filólogos y críticos refugiados eran especialistas en lengua y literatura alemana, un tema de estudio poco demandado en el extranjero. Como sabemos, fue el problema de Alewyn y también el de Charlotte Jolles, una especialista en las novelas de Theodor Fontane, que enseñó en escuelas inglesas antes de obtener una plaza de profesora adjunta en Birckbeck College a los cuarenta y seis años.

Hubo dos germanistas que hicieron una carrera brillante a pesar de todas las dificultades y que, por casualidad, ambos resultaron ser descendientes de familias judías procedentes de la actual República Checa. Joseph Peter Stern fue profesor de alemán en el University College de Londres y Erich Heller desempeñó el mismo cargo en el University College de Swansea primero y en la Northwestern University, de Estados Unidos, después. Ambos investigadores mediaron entre los clásicos modernos alemanes y el mundo anglófono. Heller introdujo en Inglaterra «la forma de pensar alemana» y adaptó la crítica literaria al modo inglés de estudiar la literatura alemana[81].

Las diferencias entre los sistemas jurídicos dificultaban enormemente que los abogados pudieran transferir su buen saber y hacer cuando se trasladaban de Austria o Alemania a Gran Bretaña o Estados Unidos. Ni siquiera la filosofía del derecho era un buen bagaje. Las ideas del austriaco Hans Kelsen, por ejemplo, destacado jurista del mundo germanoparlante, no fueron bien recibidas en Estados Unidos, donde imperaba una tradición filosófica muy diferente[82]. Los abogados refugiados hubieron de adaptarse para sobrevivir en su nuevo entorno académico. Algunos lo hicieron con gran éxito, reinventándose a sí mismos como politólogos (gracias a la tradición de la sociología del derecho alemana) o especialistas en el campo, relativamente nuevo, de las relaciones internacionales.

Entre los ejemplos de adaptación exitosos podemos mencionar a John H. Herz (antes Hans Herz), Hans Morgenthau (antiguo discípulo de Kelsen) y Franz Neumann, del que hablaremos más adelante. Karl Deutsch pertenece a una generación posterior y es un magnífico ejemplo de investigador con éxito en la transición del derecho a la ciencia política. En la década de 1930 la ciencia política estadounidense «era cada vez más estrecha de miras», una debilidad que los refugiados estaban en condiciones de corregir, no solo sugiriendo un método alternativo, sino asimismo recalcando la importancia dada por Herz y otros al análisis comparado[83].

Las diferencias en las tradiciones culturales también plantearon problemas a

los filósofos emigrados. Cuesta imaginarse a Heidegger enseñando a estudiantes de primeros cursos en una universidad británica o estadounidense, aun en el caso de que hubiera decidido emigrar. Ya hemos hablado de los problemas con los que se topó Adorno en Oxford, cuando estudiaba a Husserl bajo la supervisión de Gilbert Ryle. Hannah Arendt llegó a Estados Unidos en 1941, pero no obtuvo un puesto académico (que no fuera de profesora visitante) hasta 1959, en Princeton, un año después de la publicación en inglés del que probablemente sea su libro más famoso: *The Human Condition*. Si se quería un aterrizaje suave, lo mejor era trasladarse a un lugar donde la cultura filosófica fuera lo más parecida posible a la alemana, como ocurría en Groningen (que acogió a Helmut Plessner) y Gotenburgo (donde acabó Ernst Cassirer). Otros refugiados practicaban un tipo de filosofía más cercana a (o al menos compatible con) la filosofía del mundo angloparlante. Entre ellos figuran Karl Popper, que estuvo en Nueva Zelanda y Gran Bretaña, empíricos lógicos del Círculo de Viena como Rudolf Carnap y Carl Hempel en Estados Unidos y el teórico político Leo Strauss, acogido por los neoconservadores estadounidenses[84].

Los estudios de economía fueron más fácilmente trasladables de una cultura a otra, gracias a que la matemática y la estadística son lenguas internacionales. Los economistas refugiados más destacados fueron contratados y ejercieron su influencia en sus nuevos hogares. El austriaco Friedrich von Hayek, por ejemplo, ocupó una cátedra en la London School of Economics durante casi veinte años antes de trasladarse a Chicago y convertirse en una especie de gurú para la primera ministro Margaret Thatcher. Otro austriaco, Fritz Machlup, especialista en economía del conocimiento, acabó en Princeton; un tercer austriaco, Ludwig von Mises, fue docente en la New York University; El alemán Adolf Löwe (más tarde Adolph Lowe) enseñó en Manchester y en la London School antes de trasladarse a Estados Unidos. El economista ucraniano Jacob Marschak, un menchevique exiliado en 1919, se trasladó a Alemania primero, luego a Inglaterra y finalmente a Estados Unidos, donde fue docente en destacadas universidades como la New School, Chicago, Yale y Los Ángeles.

La historia de los psicólogos emigrados es más compleja, porque estos profesionales estaban y están divididos en diversas especialidades (experimental, social, evolutiva, psicoanalítica, etcétera) no siempre compatibles. En 1941 había ciento cuarenta y un psicólogos refugiados en

Estados Unidos cuyo éxito fue relativo. Recibieron con frialdad la *Gestaltpsychologie*, lo que afectó muy negativamente a Karl Bühler, que nunca encontró en Estados Unidos un puesto académico a la altura de su cátedra de Viena. El psicólogo social Kurt Lewin, en cambio, tuvo una acogida más cálida, y Rudolf Arnheim se labró una carrera exitosa escribiendo obras como *Art and Visual Perception* (1954) y dando clases de psicología del arte en Harvard.

Los psicoanalistas tuvieron «un éxito monumental» en Estados Unidos, pero en Gran Bretaña no fue para tanto, a pesar de que el mismísimo Freud se refugió en Londres con su hija Anna[85]. Franz Alexander afirmó que los psicoanalistas habían llegado a Estados Unidos en el momento justo, cuando la psicología norteamericana estaba preparada para Freud. Parece que allí la opinión pública daba mayor crédito que la europea a analistas que diferían en ciertos aspectos de Freud, como demuestran la carrera de Erich Fromm, por ejemplo, pero también de Karen Horney, Erik Erikson, Sándor Radó y Wilhelm Reich, aunque Reich acabó en una penitenciaría de Pensilvania condenado por utilizar métodos de terapia sexual fraudulentos.

En el ámbito de los estudios clásicos, los investigadores alemanes tenían una magnífica reputación que favoreció a figuras destacadas como Werner Jaeger, que tuvo que dejar su cátedra de Berlín pero obtuvo otra en Chicago primero y en Harvard después o Eduard Fraenkel, que se limitó a trasladarse de Friburgo a Oxford. El estudio de la cultura griega en tres volúmenes de Jaeger, *Paideia*, escrito en alemán pero completado en Estados Unidos, es más conocido en su traducción inglesa, y el libro de Fraenkel sobre el poeta Horacio se publicó directamente en inglés. Otro insigne clasicista, Karl Lehmann, profesor de arqueología en la Universidad de Münster antes de ser despedido por el régimen nazi, se adaptó lo suficientemente bien a su nuevo entorno en Estados Unidos como para escribir un estudio sobre Thomas Jefferson desde el punto de vista de un humanista norteamericano. En cuanto a especialistas en el mundo clásico de otros países, tenemos el caso del historiador italiano del mundo antiguo Arnaldo Momigliano, que pasó algunos años en Oxford antes de ocupar una cátedra en el University College de Londres durante un cuarto de siglo.

Es bastante frecuente que lo más incisivo que puedan decir los historiadores sobre una época concreta haya sido anticipado por individuos que vivieron en esa época. Como vimos en un capítulo anterior, ya se debatía sobre las consecuencias negativas de la emigración de los artesanos hugonotes en la década de 1680. Sucede algo similar con los agudos análisis sobre la situación de los intelectuales en el exilio de la década de 1930 realizados por ciertos refugiados, sobre todo Karl Mannheim y Franz Neumann.

Mannheim escribió sobre la «función» de los refugiados, haciendo hincapié en la mediación que estos podían realizar entre su cultura de origen y la del país de acogida[86]. Neumann se consideraba un mediador; señaló lo fructífera que resultaba la interacción entre el enfoque teórico en boga en su país y el método empírico predominante en su país de acogida. Otro científico social exiliado, el austriaco Paul Lazarsfeld, afirmó que las innovaciones académicas «a menudo se deben a personas que pertenecen a dos mundos sin estar a salvo en ninguno de los dos», y se describía a sí mismo como una «eslabón» entre los investigadores europeos y los estadounidenses[87].

Muchos exiliados eligieron una vía media entre la autosegregación y la asimilación. Algunos eran traductores, tanto de lenguas como culturales, y enseñaron a los estudiantes de la cultura de acogida la lengua y la cultura de su patria. Bernard Groethuysen dio a conocer en Francia tanto a Kafka como a la sociología alemana. En Estados Unidos, Kurt Wolff tradujo a Simmel y a Mannheim, Hans Gerth tradujo a Max Weber, Werner Stark introdujo los escritos de Max Scheler y Walter Kaufmann tradujo y comentó muchas obras de Nietzsche[88]. El filósofo alemán Fritz Heinemann explicó a los británicos el existencialismo en un libro (*Existentialism and the Modern Predicament*, 1958) y otros exiliados, como George Lichtheim, se erigieron en mediadores a través del periodismo[89].

Hubo exiliados que dieron a conocer la historia de su patria a los estudiantes del país de acogida. «En las universidades norteamericanas de los años treinta prácticamente no se enseñaba historia de Alemania»[90]. Una generación después, en la década de 1960, la situación había cambiado drásticamente, gracias a investigadores como Hajo Holborn, Hans Rosenberg, Fritz Redlich, George Mosse, Fritz Stern y Peter Gay. Holborn, por ejemplo, que se convirtió en profesor de Yale, publicó en la década de 1960 su *History of Modern Germany* en tres volúmenes. El austriaco Robert Kann escribió sobre el Imperio Habsbúrgico y Peter Sugar, un húngaro, sobre Europa Central y del

Este. En Gran Bretaña la situación era parecida. Francis Carsten recordaba que cuando le nombraron profesor adjunto del Westfield College en 1947 prácticamente «ostentaba el monopolio» de la enseñanza de historia alemana en la Universidad de Londres[91]. Al igual que algunos de sus predecesores rusos, como George Vernadsky, los exiliados situaron a sus respectivas patrias en el mapa histórico de Estados Unidos, Gran Bretaña y otros lugares, y enseñaron a hacer su trabajo a toda una generación de doctorandos nativos.

DISTANCIAMIENTO

La distancia tuvo efectos positivos y negativos para los investigadores refugiados. Por un lado les permitió ver mejor el cuadro general, por otro, dificultaba labores de investigación más especializadas: pensemos en el caso de Erich Auerbach en Estambul, o en el de Américo Castro en Princeton.

En un famoso pasaje de su obra maestra, *Mimesis* (1947), Auerbach advierte a sus lectores que ha escrito el libro en Estambul, «donde las bibliotecas no están bien equipadas para los estudios sobre temas europeos» y prosigue admitiendo: «Es posible que este libro deba su existencia precisamente a la inexistencia de una biblioteca especializada y rica en libros. Si hubiera podido familiarizarme con todas las obras escritas sobre un tema que toca tantos puntos diferentes, puede que nunca me hubiera puesto a escribir»[92].

Algo parecido le sucedió al español Américo Castro, un refugiado de la Guerra Civil española, especialista en filología medieval cuando vivía en España, que se fue al exilio en 1936 y escribió sus mejores obras en Estados Unidos. En *España en su historia* (1948) reinterpreta una historia española que considera fruto del prolongado encuentro entre tres culturas: la cristiana, la judía y la musulmana. El libro fue escrito en el exilio y solo pudo publicarse en el exilio, porque la innovadora teoría que planteaba era anatema en la España «nacional-católica» de Franco. El libro de Castro fue duramente criticado por otro español en el exilio, Claudio Sánchez-Albornoz, conocido por su frase: «No hay antisemitismo en España». Ciertamente, Sánchez-Albornoz constituía una excepción a su propia afirmación[93].

Hacer hincapié en el cuadro general es, por lo tanto, una forma de distanciamiento; el desapego, del que ya hemos hablado, es otra. El desapego incentiva los análisis comparados, un método de estudio difícil, cuando no

imposible, sin cierto grado de objetividad. De ahí que no resulte sorprendente que los investigadores emigrados realizaran aportaciones desproporcionadas en relación a su número en estudios comparados sobre política, literatura y religiones.

Cuando Erwin Panofsky escribió en defensa de la torre de marfil del investigador, describiéndola como un puesto de observación, probablemente no estuviera pensando solo en su puesto en el Institute for Advanced Study de Princeton, sino también en su ubicación entre dos culturas. Cuando en 1933 perdió su cátedra de Hamburgo, abandonó Alemania y no volvió hasta 1967; a su vuelta insistió en seguir dando clase en inglés[94]. El politólogo Franz Neumann, la historiadora Lucie Varga, el sociólogo Norbert Elias y el historiador Eric Hobsbawm son ejemplos de desapego aún más destacados.

Un investigador estadounidense, que conoció a Franz Neumann durante su exilio en Estados Unidos, le describió como «extrañamente desapegado de su entorno», lo que debió ayudarle mucho en su análisis crítico de las instituciones[95]. Lucie Varga, una expatriada que llegó a París procedente de Viena y trabajó con Lucien Febvre, publicó un artículo en 1937 en el que realizaba un frío «análisis social» de la génesis del nazismo, que resulta aún más admirable si tenemos en cuenta que Varga (de soltera Rosa Stern) era judía. Norbert Elias no se limitó a practicar el desapego, también escribió sobre él. Uno de los rasgos más sorprendentes de su famoso ensayo sobre «la implicación y el desapego» es que, en vez de identificar las ventajas y desventajas de ambos enfoques, Elias alaba un desapego que consideraba imprescindible para sobrevivir. El ejemplo que nos ofrece procede de la ficción, de un relato de Edgar Allan Poe sobre un hombre que consigue no morir ahogado manteniendo la cabeza fría, pero sin duda Elias estaba pensando en sus propias experiencias en la Alemania de 1933[96].

Eric Hobsbawm, al igual que Américo Castro o Fernand Braudel, vio el cuadro general con mayor claridad que la mayoría de sus colegas, como ilustra su trilogía sobre las eras de la Revolución, el Capital y el Imperio. Constituye asimismo un formidable ejemplo de desapego, con lo que no quiero decir que fuera incapaz de comprometerse. Todo lo contrario: decidió ser leal a la izquierda siendo muy joven y siguió siéndolo hasta el fin de sus días. Esa lealtad coexistió en Hobsbawm con una gran capacidad de desapego en relación a su entorno y sus objetos de estudio. En sus encuentros personales, Hobsbawm parece haber observado tanto como participado, no fríamente,

pero sí «con serenidad». En su autobiografía, *Interesting Times*, incluye una cita del diario que llevaba cuando tenía dieciocho años, en el que se describía a sí mismo como prácticamente inhumano (¿o sobrehumano?), capaz de un distanciamiento «casi instantáneo, con un gran bagaje de conocimientos generales superficiales y un montón de ideas originales [...] adoptando poses incorregiblemente»[97]. En el mismo volumen, Hobsbawm disecciona los errores cometidos por los comunistas (él incluido) a lo largo de las décadas.

Este desapego se percibe asimismo en los estudios históricos de Hobsbawm, sobre todo en *Nations and Nationalism*, que inicia imaginando que adopta el punto de vista olímpico de «un historiador intergaláctico» y observa con «mirada fría y desmitificada». Da la impresión de que para este investigador cosmopolita el nacionalismo era algo peculiar, un fenómeno patológico[98].

Detectamos una tercera forma de distanciamiento, el «desplazamiento», un mecanismo de defensa freudiano, que consiste en sustituir un tema amenazador por otro menos peligroso. Detectamos ese desplazamiento en algunas obras de los refugiados de la década de 1930, así como en las de los hugonotes desterrados en la década de 1680, que hemos mencionado en el capítulo tres. Dos distinguidos historiadores de la Italia del Renacimiento, Hans Baron y su estudiante de doctorado Nicolai Rubinstein (que acabó siendo ayudante de otro historiador en el exilio, el ruso Nicolai Ottokar, en Florencia) también son buenos ejemplos de desplazamiento. Barón hizo hincapié en los aspectos republicanos del humanismo florentino y Rubinstein centró su pasión en la historia de la Florencia republicana.

No parece extravagante que ambos estuvieran pensando en la República de Weimar cuando escribían sobre la de Florencia. Baron afirmó que la «defensa de las libertades cívicas» ante la amenaza de invasión por parte del Duque de Milán, produjo una «revolución intelectual» que hoy denominamos «Renacimiento». De forma más general sugería que adquirir conciencia de la «interdependencia entre política y cultura» permitía adoptar un «nuevo y ventajoso punto de vista» para el estudio del Renacimiento. Baron mismo admitió que su enfoque se debía «a las experiencias políticas de nuestra generación», aunque Florencia resistiera a un tirano y la Alemania de Weimar sucumbiera ante otro[99].

La socióloga Nina Rubinstein (sin relación alguna con Nicolai), hija de refugiados rusos de la Revolución Bolchevique, había estudiado con Karl Mannheim en Heidelberg. En principio pensaba escribir su tesis doctoral

sobre los *emigrés* rusos, pero decidió optar por el análisis de los emigrados franceses de 1789. Mannheim perdió su cátedra por culpa de los nazis antes de que Rubinstein pudiera doctorarse y ella misma hubo de irse al exilio. Se fue a París primero y a Estados Unidos después, donde trabajó como intérprete. Su triste historia tuvo un final feliz. Obtuvo el doctorado por la Universidad de Fráncfort en 1989, cincuenta y seis años después. Su tesis se ha publicado en el año 2000, unos setenta años después de que iniciara sus investigaciones[100].

¿SÍNTESIS?

Perry Anderson sugirió en una ocasión que los encuentros entre los ingleses y los refugiados de la década de 1930 no debilitaron el empirismo sino que lo reforzaron. «Sistematizaron el rechazo a los sistemas; codificaron el desastrado empirismo del pasado y, al hacerlo, lo fortalecieron y concretaron»[101]. Aquí sostendremos la teoría de que, al menos a largo plazo, hubo cierta síntesis o hibridación.

La consecuencia intelectual más importante del Gran Éxodo seguramente fue el encuentro entre los refugiados, imbuidos de teoría, y el empirismo de la cultura de acogida, porque al contrario que en el caso de los refugiados hugonotes del siglo XVII, fue una coincidencia que generó conocimiento. Como ya hemos señalado, los físicos emigrados de la década de 1930 se consideraban «constructores de puentes» entre los teóricos alemanes y las tradiciones experimentales británicas. Estos físicos fueron traductores culturales.

El proceso de hibridación o traducción cultural es aún más evidente en las humanidades y las ciencias sociales. Se podría decir, que la sociología académica traduce los conocimientos pragmáticos de una sociedad y que la historia del arte académica es conocimiento de expertos traducido. Las figuras clave de estas «traducciones» fueron los exiliados, individuos que a su vez habían sido «traducidos» en el sentido de «transferidos», significado original del término. Erwin Panofsky afirmaba, recordando su carrera, que había sido una «bendición» que hubiera podido «entrar en contacto, y en ocasiones tener conflictos, con un positivismo anglosajón que en principio desconfía de la especulación abstracta»[102].

Cuando el editor emigrado George Weidenfeld rememoraba su vida, afirmó: «Anhelaba [...] sacar partido de una situación en la que estaba con los ingleses, pero no era uno de ellos»[\[103\]](#). Pevsner lo consiguió sobre todo en sus clases sobre «lo inglés del arte inglés». En ellas se basaba tanto en un prolijo conocimiento empírico del arte de su país de adopción como en las especulaciones de algunos historiadores del arte alemanes, a los que interesaba saber qué convertía al arte en arte alemán. Los investigadores alemanes inspiraron a Pevsner para plantear cuestiones generales sobre «lo inglés», que a los ingleses mismos no se les habían ocurrido. Es decir, se dedicó a la hibridación. Los académicos ingleses del Warburg Institute, como Michael Baxandall y los historiadores e intelectuales Frances Yates y Perkin Walker, hicieron lo propio. Lo podemos calificar de pseudo-germanización, en el sentido de que aprendieron mucho de los investigadores refugiados, a los que veían diariamente en el trabajo, pero también contribuyeron a anglicanizar gradualmente la tradición de Warburg[\[104\]](#). En la década de 1930, las tradiciones filosóficas de germanoparlantes y angloparlantes tenían poco que ver, con la excepción de la afinidad existente entre los filósofos anglófonos y sus colegas austriacos del denominado Círculo de Viena. La afinidad se convirtió en diálogo cuando el pragmático estadounidense John Dewey conoció al filósofo del derecho austriaco Felix Kaufmann, un exiliado de la New School de Nueva York. Sus conversaciones no dieron lugar a una hibridación plena, pero sí lograron cierta interacción entre ambas tradiciones[\[105\]](#). Más recientemente, el filósofo de la ciencia Nicholas Rescher, que llegó a Estados Unidos en 1938 siendo niño, ha afirmado haber alcanzado una síntesis entre el idealismo alemán y el pragmatismo estadounidense.

En ciencia política, Karl Deutsch, miembro de una generación de exiliados más joven y con mayor capacidad de adaptación, se sintió cómodo tanto en la tradición empírica como en la teórica. Deutsch llegó a Estados Unidos a los veintiséis años procedente de Praga, estudió en Harvard, enseñó en Yale, y su obra más conocida probablemente sea un estudio sobre comunicación política titulado *The Nerves of Government* (1963). Al respecto, se ha dicho que «el signo distintivo del método de Deutsch es la fusión entre ideas teóricas creativas y la búsqueda de datos cuantitativos en los que basar su argumentación»[\[106\]](#).

El desencuentro entre la teoría alemana y el empirismo local fue

especialmente notorio, por no decir grave, en Estados Unidos, descrito por el sociólogo Edward Shils, hijo de inmigrantes, como «un país legendario por la ausencia de teoría»[\[107\]](#). No hay que acentuar en exceso este contraste como se hace con tantas dicotomías. Tanto los alemanes como los norteamericanos creían combinar la teoría con los datos. Hasta Adorno reconoció haber aprendido algo de su experiencia norteamericana. Afirmó que desde que todos le preguntaban sin cesar en qué basaba sus generalizaciones, tendía más a los «autoescrutinios críticos». Mostró incluso cierto entusiasmo por las investigaciones empíricas, al menos durante un tiempo[\[108\]](#). En todo caso, como señalaron inmediatamente los investigadores británicos y estadounidenses, las síntesis eran diferentes: los alemanes recurrían más a la teoría.

El sociólogo escocés Robert McIver, uno de los huéspedes del Instituto en la Universidad de Columbia, comparó el método estadounidense y el alemán, señalando con perspicacia, que aunque utilizaban el mismo término había malentendidos entre ambos grupos. «Método significa algo enteramente diferente para los investigadores alemanes y para los norteamericanos. Para los estadounidenses, un método es básicamente una técnica de investigación [...], para los alemanes el método es un principio [...] En resumen, el estadounidense quiere datos novedosos y nuevas verificaciones, mientras que el alemán busca nuevas formulaciones y construcciones mentales». Adorno mismo señaló algo parecido cuando afirmó que durante su estancia en Estados Unidos le preocupaba «un problema metodológico básico: entender la palabra “método” más en el sentido europeo de epistemología que en el estadounidense de aplicar técnicas de investigación»[\[109\]](#).

Conviene no exagerar estas diferencias. El principal sociólogo norteamericano de su generación, Talcott Parsons, era un teórico, mientras que uno de los sociólogos emigrados más conocidos, Paul Lazarsfeld, fue un entusiasta de los datos, que intentó «convencer a Adorno de que ligara sus ideas a la investigación empírica»[\[110\]](#). Conviene señalar que Lazarsfeld no procedía de Alemania sino de Austria, donde existía hacía tiempo una fuerte tradición de empirismo e «individualismo metodológico» defendida por otro exiliado, Karl Popper, pero representada asimismo por el economista Carl Menger y el historiador del arte Ernst Gombrich, quien, como es sabido, empezó su historia del arte con las palabras: «En realidad el arte no existe, solo hay artistas». Margaret Thatcher, discípula del economista austriaco

Friedrich von Hayek, afirmó en una ocasión: «La sociedad no existe». Resulta tentador hablar de un «austro-empirismo» basado en el modelo del austro-marxismo, e incluso plantear la hipótesis de que los intelectuales austriacos recurrieron a ese método para diferenciarse de los alemanes. En todo caso, la afinidad existente entre su método y el empirismo angloamericano sin duda contribuyó a la aceptación de Popper, Gombrich, Hayek y Lazarsfeld en el mundo angloparlante.

A McIver no le faltaba razón. El teórico del derecho y la política, Hans Kelsen fue recibido con frialdad en Estados Unidos porque le consideraban demasiado teórico; también porque llegó en mal momento, cuando estaba en pleno auge un enfoque extremadamente pragmático: el «realismo jurídico»[\[111\]](#). Horkheimer esperaba resolver lo que describía como «problemas de la investigación empírica y de la síntesis teórica», pero en una carta enviada a su colega Leo Lowenthal (1942) confesaba que «el enfoque más empírico» había vencido al «más teórico». La tensión interna «acabó con la esperanza del *Institut* de lograr una síntesis entre la teoría y el trabajo empírico»[\[112\]](#). Sin embargo, a largo plazo, los sociólogos norteamericanos se mostraron más receptivos a la teoría gracias, sobre todo, a los refugiados y a los hijos de inmigrantes procedentes de Europa del Este[\[113\]](#).

LA PERSONALIDAD AUTORITARIA

Podemos ilustrar los logros y límites de la síntesis entre la tradición sociológica alemana y la anglófona analizando un estudio importante, publicado en los Estados Unidos por miembros de la Escuela de Fráncfort. Fue fruto de un compromiso contraído originalmente por razones económicas. Las fundaciones norteamericanas consideraron el proyecto de investigación de Adorno sobre el antisemitismo excesivamente teórico y especulativo. Quien salvó la situación fue Franz Neumann, que trabajaba en el Instituto como administrador y consejero jurídico, no como investigador. Neumann había sido abogado laboralista en la República de Weimar y conocía a fondo el arte de negociar. En esta ocasión abogó por lo que denominaba «una fusión de los avanzados métodos empíricos y cuantitativos estadounidenses y los métodos europeos, más teóricos». Negoció los fondos para el proyecto de Adorno, dándole un aire más empírico con ayuda de algunos colaboradores[\[114\]](#).

El resultado fue un libro híbrido, *The Authoritarian Personality* (1950), una obra de cuatro autores principales (Adorno, la psicóloga refugiada Else Frenkel-Brunschwick y los norteamericanos Daniel Levenson y Nevitt Sanford) y tres colaboradores. La teoría de fondo, que los adultos adoptaban actitudes autoritarias según la educación recibida, ya aparecía en estudios anteriores sobre antisemitismo, pero el ámbito de este estudio era más general. Los datos procedían de encuestas y entrevistas traducidas a lenguaje estadístico por Frenkel-Brunswik y Levinson. Adorno redactó la IV parte, titulada «Estudios cualitativos sobre ideología», y Horkheimer señalaba en el Prefacio que el propósito de la investigación no era «añadir nuevos datos empíricos a un corpus ya extenso», sino introducir «un concepto relativamente nuevo»[\[115\]](#).

Como cabría esperar de un estudio dirigido por siete personas, el maridaje entre ambos estilos de investigación no fue un éxito pleno. Además, en la sección teórica, la síntesis de Freud (cuya contribución se reconocía) y Marx (a quien se usaba como referencia sin citarle) no estaba exenta de problemas. Pese a todos estos defectos, *The Authoritarian Personality* fue, y sigue siendo, un hito en la historia de la psicología social, como no deja de recordarnos el uso incesante de este concepto medular[\[116\]](#).

PÉRDIDAS Y GANANCIAS

Si analizamos los efectos del Gran Éxodo en la patria de los exiliados, sobre todo en Austria y Alemania, las pérdidas resultan obvias. Los exiliados quisieron acabar con el provincianismo de sus países de acogida, pero sus patrias acabaron siendo más estrechas de miras sin ellos. Tras la guerra quedó claro que Austria y Alemania habían perdido su privilegiada posición en un gran número de disciplinas, de la física a la psicología y de la sociología a la historia del arte, cuando antes el país ocupaba los primeros puestos del *ranking*. La germanización de las ciencias sociales dio paso a su americanización. Los alemanes fueron pioneros en psicología académica, por ejemplo, pero desde 1933, «nadie ha discutido nunca la hegemonía norteamericana en este campo»[\[117\]](#). El historiador refugiado Nicolai Rubinstein observó que el Gran Éxodo «ha tenido un impacto especialmente devastador en el ámbito de la historia del Renacimiento, en la que antes

descollaban los estudiosos alemanes y austriacos»[\[118\]](#). En algunos aspectos ni Alemania, ni mucho menos Austria, se recuperaron nunca de la fuga de cerebros que tuvo lugar en la década de 1930.

La vuelta a Centroeuropa de algunos exiliados con nuevas ideas compensó parcialmente la fuga de cerebros. Tras la guerra, el Institut für Sozialforschung volvió a su lugar original, Fráncfort, pero ya no era el mismo instituto, las tradiciones estadounidenses habían dejado huella en él. Ernst Fraenkel volvió a Alemania en 1951; fue docente en la Hochschule de Berlín y en la Free University y ayudó a implementar la ciencia política estadounidense en su país. Eric Voegelin también regresó en 1958 y fundó el Institut für Politische Wissenschaft en Múnich. Aunque Franz Neumann permaneció en Estados Unidos tras la guerra, también él contribuyó a implementar la ciencia política en las universidades de Alemania occidental. René Koenig, un emigrado (en este caso a Suiza), que volvió en 1949 para convertirse en profesor de la Universidad de Colonia, introdujo en su programa el método sociológico estadounidense.

A largo plazo se ha implementado en Alemania el estilo norteamericano de investigación empírica, aunque, como nos recuerda el ejemplo de Jürgen Habermas, aún existen fuertes lazos entre la sociología y la filosofía. El fisiólogo Carlo Foà volvió a Milán en 1945, donde ocupó su antigua cátedra; Bruno Rossi fue docente de la Universidad de Palermo entre 1974 y 1980, tras jubilarse en Estados Unidos. Ambos familiarizaron a los estudiantes italianos con la ciencia al estilo norteamericano, es decir, la hibridación intelectual no se dio solo en Estados Unidos y en Gran Bretaña, sino también en Alemania, Austria e Italia.

El Warburg Institute permaneció en Inglaterra, al contrario que el Institut für Sozialforschung, pero el método asociado a Aby Warburg y a sus jóvenes amigos Erwin Panofsky y Edgar Wind cobró vida en Alemania gracias a una nueva generación de historiadores como Martin Warnke y Horst Bredekamp, estudiosos de iconografía y de la historia política del arte, que solicitaron a la ciudad de Hamburgo que comprara la antigua casa de Warburg y la convirtiera en un nuevo instituto, la Warburg Haus, hermana con el instituto londinense. Richard Alewyn, un destacado especialista en el Barroco alemán, docente en Estados Unidos durante la guerra, introdujo el método comparado en los estudios literarios cuando volvió a Alemania[\[119\]](#).

Cabe pensar, que, con el tiempo, la tradición empírica y la teórica se

hubieran fusionado, o al menos encontrado sin la intervención de los académicos exiliados. Sin embargo, las conclusiones extraídas de un estudio sobre ciencia natural, parecen convincentes: «Resulta bastante improbable que se hubiera dado tan rápidamente este grado de convergencia y síntesis sin la presión ejercida por la migración forzosa»[\[120\]](#).

El impacto que tuvieron los académicos germano-parlantes como colectivo en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales en Estados Unidos y Gran Bretaña no puede reducirse a un choque entre empirismo y teoría. Otra aportación fundamental de estos estudiosos y sus colegas italianos, como Arnaldo Momigliano, que pertenecían a una tradición historicista, fue su insistencia en lo que Paul Tillich echó de menos en Estados Unidos: la «mentalidad historicista». Hablamos de conciencia de la historicidad de la propia disciplina y, en el caso de las ciencias sociales, de conciencia de la historia económica, social y política a largo plazo[\[121\]](#). Según Franz Neumann, el «predominio de la investigación empírica» en Estados Unidos hacía muy difícil que los científicos sociales fueran capaces de «percibir el significado histórico de los problemas». Su estrategia consistió en «integrar» la filosofía y la historia en las ciencias sociales[\[122\]](#). En Gran Bretaña, Norbert Elias hizo una aguda crítica a lo que denominó «la retirada al presente de los sociólogos» y procuró dar ejemplo predicando y practicando la sociología histórica[\[123\]](#).

Los especialistas alemanes pertenecientes a la tradición hermenéutica (incluida la hermenéutica visual definida por Panofsky como «iconografía e iconología»), hubieron de enfrentarse en el exilio a lo que consideraban una tradición totalmente ajena: el positivismo. Los académicos estadounidenses utilizaban el mismo método en el ámbito de las ciencias naturales que en el de las ciencias sociales y hasta en las humanidades, de forma que tanto en ciencia política como en lingüística los métodos cuantitativos tenían mucho peso. Hans Morgenthau, por ejemplo, que enseñó política en la Universidad de Chicago y en la City University de Nueva York, hizo una aguda crítica a la analogía entre las ciencias naturales y las sociales. En el caso de la psicología hubo una confrontación entre los representantes de la tradición conductista norteamericana, como B. F. Skinner, y los recién llegados, que recurrían a métodos diversos, desde el psicoanálisis a la *Gestaltpsychologie*, si bien en general rechazaban el modelo conductista.

En el caso de la lingüística, la diferencia entre los métodos al uso en Estados

Unidos y en Alemania cobró vida gracias a un famoso encuentro entre los representantes máximos de cada escuela que, más que un encuentro, fue una colisión. En un conocido artículo publicado en una revista profesional, Leonard Bloomfield afirmaba que la lingüística era una ciencia que solo utilizaba «términos traducibles al lenguaje de la ciencias físicas y biológicas». Alababa la obra de Pavlov y el positivismo lógico y afirmaba que los lingüistas deberían descartar lo que denominaba «la terminología del mentalismo y el animismo». Leo Spitzer, famoso por su uso del método hermenéutico para el estudio del lenguaje y los estilos literarios, contestó a través de la misma revista, criticando el enfoque de Bloomfield por reduccionista y «mecanicista». Spitzer señalaba que, ateniéndose a sus propios criterios, Bloomfield no debería utilizar ciertos términos básicos de la lingüística, como «indoeuropeo» o «protorromance», por no hablar de «estilo»[\[124\]](#). Nunca sabremos si Spitzer logró convertir a la hermenéutica a los lingüistas norteamericanos, pero al menos dejó claro que el punto de vista de Bloomfield no era el único posible.

Resumiendo: los encuentros personales de la era del Gran Éxodo dieron lugar a cambios para ambas partes, promoviendo un acercamiento entre la investigación empírica y la teórica. El caso de los exiliados de la década de 1930 es el mejor y más claro ejemplo de hibridación de todos los estudios de caso de este libro.

EPÍLOGO: TRAS 1945

Muchos intelectuales se han convertido en exiliados o expatriados después de 1945, como tantas otras personas. Sería sencillo aumentar el número de ejemplos colectivos que ofrecemos en esta breve conclusión. Hubo quien escapó de regímenes comunistas y quien huyó de regímenes anticomunistas, casi siempre dictaduras militares.

Cierto número de intelectuales fueron al exilio o se negaron a volver a casa tras la creación de regímenes comunistas en Europa Central y del Este después de la Segunda Guerra Mundial. El politólogo polaco Zbigniew Brzezinski, por ejemplo, vivía en Canadá en 1945 porque su padre era diplomático. La familia decidió no volver a la Polonia comunista. Brzezinski estudió en Harvard, donde más tarde trabajó como profesor. También fue consejero en política

internacional de algunos presidentes de Estados Unidos, de Kennedy en adelante. Otro polaco, el periodista Jerzy Giedroyć, se trasladó a París tras 1945 y editó el periódico *Kultura* desde 1947 hasta el 2000, año de su muerte. La psicoanalista húngara, Maria Török, huyó a Francia en 1947, el año en que el Partido Comunista ganó las elecciones en su país.

El rumano Mircea Eliade, una figura destacada en el campo de las religiones comparadas, vivía en el extranjero cuando se estableció un régimen comunista en su país tras la guerra. Eliade permaneció en Occidente, primero en París y luego en Chicago. Otro rumano, el sociólogo Zevedei Barbu, en principio apoyó al nuevo régimen, pero cuando estaba trabajando en Londres como diplomático se enteró de que habían ejecutado a uno de sus mejores amigos y pidió asilo político. Se recicló hasta convertirse en profesor universitario en Sussex primero y en Brasilia después.

La fundación del Estado de Israel en 1948 también fomentó el exilio y la expatriación. Muchos investigadores, o futuros investigadores, se trasladaron a Israel por entonces, como el sociólogo Yehudah Elkanah, de Yugoslavia, el historiador Saúl Friedlander, de Praga, el filósofo Hans Jonas, de Alemania y el politólogo Zeev Sternhell, de Polonia. El historiador del arte Moshe Barasch tuvo muchos problemas de mediación. Barasch procedía de Czernowitz (que era Rumanía cuando se fue) y se convirtió en profesor universitario en Jerusalén. Como era un especialista en el Renacimiento italiano, tuvo muchas dificultades para explicar el arte occidental a estudiantes que habían crecido en el seno de una cultura iconofóbica, en la que el mandamiento que prohíbe las imágenes se suele tomar al pie de la letra^[125].

Tras la represión de la Revolución húngara de 1956 hubo una nueva oleada de exiliados, unos doscientos mil, entre los que había intelectuales, algunos ya famosos y otros que hicieron brillantes carreras en el extranjero. Entre los filósofos hay que mencionar a Imre Lakatos, que estudió en Cambridge y enseñó filosofía de la ciencia en la London School of Economics, y a István Mészáros, antiguo discípulo de Georg Lukács, que fue docente en la Universidad de Sussex. Salieron de Hungría historiadores como János Bak, que estudió en Oxford y Marburgo, enseñó en Canadá y volvió a Hungría en la década de 1990, Nicholas Pronay, profesor en la Universidad de Leeds y destacado especialista en historia del cine y Laszlo Péter, que se convirtió en profesor de historia de Hungría en la London University. Como los exiliados rusos y alemanes antes que ellos, los historiadores lograron que sus

estudiantes adquirieran conciencia del lugar que ocupaba Hungría en la historia europea. Los filósofos, por su parte, explicaron y encarnaron formas de pensamiento diferentes al empirismo anglófono.

En 1968 hubo una tercera oleada de exiliados, esta vez procedentes de Checoslovaquia tras la invasión soviética. Despidieron a muchos profesores universitarios que se sumaron al casi cuarto de millón de exiliados que abandonó el país. Gran parte de los que se quedaron acabaron trabajando en la construcción, de oficinistas, taxistas, etcétera. Los que optaron por el exilio acabaron muy desperdigados, unos en Europa Occidental y otros en las Américas (no solo en Estados Unidos, también en Chile o Canadá, por ejemplo). Entre los intelectuales figuraban el escritor Milan Kundera y el especialista en literatura Eduard Goldstuecker, que había desempeñado un papel importante durante la Primavera de Praga y acabó siendo profesor en la Universidad de Sussex; el historiador de la ciencia eslovaco Mikuláš Teich, quien ya había vivido en el exilio en 1938 como su amigo Goldstuecker; Dalibor Vesely (antiguo discípulo del filósofo disidente Jan Patočka), que enseñó a los estudiantes de Cambridge las ideas de los filósofos del continente; y el historiador Vilém Prečan, despedido de su puesto en la Academia de las Ciencias checa tras publicar documentos relacionados con la invasión soviética de 1968 (El «Libro negro checo»). Prečan se fue a la República Federal de Alemania y volvió dos décadas después para dirigir un nuevo Instituto de Historia Nacional.

Por entonces el gobierno polaco se fue haciendo progresivamente más opresor y antisemita; algunos intelectuales salieron del país o fueron expulsados, entre ellos el filósofo Leszek Kolakowski, que se trasladó a Canadá, Gran Bretaña y Estados Unidos; los historiadores Bronislaw Baczko y Krzysztof Pomian, que se establecieron en Ginebra y París respectivamente y el sociólogo Zygmunt Bauman, que se convirtió en profesor de la Universidad de Leeds. Estos exiliados de Europa Central y del Este (junto a algunos expatriados de los que hablaremos más adelante) actuaron como mediadores, incentivando el interés de los estudiantes occidentales por los sucesos que ocurrían en su parte de Europa. También dieron alas a la teoría en ámbitos que iban del marxismo explícito a la semiótica, sobre todo en su versión rusa, representada por Juri Lotman y su escuela. Algunos exiliados de la Cuba de Castro, o sus hijos, se convirtieron en académicos en Estados Unidos y realizaron importantes aportaciones al estudio, tanto de la cultura española

como de la hispanoamericana. Estoy pensando en Teófilo Ruiz de UCLA y Carlo Eire de Yale en historia española, por ejemplo, y en Roberto González Echevarría, también de Yale, especializado en literatura española e hispanoamericana. María Rosa Menocal, que salió de Cuba de niña con destino a Estados Unidos, enseñó historia medieval de España, una vez más, en Yale. Uno de sus libros trata del papel del exilio en los orígenes de la lírica.

Hubo muchos intelectuales sudamericanos que buscaron refugio huyendo de regímenes de derechas tras golpes de estado militares como el de 1964 en Brasil, el de 1973 en Chile y el de 1976 en Argentina[126]. En el caso de Brasil recordemos al economista Celso Furtado, ministro de Planificación en 1964, que se refugió en la embajada mexicana tras el golpe militar y retomó la vida académica en el exilio, en Estados Unidos, Francia e Inglaterra; al educador Paulo Freire, que huyó a Bolivia, Chile y finalmente Suiza. También tenemos el ejemplo del sociólogo (y mucho después presidente) Fernando Henrique Cardoso, que se trasladó a Chile primero y a Francia después antes de volver a Brasil. Entre los historiadores exiliados de esa época figuran José Honorio Rodríguez, despedido como director general de Archivos en 1964 y Emilia Viotti da Costa, que perdió su cátedra de São Paulo en 1969. Ambos se instalaron en Estados Unidos, a Rodríguez le contrató la Universidad de Columbia y a Viotti la de Yale. Viotti puso la historia de Brasil en el mapa de la docencia norteamericana. Por su parte, las ideas de Freire sobre la alfabetización para «incrementar la conciencia» se difundieron mejor fuera como consecuencia de su exilio.

Entre los exiliados argentinos contamos con Tulio Halperin Donghi, que se fue tras un golpe militar anterior, el de 1966, y pasó la mayor parte de su vida laboral en California, Berkeley; también con el teórico de la cultura Walter Mignolo, que acabó enseñando en la Duke University; el politólogo Guillermo O'Donnell, que se trasladó a Brasil y más tarde a Estados Unidos y Ernesto Laclau, profesor de ciencia política en la Universidad de Essex, cuyas ideas siguen ejerciendo gran influencia hoy (por ejemplo en el caso del movimiento Podemos y en el de Jeremy Corbyn). Mención aparte merecen los antropólogos Nestor Canclini, que emigró a México y publicó importantes tratados sobre su cultura, y Eduardo Archetti, que eligió irse a Noruega y acabó dirigiendo el Departamento de Antropología Social de la Universidad de Oslo, donde nunca dejó de estudiar a Latinoamérica. Los estudios de

Archetti sobre la antropología del tango, el polo y el fútbol, sobre todo las diferencias que enumera entre el fútbol latino y el del norte, son un buen ejemplo del distanciamiento respecto de su propia cultura que suelen adquirir los exiliados. El psicoanálisis ilustra, como ejemplo colectivo, el impacto de estos refugiados en sus países de acogida. Fueron los psicoanalistas argentinos quienes, a partir de la década de 1970, introdujeron esta disciplina (sobre todo en su versión lacaniana) en España[127].

Como muestran la mayoría de estos ejemplos, al contrario de lo que ocurrió en el caso de los republicanos españoles de la década de 1930, que se asentaron mayoritariamente en países donde se hablaba español, gran parte de los exiliados hispanoamericanos de la década de 1970 se establecieron en lugares donde tuvieron que aprender una lengua extranjera. Más recientemente cierto número de expatriados ha seguido los pasos de estos exiliados. El colombiano Carlos Jáuregui, por ejemplo, enseña literatura en la Universidad de Notre Dame y ha escrito sobre el «canibalismo cultural» en Latinoamérica, es decir, sobre el proceso de digerir y transformar las influencias europeas. Jorge Cañizares-Esguerra, nació en Ecuador, creció en México y Colombia, y en la actualidad enseña historia latinoamericana en Austin, Texas, haciendo hincapié en la importancia de las contribuciones españolas a la cultura occidental. El brasileño Luiz Felipe de Alencastro fue contratado como profesor de historia brasileña en la Sorbona en el año 2000, lo que invirtió el flujo de la década de 1930, en la que, como hemos visto, llegaron a Brasil distinguidos docentes e investigadores franceses. Todo el grupo de investigadores latinoamericanos ha actuado y sigue actuando colectivamente como mediador, incentivando el interés de los extranjeros por el estudio de su continente. También han reforzado el mensaje de los exiliados centroeuropeos y de Europa del Este de la década de 1930, 1950 y 1960 sobre la importancia de la teoría.

Los intelectuales que abandonaron Sudáfrica en los años del *apartheid* no eran ni exiliados ni expatriados, pues salían para estudiar y luego enseñaban en cualquier otro lugar. Los antropólogos Jean y John Comaroff, por ejemplo, enseñaron en la Universidad de Chicago, mientras su colega Adam Kuper daba clases en la Universidad de Londres. Los estudios africanos en Gran Bretaña deben mucho a investigadores sudafricanos como el historiador Shula Marks o los antropólogos Meyer Forte, Max Gluckman e Isaac Shapera. Los sociólogos John Rex y Stanley Cohen, en cambio, se trasladaron de Sudáfrica a Gran

Bretaña[128]. Hubo un grupo de expatriados que se trasladó del norte de África a Francia: Hélène Cixous y Jacques Derrida procedían de Argelia, por ejemplo, y el historiador Lucette Valensi, de Túnez. Dos especialistas en semiótica búlgaros, Julia Kristeva y Tzvetan Todorov, llegaron a París en viaje de estudios en la década de 1960 y viven en Francia desde entonces.

También son expatriados, en un sentido mucho menos ambiguo, algunos intelectuales del sur de Asia que se han labrado brillantes carreras en el mundo anglófono. En el caso de la antropología tenemos a los hindúes Arjun Appadurai y Partha Chatterjee, y a dos nacionales de Sri Lanka, Gananath Obeyesekere y Stanley Tambiah; los cuatro se convirtieron profesores de universidad en Estados Unidos. Gayatri Chakravorty Spivak, de Calcuta, y Homi Bhabha, de Bombay, activos en el ámbito de la literatura y la teoría cultural, se instalaron en Estados Unidos, al igual que el economista Amartya Sen y el filósofo Akeel Bilgrami. Hay un número especialmente elevado de historiadores expatriados. Ranajit Guha, por ejemplo, fundador de un grupo innovador asociado a la idea de «estudios subalternos», fue docente en la Universidad de Sussex antes de trasladarse a Australia. Entre los historiadores hindúes activos como docentes en Estados Unidos tenemos a Dipesh Chakrabarty en Chicago, Gyan Prakash en Princeton y Sanjay Subrahmanyam en Los Ángeles (tras algunos escauceos en París y Oxford). Colectivamente, han situado la historia de la India en el mapa intelectual de los estudiantes norteamericanos y han implementado tendencias como «la historia desde abajo», la «historia conectada» y la teoría poscolonial.

Gracias a investigadores como estos, los estudiantes e intelectuales occidentales están más preparados para entender el movimiento de globalización cultural en el que estamos inmersos. Sería imposible dar una descripción densa y hacer un análisis en profundidad de los diversos efectos que han tenido las diásporas mencionadas aquí, puesto que abarcan un arco cronológico que va de la década de 1450 a la de 1970. En vez de eso, volviendo al presente, me gustaría invitar a los lectores a realizar un experimento de historia virtual. Intentemos imaginar cuál sería el estado del saber, sobre todo en humanidades y ciencias sociales, en Gran Bretaña o en cualquier otro país de Occidente, si los exiliados (sobre todo los de la década de 1930) no hubieran llegado cuando lo hicieron. En mi opinión, no pocas regiones de Europa y las Américas habrían sido mucho más provincianas sin la aportaciones de los exiliados y éstos, a su vez, también habrían sido mucho

más estrechos de miras de haber permanecido en sus respectivas patrias. Lo que me gustaría que recordaran los lectores cuando cierren este libro es la importancia, tanto hoy como en épocas más remotas, de este doble proceso de ampliación de horizontes.

[1] Fernand Baldensperger, *Le mouvement des idées dans l'émigration française, 1789-1815*, 2 vols., Paris, Plon, 1924, p. 46; *cfr.*: Rubinstein, *Französische Emigration*, cit.; Kirsty Carpenter, *Refugees of the French Revolution: émigrés in London, 1789-1802*, Basingstoke, Macmillan, 1999.

[2] Lloyd S. Kramer, *Threshold of a New World: intellectuals and the exile experience in Paris, 1830-1848*, Ithaca, Cornell University Press, 1988, p. 232; John D. Stanley, «Joachim Lelewel», en Peter Brock *et al.* (eds.), *Nation and History*, Toronto, University of Toronto Press, 2006, pp. 52-84. Un estudio de los refugiados europeos del siglo XIX en Michael Marrus, *The Unwanted: European Refugees in the 20th Century*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 14-50.

[3] Marrus, *The Unwanted*, cit., p. 15.

[4] Rosemary Ashton, *Little Germany: Exile and Asylum in Victorian England*, Oxford, Oxford University Press, 1986; Heléna Tóth, *An Exiled Generation: German and Hungarian Refugees of Revolution, 1848-1871*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

[5] Edward Miller, *Prince of Librarians: the life and times of Antonio Panizzi of the British Museum*, Londres, Deutsch, 1967.

[6] Kramer, *Threshold of a New World*, cit., p. 175.

[7] Fernando Murillo Rubiera, *Andrés Bello*, Caracas, la Casa de Bello, 1986; *Oxford Dictionary of National Biography*, “Rudolf Ackermann”.

[8] José Luis Renique, citado en Sznajder y Roniger, *The Politics of Exile*, cit., p. 79.

[9] Fermi, *Illustrious Immigrants*, cit., p. 3.

[10] Cathérine Gousseff, *L'exil russe: la fabrique du réfugié apatride*, Paris, CNRS, 2008, pp. 54-56.

[11] Robert C. Williams, *Culture in Exile: Russian émigrés in Germany, 1881-1941*, Ithaca, Cornell University Press, 1972, p. 5; *cfr.*: Marc Raeff, *Russia Abroad: a cultural history of the Russian emigration*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.

[12] Gousseff, *L'exil russe*, cit., pp. 132-135.

[13] Michel Heller, «L'histoire de l'expulsion des personnalités culturelles hors de l'Union Soviétique en 1922», *Cahiers du monde russe et soviétique* 20 (1979), pp. 131-172, esp. p. 164; Tomáš Hermann y Karel Kleisner, «The Five “Homes” of Mikhail M. Novikov», *Jahrbuch für Europäische Wissenschaftskultur* 1 (2005), pp. 87-130, esp. p. 96.

[14] Zdeněk Sládek, «Prag: Das ‘russische Oxford’», en Karl Schlögel (ed.), *Der Grosse Exodus*, Múnich, Beck, 1972, pp. 218-233; Catherine Andreyev e Ivan Savický, *Russia Abroad: Prague and the Russian Diaspora, 1919-1938*, New Haven, Yale University Press, 2004.

[15] Marinus A. Wes, *Michael Rostovtzeff. Historian in Exile*, Stuttgart, Steiner, 1990, pp. 52, 75.

[16] Hermann y Kleisner, «The Five “Homes” of Mikhail M. Novikov», cit., p. 103.

[17] Robert H. Johnston, «*New Mecca, New Babylon*»: *Paris and the Russian Exiles, 1920-1945*, Kingston y Montreal, McGill University Press, 1988, pp. 5 y 28.

[18] Galin Tihanov, «Russian Emigré Literary Criticism and Theory between the World Wars», en Evgeny Dobrenko y Galin Tihanov (eds.), *A History of Russian Literary Theory and Criticism*, Pittsburgh PA, University of Pittsburgh Press, 2011, pp. 144-162, esp. p. 148.

[19] Lee Congdon, *Exile and Social Thought; Tibor Frank, Double Exile: migrations of Jewish-*

Hungarian professionals through Germany to the United States, 1919-1945, Oxford, Oxford University Press, 2009.

[20] Charles Killinger, *Gaetano Salvemini*, Westport CN, Praeger, 2002, pp. 203-266, esp. pp. 241, 245, 247.

[21] Ariane Dröscher, «Gli italiani e l'estero: flussi di migrazione intellettuale», en Francesco Cassata y Claudio Pogliano (eds.), *Storia d'Italia, Annali* 26, Turin, Einaudi, 2011, pp. 807-832.

[22] Christmann y Hausmann, *Romanisten*, cit., p. 255; Anke Dörner, *La Vita Spezzata. Leonardo Olschki, ein jüdischer Romanist zwischen Integration und Emigration*, Tübinga, Stauffenburg, 2005.

[23] Michael H. Crawford, «L'insegnamento di Arnaldo Momigliano in Gran Bretagna», en Lellia Cracco Ruggini (ed.), *Omaggio ad Arnaldo Momigliano*, Como, New Press, 1989, pp. 27-42; Peter Miller (ed.), *Momigliano and Antiquarianism: foundations of the modern cultural sciences*, Toronto, University of Toronto Press, 2007.

[24] José Luis Abellán (ed.), *El exilio español de 1939*, vol. 1, Madrid, Taurus, 1976, p. 16; Francisco Caudet, *El exilio republicano de 1939*, Madrid, Cátedra, 2005; Henry Kamen, *The Disinherited*, cit., p. 272; Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina*, Madrid, Iberoamericana, 2011, p. 11; sobre los médicos, Rockwell Gray, «The Spanish Diaspora: a culture in exile», *Salmagundi* 77 (1988), pp. 53-83, esp. p. 72.

[25] María Fernanda Mancebo, *La España de los exilios*, Valencia, Universitat de Valencia, 2008, pp. 255-297, esp. p. 259.

[26] Gabriel Jackson, *Juan Negrín*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2010, pp. 297-298.

[27] Caudet, *El exilio republicano*, cit., pp. 127-166; José María López Sánchez, «El exilio científico republicano en México», en Luis Enrique Otero Carvajal (ed.), *La destrucción de la ciencia en España*, Madrid, Complutense, 2006, pp. 177-239.

[28] Jackson, *Juan Negrín*, cit., pp. 294, 309.

[29] Luis Enrique Otero (ed.), *La destrucción de la ciencia en España*, cit.

[30] Citado en Kamen, *The Disinherited*, cit., p. 273.

[31] José Gaos, «La adaptación de un español a la sociedad hispano-americana», *Revista de Occidente* (1966), pp. 170-172; Angel del Río, *The Clash and Attraction of Two Cultures*, trad. Inglesa, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1965, p. xii.

[32] José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, Méjico, Alianza, 1980; Adolfo Sánchez Vázquez, *Rousseau en México*, Ciudad de Méjico, Grijalbo, 1967.

[33] Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, cit., pp. 137-141, 159-163.

[34] Adeline Rucquoi, «Spanish Medieval History and the Annales», en Miri Rubin (ed.), *The Work of Jacques Le Goff*, Woodbridge, Boydell Press, 1997, pp. 123-141, esp. p. 125.

[35] Fernando Larraz Elorriaga, «Los exiliados y las colecciones editoriales en Argentina, 1938-1954», en Pagni, *El exilio republicano español en México y Argentina*, cit., pp. 129-144.

[36] Herbert A. Strauss, «Wissenschaftsemigration als Forschungsproblem», en Strauss *et al.* (eds.), *Die Emigration der Wissenschaften nach 1933*, Múnich, Saur, 1991, pp. 7-24; H. Stuart Hughes, *Sea Change: the migration of social thought 1930-1965*, Nueva York, Harper, 1975, p. 18.

[37] Charles Weiner, «The Refugees and American Physics», en Fleming y Bailyn, *Intellectual Migration*, cit., pp. 190-228, esp. p. 228; Paul K. Hoch, «The Reception of Central European Refugee Physicists», *Annals of Science* 40 (1983), pp. 217-246; *ibid.*, «Some Contributions to Physics by German-Jewish Emigrés in Britain and Elsewhere», en Mosse, *Second Chance*, cit., pp. 229-242, esp. pp. 232-233.

[38] Epstein, «Schicksalsgeschichte», cit., p. 120.

[39] Marion Berghahn, «Women Emigrés in England», en Sybille Quack (ed.), *Between Sorrow and Strength*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 69-80; Andrea Hammel, «Gender and Migration», en Edward Timms y Jon Hughes (eds.), *Intellectual Migration and Cultural*

Transformation, Viena y Nueva York, Springer, 2003, pp. 207-218.

[40] Catherine Epstein, «Woman, Refugee, Historian: the life and career of Helene Wieruszowski», en Axel Fair-Schulz y Mario Kessler (eds.), *German Scholars in Exile*, Lanham MD, Lexington Books, 2011, pp. 85-92.

[41] Catherine Epstein, «Fashioning Fortuna's Whim: German-Speaking Women Emigrant Historians in the United States», en Sybille Quack (ed.), *Between Sorrow and Strength: Women Refugees in Nazi Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 301-323, esp. p. 306, 322.

[42] E. Stina Lyon, «Karl Mannheim and Viola Klein», en Shula Marks, Paul Weindling y Laura Wintour (eds.), *In Defence of Learning: the plight, persecution and placement of academic refugees, 1933-1980s*, Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 177-190, esp. p. 181-187.

[43] Ulrike Wendland (ed.), *Biographisches Handbuch deutschsprachiger Kunsthistoriker in Exil*, Múnich, Saur, 1999, véase *infra* «Gova», «Falk», y «Orienter».

[44] Alfons Söllner, «In Transit to America: political scientists from Germany in Great Britain», en Werner Mosse (ed.), *Second Chance: two centuries of German-speaking Jews in the United Kingdom*, Tubinga, Mohr, 1991, pp. 121-136.

[45] Jonas Hansson y Svante Nordin, *Ernst Cassirer: the Swedish Years*, Berna, Peter Lang, 2006; Harries, *Nikolaus Pevsner*, cit.

[46] Geoffrey R. Elton, *The English*, Oxford, Blackwell, 1992, prefacio. Mikuláš Teich me confirma que Elton hablaba con el acento de los «alemanes de Praga».

[47] Geoffrey R. Elton, *Return to Essentials*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 91, 124.

[48] Elton, *Return to Essentials*, cit., p. 54.

[49] Geoffrey R. Elton, *The Practice of History* [1967], 2.^a ed., Oxford, Blackwell, 2002, pp. 56-57.

[50] Francis Carsten, «From Revolutionary Socialism to German History», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 25-40, esp. p. 34; John Grenville, «From Gardener to Professor», *ibid.*, pp. 55-72, esp. p. 70.

[51] Geoffrey R. Elton, *The Tudor Revolution in Government*, Cambridge, Cambridge University Press, 1953.

[52] Wolfgang Rogge (ed.), Theodor W. Adorno y Ernst Krenek, *Briefwechsel*, Fráncfort, Suhrkamp, 1974, p. 44.

[53] Theodor Adorno, «Scientific Experiences of a European Scholar in America», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 33-70, esp. p. 38; Paul Lazarsfeld, «An Episode in the History of Social Research», *ibid.*, pp. 270-334, esp. p. 301.

[54] Dieter Wuttke, «Die Emigration der Kulturwissenschaftlichen Bibliothek Warburg und die Anfänge des Universitätsfaches Kunstgeschichte in Grossbritannien», *Artibus et Historiae* 5 (1984), pp. 133-146; Dorothea McEwan, «Mapping the Trade Routes of the Mind: the Warburg Institute», en Timms y Hughes, *Intellectual Migration*, cit., pp. 37-50.

[55] Nicholas Mann, «Translatio Studii: Warburgian Kunstwissenschaft in London, 1933-45», en Roberto Scazzieri y Raffaella Simili (eds.), *The Migration of Ideas*, Sagamore Beach, MA, Science History Publications, 2008, pp. 151-160.

[56] Martin Jay, *Permanent Exiles*, cit., pp. 41, 43; David Kettler, «Negotiating Exile: Franz L. Neumann as Political Scientist», en Caroline Arni (ed.) *Der Eigensinn des Materials*, Fráncfort, Stroemfeld, 2007, pp. 205-224; Thomas Wheatland, *The Frankfurt School in Exile*, Minneapolis, MN, University of Minnesota Press, 2009, pp. 66, 73, 76-77, 205-207.

[57] Gordin, *Scientific Babel*, cit., p. 204.

[58] Lewis A. Coser, *Refugee Scholars in America: their impact and their experiences*, New

Haven, Yale University Press, 1984, pp. 12, 106.

[59] Erwin Panofsky, «The History of Art», en Franz Neumann (ed.), *The Cultural Migration: the European Scholar in America*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1953, pp. 82-111; Eisler, «Kunstgeschichte American Style», cit.; Wuttke, «Die Emigration der Kunstwissenschaftlichen Bibliothek Warburg», cit.; Michels, *Transplantierte Kunstwissenschaft*, cit.; Johannes Feichtinger, «The Significance of Austrian Emigré Art Historians for English Art Scholarship» en Timms y Hughes, *Intellectual Migration*, cit., pp. 51-70.

[60] Kenneth Clark, *Another Part of the Wood*, London, Murray, 1974.

[61] Citado en Mann, «Translatio Studii», cit., p. 158.

[62] Kenneth Clark, «A Lecture that Changed my Life», en Stephan Füssell (ed.), *Mnemosyne*, Gotinga, Gratia-Verlag, 1979, pp. 47-48.

[63] Coser, *Refugee Scholars in America*, cit., p. 85; Michels, *Transplantierte Kunstwissenschaft*, cit., p. 15.

[64] Eisler, «Kunstgeschichte American Style», cit., p. 559; Coser, *Refugee Scholars*, cit., pp. 255-60; Michels, *Transplantierte Kunstwissenschaft*, cit.

[65] Uwe Westphal, «German, Czech and Austrian Jews in English Publishing», en Mosse, *Second Chance*, cit., pp. 195-208; Nigel Spivey, *Phaidon 1923-98*, Londres, Phaidon, 1999.

[66] Agradezco esta aclaración al profesor Simon Franklin de la Universidad de Cambridge.

[67] Craig Calhoun (ed.), *Sociology in America: a history*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, una obra colectiva que carece de un capítulo sobre la contribución de los emigrados.

[68] Jean Floud, citado en David Kettler y Volker Meja, *Karl Mannheim and the Crisis of Liberalism*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1995, p. 295; *cfr.* su «Karl Mannheim», *New Society* 29 de diciembre de 1966, p. 971.

[69] Young citado en Colin Loader, *The Intellectual Development of Karl Mannheim*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 127; Karl Mannheim, *Essays on Sociology and Social Psychology* Londres, Routledge, 1953, p. 225.

[70] Karl Mannheim, *Correspondence*, ed. de Éva Gábor, Lewiston, NY, Edwin Mellen Press, 2003, p. 202; Loader, *The Intellectual Development of Karl Mannheim*, cit., p. 127; Mannheim, «Function», cit.; Kettler y Meja, *Karl Mannheim*, cit., p. 281; Norbert Elias, «Sociology and Psychiatry», en Siegmund H. Foulkes y G. Stewart Prince (eds.), *Psychiatry in a Changing Society*, Londres, Tavistock, 1969, pp. 117-144.

[71] Citado en Dorothea McEwan, «Mapping the Trade Routes of the Mind», cit., p. 42.

[72] Tim Mowl, *Stylistic Cold Wars: Betjeman versus Pevsner*, Londres, John Murray, 2000.

[73] Perry Anderson, «Components of the National Culture», *New Left Review* 50 (1968), pp. 3-58, esp. p. 51. Wellek había nacido en Viena, pero era de ascendencia checa.

[74] Hobsbawm, «The Historians' Group of the Communist Party», cit., p. 23.

[75] Games, *Pevsner*, cit., p. 2.

[76] Cynthia Freeland, *Art Theory: a very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2003; Robert Williams, *Art Theory: an historical introduction*, Oxford, Blackwell, 2004.

[77] Wheatland, *Frankfurt School*, cit., pp. 171, 178, 306-307; Mannheim, *Selected Correspondence*, cit., p. 113.

[78] Peter Laslett, «Karl Mannheim in 1939: a student's recollection», *Revue Européenne des Sciences Sociales et Cahiers Vilfredo Pareto*, 17 (1979), pp. 223-226.

[79] Stephen Mennell, *Norbert Elias*, Oxford, Blackwell, 1989.

[80] Carsten, «From Revolutionary Socialism», cit., p. 30.

[81] Rodney Livingstone, «The Contribution of German-Speaking Jewish Refugees to German Studies in Britain», en Mosse, *Second Chance*, cit., pp. 137-152, esp. p. 147.

[82] William E. Scheuerman, «Professor Kelsen's Amazing Disappearing Act», en Felix Rösch (ed.),

Émigré Scholars and the Genesis of International Relations, Basingstoke, Ashgate, 2014, pp. 81-102.

[83] Alfons Söllner, «Von Staatsrecht zur “political science” – die Emigration deutscher Wissenschaftler nach 1933, ihr Einfluss auf die Transformation einer Disziplin», en Herbert A. Strauss *et al.* (eds.), *Die Emigration der Wissenschaften nach 1933*, Múnich, Saur, 1991, pp. 137-164; Rösch, *Émigré Scholars*, cit.; Gerhard Loewenberg, «The Influence of European Émigré Scholars on Comparative Politics, 1925-1965», *American Political Science Review* 100 (2006), pp. 597-604.

[84] Herbert Feigl, «The Wiener Kreis in America», en Fleming and Bailyn, *Intellectual Migration*, cit., pp. 630-673; Coser, *Refugee Scholars*, cit., pp. 202-207, 298-306; Eugene R. Sheppard, *Leo Strauss and the Politics of Exile: the making of a political philosopher*, Hanover, NH, University Press of New England, 2006.

[85] Fermi, *Illustrious Immigrants*, cit., pp. 139-173; Jean M. Mandler y George Mandler, «The Diaspora of Experimental Psychology», en Fleming y Bailyn, *The Intellectual Migration*, cit., pp. 371-419; Jahoda, «The Migration of Psychoanalysis», cit.; Mitchell G. Ash, «Disziplinentwicklung und Wissenschaftstransfer – deutschsprachige Psychologen in der Emigration», *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte* 7 (1984), pp. 207-226; Coser, *Refugee Scholars*, cit., pp. 19, 22-27.

[86] Mannheim, «The Function of the Refugee», cit.

[87] Hughes, *Sea Change*, cit., p. 114; Lazarsfeld, «An Episode», cit., pp. 271, 302.

[88] Walter Kaufmann, «The Reception of Existentialism in the United States» en Boyers, *The Legacy*, pp. 69-96, esp. p. 79-80; David Pickus, «At Home with Nietzsche, at War with Germany: Walter Kaufmann and the Struggles of Nietzsche Interpretation», en Richard Bodek y Simon Lewis (eds.), *The Fruits of Exile* Columbia SC, University of South Carolina Press, 2010, pp. 156-176; Peter Breiner, «Translating Max Weber», en Rösch, *Émigré Scholars*, cit., pp. 40-58.

[89] Martin Jay, *Permanent Exiles*, cit., p. 142.

[90] Kenneth D. Barkin, «Émigré Historians in America, 1950-1980», en Lehmann y Sheehan, *An Interrupted Past*, cit., pp. 149-169, esp. p. 153.

[91] Carsten, «From Revolutionary Socialism», cit., p. 36.

[92] Auerbach, *Mimesis*, cit., p. 557. Spitzer también se quejaba de que «apenas había libros» en la Universidad de Estambul, citado en Konuk, «Jewish-German philologists», cit., p. 43 y también Leselotte Dieckmann. Erichsen, «Türkischer Exil», cit., p. 345.

[93] Yosef Kaplan, «Between Yitzhak Baer and Claudio Sánchez Albornoz: The rift that never healed», en Richard I. Cohen *et al.* (eds.), *Jewish Culture in Early Modern Europe*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2014, pp. 356-368. Ejemplos de antisemitismo en los escritos de Sánchez-Albornoz, en Peter Russell, «The Nessus-Shirt of Spanish History», *Bulletin of Hispanic Studies* 36 (1959), pp. 219-225, esp. p. 223, y Peter Linehan, *History and the Historians of Medieval Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1993, nota 51.

[94] Erwin Panofsky, «In Defense of the Ivory Tower», *Centennial Review* 1 (1957), pp. 111-112; Jan Białostocki, «Erwin Panofsky: thinker, historian, human being», *Simiolus* 4 (1970), pp. 68-89, esp. p. 70.

[95] H. Stuart Hughes, «Franz Neumann», en Fleming y Bailyn, *The Intellectual Migration*, cit., pp. 446-462, esp. pp. 449, 462.

[96] Lucie Varga, «La genèse du national-socialisme. Notes d'analyse sociale», *Annales d'histoire économique et sociale* 9 (1937), pp. 529-546; Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology* 7 (1956), pp. 226-252.

[97] Hobsbawm, *Interesting Times*, cit., p. 98.

[98] Eric J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, 1990, pp. 1, 130, 168 [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992]; Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Oxford, Blackwell, 1983 [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988].

[99] Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, 2 vols., Princeton, NJ, Princeton University Press, 1955, vol.1, pp. x, xii, 8, 10; vol.2, p. 389; Anthony Molho, «Hans Baron's Crisis», en

David S. Peterson y Daniel E. Bornstein (eds.) *Florence and Beyond*, Toronto: University of Toronto Press, 2008, pp. 61-90.

- [100] Rubinstein, *Die französische Emigration*, cit.
- [101] Anderson, *Components*, cit., p. 19.
- [102] Panofsky, *Meaning in the Visual Arts*, cit., p. 329.
- [103] George Weidenfeld, *Remembering My Good Friends*, cit., p. 115.
- [104] Jennifer Platt, «Some Issues in Intellectual Method and Approach», en Timms y Hughes, *Intellectual Migration*, cit., pp. 7-20, esp. p. 14.
- [105] Reuben Abel, «Felix Kaufmann», en Boyers, *The Legacy*, cit., pp. 288-291. Cfr. Herbert Feigl, «The *Wiener Kreis* in America».
- [106] Coser, *Refugee Scholars*, cit., pp. 211-212; cfr. Alfons Söllner, «From International Law to International Relations: émigré scholars in American Political Science and International Relations», en Rösch, *Émigré Scholars*, cit., pp. 197-211, esp. p. 204.
- [107] Edward Shils, «The Calling of Sociology», en Talcott Parsons *et al.* (eds.), *Theories of Society*, Nueva York, Free Press, 1961, pp. 1405-1450, esp. p. 1407.
- [108] Adorno, «Scientific Experiences», cit., p. 340; Martin Jay, *Permanent Exiles*, cit., pp. 107-137, esp. pp. 123-124.
- [109] McIver citado en John Higham y Paul Conkin (eds.), *New Directions in American Intellectual History*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979, p. 8; Adorno, «Scientific Experiences», cit., p. 343.
- [110] Lazarsfeld, «An Episode», cit., p. 322.
- [111] Sobre Horkheimer, James Schmidt, «*The Eclipse of Reason* and the End of the Frankfurt School in America», en Bodek y Lewis, *The Fruits of Exile*, cit., pp. 1-28, esp. p. 7; sobre Kelsen, Jeremy Telman, «Selective Affinities», *ibid.*, pp. 40-58, esp. pp. 43-45, y Scheuerman, «Professor Kelsen's Amazing Disappearing Act», cit.
- [112] Jay, *Permanent Exiles*, cit., pp. 35, 107.
- [113] Shils, «The Calling of Sociology», cit., p. 1407.
- [114] Wheatland, *Frankfurt School*, cit., pp. 128, 131.
- [115] Theodor Adorno, Else Frenkel-Brunswik, Daniel J. Levinson y Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality*, Nueva York, Norton, 1950.
- [116] Adorno, *The Authoritarian Personality*, cit.; Hughes, *Sea Change*, cit., pp. 3, 150, 152-153.
- [117] Jahoda, «Migration of Psychoanalysis», cit., p. 421.
- [118] Nicolai Rubinstein, «Germany, Italy and England», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 237-246, esp. p. 242
- [119] Regina Weber, «Zur Remigration des Germanisten Richard Alewyn», en Strauss *et al.*, *Die Emigration*, cit., pp. 235-256.
- [120] Hoch y Platt, «Migration», cit., p. 139.
- [121] Tillich, «The Conquest», cit., p. 155.
- [122] Neumann, «Social Sciences», cit., p. 24; *ibid.*, *Memorandum to a conference on social sciences in Chicago in 1939*, citado en Thomas Wheatland, «Frank L. Neumann: negotiating political exile», *German Historical Institute Bulletin*, Suplemento 10 (2014), pp. 1111-1138, esp. p. 119-120.
- [123] Norbert Elias, «The Retreat of Sociologists into the Present», *Theory Culture and Society* 4 (1987), pp. 223-247.
- [124] Leonard Bloomfield, «Language or Ideas?», *Language* 12 (1936-1938), pp. 89-95; Leo Spitzer, «Answer to Mr. Bloomfield», *Language* 20 (1944), pp. 245-251.
- [125] Comunicación personal, década de 1990.
- [126] Andrew Graham-Yoole, «The Wild Oats They Sowed: Latin American Exiles in Europe», *Third World Quarterly* 9 (1987), pp. 246-253.

[\[127\]](#) Eduardo P. Archetti, *Masculinities: football, polo and the Tango in Argentina*, Oxford, Berg, 1999; Sznajder y Roniger, *The Politics of Exile*, cit., p. 214.

[\[128\]](#) Shula Marks, «South African Refugees in the UK», en Marks, Weindling y Wintour, *In Defence of Learning*, cit., pp. 257-279.

EPÍLOGO

UN COMENTARIO SOBRE EL *BREXIT*

Cuando, a principios de 2016, escribía los últimos párrafos de este libro, en los que hago referencia a países que hubieran seguido siendo más provincianos sin las aportaciones de los investigadores inmigrados, no imaginaba que el electorado británico votaría en junio a favor de salir de la Unión Europea (por una pequeña mayoría), con la esperanza de poder limitar el número de inmigrantes. Mientras escribo este comentario, aún no es totalmente seguro que Gran Bretaña deje la Unión y, de hacerlo, no sabemos qué consecuencias tendrá esa decisión, tanto para los ciudadanos de la Unión residentes en el Reino Unido como para quienes deseen establecerse en su territorio. Lo único que puedo decir es que, en mi opinión, si el Brexit tiene lugar será un desastre, no solo para la economía británica, sino también, como demuestran los datos que ofrecemos en este libro, para la cultura británica.

En *Pérdidas y ganancias. Exiliados y expatriados en la historia del conocimiento de Europa y las Américas* se afirma que los inmigrantes, de artesanos a investigadores, enseñaron mucho a la gente de su «país de acogida» y aprendieron bastante, a su vez, en un proceso de «doble» ilustración que amplió los horizontes de ambos grupos. De ahí que, a largo plazo, las restricciones impuestas a la inmigración probablemente provoquen un provincianismo intelectual. Si hiciéramos una lista de los intelectuales más destacados de la Gran Bretaña del siglo XX, tendríamos que distinguir entre dos grupos, el de los «nativos» nacidos en Gran Bretaña y el de los «inmigrantes», exiliados o expatriados. En filosofía, el nativo Bertrand Russell convivió con el inmigrante Ludwig Wittgenstein, al igual que Michael Oakeshott se encontró con Isaiah Berlin. En el caso de los historiadores, tenemos a Edward Thompson y Eric Hobsbawm y también a Richard Southern y Lewis Namier. En antropología tenemos a Jack Goody, cuyo interlocutor fue Ernest Gellner, y en economía tenemos a John Maynard Keynes y Nicholas Kaldor. No hubo ningún nativo a la altura de Ernst Gombrich, y en sociología tampoco hubo nacional alguno que pudiera hacerle sombra a Norbert Elias.

Si el flujo de inmigrantes cesa o se reduce significativamente, puede que nos lleve algún tiempo constatar las consecuencias de la pérdida de diversidad

cognitiva, pero presumiblemente serán graves. Si los británicos se aíslan de otros puntos de vista acabarán siendo más insulares, más provincianos y menos creativos. Nadie desea este futuro, pero los ejemplos analizados en este libro sugieren que esas serían las consecuencias del Brexit en las próximas décadas.

APÉNDICE

CIEN INVESTIGADORAS EN EL EXILIO EN LA DÉCADA DE 1930

Resulta significativa la importancia de las historiadoras del arte, la mitad del total, aunque esta cifra bien puede deberse a una investigación más intensiva en relación a esta disciplina que en torno a otras. También es muy elevado el número de las historiadoras del arte que no hicieron carrera académica en el exilio, sino que se ganaron la vida como artistas, marchantes o conservadoras, a veces porque eligieron hacerlo y otras porque no consiguieron colocarse en la universidad. En orden decreciente de popularidad están disciplinas como la historia general, la lengua, la literatura y la psicología (incluido el psicoanálisis) con una docena de representantes cada una. También hubo alguna científica en el exilio, como Lise Meitner, pero no las hemos registrado aquí.

Fuentes principales: Werner Röder y Herbert A. Strauss (eds.), *International Biographical Dictionary of Central European Emigrés*, Múnich, Saur, 1983; Ulrike Wendland (ed.) *Biographisches Handbuch deutschsprachiger Kunsthistoriker in Exil*, Múnich: Saur, 1999; Susanne Blumesberger, Michael Doppelhofer, Gabriele Mauthe (eds.) *Handbuch österreichische Autorinnen und Autoren jüdischer Herkunft*, Viena, Saur, 2002; *Dictionary of Art Historians*, <https://dictionaryofarthistorians.org/>.

1. Hannah Arendt, 1906-1975, de Koenigsberg, filósofa, estudió con Heidegger, Husserl y Jaspers en Friburgo y Heidelberg. Huyó a París en 1933 y a Estados Unidos en 1941.
2. Ema Auerbach, 1897-1975, de Fráncfort, donde estudió historia del arte, huyó a Inglaterra en 1933, estudió en el Courtauld Institute, trabajó como pintora, escribió sobre el retrato y fue profesora en Holloway y Westfield College.
3. Ingeborg Auerbach (de soltera Fraenkel, nacida en 1903), historiadora del arte, estudió con Panofsky en Hamburgo, escribió una tesis doctoral sobre Andrea del Sarto, huyó a Inglaterra en 1935 y renunció a ejercer la historia del arte.
4. Susan Groag Bell, nacida en 1926 en Checoslovaquia, huyó a Inglaterra en

1939, conoció a Bárbara Hammond, quien despertó su interés por la historia; más tarde se trasladó a California donde descubrió la historia de género y enseñó en Stanford.

5. Therese Benedek (de soltera Friedmann), 1890-1977, de Eger, estudió en Budapest, pasó de la medicina al psicoanálisis, huyó de Hungría en 1920, se trasladó a Leipzig primero y a Chicago después, en 1936.
6. Alice Bergel (de soltera Berger), 1911-1998, de Berlín, investigadora en *Romanistik*, huyó a Inglaterra en 1939, se trasladó a Estados Unidos en 1941, enseñó en la Universidad de California, Irvine.
7. Margarete Bieber, 1879-1978, clasicista e historiadora del arte, nacida en Schönau, Prusia (hoy Polonia), profesora en Giessen, se estableció en Estados Unidos en 1934 contratada por el Barnard College. Fue profesora asociada hasta su jubilación.
8. Senta Bier (de soltera Dietzel), 1900-1978, de Fürth, estudió historia del arte con Wölfflin en Múnich, huyó a Estados Unidos en 1938, trabajó dando clases de arte, de alemán y, por fin, como profesora de historia del arte en Louisville, Kentucky.
9. Gertrud Bing (1892-1964), historiadora del arte de Hamburgo, trabajó con Aby Warburg, huyó a Londres en 1933 trasladándose con el Warburg Institut, del que fue directora ayudante entre 1933 y 1955 y directora de 1955 a 1959.
10. Gerda Blumenthal, nacida en 1923, especialista en *Romanistik*, de Berlín, huyó a Estados Unidos en torno a 1941, estudió en Nueva York, enseñó literatura francesa en la Catholic University de Washington.
11. Hedda Bolgar, 1909-2013, psicoanalista, nacida en Zúrich, estudió en Viena y se trasladó a Estados Unidos, donde ejerció como psicoanalista en Chicago hasta los ciento dos años.
12. Charlotte Bühler (de soltera Malachowski), 1893-1974, psicóloga, de Berlín, profesora en Viena, huyó a Noruega en 1938, luego a Londres y más tarde a Estados Unidos.
13. Anneliese Bulling, 1900-2004, historiadora del arte especialista en arte chino, de Sajonia, estudió en Berlín, huyó a Gran Bretaña en 1935 y obtuvo un doctorado en Cambridge; se trasladó a Estados Unidos en 1956, publicó sobre la arquitectura del periodo Han y trabajó como traductora.
14. Gertrude Coor (de soltera Achenbach), 1915-1962, historiadora del arte de Fráncfort, se fue a Italia tras 1933, luego a Gales y, de ahí, a Estados

Unidos. Trabajó en el Princeton Index of Christian Art, enseñó en la universidad, fue ayudante de investigación del historiador del arte Millard Meiss y publicó una monografía sobre Neroccio.

15. Helene Deutsch (de soltera Rosenbach), psicóloga, 1884-1982, de Polonia, llegó a Viena en 1907, estudió medicina, trabajó con Freud, emigró a Estados Unidos en 1934 y trabajó como psicoanalista didáctica.
16. Hanna Deinhard (de soltera Levy), 1912-1984, historiadora del arte, estudiante de Wölfflin, huyó a Francia en 1933 y luego se estableció en Brasil, donde escribió sobre el arte colonial; en 1947 se trasladó a Estados Unidos, enseñó en la New School y en el Queen's College de Nueva York; escribió sobre sociología de la pintura.
17. Liselotte Dieckmann (Neisser), 1902-1994, especialista en *Germanistik*, huyó a Roma en 1933, luego a Estambul y de ahí a Estados Unidos; enseñó en St. Louis.
18. Ilona Duczyńska, 1897-1978, de Viena, revolucionaria en Hungría, fue enviada a Zúrich primero, luego a Moscú, luego a Viena; se casó con Karl Polanyi y se trasladaron a Inglaterra en 1933 primero y a Estados Unidos después, donde trabajó como traductora.
19. Ilse Falk, nacida en 1906, de Hamburgo, historiadora del arte, estudió en Berlín, donde escribió una tesis doctoral sobre Andrea Pisano. Huyó a Suiza en 1937 y luego a Estados Unidos; fue traductora y secretaria del historiador del arte Richard Offner.
20. Else Frenkel-Brusnik, 1908-1958, psicóloga de Lviv, llegó a Viena en 1919, fue ayudante de Charlotte Bühler, huyó a Estados Unidos en 1938, donde trabajó con Adorno.
21. Anna Freud, 1895-1982, psicoanalista austriaca, huyó a Inglaterra en 1938 con su padre.
22. Margareta Freudenthal-Sallis, nacida en 1893 en Speyer, socióloga, estudió con Karl Mannheim, escribió una tesis doctoral sobre la historia de la familia y emigró a Palestina en 1934.
23. Gisèle Freund, 1908-2000, fotógrafa de Berlín, estudió en Fráncfort con Adorno, Horkheimer y Mannheim, huyó a París en 1933 y luego a Argentina y México.
24. Franziska Fried-Boxer, nacida en 1904, historiadora del arte de Viena, estudió con Strzygowski, escribió sobre Andrea Pisano, trabajó en la Biblioteca Warburg de Hamburgo entre 1930 y 1932, volvió a Austria, huyó

- a Inglaterra en 1939, luego a Estados Unidos.
25. Teresa Grace Frisch, historiadora del arte de Viena, profesora en Wellesley entre 1947 y 1966, decana de esta institución y especialista en el arte gótico.
 26. Lili Fröhlich-Burne (de soltera Caroline Brun), 1886-ca.1975, de Viena, historiadora del arte, huyó a Inglaterra en 1938 y se convirtió en periodista cubriendo exposiciones y eventos artísticos.
 27. Erika Fromm (de soltera Oppenheimer), psicóloga, 1910-2003, estudió psicología experimental en Fráncfort, huyó a los Países Bajos en 1934 y a Estados Unidos en 1936.
 28. Melitta Gerhard, 1891-1981, especialista en *Germanistik*, enseñó en la universidad de Kiel en calidad de *Privatdozent*, fue despedida en 1933 y se trasladó a Estados Unidos en 1934, donde enseñó en el Wellesley College; escribió sobre Schiller y Goethe.
 29. Francis Gray Godwin (Franziska Grabkowitz), 1908-1979, historiadora del arte de Viena, discípula de Strzygowski, emigró a Estados Unidos en 1930, enseñó en el Queen's College entre 1945 y 1970, estudió con Richard Offner, considerado un profesor excepcional.
 30. Sabine Gova (de soltera Spiero), 1901-2000, historiadora del arte de Hamburgo, huyó a Francia en 1933, estudió en París, fue deportada pero logró escapar a Estados Unidos en 1941, donde trabajó como limpiadora y profesora de francés y alemán; enseñó en el St. Peter's College de Jersey City y en Fordham.
 31. Hanna Gray (de soltera Holborn), nacida en 1930, de Heidelberg, hija de Halo Holborn, huyó a Estados Unidos con su familia en 1934; historiadora, especialista en el Renacimiento y rectora de Yale.
 32. Carmen Gronau (de soltera von Wogau), 1910-1999, historiadora del arte del Renacimiento italiano, dejó Alemania en 1935 y se fue a Londres, donde trabajó en Sotheby's.
 33. Yvonne Hackenbroch, 1912-2012, de Fráncfort, estudió con Pinder, huyó a Inglaterra en 1937, fue conservadora del Museo Británico, especialista en joyería; huyó a Canadá en 1945, luego a Estados Unidos en 1949, pero acabó volviendo a Inglaterra.
 34. Elisabeth Maria Hajós, 1900-1982, historiadora del arte nacida en Hungría, trabajó en la Galería Albertina de Viena, enseñó en Budapest, huyó a Estados Unidos en 1938, publicó libros sobre la arquitectura del siglo XX

y sobre el Renacimiento.

35. Betty Heimann, 1888-1961, indóloga, de Wandsbek, estudió en Kiel y en Halle; fue profesora en Hamburgo y huyó a Inglaterra en 1933; volvió a Alemania del Este en 1957.
36. Emmy Heller, 1886-1956, medievalista, estudió en Heidelberg, huyó a Estados Unidos, enseñó en el Brooklyn College entre 1937 y 1956.
37. Herta Herzog, 1910-2010, psicóloga social de Viena, se estableció en Estados Unidos en 1935 y volvió a Europa en 1976.
38. Rosemarie Heyd (de soltera Burkart), 1905-2002, de Berlín, trabajó en *Romanistik*, fue estudiante y ayudante de investigación de Leo Spitzer, a quien siguió a Estambul en 1933; volvió a Alemania con su marido en 1942, enseñó idiomas en Darmstadt y fue intérprete.
39. Hedwig Hintze (de soltera Guggenheimer), 1884-1942, historiadora de Múnich, estudió con Meinecke, investigó sobre la Revolución francesa; le ofrecieron un puesto en la New School, pero le denegaron la entrada a Estados Unidos; huyó a los Países Bajos en 1939 y murió (¿suicidio?) antes de que la deportaran.
40. Ursula Hoff, 1909-2005, historiadora del arte, nacida en Inglaterra, criada en Hamburgo, estudiante de Panofsky, huyó a Inglaterra en 1933, fue conservadora de museo; se trasladó a Australia en 1939, trabajó en la National Gallery Victoria y en la Universidad de Melbourne.
41. Louise Wilhelmine Holborn, 1898-1975, especialista en política, hermana de Hajo Holborn, huyó a Londres en 1933, luego a Estados Unidos en 1934; se doctoró en 1938 manteniéndose con trabajos de niñera, bibliotecaria y profesora de alemán; fue ayudante de investigación y finalmente enseñó en Wellesley y en el Connecticut College para mujeres.
42. Marie Jahoda, 1907-2001, psicóloga social austriaca que huyó a Inglaterra en 1937, luego a Estados Unidos, donde estudió en Barnard y Columbia; Lazarsfeld dirigió su tesis doctoral cuando era docente de Barnard en 1938; volvió a Europa, a la Universidad de Sussex, en 1965.
43. Charlotte Jolles, 1909-2003, de Berlín, especialista en *Germanistik*, huyó a Inglaterra en 1939, donde trabajó con niños refugiados y enseñó en escuelas; especialista en Fontane fue docente en Birkbeck desde 1955.
44. Sonja Karsen, de Berlín, nacida en 1919, trabajó en *Romanistik*; se fue a Suiza en 1933, luego a Estados Unidos, se doctoró en Columbia y fue profesora de español en diversas universidades estadounidenses.

45. Viola Klein, 1908-1973, de Praga, fue a Inglaterra en 1938, donde obtuvo un segundo doctorado en la London School of Economics; trabajó de traductora y maestra hasta que, por fin (a los cincuenta y seis años), obtuvo un puesto como profesora de sociología en la Reading University.
46. Olga Koselleff-Gordon, nacida en 1904 en Sebastopol, historiadora del arte, se trasladó a Dresde en 1906, escribió sobre la escultura y la iluminación en la Edad Media, huyó a Estados Unidos en 1933.
47. Trude Krautheimer-Hess, 1902-1987, historiadora del arte de Erfurt, estudió en Fráncfort y huyó a Italia en 1933, luego Estados Unidos; coleccionista de arte, colaboró con su marido Richard en un estudio sobre Ghiberti.
48. Betty (Bettina Dorothea) Kurth (de soltera Kris), 1878-1948, historiadora del arte de Viena, estudió con Dvořák, un especialista en tapices medievales; huyó a Gran Bretaña en 1939, donde trabajó a tiempo parcial en la Glasgow Art Gallery.
49. Hilde Kurz (de soltera Schüller), 1910-1970, historiadora del arte de Viena, estudiante de Schlosser, se trasladó a Inglaterra en 1937 y colaboró con su esposo Otto.
50. Claire Lachmann (de soltera Ullman), 1904-1991, historiadora del arte, nacida en La Haya, estudió en Hamburgo con Panofsky y Saxl, ayudante en el Warburg, huyó a Palestina en 1934, donde se convirtió en crítica de arte y periodista.
51. Ursula Lamb (de soltera Schaefer), 1914-1996, historiadora de Essen, contraria al nazismo, salió de Alemania en 1935, estudió en Berkeley, enseñó en Columbia, Yale y Arizona; le interesaba sobre todo el Imperio español.
52. Júlia Láng, psicóloga húngara, huyó de Alemania y se fue a Inglaterra en 1933 con su marido Karl Mannheim.
53. Olga Lang (de soltera Joffe), 1897-1992, sinóloga rusa asociada a la Escuela de Fráncfort; se casó con Karl Wittfogel, emigró a Estados Unidos en 1934, donde enseñó ruso (en Swarthmore) y escribió sobre la familia china.
54. Edith Lenel, historiadora, estudió con Rothfels en Königsberg, huyó a Estados Unidos, donde fue ayudante de Hans Kohn en el Smith College, fue profesora de alemán y bibliotecaria del Montclair State College, donde posteriormente dirigió el Departamento de *Germanistik*.

55. Gerda Lerner (de soltera Kronstein), 1920-2013, historiadora de Viena, contraria al nazismo, estuvo en prisión antes de partir hacia Estados Unidos en 1939, donde trabajó de camarera; estudió en la New School, fue profesora en el Sarah Lawrence College y creó un programa de historia de género.
56. Aenne Liebreich, 1889-ca.1940, historiadora del arte de Westfalia, escribió sobre la escultura de Sluter, huyó a Francia en torno a 1933, se convirtió en ayudante de Focillon y se suicidó.
57. Ilse Lipschutz (de soltera Hempel), nacida en 1923 en Württemberg, especialista en *Romanistik*, huyó a París en 1936, luego estuvo en España y en Estados Unidos; fue profesora de francés en Vassar, donde llegó a dirigir el departamento.
58. Margaret Mahler (de soltera Schönberger), 1897-1985, psicoanalista de Sopron, estudió medicina en Múnich y Viena; emigró al Reino Unido, luego a Estados Unidos en 1938, donde trabajó en el Psychoanalytical Institute de Nueva York.
59. Erna Mandowsky, 1906-1970, historiadora del arte de Hamburgo, discípula de Panofsky, huyó a Inglaterra en 1933 y luego a Estados Unidos, donde publicó estudios sobre Ripa y Ligorio.
60. Anne Marie Meyer, 1919-2004, de Berlín, huyó a Inglaterra con su familia en 1933, trabajó en el Warburg Institute entre 1937 y 1984 como secretaria y archivera; se dedicó al estudio de la historia de la ópera y el ballet.
61. Sibyl Moholy-Nagy (de soltera Pietzsch), 1903-1971, alemana, hija de un arquitecto; se casó con Laszlo Moholy-Nagy y se fue con su marido a Ámsterdam en 1934 y luego a Estados Unidos en 1937; tras la muerte de su esposo se dedicó a la historia de la arquitectura y enseñó en Chicago.
62. Elisabeth Moses, 1894-1957, de Colonia, estudió historia del arte en Bonn, fue conservadora de museo; cuando la despidieron en 1933 huyó a Italia primero y a Estados Unidos después ese mismo año; fue conservadora en San Francisco.
63. Alice Mühsam (de soltera Freymarck), 1880-1968, historiadora del arte de la Antigüedad y restauradora de arte de Berlín; huyó a Estados Unidos en 1940, donde trabajó como limpiadora en Nueva York y luego como restauradora de arte en el Brooklyn Museum; fue profesora en Columbia.
64. Anita Orienter, 1896-ca.1990, nacida en Brasil de padre rumano; llegó a Berlín en 1900, estudió con Wölfflin, volvió a Brasil en 1939, donde

trabajó como pintora y restauradora; llegó a Nueva York en 1948, pero no encontró trabajo como historiadora del arte y tuvo que dar clases de idiomas.

65. Dorothea (Dora) Panoksky (de soltera Mosse), 1885-1965, esposa de Erwin con quien emigró a Estados Unidos y colaboró.
66. Lotte Brand Philip (de soltera Forster), 1910-1986, historiadora del arte de Altona, discípula de Panofsky, emigró a Estados Unidos en 1941, donde trabajó como diseñadora de joyas; estudió y publicó sobre el arte holandés, enseñó en la New York University y en el Queen's College de Flushing.
67. Annemarie Pope (de soltera Henle), 1910-2002, historiadora del arte, doctorada por Heidelberg en 1931; emigró a Estados Unidos donde trabajó como administradora artística en Washington.
68. Edith Porada, 1912-1994, arqueóloga e historiadora especializada, sobre todo, en la historia antigua de Oriente Próximo; procedente de Viena huyó a Estados Unidos en 1938, donde trabajó en el Metropolitan Museum, Queens y Columbia.
69. Lieselotte Pulvermacher Egers (1904-¿), historiadora del arte de Berlín, estudió con Walter Friedlaender, escribió sobre escultura alemana, llegó a Estados Unidos en torno a 1937; dio clases de alemán e historia del arte en diversas universidades.
70. Beata Rank (de soltera Minzer), 1886-1967, psicoanalista polaca, vivió en Viena tras su matrimonio, tradujo a Freud al polaco y emigró a Estados Unidos en 1936.
71. Annie Reich (de soltera Pink), 1902-1971, psicoanalista de Viena, estudió medicina, fue analizada por Reich y se casó con él, vivó en Berlín, se trasladó a Praga en 1933 y a Estados Unidos en 1938, donde trabajó en el Psychoanalytical Institute de Nueva York.
72. Eva Gabriele Reichmann (de soltera Jungmann, 1897-1998), historiadora y socióloga de Silesia, judía, emigró a Londres en 1939, trabajó como traductora y obtuvo un segundo doctorado en la London School of Economics sobre las causas sociales del antisemitismo; fue directora del Departamento de Investigación de la Biblioteca de Viena y pionera en estudios sobre el Holocausto.
73. Grete Ring, 1887-1952, historiadora del arte de Berlín, estudió con Wölfflin en Múnich y se hizo marchante de arte. Abrió la Galería Paul Cassirer en Londres en 1938; especializada en dibujos del siglo XIX,

también escribió sobre pintura francesa.

74. Helen Rosenau, 1900-1984, historiadora del arte, estudio en Múnich con Wölfflin, huyó a Inglaterra en 1933, donde trabajó en el Courtauld Institute, luego en la London School of Economics; fue docente en las universidades de Londres y Manchester.
75. Gertrud Rosenthal, 1903-1989, historiadora del arte de Mayen, estudió en la Universidad de Coogne, huyó a Inglaterra en 1938, trabajó en el Courtauld Institute; se trasladó a Estados Unidos en 1940, donde fue bibliotecaria a cargo de libros de arte y curadora del Baltimore Museum of Art.
76. Nina Rubinstein, 1908-1996, de Berlín, hija de exiliados rusos (alemanes del Báltico) liberales. Escribió una tesis doctoral sobre los emigrados franceses bajo la dirección de Karl Mannheim; en 1933 huyó a París y luego a Nueva York, donde trabajó como intérprete.
77. Leonie Sachs (de soltera Feiler), nacida en 1908 en Berlín, estudió *Romanistik*, huyó a España en 1933, luego a Francia, después a Estados Unidos, donde fue profesora de español en el Hunter College.
78. Rosa Schapire, 1874-1954, historiadora del arte de Galicia, estudio en Heidelberg con Thode; coleccionó arte contemporáneo, huyó a Londres en 1939, donde se ganó la vida traduciendo.
79. Felicie Scharf (de soltera Radziejewski), nacida en 1901, historiadora del arte de Berlín, escribió una tesis doctoral sobre escultura románica, huyó a Inglaterra en 1933, donde enseñó alemán y luego se hizo marchante.
80. Herta Schubart (de soltera Müller, conocida como Susan Carwin gracias a su novela histórica, *Fe e Inquisición*), 1898-1975, historiadora del arte, estudió en Hamburgo con Panofsky, escribió una tesis doctoral sobre ilustraciones de la Biblia, huyó a España en 1933, luego a Francia y llegó a Inglaterra en 1937; regresó a Alemania en 1945, donde trabajó como marchante de arte y periodista.
81. Berta Segall, 1902-1976, historiadora del arte judía, estudió con Shlosser, se trasladó a Inglaterra en 1933 y a Atenas en 1934, trabajó en el Benaki Museum y emigró a Estados Unidos en 1938 (Museum of Fine Arts, John Hopkins), volvió a Alemania en 1956 y fue conservadora del museo de arte de Hamburgo.
82. Charlotte Sempell (1909-¿), historiadora, publicó estudios sobre la cuestión de Schleswig-Holstein y sobre Robespierre; contraria al nazismo,

emigró a París, Uruguay y Estados Unidos; a los treinta y ocho años obtuvo un contrato a tiempo parcial en el Brooklyn College donde enseñó entre 1947 y 1974.

83. Judith Shklar, 1928-1992, de Riga, judía, emigró a Canadá en torno a 1940 y luego a Estados Unidos; fue profesora de política en Harvard.
84. Erika Spivakovsky (de soltera Zarden), 1909-1998, historiadora de Hamburgo, estudió en Buenos Aires y Berlín, enseñó español en la Universidad de Melbourne de 1936 a 1939; perteneció al Radcliffe Institute entre 1962 y 1964, publicó una biografía de Diego Hurtado de Mendoza.
85. Kate Steinitz (de soltera Traumann, en ocasiones escribió bajo el seudónimo de Annette C. Nobody), 1889-1975, historiadora del arte de Silesia, huyó a Estados Unidos en 1936, donde se ganó la vida como bibliotecaria y artista.
86. Selma Stern-Täubler, 1890-1981, historiadora, estudió historia judía, emigró a Estados Unidos en 1941 y fue archivera del American Jewish Archive de Cincinnati.
87. Alice Teichova, 1920-2015, economista austriaca, huyó a Inglaterra en 1938 y a Checoslovaquia en 1945, donde enseñó en la Universidad Carolina. Volvió a Inglaterra en 1968 y se convirtió en profesora de la Universidad de East Anglia.
88. Erica Tietze-Conrat, 1883-1958, historiadora del arte de Viena, estudiante de Riegl; trabajó con su marido, huyó a Estados Unidos en 1938 y trabajó como docente en la Columbia University.
89. Lucie Varga (Rosa Stern), 1904-1941, historiadora austriaca, discípula de Dopsch, casada con Borckenau, huyó a París en 1933 y fue ayudante de Febvre entre 1934 y 1937.
90. Edith Weigert (de soltera Vowinckel), 1894-1982, psicoanalista de Düsseldorf, estudió en Berlín, huyó con su marido Oscar Weigert a Ankara y, en 1938, a Estados Unidos.
91. Josefa Weitzmann (de soltera Fiedler), 1904-2000, historiadora del arte, se casó con Kurt Weitzmann en Alemania y se fueron juntos a Princeton en 1935.
92. Herta Wescher (de soltera Kauert), 1899-1971, historiadora del arte de Krefeld, estudió con Wölfflin en Múnich, se trasladó a París en 1933, ejerció el periodismo, se trasladó a Suiza en 1942, donde trabajó como *freelance* haciendo collages.

93. Dorothee Westphal, 1902-1968, historiadora del arte, estudió con Wölfflin y Schlosser, escribió sobre pintura veneciana del Renacimiento; se trasladó a Inglaterra donde trabajó como conservadora.
94. Helene Wieruszowski, 1893-1978, historiadora de Eberfeld, estudió con Levison y Meinecke, bibliotecaria de la Universidad de Bonn, fue despedida en 1934 y realizó trabajos de investigación en Italia y España; se trasladó a Estados Unidos en 1940, donde desempeñó trabajos a tiempo parcial y acabó siendo profesora de la City University de Nueva York.
95. Rachel Wischnitzer (de soltera Bernstein), 1885-1989, historiadora del arte de Minsk, judía, estudió y vivió en Alemania, trabajó en la enciclopedia judía y en el Museo Judío de Berlín; emigró a Francia en 1938 y a Estados Unidos en 1940; enseñó en el Yeshiva College de Nueva York y publicó libros sobre el arte y la arquitectura judíos.
96. Margot Wittkower (de soltera Holzmann), 1902-1995, diseñadora e historiadora del arte de Berlín, casada con Rudolf, emigró a Londres en 1933 y más tarde a Estados Unidos donde publicó libros con su marido.
97. Alma Wittlin (de soltera Frischauer), 1899-1990, historiadora del arte de Lv'iv, estudió en Viena con Strzygowski, huyó a Inglaterra en 1937, trabajó en el museo de arqueología y antropología de Cambridge; se trasladó a Estados Unidos en 1952 y fue directora de museo en Santa Fe.
98. Alice Wolfe (Wolf, de soltera Frisch), 1905-1983, historiadora del arte húngara, estudió en Viena, huyó a Inglaterra en 1939 y luego a Estados Unidos; trabajó en la galería de arte de Yale hasta que se trasladó a Idaho con su esposo.
99. Käthe Maria Wolf, 1907-1957, psicóloga infantil de Viena, asistente de los Bühler, se trasladó a Suiza en 1939, luego a Estados Unidos en 1941, donde trabajó en Yale y en la City University de Nueva York.
100. Maria Zambrano, 1904-1991, filósofa, estudiante de Ortega, emigró a Cuba, Puerto Rico, Italia, Francia y Suiza; volvió a España en 1984.

BIBLIOGRAFÍA

- Abel, Reuben, «Felix Kaufmann», en Robert Boyers (ed.), *The Legacy of the German Refugee Intellectuals*, Nueva York, Schocken, 1972, pp. 288-291.
- Abellán, José Luis (ed.), *El exilio español de 1939*, 2 vols., Madrid, Taurus, 1976.
- Adelman, Jeremy, *Worldly Philosopher: the odyssey of Alberto O. Hirschman*, Princeton, Princeton University Press, 2013.
- Adorni Braccesi, Simonetta y Ragagli, Simone, «Lando, Ortensio», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. 63, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2004 [[http://www.treccani.it/enciclopedia/ortensio-lando_\(Dizionario-Biografico\)/](http://www.treccani.it/enciclopedia/ortensio-lando_(Dizionario-Biografico)/)]
- Adorno, Theodor, *Minima Moralia*. Fráncfort. Suhrkamp, 1951 [ed. cast.: *Minima moralia: reflexiones desde la vida dañada*, Madrid, Akal, 2013].
- «Scientific Experiences of a European Scholar in America», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 33-70.
- Adorno, Theodor; Frenkel-Brunswik, Else; Levinson, Daniel J. y Sanford, Nevitt, *The Authoritarian Personality*, Nueva York, Norton, 1950.
- Alencastro, Luiz Felipe de, «Henri Hauser et le Brésil», en Séverine-Antigone Marin y Georges-Henri Soutou (eds.), *Henri Hauser*, París, Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 2006.
- Almagor, Joseph, *Pierre Des Maizeaux*, Ámsterdam, APA-Holland University Press, 1989.
- Anderson, Perry, «Components of the National Culture», *New Left Review* 50 (1968), pp. 3-58.
- Andrade, António Júlio de y Guimarães, Maria Fernanda, *Jacob de Carlos Sarmiento*, Lisboa, Vega, 2010.
- Andrés y Morell, Juan, *Dell'origine, progressi e stato d'ogni attuale letteratura*, Parma, Stamperia Reale, 1782-1799.
- Andreyev, Catherine y Savický, Ivan, *Russia Abroad: Prague and the Russian Diaspora, 1919-38*, New Haven, Yale University Press, 2004.

- App, Urs, *The Birth of Orientalism*, Filadelfia, PA, University of Pennsylvania Press, 2010.
- Apter, Emily, «Global Translatio: the “invention” of comparative literature, Istanbul 1933», *Critical Inquiry* 29 (2003), pp. 253-281.
- Arblaster, Paul, *Antwerp and the World: Richard Verstegan and the international culture of Catholic Reformation*, Lovaina, Leuven University Press, 2004.
- Arbousse-Bastide, Paul, «O que o Brasil me ensinou», *Revista da Faculdade de Educação* 10 (1984), pp. 331-344.
- Archetti, Eduardo P., *Masculinities: football, polo and the Tango in Argentina*, Oxford, Berg, 1999.
- Arendt, Hannah, «We Refugees», en Ron H. Feldman (ed.), *The Jew as Pariah: Hannah Arendt*, Nueva York, Grove Press, 1978, pp. 55-66.
- Ash, Mitchell G., «Disziplinentwicklung und Wissenschaftstransfer – deutschsprachige Psychologen in der Emigration», *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte* 7 (1984), pp. 207-226.
- , «Forced Migration and Scientific Change», en Roberto Scazzieri y Raffaella Simili (eds.), *The Migration of Ideas*, Sagamore Beach MA, Science History Publications, 2008, pp. 161-178.
- Ashton, Rosemary, *Little Germany: Exile and Asylum in Victorian England*, Oxford, Oxford University Press, 1986.
- Auerbach, Erich, *Mimesis: the representation of reality in western literature* (1947), trad. inglesa, Princeton, Princeton University Press, 1953 [ed. cast.: *Mimesis*, México, Fondo de Cultura economica, 1983].
- Babinger, Franz, *Gottlieb Siegfried Bayer*, Múnich, Schön, 1915.
- Baer, Yitzhak, *Galut* (1936), trad. inglesa Nueva York, Schocken, 1947.
- Baets, Antoon de, «Exile and Acculturation: refugee historians since the Second World War», *International History Review* 28 (2006), pp. 316-335.
- Baldensperger, Fernand, *Le mouvement des idées dans l'émigration française, 1789-1815*, 2 vols., París, Plon, 1924.
- Barkin, Kenneth D., «Émigré Historians in America, 1950-1980», en Hartmut Lehmann y James J. Sheehan (eds.), *An Interrupted Past: German-speaking refugee historians in the United States after 1933*, Washington DC, German Historical Institute, 1991, pp. 149-169.
- Barnett, Pamela R., *Theodore Haak FRS*, La Haya, Mouton, 1962.
- Baron, Hans, *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, 2 vols., Princeton,

- NJ, Princeton University Press, 1955.
- Barreto Xavier, Ângela y Županov, Ines G., *Catholic Orientalism: Portuguese Empire, Indian Knowledge (16th-18th Centuries)*, Delhi, Oxford University Press, 2015.
- Basnage, Jacques, *Histoire des Juifs*, 6 vols., Rotterdam, Leers, 1706-1707.
- Batllore, Miquel, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, Gredos, 1966.
- Bauman, Zygmunt, *Modernity and the Holocaust*, Cambridge, Polity Press, 1989 [ed. cast.: *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 2006].
- Bayle, Pierre, *Dictionnaire Historique et Critique* (1697), 5.^a ed., Ámsterdam, Brunel, 1740 [ed. cast.: *Diccionario histórico crítico*, Oviedo, KRK Ediciones, 2012].
- Bayly, Christopher A., *Empire and Information: Intelligence gathering and social communication in India, 1780-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Beinart, Haim, *The Expulsion of the Jews from Spain*, trad. inglesa, Oxford, Littman Library, 2002.
- Bellot, Jacques, *Familiar Dialogues* [1586], reed. facsímil, Menston, Scolar Press, 1969.
- Benedict, Philip, *Rouen during the Wars of Religion*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- Berec, Laurent, *Claude de Sainliens: un Huguenot Bourbonnais au temps de Shakespeare*, París, Orizons, 2012.
- Berghahn, Marion, «Women Emigrés in England», en Sybille Quack (ed.), *Between Sorrow and Strength*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 69-80.
- Berkel, Klaas van, «Een onwillige mecenas? De rol van de VOC bij het natuurwetenschappelijk onderzoek in de zeventiende eeuw», en J. Bethlehem y A. C. Meijer (eds.), *VOC en Cultuur*, J. Bethlehem y A. C. Meijer (eds.), Ámsterdam, Schiphouwer & Brinkman, 1993, pp. 59-76.
- Berkel, Klaas van, «The Natural Sciences in the Colonies», en Berkel, Albert van Helden y Lodewijk Palm (eds.), *A History of Science in the Netherlands*, Leiden, Brill, 1999, pp. 210-228.
- Berkvens-Stevelinck, Christiane, *Prosper Marchand*, Leiden, Brill, 1987.
- «Prosper Marchand, intermédiaire du Refuge Huguenot», en Berkvens-

- Stevelinck, Hans Bots y Jens Häselser (eds.), *Les grands intermédiaires de la République des Lettres*, Paris, Champion, 2005, pp. 361-386.
- Bernard, Henri, «Les sources mongoles et chinoises de l'Atlas Martini», en Roman Malek y Arnold Zingerle (eds.), *Martino Martini SJ und die Chinamission*, Nettetal, Institut Monumenta Serica, 2000, pp. 223-240.
- Białostocki, Jan, «Erwin Panofsky: thinker, historian, human being», *Simiolus* 4 (1970), pp. 68-89.
- Black, Joseph L., *G.-F. Müller and the Imperial Russian Academy*, Kingston y Montreal, McGill-Queen's University Press, 1986.
- Blekstad, Milad, *Comenius*, Oslo, Universitetsforlaget, 1969.
- Bloomfield, Leonard, «Language or Ideas?», *Language* 12 (1936-1938), pp. 89-95.
- Blussé, Leonard y Ooms, Ilonka (eds.), *Kennis en Compagnie: De VOC en de moderne Wetenschap*, Amsterdam, Balans, 2002.
- Boeri, Tito, et al. (eds.), *Brain Drain and Brain Gain*, Oxford, Oxford University Press, 2012.
- Bond, Donald F., «Armand de la Chapelle and the First French Version of *The Tatler*», en Carroll Camden (ed.), *Restoration and Eighteenth-Century Literature*, Chicago, University of Chicago Press, 1963, pp. 161-184.
- Bost, Hubert, *Un intellectuel avant la lettre: le journaliste Pierre Bayle*, Amsterdam-Maarssen, APA-Holland University Press, 1994.
- , *Ces Messieurs de la R. P. R.*, Paris, Champion, 2001.
- , *Pierre Bayle historien, critique et moraliste*, Turnhout, Brepols, 2006.
- Bots, Hans, «Les Provinces-Unies, centre d'information européenne au XVIIe siècle», *Quaderni del Seicento Francese* 5 (1983), pp. 283-306.
- , «Le rôle des périodiques néerlandais pour la diffusion du livre (1684-1747)», en Christiane Berkvens-Stevelinck (ed.), *Le Magasin de l'Univers: the Dutch Republic as the centre of the European book trade*, Leiden, Brill, 1992, pp. 49-70.
- , «Les pasteurs français au refuge des Provinces-Unies», en Jens Häselser y Antony McKenna (eds.), *La vie intellectuelle aux refuges protestants*, Paris, Champion, 1999, pp. 9-18.
- «Pierre Bayle's *Dictionnaire* and a New Attitude towards the Islam», en Marjet Derks et al. (eds.), *What's Left Behind: the lieux de mémoire of Europe beyond Europe*, Nijmegen, Vantilt, 2015, pp. 183-189.
- Boyers, Robert (ed.), *The Legacy of the German Refugee Intellectuals*,

- Nueva York, Schocken, 1972.
- Boxer, Charles R., *Jan Compagnie in Japan, 1600-1817* [1936], Londres, Oxford University Press, 2^a1968.
- Bozay, Kemal, *Exil Türkei: ein Forschungsbeitrag zur deutschsprachigen Emigration in der Türkei (1933-1945)*, Münster, LIT, 2001.
- Brading, David, *The First America: the Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State 1492-1866*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- Branch, Michael, «The Academy of Sciences in St Petersburg as a Centre of Finno-Ugrian Studies, 1725-1860», 1994 [http://ajsjogren.weebly.com/uploads/2/6/2/0/2620620/m_branch_academy_i]
- Braudel, Fernand, «A travers un continent d'histoire: le Brésil et l'oeuvre de Gilberto Freyre», *Mélanges d'histoire sociale* 4 (1943), pp. 3-20.
- , *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949), 2.^a ed., París, Armand Colin, 1966 [ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953].
- «Histoire et sciences sociales: la longue durée» (1958), reeditado en *Les Ambitions de l'histoire*, París, Fallois, 1997, pp. 149-179 [ed. cast.: *Las ambiciones de la historia*, Barcelona, Crítica, 2002].
- Breiner, Peter, «Translating Max Weber», en Felix Rösch (ed.), *Émigré Scholars and the Genesis of International Relations*, Basingstoke, Ashgate, 2014, pp. 40-58.
- Bucher, Gudrun, «Von Beschreibung der Sitten und Gebräuche der Völker», *Die Instruktionen Gerhard Friedrich Müllers und ihre Bedeutung für die Geschichte der Ethnologie und der Geschichtswissenschaft*, Wiesbaden, Harrassowitz, 2002.
- Burk, Lâle Aka, «An Open Door: German Refugee Scholars in Turkey», en Peter I. Rose (ed.), *The Dispossessed*, Amherst, University of Massachusetts Press, 2005, pp. 235-256.
- Burke, Peter, «The Spread of Italian Humanism», en Anthony Goodman y Angus Mackay (eds.), *The Impact of Humanism on Western Europe*, Londres, Longman, 1990, pp. 1-22.
- , *The French Historical Revolution: the Annales School, 1929-2014* [1990], ed. revisada y expandida, Cambridge, Polity Press, 2015 [ed. cast.:

- La revolución historiográfica francesa: la Escuela de Anales*, Barcelona, Gedisa, 1999].
- , «The Myth of 1453: Notes and Reflections», en Michael Erbe *et al* (eds.), *Querdenken: Dissens und Toleranz im Wandel der Geschichte: Festschrift Hans Guggisberg*, Mannheim, Palatium, 1996, pp. 23-30.
- , «History as Allegory», *Inti* 45 (1997), pp. 337-351.
- , *A Social History of Knowledge from Gutenberg to Diderot*, Cambridge, Polity Press, 2000 [ed. cast.: *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós, 2012].
- , «The Jesuits and the Art of Translation in Early Modern Europe», en John O'Malley *et al.* (eds.), *The Jesuits, II: Culture, Sciences and the Arts, 1540-1773*, Toronto, University of Toronto Press, 2006, pp. 24-32.
- , *A Social History of Knowledge from the Encyclopédie to Wikipedia*, Cambridge, Polity Press, 2012 [ed. cast.: *Historia social del conocimiento: de la Enciclopedia a la Wikipedia*, Barcelona, Paidós, 2012].
- Burke, Peter y Pallares-Burke, Maria Lúcia, *Gilberto Freyre: Social Theory in the Tropics*, Oxford, Peter Lang, 2008.
- Burriez Sánchez, Javier, «Los misioneros de la restauración católica: la formación en los colegios ingleses», en Charlotte de Castelnau-L'Estoile (ed.), *Missions d'évangélisation et circulation des savoirs: XVIe-XVIIIe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2011, pp. 87-110.
- Butterfield, Herbert, *George III and the Historians*, ed. revisada, Nueva York, Macmillan, 1959.
- Calhoun, Craig (ed.), *Sociology in America: a history*, Chicago, University of Chicago Press, 2007.
- Cantimori, Delio, *Eretici italiani del Cinquecento*, Florencia, Sansoni, 1939.
- Carpenter, Kirsty, *Refugees of the French Revolution: émigrés in London, 1789-1802*, Basingstoke, Macmillan, 1999.
- Carsten, Francis, «From Revolutionary Socialism to German History», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998.
- Castro, Américo, *The Structure of Spanish History*, Princeton, Princeton University Press, 1954 [ed. cast.: *España en su historia*, Barcelona, Crítica, 2001].
- Caudet, Francisco, *El exilio republicano de 1939*, Madrid, Cátedra, 2005.
- Cerny, Gerald, *Theology, Politics and Letters at the Crossroads of European*

- Civilization: Jacques Basnage and the Baylean Huguenot refugees in the Dutch Republic*, La Haya, Nijhoff, 1987.
- Christmann, Hans Helmut y Hausmann, Frank-Rutger (eds.), *Deutsche und österreichische Romanisten als Verfolgte des National Sozialismus*, Tubinga, Stauffenburg, 1989.
- Cian, Vittorio, *L'immigrazione dei gesuiti spagnuoli letterati in Italia*, Turín, Clausen, 1895.
- Cipolla, Carlo, «The Diffusion of Innovations in Early Modern Europe», *Comparative Studies in Society and History* 14 (1972), pp. 46-52.
- Clark, Kenneth, *Another Part of the Wood*, Londres, Murray, 1974.
- , «A Lecture that Changed my Life», en Stephan Füssell (ed.), *Mnemosyne*, Gotinga, Gratia-Verlag, 1979, pp. 47-48.
- Clements, Rebekah, *A Cultural History of Translation in Early Modern Japan*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015.
- Clossey, Luke, *Salvation and Globalization in the Early Jesuit Missions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- Cohn, Bernard S., *Colonialism and its Forms of Knowledge: the British in India*, Princeton, Princeton University Press, 1996.
- Colcutt, Martin, *Five Mountains*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1981.
- Colley, Linda, *Lewis Namier*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1989.
- Congdon, Lee, *Exile and Social Thought: Hungarian intellectuals in Germany and Austria, 1919-1933*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- Considine, John P., *Dictionaries in Early Modern Europe*. Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- Cook, Harold J., «Global Economies and Local Knowledge in the East Indies», en Londa Schiebinger y Claudia Swan (eds.), *Colonial Botany*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2005, pp. 100-118.
- , *Matters of Exchange: Commerce, Medicine and Science in the Dutch Golden Age*, New Haven, Yale University Press, 2007.
- , «Amsterdam, entrepôt des savoirs au XVIIe siècle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 55 (2008), pp. 19-42.
- Cortêsão, Armando (ed.), *The Suma oriental of Tomé Pires*, 2 vols., Londres, Hakluyt Society, 1944.
- Coser, Lewis A., *Refugee Scholars in America: their impact and their*

- experiences*, New Haven, Yale University Press, 1984.
- Couto, Dejanirah, «The Role of Interpreters, or Linguas, in the Portuguese Empire During the 16th Century», e-journal of Portuguese History 1/2, invierno de 2003 [https://www.brown.edu/Departments/Portuguese_Brazilian_Studies/ejph/htr]
- Cracraft, James, *The Petrine Revolution in Russian Culture*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004.
- Crawford, Michael H., «L'insegnamento di Arnaldo Momigliano in Gran Bretagna», en Lellia Cracco Ruggini (ed.), *Omaggio ad Arnaldo Momigliano*, Como, New Press, 1989, pp. 27-42.
- Cross, Anthony, *By the Banks of the Neva: chapters from the lives and careers of the British in Eighteenth-Century Russia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Dahl, Folke, «Amsterdam - Earliest Newspaper Centre of Western Europe», *Het Boek* 25 (1939), pp. 160-197.
- Dames, Mansel (ed.), *The Book of Duarte Barbosa*, 2 vols., Londres, Hakluyt Society, 1918-1921.
- Darnton, Robert, *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, Nueva York, Norton, 1995 [ed. cast.: *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014].
- Davies, David W., *The World of the Elseviers, 1580-1712*, La Haya, Nijhoff, 1954.
- Davis Jr, Donald R., «Law in the Mirror of Language», en Thomas R. Trautmann (ed.), *The Madras School of Orientalism*, Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 288-309.
- Davis, Jack L., «Roger Williams among the Narragansett Indians», *New England Quarterly* 43 (1970), pp. 593-604.
- Davis, Natalie Z., *Trickster Travels: a sixteenth-century Muslim between worlds*, Londres, Faber, 2007 [ed. cast.: *León el africano: Un viajero entre dos mundos*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008].
- Delmas, Adrian, «From Travelling to History: an outline of the VOC writing system during the seventeenth century», en Delmas y Nigel Penn (eds.), *Written Culture in a Colonial Context*, Leiden, Brill, 2012, pp. 97-126.
- Demarchi, Franco y Scartezzini, Riccardo (eds.), *Martino Martini umanista e scienziato nella Cina del secolo XVII*, Trento, Università di Trento, 1995.
- Desmond, Ray, *The European Discovery of the Indian Flora*, Oxford, Oxford

- University Press, 1992.
- Dodson, Michael S., *Orientalism, Empire and National Culture; India, 1770-1880*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007.
- Dörner, Anke, *La Vita Spezzata. Leonardo Olschki, ein jüdischer Romanist zwischen Integration und Emigration*, Tubinga, Stauffenburg, 2005.
- Drayton, Richard H., *Nature's Government*, New Haven, Yale University Press, 2000.
- Dröscher, Ariane, «Gli italiani e l'estero: flussi di migrazione intellettuale», en Francesco Cassata y Claudio Pogliano (eds.), *Storia d'Italia, Annali 26*, Turín, Einaudi, 2011, pp. 807-832.
- Edney, Matthew H., *Mapping an Empire: the Geographical Construction of British India, 1765-1843*, Chicago, University of Chicago Press, 1990.
- Ehrenpreis, Stefan, «Empiricism and Image-Building: the creation and dissemination of knowledge in Dutch Brazil, 1636-1750», en Susanne Friedrich, Arndt Brendecke y Stefan Ehrenpreis (eds.), *Transformations of Knowledge in Dutch Expansion*, Berlín, De Gruyter, 2015, pp. 69-92.
- Eisenstein, Elizabeth, *Grub Street Abroad: aspects of the French cosmopolitan press from the age of Louis XIV to the French Revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1992.
- Eisler, Colin, «Kunstgeschichte American Style: a study in migration», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 544-629.
- Elias, Norbert, «Sociology and Psychiatry», en Siegmund H. Foulkes y G. Stewart Prince (eds.), *Psychiatry in a Changing Society*, Londres, Tavistock, 1969, pp. 117-144.
- , «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology* 7 (1956), pp. 226-252.
- , «The Retreat of Sociologists into the Present», *Theory Culture and Society* 4 (1987), pp. 223-247.
- Elias, Norbert y Scotson, John, *The Established and the Outsiders*, Londres, Cass, 1965 [ed. cast.: *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016].
- Elkanah, Yehudah, *Leben in Contexten*, Berlín, Wissenschaftskolleg, 2015.
- Elton, Geoffrey R., *The Tudor Revolution in Government*, Cambridge,

- Cambridge University Press, 1953.
- , *The Practice of History* [1967], Oxford, Blackwell, 2002.
- , *Return to Essentials*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
- , *The English*, Oxford, Blackwell, 1992.
- Elukin, Jonathan M., «Jacques Basnage and the History of Jews», *Journal of the History of Ideas* 53 (1992), pp. 603-630.
- Epstein, Catherine, «Schicksalsgeschichte: refugee historians in the United States», en Hartmut Lehmann y James Sheehan (eds.), *An Interrupted Past: German-speaking refugee historians in the United States after 1933*, Washington, DC, German Historical Institute, 1991, pp. 116-135.
- , «Fashioning Fortuna's Whim: German-Speaking Women Emigrant Historians in the United States», en Sybille Quack (ed.), *Between Sorrow and Strength: Women Refugees in Nazi Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 301-323.
- , «Woman, Refugee, Historian: the life and career of Helene Wieruszowski», en Axel Fair-Schulz y Mario Kessler (eds.), *German Scholars in Exile*, Lanham MD, Lexington Books, 2011, pp. 85-92.
- Erichsen, Regine, «Das Türkische Exil als Geschichte von Frauen», *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte* 28 (2005), pp. 337-353.
- Espagne, Michel y Werner, Michael (eds.), *Transferts. Les relations interculturelles dans l'espace franco-allemand, XVIIIe et XIXe siècles*, París, Éditions Recherche sur les Civilisations, 1988.
- Etkind, Alexander, *Internal Colonization: Russia's Imperial Experience*, Cambridge, Polity Press, 2011.
- Fabian, Johannes, *Out of Our Minds: reason and madness in the exploration of Central Africa*, Berkeley, University of California Press, 2000.
- Feichtinger, Johannes, «The Significance of Austrian Emigré Art Historians for English Art Scholarship», en Edward Timms y Jon Hughes (eds.), *Intellectual Migration and Cultural Transformation*, Viena y Nueva York, Springer, 2003, pp. 51-70.
- Feigl, Herbert, «The Wiener Kreis in America», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 630-673.
- Feingold, Mordechai, «Jesuits: Savants», en Feingold (ed.), *Jesuit Science and the Republic of Letters*, Cambridge MA, MIT Press, 2003, pp. 1-46.

- Fél, Edit y Hofer, Tamás, *Proper Peasants: traditional life in a Hungarian village*, Chicago, Aldine, 1969.
- Feldhay, Riva, «Knowledge and Salvation in Jesuit Culture», *Science in Context* 1 (1987), pp. 195-213.
- Fenton, William N. y L. Moore, Elizabeth, «J.-F. Lafitau (1681-1746), Precursor of Scientific Anthropology», *Southwestern Journal of Anthropology* 25 (196), pp. 173-187.
- Fermi, Laura, *Illustrious Immigrants: the intellectual migration from Europe 1930-41*, Chicago, University of Chicago Press, 1968.
- Fischer-Tiné, Harald, *Pidgin-Knowledge: Wissen und Kolonialismus*, Zürich y Berlín, Diaphanes, 2013.
- Fleming, Juliet, «The French Garden: an introduction to women's French», *English Literary History* 56 (1989), pp. 19-51.
- Floud, Jean, «Karl Mannheim», *New Society* 29, diciembre de 1966, p. 971.
- Frank, Tibor, *Double Exile: migrations of Jewish-Hungarian professionals through Germany to the United States, 1919-1945*, Oxford, Oxford University Press, 2009.
- Franklin, Michael J., *Orientalist Jones*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
- Freeland, Cynthia, *Art Theory: a very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- Freyre, Gilberto, *Ingleses*, Río de Janeiro, Olympio, 1942.
- Friedrich, Markus, *Der lange Arm Roms? Globale Verwaltung und Kommunikation im Jesuitenorden 1540-1773*, Fráncfort, Campus, 2011.
- Frye, Richard N., *The Golden Age of Persia*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1975.
- Fuks, Leo y Fuks-Mansfeld, Renate G., *Hebrew Typography in the Northern Netherlands 1585-1815. Historical Evaluation and Descriptive Bibliography*, 2 vols., Leiden, Brill, 1984-1987.
- Fuks-Mansfeld, Renate G. «The Hebrew Book Trade in Amsterdam in the Seventeenth Century», en Christiane M. G. Berkvens-Stevelinck *et al.* (eds.), *Le magasin de l'univers: the Dutch Republic as the centre of the European book trade*, Leiden, Brill, 1992, pp. 155-168.
- Games, Stephen, *Pevsner: the early life*, Londres, Continuum, 2010.
- Gaos, José, «La adaptación de un español a la sociedad hispano-americana», *Revista de Occidente* 14 (1966), pp. 168-178.

- , *En torno a la filosofía mexicana*, México, Alianza, 1980.
- Garrett, Christina H, *The Marian Exiles*, Cambridge, 1938.
- Geanakoplos, Deno J., *Greek Scholars in Venice*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1962.
- Gelder, Roelof van, «Engelbert Kaempfer as a Scientist in the Service of the Dutch East India Company», en Detlef Haberland (ed.), *Engelbert Kaempfer: ein Gelehrtenleben zwischen Tradition und Innovation*, Wiesbaden, Harassowitz, 2004, pp. 211-225.
- Geldner, Ferdinand, *Die deutsche Inkunabeldrucker*, 2 vols., Stuttgart, Hiersemann, 1968-1970.
- Gellner, Ernest, *Words and Things*, Londres, Gollancz, 1959 [ed. cast.: *Palabras y cosas*, Madrid, Tecnos, 1963].
- Gelzer, Matthias, *Die Nobilität der römischen Republik*, Leipzig y Berlín, Teubner, 1912.
- Genot-Bismuth, Jacqueline, «L'argument de l'histoire dans la tradition espagnole de polémique judéo-chrétienn», en Yedida K. Stillman y Norman A. Stillman (eds.), *From Iberia to Diaspora*, Leiden, Brill, 1999, pp. 197-213.
- Gerbi, Antonello, *La disputa del nuovo mondo: storia di una polemica (1750-1900)*, Milán, Adelphi, 2000.
- Gibbon, Edward, *Decline and Fall of the Roman Empire*, David Womersley (ed.), Londres, Allen Lane, 1994 [ed. cast.: *Historia y decadencia del Imperio romano*, Barcelona, Alba Editorial, 2003].
- Gibbs, Grahame C., «The Role of the Dutch Republic as the Intellectual Entrepot of Europe in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis van de Nederlanden* 86 (1971), pp. 323-349.
- , «Some Intellectual and Political Influences of the Huguenot Emigrés in the United Provinces», *Bijdragen en Mededelingen betreffende de Geschiedenis der Nederlanden* 90 (1975), pp. 264-287.
- Ginzburg, Carlo, *Wooden Eyes: nine reflections on distance* (1998), trad. inglesa, Londres, Verso, 2002 [ed. cast.: *Ojazos de madera: nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000].
- González Montero, Marisa, *Lorenzo Hervás y Panduro, el gran olvidado de la Ilustración Española*, Madrid, Iberediciones, 1994.

- Gordin, Michael, *Scientific Babel: the language of science*, Londres, Profile Books, 2015.
- Gousseff, Cathérine, *L'exil russe: la fabrique du réfugié apatride*, Paris, CNRS, 2008.
- Gouzévitch, Irina, «Le transfert des connaissances et les réformes de Pierre I», *Bulletin de la Sabix* 33 (2003), pp. 74-121.
- Graham, Richard, «An Interview with Sergio Buarque de Holanda», *Hispanic American Historical Review* 62 (1982), pp. 3-18.
- Graham-Yoole, Andrew, «The Wild Oats They Sowed: Latin American Exiles in Europe», *Third World Quarterly* 9 (1987), pp. 246-253.
- Gray, Rockwell, «The Spanish Diaspora: a culture in exile», *Salmagundi* 77 (1988), pp. 53-83.
- Greenberg, Karen J., «Refugee Historians and American Academe», en Hartmut Lehmann y James Sheehan (eds.), *An Interrupted Past: German-speaking refugee historians in the United States after 1933*, Washington, DC, German Historical Institute, 1991, pp. 94-101.
- Greengrass, Mark, Leslie, Michael y Raylor, Timothy (eds.), *Samuel Hartlib and Universal Reformation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- Grell, Ole P., Cunningham, Andrew y Arrizabalaga, Jon (eds.), *Centres of Medical Excellence? Medical Travel and Education in Europe, 1500-1789*, Aldershot, Ashgate, 2010.
- Grenville, John, «From Gardener to Professor», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 55-72.
- Grove, Richard, «The Transfer of Botanical Knowledge between Asia and Europe, 1498-1800», *Journal of the Japan-Netherlands Institute* 3 (1991), pp. 160-176.
- Gruen, Erich S., *Diaspora: Jews amidst Greeks and Romans*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2002.
- , «Polybius and Josephus on Rome», en Bruce Gibson y Thomas Harrison (eds.), *Polybius and his World*, Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 255-265.
- Guasti, Niccolò, «The Exile of the Spanish Jesuits in Italy», en Jeffrey D. Burston y Jonathan Wright (eds.), *The Jesuit Suppression in Global Context*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 248-261.
- Guerrier, Vladimir I., *Leibniz in seinen Beziehungen zu Russland und Peter*

- den Grossen*, San Petersburgo, Akademie der Wissenschaften, 1873.
- Gutas, Dimitri, *Greek Thought, Arabic Culture: the Graeco-Arabic Translation Movement in Baghdad and early Abbasid Society*, Londres, Routledge, 1998.
- Haase, Erich, *Einführung in der Literatur der Refuge*, Berlín, Duncker & Humblot, 1959.
- Haberland, Detlef, *Engelbert Kaempfer 1651-1716*, Londres, British Library, 1996.
- Häseler, Jens, «Les Huguenots traducteurs», en Jens Häseler y Antony McKenna (eds.), *La vie intellectuelle aux refuges protestants*, 2 vols., París, Champion, 1999-2002, vol. 2, pp. 15-25.
- , «J. H. S. Formey», en Christiane Berkvens-Stevelinck Hans Bots y Jens Häseler (eds.), *Les grands intermédiaires de la République des Lettres*, París, Champion, 2005, pp. 413-434.
- Haim, Sylvia G. (ed.), *Arab Nationalism*, Berkeley, University of California Press, 1962.
- Hall, John A., *Ernest Gellner*, Londres, Verso, 2010.
- Hammel, Andrea, «Gender and Migration», en Edward Timms y Jon Hughes (eds.), *Intellectual Migration and Cultural Transformation*, Viena y Nueva York, Springer, 2003, pp. 207-218.
- Hansson, Jonas y Nordin, Svante, *Ernst Cassirer: the Swedish Years*, Berna, Peter Lang, 2006.
- Hansson, Stina, «Afsatt på Swensko»: 1600-talets tryckta översättningslitteratur, Göteborg, 1982.
- Harries, Susie, *Nikolaus Pevsner: the life*, Londres, Chatto & Windus, 2011.
- Harris, Steven T., «Confession-Building, Long-Distance Networks, and the Organization of Jesuit Science», *Early Science and Medicine* 1 (1996), pp. 287-318.
- Hartweg, Frédéric, «Die Huguenotten in Deutschland. Eine Minderheit zwischen zwei Kulturen», en Rudolf von Thadden y Michelle Magdelaine (eds.), *Die Huguenotten, 1685-1985*, Múnich, Beck, 1985, pp. 172-185.
- Hassler, Gerda, «Teoría lingüística y antropología en las obras de Lorenzo Hervás y Panduro», en Manfred Tietz y Dietrich Briesemeister (eds.), *Los jesuitas españoles expulsos*, Fráncfort, Vervuert, 2001, pp. 379-400.
- Hay, Denys, *Polydore Vergil: Renaissance historian and man of letters*, Oxford, Clarendon Press, 1952.

- Heller, Marvin J., *The Seventeenth-Century Hebrew Book*, 2 vols., Leiden, Brill, 2011.
- Heller, Michel, «L'histoire de l'expulsion des personnalités culturelles hors de l'Union Soviétique en 1922», *Cahiers du monde russe et soviétique* 20 (1979), pp. 131-172.
- Hennock, Peter, «Myself as Historian», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 73-98.
- Hermann, Tomáš y Kleisner, Karel, «The Five “Homes” of Mikhail M. Novikov», *Jahrbuch für Europäische Wissenskulturr* 1 (2005), pp. 87-130.
- Hervás y Panduro, Lorenzo, *Catalogo delle lingue conosciute*, Cesena, Biasini, 1784.
- Higham, John y Conkin, Paul (eds.), *New Directions in American Intellectual History*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979.
- Hobsbawm, Eric J., «The Historians' Group of the Communist Party», en Maurice Cornforth (ed.), *Rebels and Their Causes: Essays in Honour of A. L. Morton*, Londres, Lawrence & Wishart, 1978, pp. 21-48.
- , *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, 1990 [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1998].
- *Interesting Times: a twentieth-century life*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2002 [ed. cast.: *Tiempos interesantes: una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2006].
- Hoch, Paul K., «The Reception of Central European Refugee Physicists», *Annals of Science* 40 (1983), pp. 217-246.
- , «Institutional versus Intellectual Migrations in the Nucleation of New Scientific Specialities», *Studies in the History and Philosophy of Science* 18 (1987), pp. 481-500.
- , «Some Contributions to Physics by German-Jewish Emigrés in Britain and Elsewhere», en Werner E. Mosse (ed.), *Second Chance: two centuries of German-speaking Jews in the United Kingdom*, Tubinga, Mohr, 1991, pp. 229-242.
- Hoch, Paul K. y Platt, Jennifer, «Migration and the Denationalization of Science», en Elizabeth Crawford *et al.* (eds.), *Denationalizing Science*, Dordrecht y Boston, Kluwer, 1993, pp. 133-152.
- Hoffmann, Christhard, «The Contribution of German-speaking Jewish

- Immigrants to British Historiography», en Werner E. Mosse (ed.), *Second Chance: two centuries of German-speaking Jews in the United Kingdom*, Tubinga, Mohr, 1991, pp. 153-176.
- Hoffmann, Peter, *Gerhard Friedrich Müller (1705-1783), Historiker, Geograph, Archivar im Dienste Russlands*, Fráncfort, Peter Lang, 2005.
- Hoftijzer, Paul, «Metropolis of Print: the Amsterdam Book Trade in the Seventeenth Century», en Patrick O'Brien (ed.), *Urban Achievement in Early Modern Europe, Golden Ages in Antwerp, Amsterdam and London*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 249-265.
- Hoppe, Brigitte, «Kaempfer's Forschungen über japanische Pflanzen», en Detlef Haberland (ed.), *Engelbert Kaempfer: ein Gelehrtenleben zwischen Tradition und Innovation*, Wiesbaden, Harassowitz, 2004, pp. 125-153.
- Hsia, Florence, *Sojourners in a Strange Land: Jesuits and their scientific missions in late imperial China*, Chicago, University of Chicago Press, 2009.
- Hsia, Ronnie Po-chia, *A Jesuit in the Forbidden City*, Oxford, Oxford University Press, 2010.
- Hughes, H. Stuart, «Franz Neumann», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 446-462.
- , *Sea Change: the migration of social thought 1930-1965*, Nueva York, Harper, 1975.
- Hunt, Lynn; Jacob, Margaret y Mijnhardt, Wijnand, *The Book that Changed Europe: Picart and Bernard's Religious Ceremonies of the World*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2010.
- Hutchison, Ross, *Locke in France 1688-1734*, Oxford, Voltaire Foundation, 1991.
- Israel, Jonathan, *The Dutch Republic: its rise, greatness and fall, 1477-1806*, Oxford, Oxford University Press, 1995 [ed. cast: *La República holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661*, Madrid, Nerea, 1997].
- , «Jews and the Stock Exchange» (1990), versión revisada en su *Diasporas within a Diaspora*, Leiden, Brill, 2002, pp. 449-488.
- Jackman, Jarrell J. y Borden, Carla M. (eds.), *The Muses Flee Hitler*, Washington DC, Smithsonian Press, 1983.
- Jackson, Gabriel, *Juan Negrín*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2010.
- Jahoda, Marie, «The Migration of Psychoanalysis», en Donald Fleming y

- Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 371-419.
- Jani, Catherine, «The Jesuits' Negotiation of Science between France and China», en László Kontler *et al.* (eds.), *Negotiating Knowledge in Early Modern Empires*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 53-78.
- Janssen, Geert H., «The Counter-Reformation of the Refugee», *Journal of Ecclesiastical History* 63 (2012), pp. 671-692.
- Jaumann, Herbert, «Der Refuge und der Journalismus um 1700», en Sandra Pott, Martin Mulsow y Lutz Danneberg (eds.), *The Berlin Refuge, 1680-1780: learning and science in European context*, Leiden, Brill, 2003, pp. 155-182.
- Jay, Martin, *Permanent Exiles: essays on the intellectual migration from Germany to America*, Nueva York, Columbia University Press, 1986.
- Johannesson, Kurt, *The Renaissance of the Goths in Sixteenth-Century Sweden: Johannes and Olaus Magnus as Politicians and Historians* (1982), trad. inglesa, Berkeley, University of California Press, 1991.
- Johnston, Robert H., «New Mecca, New Babylon», Paris and the Russian Exiles, 1920-1945, Kingston y Montreal, McGill University Press, 1988.
- Kaempfer, Engelbert, *History of Japan*, Londres, Woodward, 1727.
- Kamen, Henry, «The Mediterranean and the Expulsion of the Spanish Jews in 1492», *Past & Present* 119 (1988), pp. 30-55.
- , *The Disinherited: the exiles who created Spanish culture*, Londres, Allen Lane, 2007 [ed. cast.: *Los desheredados*, Madrid, Aguilar, 2007].
- Kämmerer, Jürgen, *Russland und die Huguenotten im 18. Jht.*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1978.
- Kaplan, Yosef, «The Portuguese Community in Seventeenth-Century Amsterdam and the Ashkenazi World», en Jozeph Michman (ed.), *Dutch Jewish History*, Jerusalén, Hebrew University, 1989, vol. 2, pp. 23-45.
- , «La Jérusalem du Nord», en Henry Méchoulan (ed.), *Les juifs d'Espagne: histoire d'une diaspora, 1492-1992*, París, Lévi, 1992, pp. 191-209.
- , «Between Yitzhak Baer and Claudio Sánchez Albornoz: the rift that never healed», en Richard I. Cohen *et al.* (eds.), *Jewish Culture in Early Modern Europe*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2014, pp. 356-368.
- Kaufmann, Walter, «The Reception of Existentialism in the United States», en Robert Boyers (ed.), *The Legacy of the German Refugee Intellectuals*, Nueva York, Schocken, 1972, pp. 69-96.

- Keene, Donald, *The Japanese Discovery of Europe 1720-1830* [1952], ed. revisada, Stanford, Stanford University Press, 1969.
- Kettler, David, «Negotiating Exile: Franz L. Neumann as Political Scientist», en Caroline Arni (ed.), *Der Eigensinn des Materials*, Fráncfort, Stroemfeld, 2007, pp. 205-224.
- Kettler, David y Meja, Volker, *Karl Mannheim and the Crisis of Liberalism*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1995.
- Koenigsberger, Helmut, «Fragments of an Unwritten Biography», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 99-118.
- Loader, Colin y Meja, Völker, *Karl Mannheim and the Legacy of Max Weber*, Aldershot, Ashgate, 2008.
- Killinger, Charles, *Gaetano Salvemini*, Westport CN, Praeger, 2002.
- Klor de Alva, Jorge, «Sahagún and the Birth of Modern Ethnography», en Klor de Alva, Henry B. Nicholson y Eloise G. Keber (eds.), *The Work of Bernardino de Sahagún*, Austin TX, University of Texas Press, 1988, pp. 31-52.
- Kołakowski, Leszek, «In Praise of Exile», (1985), reed. en su *Modernity on Endless Trial*, Chicago, University of Chicago Press, 1990, pp. 55-59.
- Konuk, Kader, «Jewish-German philologists in Turkish Exile: Leo Spitzer and Erich Auerbach», en Alexander Stephan (ed.), *Exile and Otherness: new approaches to the experience of the Nazi refugees*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 31-47.
- Kornicki, Peter, «European Japanology at the end of the Seventeenth Century», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 56 (1993), pp. 502-524.
- Kostylo, Joanna, *Medicine and Dissent in Reformation Europe*, Oxford, Oxford University Press, 2015.
- Kracht, Klaus G., *Zwischen Berlin und Paris: Bernhard Groethuysen (1880-1946)*, Tubinga, Niemeyer, 2002.
- Kramer, Lloyd S., *Threshold of a New World: intellectuals and the exile experience in Paris, 1830-1848*, Ithaca, Cornell University Press, 1988.
- Kutter, Markus, *Celio Secondo Curione*, Basilea, Helbing & Lichtenhahn, 1955.
- Labourt, Jérôme, *Le christianisme dans l'empire Perse*, París, Lecoffre, 1904.
- Labrousse, Elisabeth, *Pierre Bayle*, 2 vols., La Haya, Nijhoff, 1963-1964.

- , *Bayle*, Oxford, Oxford University Press, 1983.
- Lach, Donald F. y J. Van Kley, Edwin, *Asia in the Making of Europe*, vol. 3, Chicago, University of Chicago Press, 1993.
- Laguerre, Michel S., «The Transglobal Network Nation: diaspora, homeland and hostland», en Eliezer Ben-Rafael y Yitzhak Sternberg (eds.), *Transnationalism: diasporas and the advent of a new (dis) order*, Leiden, Brill, 2009, pp. 195-210.
- Lamb, Ursula, *Cosmographers and Pilots of the Spanish Maritime Empire*, Aldershot, Variorum, 1995.
- Lambley, Katherine R., *The Teaching of French in England during Tudor and Stuart Times*, Manchester, Manchester University Press, 1920.
- Landry-Deron, Isabelle, *La preuve par la Chine: la «description» de J.-B. Du Halde*, París, éditions EHESS, 2002.
- Larraz Elorriaga, Fernando, «Los exiliados y las colecciones editoriales en Argentina, 1938-54», en Andrea Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina*, Madrid, Iberoamericana, 2011, pp. 129-144.
- Laslett, Peter, «Karl Mannheim in 1939: a student's recollection», *Revue Européenne des Sciences Sociales et Cahiers Vilfredo Pareto* 17 (1979), pp. 223-226.
- Latour, Bruno, *Science in Action*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1987.
- Lauer, Reinhard. «Schlöder und die Slaven», en Heinz Duchhardt y Martin Espenhorst (eds.), *August Ludwig (von) Schlöder in Europa.*, Gotinga, Vandenhoeck & Rupprecht, 2012, pp. 23-40.
- Laven, Mary, *Mission to China: Matteo Ricci and the Encounter with the East*, Londres, Faber, 2011.
- Lazarsfeld, Paul, «An Episode in the History of Social Research», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 270-334.
- Lefebvre, Jean-Paul, «Les professeurs français des missions universitaires au Brésil (1934-44)», *Cahiers du Brésil Contemporain* 12 (1990), pp. 1-10 (versión online <http://www.revues.msh-paris.fr/vernumpub/8-J.P%20Lefebvre.pdf>).
- Lennon, Colm, *Richard Stanihurst the Dubliner, 1547-1618*, Dublín, Irish Academic Press, 1981.

- León-Portilla, Miguel, *Bernardino de Sahagún: pionero de la antropología*, Ciudad de México, UNAM, 1999.
- Lévi-Strauss, Claude, *Tristes Tropiques*, París, Plon, 1955 [ed. cast.: *Tristes trópicos*, Barcelona, Paidós, 1997].
- , *Le regard éloigné*, París, Plon, 1983 [ed. cast.: *La mirada distante*, Barcelona, Argos Vergara, 1984]
- Levy, Avigdor, *The Sephardim in the Ottoman Empire*, Princeton, Darwin Press, 1992.
- Linden, David van der, *Experiencing Exile: Huguenot refugees in the Dutch Republic, 1680-1700*, Farnham, Ashgate, 2015.
- Linehan, Peter, *History and the Historians of Medieval Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1993.
- Livingstone, Rodney, «The Contribution of German-Speaking Jewish Refugees to German Studies in Britain», en Werner E. Mosse (ed.), *Second Chance: two centuries of German-speaking Jews in the United Kingdom*, Tubinga, Mohr, 1991, pp. 137-152.
- Loader, Colin, *The Intellectual Development of Karl Mannheim*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
- Loewenberg, Gerhard, «The Influence of European Émigré Scholars on Comparative Politics, 1925-1965», *American Political Science Review* 100 (2006), pp. 597-604.
- López Sánchez, José María, «El exilio científico republicano en México», en Luis Enrique Otero Carvajal (ed.), *La destrucción de la ciencia en España*, Madrid, Complutense, 2006, pp. 177-239.
- Lorenzen, David N., *Who Invented Hinduism?*, Nueva Delhi, Yoda Press, 2006.
- Lowenthal, David, *The Past is a Foreign Country* (1985), ed. rev., Cambridge, Cambridge University Press, 2015 [ed. cast.: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998].
- Lubac, Henri de, *La rencontre du Bouddhisme et de l'occident*, París, Aubier, 1952.
- Lucassen, Jan y Lucassen, Leo (eds.), *Migration, Migration History, History: old paradigms and new perspectives*, Berna, Peter Lang, 1997.
- Lyon, E. Stina, «Karl Mannheim and Viola Klein», en Shula Marks, Paul Weindling y Laura Wintour (eds.), *In Defence of Learning: the plight, persecution and placement of academic refugees, 1933-1980s*, Oxford,

- Oxford University Press, 2011, pp. 177-190.
- McEwan, Dorothea, «Mapping the Trade Routes of the Mind: the Warburg Institute», en Edward Timms y Jon Hughes (eds.), *Intellectual Migration and Cultural Transformation*, Viena y Nueva York, Springer, 2003, pp. 37-50.
- Mancebo, María Fernanda, *La España de los exilios*, Valencia, Universitat de València, 2008.
- Mandelbrote, Scott, «Pierre des Maizeaux: history, toleration and scholarship», en Christopher R. Ligota y J.-L. Quantin (eds.), *History of Scholarship*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pp. 385-398.
- Mandler, Jean M. y Mandler, George, «The Diaspora of Experimental Psychology», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 371-419.
- Mann, Nicholas, «*Translatio Studii*: Warburgian *Kunstwissenschaft* in London, 1933-1945», en Roberto Scazzieri y Raffaella Simili (eds.), *The Migration of Ideas*, Sagamore Beach, MA, Science History Publications, 2008, pp. 151-160.
- Mannheim, Karl, *Ideology and Utopia* (1929), trad. inglesa, Londres, Routledge, 1936 [ed. cast.: *Ideología y utopía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997].
- , «The Function of the Refugee», *New English Weekly*, 19 abril 1945.
- , «The Problem of a Sociology of Knowledge», trad. en sus *Essays in the Sociology of Knowledge*, pp. 134-190, Londres, Routledge, 1952 [ed. cast.: *El problema de la sociología del saber*, Madrid, Tecnos, 1990].
- , *Essays on Sociology and Social Psychology*, Londres, Routledge, 1953.
- , *Correspondence*, ed. de Éva Gábor, Lewiston, NY, Edwin Mellen Press, 2003.
- Marks, Shula, «South African Refugees in the UK», en Shula Marks, Paul Weindling y Laura Wintour (eds.), *In Defence of Learning: the plight, persecution and placement of academic refugees, 1933-1980s*, Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 257-279.
- Marrus, Michael, *The Unwanted: European Refugees in the 20th Century*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.
- Marshall, Peter J. (ed.), *The British Discovery of Hinduism in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

- Massarella, Derek, «Epilogue: Inquisitive and Intelligent Men», en Beatrice Bodart-Bailey y Derek Massarella (eds.), *The Furthest Goal: Engelbert Kaempfer's Encounter with Tokugawa Japan*, Folkestone, Japan Library, 1995, pp. 152-164.
- Massil, Stephen W., «Immigrant Librarians in Britain: Huguenots and Some Others», *World Library and Information Congress: 69th IFLA General Conference and Council, 1-9 August 2003, Berlin* [<http://webdoc.sub.gwdg.de/ebook/aw/2003/ifla/vortraege/iv/ifla69/papers/Massil.pdf>].
- Masterson, James R. y Browe, Helen, *Bering's successors, 1745-1780; contributions of Peter Simon Pallas to the history of Russian exploration toward Alaska*, Seattle, University of Washington Press, 1948.
- Mazower, Mark, *Salonica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Londres, HarperCollins, 2004.
- Meier, Johannes, «Los jesuitas expulsados de Chile», en Manfred Tietz y Dietrich Briesemeister (eds.), *Los jesuitas españoles expulsos*, Fráncfort, Vervuert, 2001, pp. 423-441.
- Mennell, Stephen, *Norbert Elias*, Oxford, Blackwell, 1989.
- Merton, Robert K., «The Matthew Effect in Science», *Science* 159 (1968), pp. 56-63.
- Michels, Karen, *Transplantierte Wissenschaft: Der Wandel einer Disziplin als Folge der Emigration deutschsprachiger Kunsthistoriker in die USA*, Berlín, Akademie Verlag, 1999.
- Mil, Patrick van (ed.) *De VOC in de kaart gekeken, 1602-1799*, La Haya, SDU, 1988.
- Miller, Edward, *Prince of Librarians: the life and times of Antonio Panizzi of the British Museum*, Londres, Deutsch, 1967.
- Miller, Peter (ed.), *Momigliano and Antiquarianism: foundations of the modern cultural sciences*, Toronto, University of Toronto Press, 2007.
- Moldavsky, Aliocha, «The Problematic Acquisition of Indigenous Languages», en John O'Malley et al. (eds.), *The Jesuits, II: Cultures, Sciences and the Arts, 1540-1773*, Toronto, University of Toronto Press, 2006, pp. 602-615.
- Molho, Anthony, «Hans Baron's Crisis», en David S. Peterson y Daniel E. Bornstein (eds.), *Florence and Beyond*, Toronto, University of Toronto Press, 2008, pp. 61-90.
- Momigliano, Arnaldo, «Ancient History and the Antiquarian» [1950], reed. en

- Studies in Historiography*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1966, pp. 1-39.
- Moraes Ferreira, Marieta de, «Les professeurs français et l'enseignement de l'histoire à Rio de Janeiro pendant les années 1930», en François Crouzet, Philippe Bonichon y Denis Rolland (eds.), *Pour l'histoire du Brésil*, Paris, L'Harmattan, 2000, pp. 123-140.
- Mosse, Werner E. (ed.), *Second Chance: two centuries of German-speaking Jews in the United Kingdom*, Tubinga, Mohr, 1991.
- Motta, Roberto, «L'apport brésilien dans l'oeuvre de Roger Bastide», en Philippe Laburthe-Tolra (ed.), *Roger Bastide ou le réjouissement de l'abîme*, Paris, L'Harmattan, 1994, pp. 169-178.
- Mowl, Tim, *Stylistic Cold Wars: Betjeman versus Pevsner*, Londres, John Murray, 2000.
- Mühlpfordt, Günther, «Schlözer als Begründer der kritisch-ethnischen Geschichtsforschung», *Jahrbuch für Geschichte* 25 (1982), pp. 23-72.
- Müller, Hildegard, «German Librarians in Exile in Turkey», *Libraries and Culture* 33 (1998), pp. 294-305.
- Mulkay, Michael, «Conceptual Displacement and Migration in Science», *Science Studies* 4 (1974), pp. 205-234.
- Mulsow, Martin, «Views of the Berlin Refuge», en Sandra Pott, Martin Mulsow y Lutz Danneberg (eds.), *The Berlin Refuge, 1680-1780: learning and science in European context*, Leiden, Brill, 2003, pp. 25-46.
- Muntschick, Wolfgang, «The Plants that carry His Name: Kaempfer's study of the Japanese Flora», en Beatrice Bodart-Bailey y Derek Massarella (eds.), *The Furthest Goal: Engelbert Kaempfer's Encounter with Tokugawa Japan*, Folkestone, Japan Library, 1995, pp. 71-95.
- Murillo Rubiera, Fernando, *Andrés Bello*, Caracas, la Casa de Bello, 1986.
- Murr, Sylvia, *L'Inde philosophique entre Bossuet et Voltaire*, 2 vols., Paris, Ecole Française d'Extrême-Orient, 1987.
- Namier, Lewis, *The Structure of Politics at the Accession of George III*, Londres, Macmillan, 1929.
- , «The Biography of Ordinary Men», (1928); reed. en *Crossroads of Power*, Londres, Hamish Hamilton, 1961, pp. 1-6.
- Nasr, Seyyed Hossein, «Life Sciences, Alchemy and Medicine», en Richard N. Frye (ed.) *The Cambridge History of Iran*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, vol. 4, pp. 396-418.

- Netanyahu, Benzion, *Don Isaac Abravanel, Statesman and Philosopher* (1953), Filadelfia, Jewish Publication Society of America, ²1968.
- Neumann, Franz, «The Social Sciences», en Franz Neumann (ed.), *The Cultural Migration: the European Scholar in America*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1953, pp. 4-26.
- Nicholson, Henry B., «Fray Bernardino de Sahagun», en Eloise Q. Keber (ed), *Representing Aztec Ritual*, Boulder CO, University of Colorado Press, 2002, pp. 21-39.
- Nicolazzi, Fernando, *Um estilo de história*, São Paulo, UNESP, 2015.
- Niggemann, Ulrich, *Immigrationspolitik zwischen Konflikt und Konsens: Die Huguenotten Siedlung in Deutschland und England, 1681-1697*, Colonia, Böhlau, 2008.
- Nordenstam, Bertil (ed.), *Carl Peter Thunberg: Linnean, resenäre, Naturforskare, 1743-1828*, Estocolmo, Atlantis, 1993.
- Nusteling, Hubert, «The Netherlands and the Huguenot Émigrés», en Bots y G. H. M. Posthumus Meyjes (eds.), *La Révocation de l'Édit de Nantes et les Provinces-Unies, 1685*, Ámsterdam, APA-Holland University Press, 1986, pp. 26-30.
- Oberman, Heiko, «*Europa Afflicta*: the Reformation of the Refugees», *Archiv für Reformationsgeschichte* 83 (1992), pp. 91-111.
- Oddie, Geoffrey A., «Constructing “Hinduism”: the impact of the Protestant missionary movement on Hindu self-understanding», en Robert E. Frykenberg (ed.), *Christians and Missionaries in India*, Londres, RoutledgeCurzon, 2003, pp.155-182.
- , *Imagined Hinduism: British Protestant missionary constructions of Hinduism, 1793-1900*, Londres, Sage, 2006.
- Ortiz, Fernando, *Contrapunteo Cubano*, La Habana, Montero, 1940.
- Otero, Luis Enrique (ed.), *La destrucción de la ciencia en España*, Madrid, Complutense, 2006.
- Pagden, Anthony, *The Fall of Natural Man: the American Indian and the Origins of Comparative Ethnology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982 [ed. cast.: *La caída del hombre: el indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, Alianza, 1988].
- Page, Scott, *The Difference: how the power of diversity creates better groups, firms, schools and societies*, Princeton, Princeton University Press,

- 2007.
- Pagni, Andrea (ed.), *El exilio republicano español en México y Argentina*, Madrid, Iberoamericana, 2011.
- Pallares-Burke, Maria Lúcia G., «Interview with Zygmunt Bauman», *Tempo Social* 16 (2004), pp. 301-325.
- , *O triunfo do fracasso. Rudiger Bilden, o amigo esquecido de Gilberto Freyre*, São Paulo, UNESP, 2012.
- Panofsky, Erwin, «The History of Art», en Franz Neumann (ed.), *The Cultural Migration: the European Scholar in America*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1953, pp. 82-111.
- , *Meaning in the Visual Arts*, Nueva York, Doubleday, 1955 [ed. cast.: *El significado en las artes visuales*, Madrid, Alianza, 2015].
- , «In Defense of the Ivory Tower», *Centennial Review* 1 (1957), pp. 111-112.
- Paris, Erato, *La genèse intellectuelle de l'oeuvre de Fernand Braudel*, Atenas, Institut de Recherches Néo-Helléniques, 1999.
- Park, Robert E, «Human Migration and the Marginal Man», *American Journal of Sociology* 33 (1928), pp. 881-893.
- Parry, Graham, *The Trophies of Time: English Antiquarians of the Seventeenth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1995.
- Paternicò, Luisa Maria, *When the Europeans began to study Chinese: Martino Martini's Grammatica Linguae Sinensis*, Lovaina, Ferdinand Verbiest Institute, 2013.
- Paulus, Paul B. y Nijstad, Bernard A. (eds.), *Group Creativity, innovation through collaboration*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- Pennec, Hervé, «Missionary Knowledge in Context: geographical knowledge of Ethiopia», en Adrian Delmas y Nigel Penn (eds.), *Culture in a Colonial Context*, Leiden, Brill, 2012, pp. 75-96.
- Pereira de Queiroz, Maria Isaura, «La recherche géographique au Brésil», en Hervé Théry y Martine Droulers (eds.), *Pierre Monbeig*, París, Institut des hautes études de l'Amérique latine, 1991, pp. 59-64.
- Perini, Leandro, *La vita e tempi di Pietro Perna*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2002.
- Petech, Luciano (ed.), *I missionari italiani nel Tibet e nel Nepal*, parte 6, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1955.
- Peters, Martin, *Altes Reich und Europa: Der Historiker, Statistiker und*

- Publizist August Ludwig (v.) Schlözer (1735-1809)*, Münster, LIT, 2005.
- Pflanze, Otto P., «The Americanization of Hajo Holborn», en Hartmut Lehmann y James Sheehan (eds.), *An Interrupted Past: German-speaking refugee historians in the United States after 1933*, Washington, DC, German Historical Institute, 1991, pp. 170-179.
- Phillips, Mark S., *On Historical Distance*, New Haven, Yale University Press, 2013.
- Pickus, David, «At Home with Nietzsche, at War with Germany: Walter Kaufmann and the Struggles of Nietzsche Interpretation», en Richard Bodek y Simon Lewis (eds.), *The Fruits of Exile*, Columbia SC, University of South Carolina Press, 2010, pp. 156-176.
- Pinedo, Javier, «El exilio de los jesuitas latinoamericanos: un creativo dolor», en Carlos Sanhueza y Javier Pinedo (eds.), *La patria interrumpida. Latinoamericanos en el exilio. Siglos XVIII-XX*, Santiago, Universidad de Talca, 2010, pp. 35-57.
- Pizzorusso, Giovanni, «La Congrégation De Propaganda Fide: centre d'accumulation et de production des "savoirs missionnaires"», en Charlotte de Castelnau-L'Estoile (ed.), *Missions d'évangélisation et circulation des savoirs: XVIe-XVIIIe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2011, pp. 25-40.
- Platt, Jennifer, «Some Issues in Intellectual Method and Approach», en Edward Timms y Jon Hughes (eds.), *Intellectual Migration and Cultural Transformation*, Viena y Nueva York, Springer, 2003, pp. 7-20.
- Plutarco, «On Exile», en sus *Moralia*, Londres, Heinemann, 1959, vol.7, pp. 519-571 [ed. cast.: *Obras morales y de costumbres*, Madrid, Akal, 1987].
- Polanyi, Michael, *Personal Knowledge*, Londres, Routledge, 1958.
- Portuondo, Maria M., *Secret Science: Spanish cosmography and the New World*, Chicago, University of Chicago Press, 2009 [ed. cast.: *Ciencia secreta: la cosmografía española y el Nuevo Mundo*, Madrid, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2013].
- Prieto, Andrés I., *Missionary Scientists: Jesuit science in Spanish South America, 1570-1810*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2011.
- Prochnik, George, *The Impossible Exile: Stefan Zweig at the end of the world*, Nueva York, Other Press, 2014 [ed. cast.: *El exilio imposible: Stefan Zweig en el fin del mundo*, Barcelona, Ariel, 2014].
- Prosperi, Adriano, «"Otras Indias": missionari della contrariforma tra contadini e selvaggi», en Paola Zambelli (ed.), *Scienze, credenze occulte*,

- livelli di cultura*, Florencia, Olschki, 1982, pp. 205-234.
- Raeff, Marc, *Russia Abroad: a cultural history of the Russian emigration*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- Raj, Kapil, «Surgeons, Fakirs, Merchants and Craftspeople», en Londa Schiebinger y Claudia Swan (eds.), *Colonial Botany*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2005, pp. 252-269.
- , *Relocating Modern Science: circulation and the construction of knowledge in South Asia and Europe, 1650-1900*, Basingstoke, Ashgate, 2007.
- , «Dynamiques urbaines et savants à Calcutta (XVIIIe siècle)», *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 55 (2008), pp. 70-99.
- , «Beyond Postcolonialism», *Isis* 104 (2013), pp. 337-347.
- Rapin-Thoyras, Paul de, *Histoire de l'Angleterre (1723)*, nueva ed., 4 vols., Basilea, Brandmuller, 1740.
- Raven, Diederick y Krohn, Wolfgang, «Edgar Zilsel: His Life and Work», introducción a Zilsel, *The Social Origins of Modern Science*, Dordrecht, Kluwer, 2000.
- Ray, Jonathan, *After Expulsion: 1492 and the Making of Sephardic Jewry*, Nueva York, New York University Press, 2013.
- Reid, Donald M., *The Odyssey of Farah Antun*, Minneapolis y Chicago, Bibliotheca Islamica, 1975.
- Reinhartz, Dennis, «In the Service of Catherine the Great: the Siberian Explorations and Map of Sir Samuel Benthams», *Terrae Incognitae* 26 (1994), pp. 49-60.
- Reuter, Astrid, *Das Wilde Heilige: Roger Bastide (1898-1974) und die Religionswissenschaft seiner Zeit*, Fráncfort, Campus, 2000.
- Riasanovsky, Nikolai, «The Norman Theory of the Origin of the Russian State», *Russian Review* 7 (1947), pp. 96-110.
- Ribeiro, Darcy, «Gilberto Freyre: uma introdução a Casa Grande e Senzala», (1977); reed. en Guillermo Giucci, Enrique Larreta y Edson Nery de Fonseca (eds.), *Casa Grande e Senzala: Edição Crítica*, Nanterre, Allca XX, 2002, pp. 1026-1037.
- Rietbergen, Peter, «VOC Travelogues», en Susanne Friedrich, Arndt Brendecke y Stefan Ehrenpreis (eds.), *Transformations of Knowledge in Dutch Expansion*, Berlín, De Gruyter, 2015, pp. 231-249.
- Río, Angel del, *The Clash and Attraction of Two Cultures*, trad. inglesa Baton

- Rouge, Louisiana State University Press, 1965.
- Roberts, Lissa, «Re-Orienting the Transformation of Knowledge in Dutch Expansion: Nagasaki as a Centre of Accumulation and Management», en Susanne Friedrich, Arndt Brendecke y Stefan Ehrenpreis (eds.), *Transformations of Knowledge in Dutch Expansion*, Berlín, De Gruyter, 2015, pp. 19-42.
- Robinson, Eric, «The Transference of British Technology to Russia, 1760-1820», en Barrie M. Ratcliffe (ed.), *Great Britain and Her World*, Manchester, Manchester University Press, 1975, pp. 1-26.
- Rocher, Rosane, *Orientalism, Poetry and the Millennium*, Delhi, Banarsidess, 1983.
- Rogge, Wolfgang (ed.), *Theodor W. Adorno und Ernst Krenek, Briefwechsel*, Fráncfort, Suhrkamp, 1974.
- Romano, Antonella, «Les jésuites entre apostolat missionnaire et activité scientifique», *Archivum Historicum Societatis Jesu* 74 (2005), pp. 213-236.
- Rubiés, Joan Pau, *Travel and Ethnology in the Renaissance: South India through European Eyes, 1250-1625*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- , «The Jesuit Discovery of Hinduism», *Archiv Für Religionsgeschichte* 3 (2001), pp. 210-256.
- , «Reassessing “the Discovery of Hinduism”: Jesuit Discourse on Gentile Idolatry and the European Republic of Letters», en Anand Amaladass e Ines Županov (eds.), *Intercultural Encounter and the Jesuit mission in South Asia (16th-18th centuries)*, Bangalore, ATC, 2014, pp. 113-155.
- Rubinstein, Nicolai, «Germany, Italy and England», en Peter Alter (ed.), *Out of the Third Reich: refugee historians in Post-war Britain*, Londres, I. B. Tauris, 1998, pp. 237-246.
- Rubinstein, Nina, *Die französische Emigration nach 1789: ein Beitrag zur Soziologie der politischen Emigration*, Graz, Nausner & Nausner, 2000.
- Rucquoi, Adeline, «Spanish Medieval History and the Annales», en Miri Rubin (ed.), *The Work of Jacques Le Goff*, Woodbridge, Boydell Press, 1997, pp. 123-141.
- Rumbold, Margaret E., *Traducteur huguenot: Pierre Coste*, Nueva York, Lang, 1991.
- Russell, Peter, «The Nessus-Shirt of Spanish History», *Bulletin of Hispanic Studies* 36 (1959), pp. 219-225.

- Said, Edward W., *Representations of the Intellectual*, Londres, Vintage, 1994 [ed. cast.: *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Debate, 2007].
- , *Out of Place: a memoir*, Londres, Granta, 2000 [ed. cast.: *Fuera de lugar*, Barcelona, Grijalbo, 2001].
- , «Reflections on Exile» (1984), reed. en sus *Reflections on Exile*, Londres, Granta, 2001, pp. 173-186.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, *Rousseau en México*, Ciudad de México, Grijalbo, 1967.
- , *Del exilio en Mexico*, Ciudad de México, Grijalbo, 1991.
- Sandman, Alison, «Controlling Knowledge: navigation, cartography and secrecy in the early modern Spanish Atlantic», en James Delbourgo y Nicholas Dew (eds.), *Science and Empire in the Atlantic World*, Nueva York, Routledge, 2008, pp. 31-51.
- Sarton, George, *Galen of Pergamon*, Lawrence, KS, University of Kansas Press, 1954.
- Scheuerman, William E., «Professor Kelsen's Amazing Disappearing Act», en Felix Rösch, (ed.), *Émigré Scholars and the Genesis of International Relations*, Basingstoke, Ashgate, 2014, pp. 81-102.
- Schilder, Günther, «Organization and Evolution of the Dutch East India Company's Hydrographic Office», *Imago Mundi* 28 (1976), pp. 61-78.
- Schilling, Heinz, *Niederländische Exulanten im 16. Jahrhundert*, Gütersloh, Mohn, 1972.
- , «Innovation through Migration: the settlements of Calvinistic Netherlanders in Sixteenth- and Seventeenth-Century Central and Western Europe», *Histoire sociale-Social History* 16 (1983), pp. 7-34.
- Schmidt, James, «The Eclipse of Reason and the End of the Frankfurt School in America», en Richard Bodek y Simon Lewis (eds.), *The Fruits of Exile*, Columbia SC, University of South Carolina Press, 2010, pp. 1-28.
- Schön, Donald A., *Displacement of Concepts*, Londres, Tavistock, 1963.
- Schulze, Ludmilla, «The Russification of the St Petersburg Academy of Sciences and Arts in the Eighteenth Century», *British Journal for the History of Science* 18 (1985), pp. 305-335.
- Scoville, Warren C., *The Persecution of Huguenots and French Economic Development, 1680-1720*, Berkeley, University of California Press, 1960.
- Sgard, Jean (ed), *Dictionnaire des journalistes, 1600-1789*, Oxford, Voltaire Foundation, 1999.

- Shaw, Denis J. B., «Geographical Practice and its Significance in Peter the Great's Russia», *Journal of Historical Geography* 22 (1996), pp. 160-76.
- Sheppard, Eugene R., *Leo Strauss and the Politics of Exile: the making of a political philosopher*, Hanover, NH, University Press of New England, 2006.
- Shils, Edward, «The Calling of Sociology», en Talcott Parsons *et al.*, (eds.), *Theories of Society*, Nueva York, Free Press, 1961, pp. 1405-1450.
- Simmel, Georg, «The Stranger», en Charles Lemert (ed.), *Social Theory*, Boulder, CO, Westview Press, 1999, pp. 184-189.
- Singh, Anjana, «Botanical Knowledge in Early Modern Malabar and the Netherlands», en Susanne Friedrich, Arndt Brendecke y Stefan Ehrenpreis (eds.), *Transformations of Knowledge in Dutch Expansion*, Berlín, De Gruyter, 2015, pp. 187-208.
- Skidmore, Thomas, «Lévi-Strauss, Braudel and Brazil: a case of mutual influence», *Bulletin of Latin American Research* 22 (2003), pp. 340-49.
- Sládek, Zdeněk, «Prag: “Das russische Oxford”», en Karl Schlögel (ed.), *Der Grosse Exodus*, Múnich, Beck, 1994, pp. 218-233.
- Smith, Woodruff D., «Amsterdam as an Information Exchange in the Seventeenth Century», *Journal of Economic History* 44 (1984), pp. 985-1005.
- Snowman, Daniel, *The Hitler Emigrés: the cultural impact on Britain of refugees from Nazism*, Londres, Chatto & Windus, 2002.
- Söllner, Alfons, «In Transit to America: political scientists from Germany in Great Britain», en Werner Mosse (ed.), *Second Chance: two centuries of German-speaking Jews in the United Kingdom*, Tubinga, Mohr, 1991, pp. 121-136.
- , «Von Staatsrecht zur “political science” – die Emigration deutscher Wissenschaftler nach 1933, ihr Einfluss auf die Transformation einer Disziplin», en Herbert A. Strauss *et al.* (eds.), *Die Emigration der Wissenschaften nach 1933*, Múnich, Saur, 1991, pp. 137-164.
- , «From International Law to International Relations: émigré scholars in American Political Science and International Relations», en Felix Rösch (ed.), *Émigré Scholars and the Genesis of International Relations*, Basingstoke, Ashgate, 2014, pp. 197-211.
- Soyer, François, *The Persecution of the Jews and Muslims of Portugal*, Leiden, Brill, 2007.

- Spence, Jonathan, *The Memory Palace of Matteo Ricci*, Londres, Faber, 1985 [ed. cast.: *El palacio de la memoria de Mateo Ricci: un jesuita en la China del siglo XVI*, Barcelona, Tusquets, 2002].
- Spitzer, Leo, «Answer to Mr Bloomfield», *Language* 20 (1944), pp. 245-251.
- Spivey, Nigel, *Phaidon 1923-98*, Londres, Phaidon, 1999.
- Sprat, Thomas, *History of the Royal Society*, Jackson I. Cope y Harold W. Jones (eds.), Londres, Routledge, 1958.
- Stadler, Friedrich K., «Transfer and Transformation of Logical Empiricism», en Gary L. Hardcastle y Alan W. Richardson (eds.), *Logical Empiricism in North America*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2003, pp. 216-233.
- Stagl, Justin, *A History of Curiosity*, Londres, Routledge, 1995.
- Stanley, John D., «Joachim Lelewel», en Peter Brock *et al.* (eds.), *Nation and History*, Toronto, University of Toronto Press, 2006, pp. 52-84.
- Steensgaard, Nils, «The Dutch East India Company as an Institutional Innovation», en Maurice Aymard (ed.), *Dutch Capitalism and World Capitalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, pp. 235-257.
- Stejneger, Leonhard, *Georg Wilhelm Steller: the pioneer of Alaskan natural history*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1936.
- Stern, Fritz, *Five Germanies I have known*, Wassenaar, NIAS, 1998.
- Stipa, Günter Johannes, *Finnisch-Ugrische Sprachforschung von der Renaissance bis zum Neupositivismus*, Helsinki, Suomalais-Ugrilainen Seura, 1990.
- Stirk, Peter, «International Law, Émigrés and the Foundation of International Relations», en Felix Rösch (ed.), *Émigré Scholars and the Genesis of International Relations*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 61-80.
- Strauss, Herbert A, «Wissenschaftsemigration als Forschungsproblem», en H. A. Strauss *et al* (ed.), *Die Emigration der Wissenschaften nach 1933*, Múnich, Saur, 1991, pp. 7-24.
- Sweetman, Will, *Mapping Hinduism: "Hinduism" and the study of Indian religions, 1600-1776*, Halle, Franckeschen Stiftungen, 2003.
- Swindlehurst, Catherine, «“An unruly and presumptuous rabble”: the reaction of the Spitalfields weaving community to the settlement of the Huguenots, 1660-90», en Randolph Vigne y Charles Littleton (eds.), *From Strangers to Citizens*, Brighton, Sussex Academic Press, 2001, pp. 366-374.
- Szilard, Leo, «Reminiscences», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.),

- The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 94-151.
- Sznajder, Mario y Roniger, Luis, *The Politics of Exile in Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Tedeschi, John, «Italian Reformers and the Diffusion of Renaissance Culture», *Sixteenth-Century Journal* 5 (1974), pp. 79-94.
- Telman, Jeremy, «Selective Affinities», en Richard Bodek y Simon Lewis (eds.), *The Fruits of Exile*, Columbia SC, University of South Carolina Press, 2010, pp. 40-58.
- Terpstra, Nicholas, *Religious Refugees in the Early Modern World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- Thackray, Arnold y Merton, Robert, «On Discipline Building: the paradoxes of George Sarton», *Isis* 63 (1972), pp. 472-495.
- Tietz, Manfred y Briesemeister, Dietrich (eds.), *Los jesuitas españoles expulsos*, Fráncfort, Vervuert, 2001.
- Tihanov, Galin, «Russian Emigré Literary Criticism and Theory between the World Wars», en Evgeny Dobrenko y Galin Tihanov (eds.), *A History of Russian Literary Theory and Criticism*, Pittsburgh PA, University of Pittsburgh Press, 2011, pp. 144-162.
- Tillich, Paul, «The Conquest of Theological Provincialism», en Franz Neumann (ed.), *The Cultural Migration*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1953, pp. 138-156.
- Tocqueville, Alexis de, *De la démocratie en Amérique (1835-40)*, Eduardo Nolla (ed.), vol.1, Paris, Vrin, 1990 [ed. cast.: *La democracia en América*, Madrid, Akal, 2007].
- Törnqvist, Gunnar, «Creativity and the Renewal of Regional Life», en Anne Buttimer (ed.), *Creativity and Context*, Lund, University of Lund, 1983, pp. 91-112.
- Tóth, Heléna, *An Exiled Generation: German and Hungarian Refugees of Revolution, 1848-1871*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.
- Trautmann, Thomas R., *Languages and Nations: the Dravidian proof in colonial Madras*, Berkeley, University of California Press, 2006.
- Trevor-Roper, Hugh R., «Three Foreigners», *Encounter*, febrero 1960, pp 3-20.
- , «A Huguenot Historian: Paul Rapin», en Irene Scouloudi (ed.), *Huguenots in Britain and their French Background, 1550-1800*, Basingstoke,

- Macmillan, 1987, pp. 3-19.
- , «Mayerne», en *Oxford Dictionary of National Biography*, vol. 37, p. 581. Oxford, Oxford University Press, 2004.
- , *Europe's Physician: the various life of Sir Theodore de Mayerne*, New Haven, Yale University Press, 2006.
- Turner, Frederick Jackson, «The Significance of History», en Fulmer Mood (ed.), *The Early Writings of Frederick Jackson Turner*, Madison WI, University of Wisconsin Press, 1938.
- Valero Pie, Aurelia, «Metáforas del exilio: José Gaos y su experiencia del “transtierro”», *Revista de Hispanismo Filosófico* 18 (2013), pp. 71-78.
- Varga, Lucie, «La genèse du national-socialisme. Notes d'analyse sociale», *Annales d'histoire économique et sociale* 9 (1937), pp. 529-546.
- Veblen, Thorstein, «The Intellectual Pre-Eminence of Jews in Modern Europe», *Political Science Quarterly* 34 (1919), pp. 33-42.
- Vega, Joseph Penso de la, *Confusión de Confusiones* (1688), reed. facsímil, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1958.
- Velde, Paul van der, «The Interpreter Interpreted: Kaempfer's Japanese Collaborator Imamura Genemon Eisei», en Beatrice Bodart-Bailey y Derek Massarella (eds.), *The Furthest Goal: Engelbert Kaempfer's Encounter with Tokugawa Japan*, Folkestone, Japan Library, 1995, pp. 44-58.
- Vermeulen, Han F., «The German Invention of Völkerkunde», en Sara Eigen y Mark Larrimore (eds.), *The German Invention of Race*, Albany NY, State University of New York Press, 2006, pp. 123-146.
- , «Von der Empirie zur Theorie: Deutschsprachige Ethnographie und Ethnologie, 1740-1881», *Zeitschrift für Ethnologie* 134 (2009), pp. 253-266.
- , *Before Boas: the genesis of ethnography and ethnology in the German Enlightenment*, Lincoln NE, University of Nebraska Press, 2015.
- Vincent, Bernard, *1492: l'année admirable*, París, Aubier, 1991.
- Vucinich, Alexander, *Science in Russian culture, a history to 1860*, Stanford, Stanford University Press, 1963.
- Walbank, Frank W., *Polybius*, Berkeley, University of California Press, 1972.
- Weber, Regina, «Zur Remigration des Germanisten Richard Alewyn», en Herbert A. Strauss *et al.*(eds), *Die Emigration der Wissenschaften nach 1933*, Múnich, Saur, 1991, pp. 235-256.
- Weidenfeld, George, *Remembering My Good Friends*, Londres,

- HarperCollins, 1994.
- Weiner, Charles, «The Refugees and American Physics», en Donald Fleming y Bernard Bailyn (eds.), *The Intellectual Migration: Europe and America, 1930-1960*, Cambridge MA, Harvard University Press, 1968, pp. 190-228.
- Wendland, Ulrike (ed.), *Biographisches Handbuch deutschsprachiger Kunsthistoriker in Exil*, Múnich, Saur, 1999.
- Werblowsky, R. J., *Zwi. Joseph Caro, Lawyer and Mystic* (1962), Filadelfia, Jewish Publication Society of America, ²1977.
- Wes, Marinus A., *Michael Rostovtzeff, Historian in Exile*, Stuttgart, Steiner, 1990.
- Westphal, Uwe, «German, Czech and Austrian Jews in English Publishing», en Werner E. Mosse (ed.), *Second Chance: two centuries of German-speaking Jews in the United Kingdom*, Tubinga, Mohr, 1991, pp. 195-208.
- Wheatland, Thomas, *The Frankfurt School in Exile*, Minneapolis, MN, University of Minnesota Press, 2009.
- , «Frank L. Neumann: negotiating political exile», *German Historical Institute Bulletin*, Suplemento 10 (2014), pp. 111-138.
- Wicki, José (ed.), *Tratado do Pe. Gonçalo Fernandez Trancoso sobre o hinduísmo*, Lisboa, Centro de Estudos Históricos Ultramarinos, 1973.
- Widmann, Horst, *Exil und Bildungshilfe: Die deutsch-sprachige akademische Emigration in der Türkei nach 1933*, Berna, Lang, 1973.
- Williams, Robert C., *Culture in Exile: Russian émigrés in Germany, 1881-1941*, Ithaca, Cornell University Press, 1972.
- Winter, Eduard (ed.), *Die Deutsch-Russische Begegnung und Leonard Euler*, Berlín, Akademie Verlag, 1958.
- , *Lomonosov, Schlözer, Pallas*, Berlín, Akademie Verlag, 1962.
- Wu, Jiang, «The Taikun's Zen Master from China», *East Asian History* 38 (2014), pp. 75-96.
- Wuttke, Dieter, «Die Emigration der Kulturwissenschaftlichen Bibliothek Warburg und die Anfänge des Universitätsfaches Kunstgeschichte in Grossbritannien.», *Artibus et Historiae* 5 (1984), pp. 133-146.
- Yardeni, Myriam, *Le refuge protestant*, París, Champion, 1985.
- , *Le Refuge Huguenot: assimilation et culture*, París, Champion, 2002.
- Yerushalmi, Yosef H., *Zakhor: Jewish history and Jewish memory*, Seattle, University of Washington Press, 1982 [ed. cast: *Zajor: la historia judía y la*

- memoria judía*, Barcelona, Anthropos, 2002].
- Young, John T., *Faith, Medical Alchemy and Natural Philosophy: Johann Moriaen, reformed intelligencer, and the Hartlib Circle*, Aldershot, Ashgate, 1998.
- Zandvliet, Kees, *Mapping for Money*, Amsterdam, Batavian Lion International, 1998.
- Zhang, Qiong, *Making the New World their own: Chinese encounters with Jesuit science in the age of discovery*, Leiden, Brill, 2015.
- Zhiri, Oumelbanine, *L'Afrique au miroir de l'Europe: fortunes de Jean-Léon l'Africain à la Renaissance*, Ginebra, Droz, 1991.
- Ziman, John M., *Ideas Move Around Inside People*, Londres, Birkbeck College, 1974.
- Zimmermann, Klaus, «Los aportes de Hervás a la lingüística», en Manfred Tietz y Dietrich Briesemeister (eds.), *Los jesuitas españoles expulsos*, Fráncfort, Vervuert, 2001, pp. 647-668.
- Zuidervaart, Huib J. y Rob H. Van Gent, «A Bare Outpost of Learned European Culture on the Edge of the Jungles of Java: Johan Maurits Mohr (1716-1775) and the Emergence of Instrumental and Institutional Science in Dutch Colonial Indonesia», *Isis* 95 (2004), pp. 1-33.
- Županov, Ines, *Disputed Mission: Jesuit Experiments and Brahmanical Knowledge in Seventeenth-Century South India*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1999.
- Zwilling, Leonard (ed.), *Mission to Tibet*, Boston, Wisdom Publishers, 2010.

PINCHE
AQUÍ

COLECCIÓN



AKAL UNIVERSITARIA

<p>FOUCAULT NACIMIENTO DE LA BIOPOLÍTICA</p>	<p>PETER SLOTERDIJK <i>Sin salvación</i> En los límites de Posttopper</p>	<p>GEOFFREY PARKER (Ed.) <i>Historia de la guerra</i></p>	<p>PIERRE SOURDIEU <i>¿Qué significa hablar?</i> Esencia de las interacciones lingüísticas</p>
<p>ERNST H. KANTOROWICZ <i>Los dos cuerpos del rey</i> Un estudio de biología política medieval</p>	<p>ROGER GRIFFIN <i>Modernismo y fasismo</i> La evolución de la conciencia bajo Mussolini y Hitler</p>	<p>OLE J. BENEDICTSON <i>La Peste Negra (1346-1353)</i> La historia completa</p>	<p>HEINRICH SCHLIEMANN <i>Iliaca, el Peloponneso, Troya</i> Investigaciones arqueológicas</p>
<p>NATALIE ZEMON DAVIS <i>El regreso de Martin Guerre</i></p>	<p>PETER BURKE <i>Hibridismo cultural</i></p>	<p>ÉMILE DURKHEIM <i>El suicidio</i></p>	<p>JEAN DELLEREAU <i>El misterio Campanella</i></p>